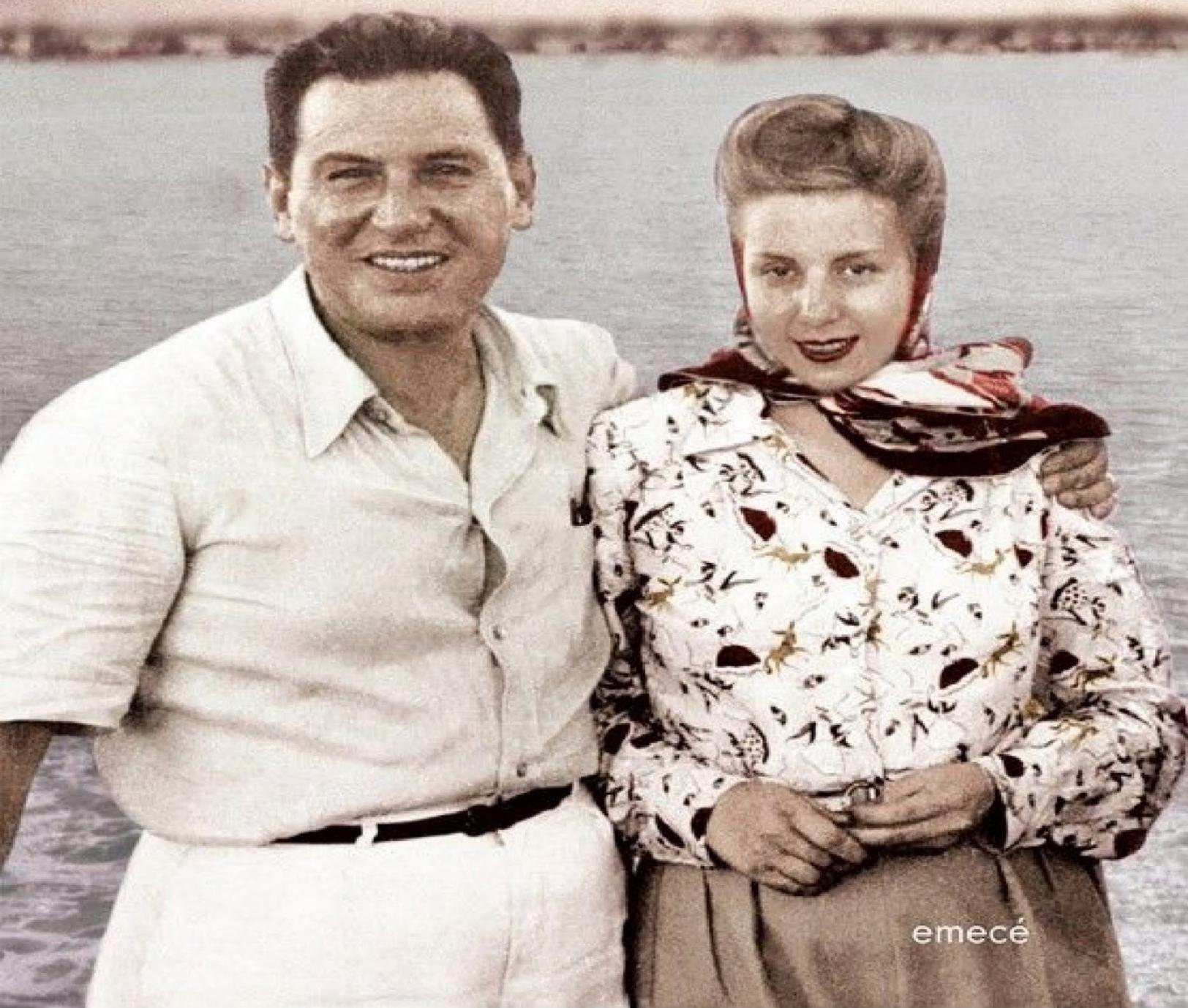


LA HISTORIA DE UNA PASIÓN
JAMÁS CONTADA

CYNTHIA WILA

EVA *y* JUAN



emecé

Eva y Juan

Eva y Juan

Cynthia Wila

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Antes (Los hilos)

Después (El ovillo)

Epílogo

Agradecimientos

Wila, Cynthia

Eva y Juan / Cynthia Wila. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-04-3996-1

1. Novelas Históricas. I. Título.

CDD B869.3

© 2019, Cynthia Dalila Wilamowsky

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3996-1

*A mi padre, por enseñarme
a no darme por vencida.*

Esta es una obra de ficción inspirada en hechos reales. Con excepción de algunos sucesos históricos puntuales, todas las circunstancias y los personajes están ficcionados. Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

De la multitud salió una ovación.

Se escuchó desde lejos pero ella lo sintió en su pecho, como si levitara sobre el aire tumultuoso de la Plaza de Mayo y se metiera por el balcón de La Rosada hasta llegar a su corazón. Llegaba también el eco de una voz, *su voz*, y ese vigor que no admitía evasivas, que entendía en la mirada el ruego de su gente. El tono quebrado, casi ronco, siempre le había parecido peculiar, sufrido, como si las palabras lastimaran su garganta.

Alguna vez, ella intentó imitarlo luego de hacer el amor, en esos momentos íntimos que armonizan el placer con algún jugueteo cómplice. Él se reía, con su expresión ancha repleta de dientes blancos, que cautivaban de inmediato a quien lo tenía enfrente. Ese debió ser un rasgo que la sedujo; no recordaba haber visto una sonrisa tan perfecta.

En los primeros tiempos de relación, a ella le costaba pensar. Su presencia la llenaba de éxtasis; no podía, no quería, otra cosa más que tocarlo y que él la tocara también, que la abrazara fuerte, la oliera, que sus manos fueran imprudentes y le llenaran el cuerpo de caricias. Que su pasión borrara las marcas de una vida de dolor.

Se abrió la puerta y la figura alta, de ojos negros, sacudió sus ideas una vez más.

Ella lo esperaba descalza, parada al pie de la cama presidencial.

—Me calienta saber que un pueblo entero te ama, y que vos no veas la hora de venir a acostarte conmigo —le dijo Eva de espaldas. Y giró el mentón para mirarlo.

Pasó las manos por sus hombros, arrastró la blusa de seda que cayó al piso, y se quedó desnuda para él.

*El porvenir es tan irrevocable
como el rígido ayer.*
JORGE LUIS BORGES

Antes...

(Los hilos)

I

Juan Domingo Perón: en el nombre estaba escrito su destino.

Venía heredado de las mujeres de su familia; tenía las huellas de esa primera mirada de la madre, de sus primeros gestos, pero también de una abuela a quien el pasado no había tratado bien.

Quizás por esa sucesión ancestral de damas bravas, que con palabras y actos le dieron una vida de lecciones, él jamás pudo vivir sin una mujer.

Le habían puesto el nombre Juan por Juana Sosa Toledo, su madre. Y Domingo, en honor a su abuela Dominga Dutey, la uruguaya con mezcla vasco-francesa que lo crió en una escuela de la calle San Martín, cuando sus padres decidieron enviarlo a Buenos Aires demasiado temprano como para crecer sin miedos.

Entre las pocas ropas del pequeño, Doña Juana guardó una nota que había escrito para la suegra: «Le ruego que se ocupe de él. Y por favor, no olvide transmitirle la compasión por los que sufren».

Juancito no sólo se llevó la nota, sino también algunas marcas escondidas en su memoria. Sobre todo, un suceso que jamás olvidaría y que había quedado grabado como una epopeya.

Cierto día, un turco que vendía baratijas llegó hasta su vivienda desesperado y le pidió a su madre que lo salvara de morir. Tenía la cintura rodeada por erupciones que dibujaban una especie de reptil lleno de ampollas sobre la piel. Estaba a punto de caer y quedar tendido en el zaguán; el dolor ya le había tomado la conciencia y decía cosas sin sentido.

Juana, que tenía en las venas sangre india, que había madurado rodeada de quienes han perdido todo y, sin embargo, no se dan por vencidos, desmontó su caballo y lo ayudó a entrar en la choza.

El lugar, humilde, no tenía más que unas camas de madera y algunas ollas para el puchero. Pero allí, el temple de la madre gobernaba. Era el jefe del hogar, el médico, el compañero de quienes necesitaban un consejo ensayado en las noches abiertas de campo. Provocaba respeto y mucho cariño. Con los años, su hijo aprendería de ella que el cariño era la mejor forma de respeto entre los hombres.

Los niños observaban al turco como si se tratara de un monstruo que venía a hacerles daño, y se alejaron varios pasos al verlo entrar colgado del hombro de su madre. Juana les ordenó que la ayudaran, que pusieran agua a hervir y trajeran uno de los sapos que solían esconderse al borde del aljibe. Recostó al enfermo sobre el colchón y con ojos avezados lo miró durante segundos. La cabeza de la culebra estaba a pocos centímetros de unirse con la cola. Debía darse prisa, de lo contrario el paisano moriría. Fue hasta el corral de las gallinas, cortó una pluma larga y regresó a paso ligero. Los chicos volvieron con el sapo entre las manos y las pupilas abiertas como un búho en señal de temor. Se quedaron parados a metros de la madre.

Juana frotó la barriga del animal sobre las heridas, en sentido contrario al progreso de la erupción. El sapo se desesperó y se hinchó como una bola roja. Ella lo dejó en el piso casi muerto, y luego tomó la pluma que ya había mojado en tinta. Escribió: «Jesús, María, José» en la piel del enfermo, de adelante para atrás sobre la cola de la víbora, y comenzó a rezar algunas oraciones en voz baja. El hombre gritaba de dolor. Al cabo de unos minutos, Juana se alejó hasta la cocina, vació el agua hirviendo en una taza grande, le echó unos yuyos y varias rodajas de limón. Se la dio a beber al turco de a sorbos muy pequeños, y entonces el hombre se calmó.

A la semana, volvió a la choza para darle las gracias por haberle salvado la vida.

* * *

A la edad de veinte, Don Mario Perón, el papá de Juan, ya había sido nombrado Juez de Paz en la ciudad de La Plata. Amén de haber vivido la mayor parte de su infancia sin compartir techo con Tomás Liberato Perón —su padre—, había heredado sus emblemas.

Era decente, riguroso y audaz. Poco después, se trasladó a la localidad de Lobos y se cruzó con un amor. La mirada tehuelche de Juana Sosa Toledo lo cautivó en una plaza, una tarde donde el sol brilló con intensidad sobre su pelo negro. En su familia se mezclaban los indígenas «pacificados» por el General Roca y criollos oriundos de Santiago del Estero.

Ese día, con apenas quince, la joven intentaba desplegar simpatía en la feria. Iba y venía moviendo las caderas, sonriendo, haciendo reverencias; todo con el fin de vender los pastelitos fritos que su madre había preparado para ayudar con algunas monedas al hogar.

—El mozo de ojos azules es el hijo de un político importante —la codeó su amiga al pasar frente a un grupo de muchachos que conversaba bajo la sombra de un árbol.

Juana se acercó a ellos.

—Llevo los pasteles más deliciosos del pueblo —inició con una sonrisa.

Mario Perón la observó en detalle. Ojos hundidos, pómulos altos, labios finos; la tez rojiza irradiaba algo exótico. La parada valiente, sin embargo, ocultaba un rasgo de fragilidad indígena que él captó y lo sedujo al instante. Tuvo ganas de llevársela lejos, de abrazarla.

—Deme cuatro, yo invito —soltó de pronto.

Juana los envolvió en un trozo de papel.

—Acá tiene, señor. Se va a acordar de mí cuando los pruebe —cerró con otra sonrisa. Y siguió su camino.

—Estos son los que quedaron —dijo Carlos, mientras se chupaba la miel del pastelito que resbalaba por sus dedos. Todavía recordaba sus miedos infantiles de los tiempos del malón; lamentaba que Roca no hubiera terminado con toda la indiada que quedaba dando vueltas—. Y ahora los tenemos mezclados entre la gente —continuó con desprecio.

—Tené cuidado de no contagiarte —agregó Mario en tono seco, con un ademán que señalaba el pastel.

—¿De qué?

—De la enfermedad de los indios. ¿Nunca lo escuchaste?

Los otros dos, que conocían a Perón y sabían de su carácter, estaban mudos.

—No... —pronunció Carlos y tiró el pastelito al suelo. Se había puesto blanco de repente.

Mario le apretó el brazo y se acercó más a él para hablarle al oído.

—Dicen que estos salvajes contaminan la comida de los criollos para llenar el cuerpo y el alma de un espíritu maligno —lo miró—. Pero a vos no te hacen falta brujerías, porque tenés el corazón lleno de mierda.

Escupió al lado de sus zapatos, y se marchó.

Se cruzó con Juana segundos después, luego de haberla buscado con la vista por el parque.

—¿Cuántos pasteles le quedan, señorita?

Ella escuchó la voz a sus espaldas. Se dio vuelta y los ojos azules del mozo se achicaron al compás de una sonrisa.

Era la época cruel donde los aborígenes debían someterse a la obediencia, soltar sus tierras, sus ritos, ahogar sus alabanzas en el nudo de una sogá al cuello. No sólo se los había despojado de las tolderías y de su cultura; más allá de la sangre que provocó el conquistador sobre su pueblo, en sus rasgos había quedado impreso una marca, un estigma, un destino de agravios.

A pesar de eso, el romance entre Juana y Mario se inició igual luego de haberse cruzado por primera vez. Un peón conocido de él les prestó el lugar. En la habitación de ese rancho de adobe el piso de tierra estaba frío. Era de día, muy temprano. Sus ojos claros se quedaron fijos al verla llegar. Llevaba un vestido color ciruela que parecía cosido a su piel cobriza. Era morena y bella, como la tierra fértil. Los mechones de pelo caían en desorden sobre el rostro, ocultando sombras de temor y de vergüenza. Porque la joven sabía que juntarse con ella era mal visto, que el amor entre indios y criollos implicaba una condena segura.

No tardaron en quitarse la ropa y juntar esas bocas hambrientas que pedían conocerse desde que se habían visto. Juana era chica, inexperta. Pero irradiaba la pasión de sus ancestros. Y él sintió un deseo oscuro que apretó en su entrepierna y que ya no lo dejaría libre.

Cuando su madre se enteró del enredo con la india, pegó el puño a la mesa. —¿Estás loco?! —le dijo.

Dominga Dutey tenía carácter fuerte. Rodeada por las sombras de una vida difícil, no obstante había llevado adelante a su familia casi sola; hasta que Tomás Liberato Perón decidió poner su firma en el Registro Civil y convertirla en una mujer honrada luego de años de relación clandestina.

—¿Cómo me dice esto? —le salió al cruce Mario—. ¿Acaso usted no soportó la furia de su suegra cuando decidieron amarse con nuestro padre? Mejor que nadie conoce esa postura. ¿Ahora quiere ponerse igual conmigo?

Era cierto. Ann Hughes la había odiado desde el primer momento. Pero Dominga no era fácil de doblegar con ejemplos ajenos, por más que, en este caso, se tratara de ella misma.

—Lo que pasó en nuestra vida es cosa de su padre y mía. Pero ¡esto! ¡Usted!, el hijo de un médico prestigioso, de un político importante, ¿enamorado de una sirvienta china?!

—No me eche encima los títulos de mi padre, yo también soy alguien destacado en este pueblo. Estoy enamorado de una india, no de una cualquiera. Y además, tengo edad suficiente para elegir —cerró Mario. Y desapareció de escena.

A pesar del repudio de los criollos, la pareja desafió los embates de la sociedad y continuó su relación con un apego que se ganó la indiferencia del pueblo.

Sin haberse casado, vivían en un rancho humilde ubicado en el interior de un lote; dos habitaciones, techo de zinc, paredes de adobe. Allí nacieron tres hijos: Avelino Mario, Juan Domingo y Alberto, que murió al poco tiempo, en 1899, el mismo año en que falleció su abuelo, Tomás Liberato, el padre de Mario Perón. Como eran ilegítimos, los niños llevaban el apellido Sosa, de la madre. Y eso también era mal visto.

Mario iba y venía de Lobos a Roque Pérez, arreando partidas de ovejas y aportando el producido de las ventas a la mesa del hogar; Juana quedaba al cuidado de los niños, las gallinas y los chanchos. No era fácil estar sola, sin el jefe de familia, en ese pueblo donde la despreciaban.

Los hombres, que por entonces tomaban la punta de su sombrero en señal de saludo formal ante el paso de una dama, la miraban mal. Pero en general, las lenguas más filosas venían del lado de las mujeres, que solían tratarla de manceba en sus narices.

Una tarde, Juana volvía del Almacén y Fonda *La Aurora* acompañada de sus hijos. Iban a pie, cargados de comestibles y bebidas. Ya habían pasado la entrada de madera verde de la pulpería, cuando escucharon un silbido molesto a sus espaldas. Ella ordenó a los niños que no se dieran vuelta. El paisano insistió una vez más. Y luego otra. Había estado bebiendo durante horas junto al mostrador de la pulpería, donde su dueño pasaba copas llenas de grapa por entre los barrotes de una reja. En las pulperías de campaña, la reja era señal de protección contra los malandras que solían apremiar a los pulperos con un facón en mano. Este parecía uno de ellos, y ahora andaba borracho justo detrás de Juana y de los niños.

—¡Abran paso! ¡Abran paso! —gritó de pronto—. ¡Acá va la china que calienta la cama del *dotor*!

Juana continuó firme, sin volverse.

—¿Usted no escucha que la llamo? —se adelantó el gaucho hasta quedar de frente.

—No me moleste —le dijo ella con desprecio.

—Vamos... le juro que le va a gustar... —agregó él con ironía mientras que, tambaleándose, alcanzaba a tocarle un mechón de pelo.

Juana lo apartó con un movimiento brusco.

—Fuerte había sido —continuó el hombre entre risas. Y se acercó más a

ella para manosearla.

Avelino miraba el suelo con la cabeza gacha, muerto de miedo. Pero su hermano tenía las mejillas rojas, llenas de furia. Todo pasó en cuestión de segundos. Juancito soltó las bolsas y corrió unos metros hacia atrás donde había visto una piedra en medio de la calle. La tomó y arrojó con fuerza apuntando a la nuca del gaucho, que dio media vuelta sobre sus pasos y cayó al piso. El desmayo ocurrió producto del alcohol más que por el golpe. Pero el niño de cuatro años sonrió triunfante, creyendo que lo había derribado.

En 1901, Mario y Juana decidieron casarse. Y así, dieron el apellido Perón a sus hijos. A ellos les bastaba con la adoración que se tenían, pero Dominga Dutey, que había vivido años un amor al margen de la ley, no paraba con los sermones con el fin de incitarlos al compromiso. Y terminó empujándolos al matrimonio.

La muerte temprana de sus hermanos, uno de ellos —Alberto— producto de maniobras militares en Córdoba, y el otro —Tomás Hilario— de un tiro en la cabeza por suicidio, más el desprecio constante de la gente, animaron a Mario para irse. Antes de que los niños iniciaran la escuela primaria, se marcharon al Sur patagónico, donde estaba en auge la cría y esquila de ganado ovino.

Por haberse criado a saltos, entre su casa de Buenos Aires y las visitas al campo acompañando a su padre en las prácticas rurales para curar enfermos, Mario Perón se acostumbró a la vida nómada desde muy joven. Y en esos campos secos actuó como un patriarca; en especial, enseñó con rigurosidad a sus hijos a observar la dignidad de la gente.

Los niños ahora enfrentaban un doble desarraigo: no sólo dejaban atrás las cacerías de patos cerca de la laguna, los suelos gentiles de la pampa, los paseos a caballo bordeando un horizonte lleno de enigmas, ahora también debían acomodarse a lo inhóspito del Sur. Y ahí aprendieron a conocer el frío.

La primera lección se las dio el cuerpo: los dedos de los pies se congelaban y el frenesí campero comenzó a detenerse. Las ganas se ajustaron al invierno; el termómetro que marcaba temperaturas bajo cero grado se llevaba puestos los juegos al aire libre y, por ende, traía más soledad. Entonces la niñez se hizo triste, en un clima impiadoso donde los mejores amigos, los únicos amigos, eran los perros.

Una mañana helada, el viento espoleaba su furia sobre la Patagonia. Era el

típico viento soberano, que sin frenos azota la porción más fina de América del Sur dejándola más lejos del mundo todavía. Llegó hasta la estancia de los Perón un tehuelche que había andado durante horas con su caballo a la intemperie. Tiritaba.

—*Mari-mari* —lo saludó Mario. De inmediato lo hizo pasar y le ofreció mate cocido, bien caliente.

Juana ya estaba de pie haciendo las tareas del hogar: avivaba el fuego de los leños, ponía a calentar baldes de agua para lavar la ropa y limpiaba una gallina para el almuerzo. Los niños todavía dormían.

—Mi nombre es *Nikol man* (Cóndor volador). Perdón que me aparezca así —se excusó el indio—, es que dicen que usted es hombre bueno. Como ve, *Koshkil*, el viento patagónico, está furioso estos días y me dejó sin choza. Mi familia no tiene comida.

Juana lo miró desde lejos. Se trataba de un hombre joven, de metro ochenta y miembros macizos. Pero las arrugas en su cara mostraban dolor, como el látigo que abre la piel y deja marcada una herida imborrable.

Mario le pidió unos segundos antes de continuar. Era hijo de un médico higienista que había dedicado su vida a calmar el sufrimiento de la gente. Y además, estaba casado con una descendiente aborígen; conocía y sufría la marginación de los indígenas a quienes, bajo el mote de ladrones y asesinos, les habían saqueado el destino con la mayor crueldad.

Fue hasta el cuarto de sus hijos, los despertó y ordenó que lo acompañaran: «Quiero que escuchen esto», les dijo.

De nuevo frente al indio, le pidió:

—Cuéntenos qué pasó.

Avelino y Juan, parados bajo una manta que los cubría del frío, se restregaban los ojos para despabilarse.

—Como le dije, el mal tiempo se llevó la tolдерía completa, estamos cabeza al cielo. Y vino un señor blanco, que dice ser dueño de la tierra, y se llevó el ganado. Nos quedamos sin nada. Busqué refugio para mi mujer y mis hijos en la boca de una montaña. Pero necesito ayuda antes que *Koshkil* dé la vuelta y me los mate.

Mario clavó la vista en los chicos que habían quedado inmóviles. Si bien no comprendían muy bien de qué estaba hablando el señor grande —casi un gigante para ellos—, prestaban atención, como les habían dicho.

—¿Saben por qué en el campo la soledad es más grande que el horizonte? —alzó la voz el padre. Los niños estaban mudos—. Porque Roca asesinó a los

únicos seres humanos de esta llanura.

Parado al borde de la ventana, la luz del nuevo día hacía foco en la espalda del indio. Su sombra se proyectaba como un fantasma sobre el piso y lo volvía más enorme de lo que era. No se movió, pero en los ojos profundos podía verse el lado más triste de su alma.

Mario volvió a mirarlo.

—Pueden quedarse acá —le anunció—. Construiremos una vivienda y les daré algunos chivos para empezar de nuevo.

—*Nakel* —dijo el indio con parquedad. Sin embargo, ese gesto hosco, imperceptible, denunciaba una profunda gratitud.

—De nada. Ahora vamos a buscar a su gente.

Heredado de su padre, Mario Perón perseguía un sueño al servicio del bien. Había llegado hasta los inviernos de Río Gallegos atraído por la dureza patagónica, pero también movido por una tendencia a la soledad que estaba en su sangre desde el origen, y que legaría a sus hijos sin darse cuenta. Su espíritu perseverante y luchador animó a la familia para adaptarse a ese mundo ancho de viento y arena en donde el hombre debía resistir peleando contra el ambiente para no morir.

Como administraba estancias, Juana se mudaba con sus hijos de un campo a otro para seguirlo. Y mientras él se ocupaba de la tierra, ella lo hacía de la gente. Atendía a los enfermos, ayudaba en los partos a las mujeres; era tenaz, de porte autoritario y sonrisa buena.

La pareja organizó el estudio de sus hijos a manos de un viejo maestro, duro en clase pero tierno en la vida. De esa manera, los chicos templaban su carácter con el rigor del deber y ablandaban el corazón ante quienes padecían injusticias. Porque tal como habían sufrido los indios hacía años, ahora sufrían los peones debido a la fatiga de la jornada laboral que a veces duraba catorce horas sin descanso; con mujeres y niños que también se empleaban para poder comer.

Para 1904, una vez más debieron marcharse pues Mario había quedado de nuevo sin empleo a causa de la venta de la estancia que administraba. Terminaron en el centro de Chubut, en la finca *La Porteña*; Mario como jefe de las cuatro leguas del predio ganadero, Juana a cargo del hogar y de los niños. Pero esta vez habían decidido algo distinto: el pequeño Juan iría a estudiar a Buenos Aires.

Lo enviaron a casa de la abuela Dominga, que vivía en el segundo piso de una escuela dirigida por las hijas que había tenido en su primer matrimonio, antes de enredarse con Tomás Liberato Perón.

María Baldomera y Dionisia Bautista, las tías de Juan, eran maestras, solteras, jamás se habían separado de la madre y de ahora en más se harían cargo de la educación de su sobrino con extrema devoción.

El cambio fue abrupto. De vivir libre en la inmensidad de los campos secos, Juan pasó a la rapidez de la capital del país, a las revueltas de sus compañeros de clase y, también, a la disciplina exagerada de dos tías que lo miraban de cerca para instruirlo.

Primero había tenido que olvidar el campo bonaerense y acomodarse a la soledad patagónica, aprender a soportar heladas, ahuyentar a los pumas que asaltaban las ovejas, inventarse un mundo sin amigos donde los peones eran los únicos compañeros de aventuras. Y ahora, en la gran ciudad, los pumas se convertían en cientos de personas desconocidas, la vida serena e inmensa se transformaba en una agitación cotidiana que parecía reducir su espacio, y la naturaleza estaba llena de edificios, calles, adoquines, ruidos extraños a su costumbre, griterío y luchas juveniles que no tenían como fin ganar un embate contra el frío.

Juan no sólo debía adaptarse a un escenario distinto, también debía transformar la autonomía de sus primeros años en la conducta normativa que le imponía la exigencia estudiantil.

Desde que tuvo memoria, el niño jamás conoció momentos para la vida privada que en general suelen tener las familias. Los días en el Sur se mezclaban con el trabajo, con peones que vivían entre ellos, paraban a comer en su chacra y relataban cuentos que luego quedaban como parte de su propia historia. Y en Buenos Aires pasaba algo similar, porque Juan vivía en una escuela, con el bullicio de chicos que entraban y salían, que corrían por ambientes que en realidad debían destinarse sólo para él, pero estaban ahí para ser compartidos con los demás.

Por las noches, durante los primeros meses, el joven lloraba solo en su habitación. Sentía que sus padres lo habían abandonado, que le habían arrancado la felicidad de repente, para siempre. Y no entendía por qué.

Tenía recuerdos de las tardes a caballo con su madre, de la mirada tierna y sus caricias, de los juegos al sol con Avelino simulando peleas de gauchos con el facón, de la fogata nocturna y los versos de *Martín Fierro* que su padre repetía y él se guardaba en la memoria. Estaba quebrado, alejado de su gente,

en una vida citadina que detestaba y, sin embargo, no le quedaba otra que asumir.

Vulnerable, introspectivo, taciturno. Así se estaba formando la cabeza de aquel niño a quien el destino le había dado y quitado —en igual proporción— hogar, aventuras, modelos a seguir. El chico de entonces, vivaz, arriesgado, alegre, fue desapareciendo. De a poco, la mirada se fue poniendo oscura y se vació de emociones. No obstante, en su sangre había mezcla de valientes: hombres que amaron a señoras incorrectas desafiando las críticas de su época, y mujeres corajudas que se habían puesto al hombro la familia.

Con el tiempo fue adquiriendo liderazgo entre un grupo de amigos donde él mandaba y los demás obedecían. De este modo, en medio de algunas travesuras que intercalaba con esa educación exigente, entró en la adolescencia forjando un carácter duro, sometido a las reglas.

Para 1911, Juan ya se había convertido en un muchacho serio, delgado, de rostro atractivo heredado de su estirpe, con unos ojos profundos que rara vez delataban sus ideas.

Perseguido, quizás, por la influencia imaginaria de un abuelo que había servido en el Ejército y a quien sólo conoció a través de libros, a instancias de Dominga, el nieto se incorporó al Colegio Militar, por entonces en la localidad de San Martín. Otro destierro: ahora lo entregaban a la Patria. Sólo que esta vez la idea lo sedujo y estuvo de acuerdo en partir hacia el cuartel.

A pesar de no ser tan brillante en los estudios, se destacó en el deporte, en especial en fútbol, boxeo y esgrima. Y sobre todo, en esa amabilidad exagerada que imponía respeto y admiración.

Entre tanto, visitaba a su familia en el Sur y allí reencontraba los olores campestres que habían diseñado su infancia. Montaba en pelo su caballo Negro, cazaba liebres con escopeta, también patos y perdices, y acompañaba a su padre en las visitas a pueblos vecinos para repartir ropas y alimento entre los humildes.

—¿Por qué estamos entregando también nuestros abrigos, papá? —preguntó un día a Don Mario.

—Porque ellos se mueren de frío. Y además, porque sólo dando se conserva todo lo que das.

Al igual que en su niñez, Juan sintió de nuevo el impacto que solían tener las palabras de su padre. Mario Perón tenía un decir tranquilo, pero contundente. Y su hijo jamás olvidó hacia dónde apuntaba su enseñanza.

* * *

El cuartel resultó su lugar predilecto. Juan disfrutaba de la tarea exigente que imponía la práctica militar, que comenzaba a las cinco de la mañana y finalizaba tarde. La seguía al detalle, generando asombro y admiración en sus compañeros. No era fácil de soportar el imperativo de los superiores, que los obligaban a pasar revista en barracones incómodos y condiciones duras. Pero él siempre acudía impecable y puntual.

A pesar de haberse convertido en un joven bien plantado, acorde con las enseñanzas de un padre riguroso, la vida con su abuela Dominga y esas tías rectas y detallistas, había dejado en su personalidad algunos aspectos propios del encanto femenino: pulcro al extremo, vestía con buen gusto, sin arrugas en las prendas, y su cuarto jamás estaba en desorden. Era tan obsesivo, que no permitía que nadie lo visitara antes de limpiar la habitación.

En la mesa de luz guardaba un reloj de bronce que había pertenecido a su abuelo, el médico importante, un retrato de Juana, su madre, el ejemplar del *Martín Fierro* y los diez tomos de las *Vidas Paralelas* de Plutarco que le había obsequiado su papá, una serie de las biografías de personalidades griegas en oposición a otras romanas. Con gran número de anécdotas y pasajes históricos, el autor extraía el carácter moral de cada personaje. En esos libros, Juan Perón buscaba modelos de héroes virtuosos de la antigüedad; aunque por entonces no se diera cuenta, él ya estaba deseando ser un líder.

Era noche de sábado.

Como todos los fines de semana, estaba en el gimnasio. Mientras sus compañeros aprovechaban los días de descanso para salir y divertirse, él se pasaba horas encerrado para entrenar.

Cuando entró Miguel Moreira, Juan practicaba golpes de puño al aire.

—¿Vas a parar un rato? —le preguntó su amigo cerca del ring.

Juan lo miró y continuó la práctica.

—¡Che! Te estoy hablando —insistió Moreira.

Juan se acercó hasta las cuerdas.

—¿Qué pasa, Miguel, no podés verme tranquilo?

—¿Tranquilo? —ironizó.

—Bueno —sonrió Juan—, sabés que esto me calma.

—Sí, pero ya está bien. Hace tres sábados que te quedás en el cuartel. La vez pasada te perdiste una grande; la de hoy, no te la perdés. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó.

—No preguntes tanto y seguime.

Juan enderezó su columna y lo miró desde arriba achicando los párpados.

—¿Qué estás planeando, Miguel?

—Que te despejes un rato. Dale, vení conmigo.

* * *

Dasha Petriev tenía diecisiete y era hermosa. Había pisado suelo argentino hacía dos años, luego de pasar más de un mes junto a su hermana menor de contrabando en una nave gigantesca, que atravesó el océano para salir de Rusia.

Zivon Petriev, el padre, pianista de profesión, había puesto una partitura en sus manos desde pequeña, y así la contagió de su pasión por la música clásica. El hombre integraba una orquesta que solía tocar para las fiestas de la aristocracia, a veces en la mismísima corte.

En ese tiempo, el poder autocrático del zar gobernaba por decreto: era el jefe del Ejército y su persona se consideraba sagrada. No admitía cambios políticos, sociales ni económicos. La clase media prácticamente no existía y los campesinos se morían de hambre producto de los altos impuestos.

Debido a que las reuniones obreras estaban prohibidas, algunos movimientos revolucionarios comenzaron a organizarse de forma clandestina. Anarquistas, liberales y marxistas empezaron a luchar desde las sombras, pero Nicolás II, el monarca, se negaba a ceder el poder.

El viejo calendario juliano, que aún regía en Rusia, señalaba el 9 de enero de 1905. Fue un domingo sangriento. La manifestación pacífica dispuesta por un cura ortodoxo que se plantó frente al Palacio de invierno del zar en San Petersburgo para expresar el descontento del pueblo, terminó con miles de personas muertas debido a la reacción violenta disparada por los cosacos. Tras una sucesión de nuevas revueltas, el zar prometió libertades civiles y ampliación de la ley electoral para abrir el parlamento. Sin embargo, el sufragio se restringió a las clases altas y la familia imperial continuó manejándose a su antojo.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la economía rusa se concentró en abastecer el frente militar, y las consecuencias pesaron sobre los campesinos. Recién en 1917, la revolución lograría acabar con el poder del zar y su despotismo. Pero para eso todavía faltaban años.

Entre tanto, los Petriev vivían de las pocas monedas que Zivon cobraba en los conciertos, que apenas alcanzaban para pagar los estudios de su hija mayor y para comer.

Muchos de sus conocidos estaban afiliados a alguno de los partidos revolucionarios secretos, y lo incitaban a hacer lo propio bajo una forma de amenaza encubierta: «МЫ ВСЕ В ЭТОМ» (*My vse v etom*, Todos estamos en esto), decía el encargado de reclutar hombres para el movimiento anarquista.

Si bien la intimidación no era directa, sonaba como una advertencia conocida. Era sabido que esos grupos tenían por costumbre provocar la unión de los obreros a sus filas utilizando dos estrategias: el contagio por el desafío insurgente a través de los discursos agitadores contra el gobierno, o el chantaje explícito aludiendo a la seguridad de la familia.

Pero Zivon era músico, y no tenía ningún aspecto sedicioso. No obstante, había escuchado de boca de unos amigos que los rebeldes hacían lo que fuese con tal de llegar a su propósito, hasta secuestraban hombres y mujeres adolescentes con el fin de prepararlos para la agitación.

Dasha tenía quince: ya estaba en edad de ser incorporada. Y aunque la menor de sus hijas fuera chica todavía, los anarquistas no se ahorraban la oportunidad de llevársela como un acto más de presión contra él.

Convenció a su mujer y lo decidieron: las montarían en un barco para sacarlas de ahí y evitar el desastre. Tenían algo de dinero ahorrado, pero sólo alcanzaba para ellas.

Llegó el día y la madre se negó a acompañarlo hasta el puerto; el corazón latía destrozado. Les dio pan, manzanas y huevos envueltos en un paquete que armó la noche anterior, mientras todos dormían. Las tres se despidieron en un abrazo que duró los segundos de un llanto sin consuelo. Y se fueron con el padre de la mano, la cabeza gacha mirando el piso, de un hogar al que no regresarían.

Por contactos con un marino, Zivon entregó sus únicos rublos y logró escabullir a Dasha y Tiana entre los bultos de la nave que, una tarde de 1909, partió rumbo a América, sin imaginar que jamás las vería de nuevo.

* * *

Buenos Aires había adquirido el estilo arquitectónico de las capitales más bellas del mundo. La Avenida de Mayo, como muchas otras en esos tiempos, tenía el aspecto del típico boulevard francés, con plazoletas centrales y

edificios imponentes terminados en cúpulas suntuosas. Pero hacia finales de 1911, se había convertido en un caos. Abierta al medio como las páginas de un libro, se llenó de hierros, máquinas y obreros para la construcción de la Línea A de subterráneos, cuyo primer tramo recién se inauguraría dos años después.

La Avenida era símbolo de la modernidad, en una ciudad que había eclosionado desde el comienzo de la inmigración que llegaba a raudales a su puerto. Los barrios se colmaron de viviendas sociales improvisadas — conventillos—, donde se instalaron italianos, españoles y polacos. Y los márgenes del centro también se llenaron de prostíbulos.

En las últimas décadas del siglo XIX, la capital se había convertido en el paraíso de la trata de blancas, repleta de mujeres europeas que poblaron los burdeles. No sólo eran explotadas en prostíbulos; también lo serían en fábricas, frigoríficos y cualquier otro lugar de trabajo donde por entonces carecían de derechos.

Varias campesinas, en general judías, habían llegado hasta Buenos Aires engañadas por los proxenetas de una organización internacional llamada Zwi Migdal; otras, como Dasha Petriev, venían escapando de los regímenes despóticos de sus países y sólo les quedaba ese camino para poder alimentarse en una tierra nueva.

Esta forma de esclavitud las obligaba a firmar un contrato que comprometía a entregarles un porcentaje de las ganancias a sus «dueños». Y así, apenas pisaban el puerto, dejaban de ser libres y pasaban a propiedad de los explotadores. Alejarse o huir implicaba la denuncia como prófuga. Y a veces la muerte.

Dasha Petriev vivía con su hermana en un conventillo de San Telmo en medio de inmigrantes que hablaban diferentes lenguas. Los conventillos eran casas enormes donde cada familia se acomodaba como podía en un mismo cuarto, dividido por biombos o cortinas improvisadas que buscaban algo de intimidad. En el centro, un gran patio; lugar de reunión y chismerío. Allí se borraban las fronteras, se imponía la costumbre del tuteo y la confianza exagerada. Para los inmigrantes llegados de una Europa superpoblada y cruel, era difícil contentarse con esa vida novedosa que les donaba libertad a cambio de mucho sufrimiento. Y a veces el olvido resultaba la mejor opción. Muchos lo decidían y dejaban de hablar de su historia, como si obstruyendo el relato opacaran los recuerdos. Otros hacían nuevos amigos a fuerza de anécdotas repetidas en idiomas raros, difíciles de comprender, que se convertían en la única forma de sostener algo del pasado y tramitar el dolor por el desarraigo.

En busca de una salida posible de la vida marginal, algunas jóvenes abandonaban el refugio durante la noche para trabajar en los cabarets que se habían puesto de moda en la ciudad.

En el prostíbulo, los números musicales que interpretaban el tango servían de excusa, eran la antesala perfecta de la oferta sexual que se concretaba en las habitaciones del fondo o de la planta alta. Para estas mujeres extranjeras, que habían perdido su hogar, sus amores y su tierra, el ámbito prostibulario se tornaba el gran organizador de los afectos.

Dasha no tuvo tiempo de evaluar alternativas: Tiana había contraído tuberculosis durante la travesía en mar abierto y ella debía conseguir dinero para medicación y alimentos. De lo contrario, su hermana moriría.

«Los de la Zwi Migdal te secuestran, te violan y te subastan; no dejes que te agarre esa gente», le advirtió a Dasha su compañera de cuarto, Nicolle Abdas. En cambio, le sugirió ver a la administradora de un club nocturno clandestino, de esos que no pagaban impuestos y por eso eran perseguidos por las autoridades y repudiados por las noticias gráficas de la época. Nicolle había trabajado allí hasta hacía meses, pero debió interrumpir porque había quedado embarazada de un cliente.

Se trataba de Marianne Trucott, una francesa de aspecto temerario que llevaba adelante uno de los sitios más sofisticados del momento, en donde circulaba la mercancía proveniente de la trata de blancas entre Francia y Buenos Aires. Sus muchachas debían ser hermosas y diligentes; jóvenes de calidad. Porque las «polacas» del barrio de La Boca costaban dos pesos a los consumidores; pero allí, las extranjeras de clase valían cinco.

Dasha, que ya hablaba español y conocía bastante la ciudad, llegó hasta un edificio de la calle Bartolomé Mitre al 300. La hizo pasar una joven de aspecto tierno, vestida con túnica blanca y sandalias de cuero. Le indicó el sofá en el extremo de una sala inmensa decorada en mármol claro. Sólo algunas sillas altas tapizadas, la barra con forma de óvalo en el centro, cortinas gruesas de frunces alineados y un silencio sepulcral que indicaba respeto.

Pasados treinta minutos de su llegada, una mujer esbelta, de cabello corto, salió de una habitación. Apenas abrió la puerta, se detuvo para mirar a Dasha desde el umbral. La joven levantó las cejas y quedó inmóvil frente al escrutinio, sin respirar.

Ojos claros como el mar, piel lozana y rostro suave. El lunar negro sobre la comisura de los labios rompía su imagen etérea y la volvía salvaje. Un

ejemplar de la naturaleza hecho a la medida de este sitio, pensó Marionne.

—Madame Trucott —se acercó y le extendió la mano.

—Dasha Petriev —hizo lo propio ella con tono amable.

—¿Petriev? —pronunció la dama inclinando la cabeza—. *Ce n'est pas un nom français* (No es un nombre francés) —concluyó en voz alta.

—Soy rusa, señora —se adelantó Dasha, que entendía perfecto el francés.

—*Qu'est ce que c'est?* (¿Qué es esto?) —miró a la chica que había abierto la puerta de entrada y venía detrás de ella.

—*Elle est la femme envoyée par Nicolle* (Es la chica enviada por Nicolle) —contestó la joven.

Marionne volvió a mirar a Dasha con detenimiento.

—Párate y quítate el abrigo —le ordenó en español.

Ella obedeció y se puso de pie. La mujer observó recalando en cada detalle. Tomó los extremos del vestido y los ajustó a su cintura. Era delgada, como a ella le gustaban.

—¿Edad? —preguntó mientras le olía el cuello.

—Dieciséis.

—¿Dónde vives?

—En San Telmo.

—¿Qué instrumento tocas?

—Piano.

—Si quieres trabajar, te quedarás aquí.

—Quiero trabajar, señora, pero no puedo quedarme —soltó Dasha—, vivo con una hermana menor que está muy enferma.

—Entonces no hay acuerdo. Vete con los de la Migdal —sentenció Trucott con un ademán despectivo de su mano. Y dio la vuelta para irse.

—¡No!, se lo suplico —gritó Dasha desesperada. Pero Marionne no se detuvo—. Está bien, está bien —agregó sin pensar—. Me quedo.

Los cabarets de la época tenían grandes salones, una pista de baile, una barra y muchas mesas decoradas con estilo. Algunos se habían convertido en el centro de diversión nocturna más importante para la clase alta; los ubicados en la zona del Bajo, eran el sitio preferido de la bohemia porteña y los marineros que arribaban de distintos países al puerto de la capital.

Solían presentarse números musicales de tango, cuplés, polcas y valsés para incitar al baile. Aunque a veces asistían con su pareja, la mayoría de los

habitués eran hombres solos que iban a escuchar a sus artistas favoritos y a bailar con alguna milonguera. Después de la diversión, se la llevaban a pasar una noche de sexo.

Esas muchachas, salidas de barrios pobres, atraídas a veces por la ambición de la vida cosmopolita y otras a fuerza del engaño, terminaban creyéndose la leyenda romántica del otro mundo, el de los burdeles, y así, traicionaban el origen de un buen hogar.

Por los burdeles circulaban tres tipos de mujeres distintas: las cantantes consagradas; las coperas, que acompañaban a los clientes en la bebida y luego les vendían su cuerpo, y las que habían logrado prolongar su relación con el cliente, convertirse en su amante y mantenida.

Como la competencia era feroz, Madame Trucott decidió armar un cabaret de elite en su casona del centro, sólo para gente de la aristocracia. Por ende, no se permitían las relaciones estables ni tampoco había lugar para el tango, que había nacido en los arrabales de la ciudad y recreaba elementos del candombe y otros bailes de los negros porteños. No. Marionne buscaba algo superior.

Se codeó con los *cafishios* que estaban en el negocio y les pidió que la proveyeran de jóvenes hermosas: todas debían ser rubias, delgadas, y saber tocar un instrumento musical.

Consiguió un contingente de señoritas provenientes de Francia que tenían las características requeridas para trabajar con ella. Y con el fin de no ser descubierta, implementó una forma sofisticada de disimular la prostitución clandestina que había organizado: formó una orquesta femenina que tocaba piezas de música clásica por las noches.

Así, en su casona del centro funcionaba un bar para personalidades selectas de la clase alta: banqueros, políticos y empresarios venían a tomar tragos y despejarse, mientras veinte mujeres distinguidas que componían un conjunto de cuerdas y un piano de media cola, ambientaban el salón de fantasía para ellos.

Luego de la medianoche, las damas bajaban del escenario y se mezclaban entre el público. Los clientes, ya en trance, elegían a la joven que los había seducido, la sentaban a su mesa, le pagaban unas copas y la invitaban a la cama. Madame Trucott los acompañaba hacia las habitaciones de la planta alta, especialmente diseñadas para la privacidad y el erotismo.

Hacía un año que Dasha había llegado hasta ahí, en un intento por salvar a su hermana que terminó muriéndose al cabo de meses, debido a que la

enfermedad ya había tomado sus pulmones. Si bien el desenlace había sido trágico, ella no pudo llorar su pérdida como quería. Las chicas de su condición no tenían permitido el llanto, y en la casona francesa estaba prohibida la demostración de cualquier afecto fuera del ámbito sensual del dormitorio. Las jóvenes debían obedecer, sin sentir.

* * *

Era la primera vez que Juan Perón visitaba un sitio como ese. Su obsesión por el cuartel y la milicia no le daban recreo. Pero esa noche había aceptado la invitación de Miguel Moreira, y ahora que estaba ahí no podía echarse atrás.

El lugar era imponente. Los ventanales iban del piso al techo cubiertos por cortinados rojos y accesorios de bronce. Espejos enormes alternaban espacio con el empapelado opaco de las paredes y una araña de cristales iluminaba el centro del salón. Las mesas estaban dispuestas alrededor de un mostrador; a diferencia de otros cabarets, allí no había pista de baile.

Luego de varias obras clásicas, la orquesta de señoritas había dejado de tocar, pero continuaban de pie en línea recta sobre el escenario. Vestían de largo, con sedas brillantes y perlas al cuello. Todas llevaban una especie de turbante lleno de piedras sobre la cabeza, menos una, la pianista, que tenía el cabello al aire y en ese momento estaba ejecutando el Preludio en Mi Menor de Chopin.

Ubicado en un extremo, lejos del escenario, Perón la veía de espaldas. En medio de ese ambiente de disfraces y descaro, la música llegaba a sus oídos como un bálsamo. Las manos de ella se movían con suavidad entre las notas, acariciaban el piano y, al mismo tiempo, despertaban las fibras más hondas de los sentidos. El Preludio duró menos de dos minutos; el público en silencio no se movía. Al finalizar estalló un aplauso. Ella giró levemente el rostro, agradecida, sin levantarse de la butaca. Entonces Juan vio su perfil a través de un espejo. De líneas suaves, asomaba en medio de un mechón de pelo color arena; el gesto breve, sumiso, angelical.

A partir de ese instante, la mirada de Perón cambió de brillo.

—¿Te gusta donde te traje? —preguntó Miguel cortando de pronto el hechizo.

—¿Cómo llegaste vos acá? —se inquietó Juan.

—Por un amigo de mi padre. Es un juez que tiene buenos contactos. Siempre me decía que él me llevaría a debutar cuando yo estuviera listo.

Vinimos hace más de un año, pero la del piano no estaba —dijo Moreira, que había captado el efecto en la cara de Perón.

En ese momento, las señoritas empezaron a circular por las mesas.

Miguel se puso de pie, fue hasta el lado opuesto del salón y luego de unos minutos, regresó acompañado.

Juan se paró de inmediato y apartó una silla para la joven.

—Tomá asiento —le dijo.

—Gracias —sonrió ella y se sentó.

—Encantado —le dio la mano él—, Juan Perón.

—Dasha —añadió ella con voz suave.

—¿Qué te gustaría beber, linda? —interrumpió Miguel.

—Agua con naranja y limón.

—¿Qué?

—No me gusta el alcohol.

—Vamos, nena. Alguna copa de vino, whisky, algo más divertido —insistió Moreira.

—Dejála en paz —intervino Juan—, te está diciendo que no.

—Bueno, bueno —levantó las manos Miguel—, como digan. Nada de alcohol para... Dashaaa —deslizando la última vocal con ironía.

Hablaron lo suficiente como para enterarse de que la muchacha rusa estaba en el país hacía dos años, se había quedado sin familia y vivía en la casa de citas de forma permanente.

No todas las mujeres que trabajaban allí tenían la condición de quedarse, pero Madame Trucott enseguida advirtió que Dasha sería mercancía valiosa, de las que no abundaban, de esas que los rufianes de la Zwi Migdal raptaban de los conventillos para subastar. Por eso debía asegurarla dentro de la casona. Y así lo hizo.

Miguel, que ya estaba entretenido con otra jovencita, desapareció de la mesa al poco tiempo.

—¿Dónde aprendiste a tocar el piano? —le preguntó Perón.

—Un vecino de mi padre era concertista, como él. Y además daba clases en su casa. Desde chica me mandaron a estudiar. Pero no tuve suerte. Terminé tocando acá, para hombres a los que no les interesa la música —señaló levantando los hombros con un gesto travieso.

—Yo no soy un experto en el tema —empezó Juan con una sonrisa—, aunque me gustaría que me enseñaras.

Dasha soltó una carcajada.

—No puedo enseñar música hablando —dijo—. Es un arte que se aprende con esfuerzo y estudio, no con palabras.

—Tenés razón. Pero cuando tocaste sola, sentí que había aprendido algo.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida mientras tomaba un sorbo de agua.

—Que incluso alguien desconocido puede acariciarte el alma desde lejos.

Dasha levantó los párpados, la mirada de ambos se enredó sobre la mesa.

Se fueron hacia la planta alta. Ella no recibía clientes en su cuarto, para eso estaban las demás habitaciones. No obstante, sin saber exactamente por qué, llevó a Juan hasta su dormitorio. Era sencillo, la cama con su acolchado blanco, un *secretaire* de roble y el sillón en una esquina. Nada más.

Dasha comenzó a quitarse las alhajas de encima y estaba a punto de abrir el cierre de su vestido. Juan permanecía de pie, observándola sin moverse.

—¿No vas a desvestirte? —preguntó ella.

—Es la primera vez que hago esto —contestó él.

Dasha se sorprendió.

—Pero... yo nunca estuve con alguien...

—Virgen —concluyó Juan.

—Sí. Bueno, en realidad nunca fui la primera de nadie.

—Entonces hoy estás de estreno —agregó él acercándose un poco más, y le tomó las mejillas con las manos—. Vas a ser la primera para mí.

Juan la besó con ternura; primero los ojos, el cuello, el lunar negro, y dejó para el final los labios. Esos labios pequeños tenían sabor a frutas. Aunque no supiera cómo manejarse, ya sentía fuego entre las piernas. Se desnudó con ella y empezó a acariciarla. Continuaban de pie, descalzos sobre el suelo. Él pasó su mano por los senos, luego la deslizó en la espalda hasta tomarle la cintura. Ahí apretó más fuerte para atraerla hacia su pecho. Dasha sintió el pene duro, se puso en cuclillas y lo metió en su boca. Comenzó a succionarlo lentamente, pasó la lengua por la punta, subió y bajó por el tronco, humedeciéndolo. Juan le aferró los cabellos, empujó su rostro hasta la ingle y soltó un gemido grave. La miraba.

Ella trepó por su vientre sin dejar de besarlo, le rodeó los hombros y susurró al oído:

—Vamos a la cama.

A partir de ese encuentro, los días continuaban con el mismo rigor académico

de siempre, pero las noches de descanso, en los fines de semana, comenzaron a tener un sabor diferente para la vida de Juan Perón.

El Colegio Militar seguía el modelo de capacitación prusiano y la plana mayor de instructores era de origen alemán; señores curtidos que se disfrazaban con uniformes impolutos y así contagiaban en los oficiales un estilo perfilado, lleno de misticismo, de espíritu de elite.

Perón no se identificó con un rasgo, sino con el carácter pulcro, armonioso y sin defectos que copió de sus maestros en su conjunto. La sociedad civil le ponía el toque romántico al asunto, y por ello las mujeres caían rendidas frente a la apariencia contundente de un hombre militar. Las había frágiles a sus encantos, y también quienes estaban a la caza de un castrense, movidas por las voces de madres instigadoras que mordían la libertad amorosa de sus hijas sin piedad.

Pero Dasha se había enamorado del caballero desnudo que una noche cualquiera llegó hasta el cabaret sin uniforme y la trató como a una dama, le llenó la piel de caricias y la dejó con ganas de más.

Para él, ella había sido su primera experiencia, una novedad dentro de su vida ecuánime. Una promesa. Por eso Juan comenzó a visitarla más seguido, y por eso también comenzaron los problemas para ambos.

Al principio, la presencia asidua de Perón los sábados a medianoche no inquietó a Marianne Trucott, que lo recibía con una sonrisa y le indicaba la mesa reservada a su nombre. La rusa lo calentaba y eso le dejaba más dinero a su negocio. Punto.

Pero los meses corrían y Juan no había faltado ni un fin de semana al cabaret. Dasha siempre resultaba la elegida, pasaban horas en su cuarto privado y las primeras luces de la mañana lo encontraban dormido ahí, en la casona, con ella.

Y un día Madame Trucott se enfureció.

—¿Qué viene a hacer ese cadetito que te visita?! —preguntó al abrir la puerta de la habitación de Dasha con un sacudón.

La joven, sentada frente al pequeño *secretaire*, leía con preocupación un artículo que hablaba del inminente estallido de una guerra entre las naciones de la Liga Balcánica —Bulgaria, Grecia, Montenegro y Serbia— contra el Imperio Otomano.

—Visita mi cuerpo, no a mí —mintió girando la cabeza para mirarla.

—Pero se queda durante horas, y pasa la noche aquí.

Dasha asintió sin hacer el menor gesto, como si la reflexión de la Trucott fuese el resultado de algo natural.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Sabes muy bien que en esta casa están prohibidas las relaciones entre los clientes y mis mujeres. ¡Y tú eres mujer mía, de nadie más! —remarcó la dama con la cara roja de furia.

—Lo sé, Madame. Le aseguro que entre el señor Perón y yo sólo existe sexo sucio —señaló Dasha.

—¿Sexo sucio? ¿De qué hablas?

—Bueno... —pensaba la joven a toda velocidad para inventarse algo creíble—, al señor Perón le gustan algunos juegos... no sé, yo no conocía de esas cosas. Pero tuve que aprender para satisfacerlo. Es un cliente muy importante para usted, Madame. ¿Cierto?

Marionne entrecerró los ojos. Esta rusa era viva, sin embargo, no tan inteligente como para simular semejante cosa.

—Claro que sí. Imagino que te portas bien, entonces.

—Todo para que él se sienta conforme y usted esté contenta, Madame —agregó Dasha con una sonrisa complaciente.

—¿Y por qué se queda a pasar la noche contigo?

—Es que terminamos agotados. Y se duerme enseguida. Y ronca. Y a veces también tiene pesadillas. Y me da miedo despertarlo y que termine enojándose conmigo. Pero si usted quiere, yo lo hago.

Marionne frunció el entrecejo y permaneció unos segundos callada.

—No. Está bien. Déjalo dormir. Pero apenas abra un ojo, lo echas a la calle. ¿Entendido?

—Por supuesto, Madame.

La única parte cierta de aquel cuento era que Juan visitaba a Dasha todos los sábados. Porque en ese lugar, junto al cuerpo tibio de la joven más bella que había conocido, encontraba caricias.

Sus maestros prusianos imponían en la enseñanza un carácter filosófico a las actividades bélicas, como si la naturaleza del hombre estuviera diseñada para la guerra, como si el humano fuese un animal político cuya única voluntad se motivara por la confrontación armada.

En el Colegio Militar, Perón asimilaba esos conceptos que empezaron a quedar anudados a su juicio como un sello de su instrucción. Sin embargo, en la que parecía otra vida, una parte de sus ideas tenía marcada a fuego otro saber, el de su infancia en la Patagonia, el de un padre que había sido juez de paz y lo había alimentado con versos del gaucho *Martín Fierro*, con palabras que generaban rebeldía frente a las injusticias de Roca, que había asesinado al pueblo de su madre. Palabras que mostraban al hijo que la lucha se urdía entregando un pedazo de su tierra o un poco de su pan, en lugar de tomar las armas.

Fierro plasmaba la cruce entre el español y el indio, la misma sangre que corría por la estirpe de Perón y que indicaba en los ojos marchitos de Juana Sosa Toledo, su madre, cómo mira la vida el sufrimiento.

Quizás el aliento revolucionario de aquel gaucho se había constituido en un germen, en la punta del iceberg que se estaba armando en la mente llena de contradicciones del joven oficial. Su padre le había marcado el rumbo de la honradez y la justicia, en cambio, en el Colegio Militar le estaban inculcando la «lucha a muerte por el puro prestigio» (*)

Y como ese conflicto de ideas provocaba un volcán en erupción dentro de su alma, Perón necesitaba un sitio donde serenarse, una tregua que pusiera las voces en silencio y sólo dejara hablar al cuerpo. Dasha resultó el oasis que, sin darse cuenta, él estaba buscando desesperadamente. Y en los encuentros que compartían, Juan descubría placeres nuevos, pero también ponía en reposo su cabeza.

Por su lado, ella se estaba enamorando de Perón. Era joven, sensual y estaba sola en un mundo tirano que le había arrancado las ilusiones demasiado temprano para un destino virgen. Porque un destino virgen, como el adolescente, suele estar lleno de ilusiones. En cambio, al de ella le habían dado latigazos.

De pronto, llegó él, con su porte elegante, su sonrisa fresca y su compasión. Juan percibía su dolor. Podía verlo en sus ojos desteñidos, en su andar cabizbajo, en la única lágrima que ella se animó a derramar luego de contarle cómo había llegado a parar a ese puerto. Y entonces, luego de hacer el amor, de descubrir las partes más íntimas de su cuerpo, la cubría con caricias, con besos, con afecto. ¿Cómo no iba a estar loca por él? Si Perón era, antes que nada, el sanador de sus heridas.

Algunos cadetes amigos sabían que Perón visitaba la casa de citas de la francesa y que lo perturbaba una muchacha hermosa. Hasta ahí, nada de ello era ajeno a lo permitido: los oficiales podían descargar energías en esos sitios. Punto. La milicia imponía un mandato que debían seguir como si fuera ley: las mujeres de vida fácil servían únicamente para la diversión; con ellas jamás se ponían en juego los sentimientos. Es más, los castrenses no debían ablandarse con nada que no estuviera encomendado a la razón militar. El matrimonio era cuestión de formas para establecer familia. Los afectos estaban apresados. Sólo la causa por la Patria valía la emoción de un oficial.

Perón lo había entendido bien, y así se lo había dicho tantas veces a Moreira, cuando su amigo le advertía acerca del asunto.

—Dejate de joder con esa chica o vas a terminar perdiendo todo.

—No te preocupes, Miguel, Dasha es una buena piba. Me entretengo, nada más.

—¿Nada más? La ves todos los sábados y, además, ya tiene nombre.

Juan soltó una carcajada.

—¿Qué decís?

—Si la llamás por el nombre, algo significa para vos —agregó Moreira.

—Puede ser... —pensó Juan, y de pronto se borró su sonrisa—. De cualquier forma te voy a decir algo que espero nunca olvides: todos tenemos derecho a ser llamados por nuestro nombre. Incluso las putas.

—¡Epa, che!, te pusiste serio.

—Con eso no se jode, Miguel.

En 1913, el cadete Juan Perón egresó del Colegio Militar con grado de subteniente. Estaba entusiasmado, exultante. Su primer rumbo sería el Regimiento 12 de Infantería, a cargo del capitán Bartolomé Descalzo, en las cercanías del río Paraná.

Se había preparado durante años para eso. Los manuales que hablaban de estrategias ya le quedaban chicos; necesitaba el sabor de las prácticas, sentir cómo hervía la sangre en las maniobras. Pero antes de partir, debía despedirse de la compañera que lo había iniciado en su vida sexual, y que tanto había ayudado para que él pudiera encontrar un rato de sosiego en medio del rigor de la academia.

—Me mandan para Entre Ríos. Y no sé por cuánto tiempo —le dijo una vez que terminaron los jadeos y el cuerpo desnudo de Dasha se acomodó a su

lado.

Juan miraba el techo; ella bajó los párpados encerrando una lágrima. El silencio los tapó como una manta que protege cuando la piel tiembla por el frío. En este caso, toda ella temblaba por un nuevo abandono.

—¿No vamos a vernos más? —se animó Dasha luego de unos minutos.

Él giró la cabeza; quedaron recostados frente a frente. Le tomó la cara, le pidió que abriera los ojos y le dijo:

—Hace casi dos años que te visito. Me enseñaste a usar mi cuerpo, a disfrutar del tuyo y además, fuiste sincera conmigo, me regalaste tus emociones. — Las lágrimas de ella comenzaron a caer sin control por las mejillas—. Toda mi vida voy a estar agradecido por eso. Pero soy un militar, y mi sueño es llegar a ser un conductor. No puedo quedarme, tengo que seguir mi destino. No sé si voy a volver, no quiero prometerte lo que no tengo certeza de cumplir.

Dasha se cubrió la cara con sus manos y Juan la acercó hasta su pecho. La dejó ahí, quieta por un rato, sin molestarla, para que ella descargara su dolor.

En la mente fresca, inocente, dañada, de esa joven extranjera, él la había protegido, le había hecho sentir que podía volver a confiar y que también podía volver a querer. No obstante, a pesar de sus cuidados, de su trato gentil, de las confidencias que suelen ocurrir entre los amantes, a pesar, incluso, de haber dormido enredados durante varias noches, él nunca le había prometido un amor.

Aunque Dasha no lo supiera, Perón tenía una especie de conciencia muda que animaba sus actos, como si el fuego que corría por su sangre lo empujara hacia una meta que hasta el momento desconocía, y a la cual no estaba dispuesto a renunciar.

* * *

Las maniobras militares no resultaban tarea fácil de cumplir. Para 1914, impusieron a los oficiales el entrenamiento en unos campos inundados por lluvias que no pararon de caer durante días. Los regimientos debían pasar noches a la intemperie, sin poder comer ni dormir bien; tenían que soportar duras jornadas en pésimas condiciones. Trabajaban desde las cinco de la mañana hasta la puesta del sol. Estaban famélicos y exhaustos.

Una tarde, el subteniente Perón se mostró furioso.

—¡No podemos tolerar que falten alimentos a nuestros hombres, ni que

duermen en barracones sucios, húmedos, llenos de lodo! —estalló ante el teniente Lino Montiel.

—¿Qué vamos a hacer entonces, negarnos a las prácticas y formar parte de los flojos? ¿Quiere que se burlen de nosotros? —se inquietó el oficial.

—Con su permiso, mi teniente, cuidar de nuestra gente no nos hace flojos, al contrario. La gente merece ser tratada con respeto. Y respetar las condiciones humanas de un subordinado, significa, ante todo, tenerlo en cuenta. De esta manera, se lo acerca más a los fines del mando. ¿Cómo vamos a contagiarle confianza a alguien que sólo tiene la cabeza puesta en el ruido que le hace el estómago por el hambre? «Para vencer un peligro, suele servir la confianza que el hombre tiene en sí mismo». No hay otra.

—Me está citando a *Martín Fierro* —captó Lino al escuchar la última frase.

—¿Quién mejor que él para mostrar cómo debe llevarse uno con la vida? Con su permiso, voy a hablar con los muchachos y que se arremanguen: vamos a construir refugios para evitar que el agua nos llegue al cuello. ¡Ah!, también voy a hacerles traer varias bolsas de maíz para no quedarnos sin comida. No soporto ver el dolor que aparece cuando tienen el estómago vacío.

Rezagado, Bartolomé Descalzo, su jefe, animó una sonrisa hacia los labios. Miraba la escena desde un rincón en penumbras. Perón ayudaba a sus oficiales como nadie, en las dificultades con las tareas y también en cuestiones personales, evitaba imponer sanciones excediendo los mandatos de la milicia y así, de ese modo inusual y generoso, se ganaba el afecto de su gente. Para Descalzo, Perón se estaba convirtiendo en uno de sus mejores oficiales, y lo hinchaba de orgullo. Para Juan, el capitán representaba temple, sabiduría, la palabra justa, el ideal a conquistar. Era, quizás, un reflejo del padre que había quedado lejos; por eso el cariño se agrandaba cada día. Y también la admiración.

En 1916, el Regimiento 12 de Infantería donde prestaba servicio se trasladó de Paraná a Santa Fe. Allí, el subteniente Perón mostró con más énfasis el pulso que su corazón marcaba desde niño.

La gente lo recibió con afecto, como la mayoría de las veces que se paseaba con sus oficiales por las provincias. Pero esta vez, ese afecto le venía prestado de antaño.

El doctor Tomás Liberato Perón, su abuelo, había fundado el primer

hospital de sangre (**) en esas tierras, y el pueblo tenía memoria y lo adoraba. Tomás se había graduado en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, aunque sus conocimientos y su trabajo no quedaron circunscriptos ahí; solía pasearse por diferentes lugares, ir más allá de los límites porteños, siempre con el afán de sanar. En su expresión cotidiana aparecía tallado el sufrimiento que veía en los enfermos, y eso le producía más dolor. Fue médico cirujano en la batalla de Pavón y durante más de veinte años dictó clases de Química en la universidad. Cuando la fiebre amarilla se convirtió en epidemia, Tomás Liberato Perón no huyó de la Capital como habían hecho algunos colegas; en cambio, prestó servicio en la ciudad y por ello fue coronado con el título de Benefactor de Buenos Aires. Todos le tenían respeto, adoración. Era un hombre de ciencia bondadoso y excéntrico: contaba con la colección de rosas más completa de Sudamérica. Más tarde, se radicó en la localidad de Ramos Mejía donde continuó consagrado a la medicina hasta su fallecimiento.

A pesar de no haberlo conocido, el joven Perón, su nieto, llevaba en los hombros ese pasado de lucha, de grandes maestros, el flujo de aquella sangre inquieta que solía estar del lado de quienes sufren. Y de ese modo, sin saberlo, debido quizás a la continuidad del linaje, a un lazo secreto que viaja a través del tiempo y la memoria, los ojos de Juan reflejaban la mirada nostálgica de su abuelo, y trazaban un destino que, aunque desde otro lugar, intentaría el mismo norte que había buscado Don Tomás Liberato.

Por entonces, Hipólito Yrigoyen estaba a la cabeza de la primera presidencia surgida de elecciones sin fraude. No gobernó para los obreros, sin embargo en un principio tuvo el apoyo de los trabajadores. Pero el país se encontraba revolucionado producto de la onda expansiva generada por la Guerra Mundial en Europa. Llegó la crisis económica que afectó al comercio exterior, generando huelgas e inflación. Las demandas de los pobres encontraron respuesta en las organizaciones gremiales que crecieron a grandes pasos.

El presidente tomó una actitud esquivada frente a los militares, recortó presupuesto para armamento y de esa manera les dio la espalda.

En aquel marco de convulsión, un movimiento huelguista comenzó en los establecimientos de La Forestal, empresa británica que producía toneladas de extracto de quebracho colorado, de cuyo tronco se extraía tanino para exportar a Inglaterra. Con él, se curtía el cuero de las botas de soldados enviados a las trincheras. Los obreros se negaron a continuar trabajando en las condiciones

de miseria a las que eran sometidos. Como se produjeron enfrentamientos con la policía privada de la empresa, el Ejército fue llamado para poner orden.

El capitán Descalzo envió con instrucciones de paz al reciente ascendido teniente Perón, al frente de veinte hombres, a uno de esos poblados de la región chaqueña.

Cinco mil trabajadores habían quedado a la deriva esperando que alguien los escuchara. Hacía más de un mes que carecían de víveres y agua potable debido a que la fábrica había dispuesto el cierre de las bombas. Se estaban muriendo de a poco.

Allí había grupos anarquistas a quienes Descalzo detestaba. Pero el capitán también aborrecía a los señores feudales subordinados a la corona británica, a quienes sólo les interesaba someter a los peones para explotarlos. No obstante, Descalzo sabía que tampoco debía ponerse en contra de las autoridades que buscaban frenar el conflicto. Y Perón se había transformado en un oficial inteligente y estratega, sensible a las demandas de los obreros, pero con mucho conocimiento del rigor militar.

El teniente no se hizo repetir la orden y se apersonó en el local de los huelguistas vestido de uniforme, pero sin escoltas ni armas. Indicó a sus hombres que esperaran afuera. Entró solo. Los empleados quedaron mudos al verlo llegar, ese «milico» en medio de su asamblea los dejó sorprendidos. Algunos obreros se miraron sin comprender qué sucedía y le exigieron que se marchara; otros, empero, advirtieron el gesto amable del oficial que los saludaba uno a uno, estrechaba las manos con afecto y los miraba de frente mientras caminaba hacia el centro del salón.

—Trabajadores —inició Perón de repente—, sé que no debe de ser fácil para ustedes sentir a un militar como un amigo.

En ese instante el murmullo cesó.

—Les pido solamente una cosa para empezar esta relación: confíen en mí. Necesito de su confianza. Apenas me enteré de todo esto, decidí venir desde muy lejos porque me interesa lo que les pasa. Y quiero dar mi mejor esfuerzo para ayudarlos, porque lo que ustedes están sufriendo, créanme, yo lo siento en el corazón. Pero primero debo saber qué les sucede. ¿De dónde viene tanta rabia?

Los hombres se miraron sin entender. Era la primera vez que un militar les dirigía la palabra con buenos modos y, sobre todo, les hablaba de corazón... Estaban azorados. En las miradas se fueron apagando las primeras chispas de furia. Las bocas quedaron abiertas; era difícil hablar pues algunas emociones

nuevas, que rozaban la calidez, se mezclaban con la impotencia por esa situación apremiante que los dejaba indefensos frente a los opresores. Estaban llenos de angustia, de enojo, de frustración.

—Los suyos, los policías y los soldados, nos apalean con violencia —se animó a gritar uno, rompiendo el silencio con intención—. Persiguen a nuestras mujeres y a nuestros hijos como si fueran delincuentes. Nos tratan como perros. Ni siquiera nos permiten andar por el pueblo en libertad para evitar cruzarse con nosotros. Nos ignoran, como el amo ignoraba al esclavo en época de la esclavitud.

—Nos cortaron de cuajo, señor —soltó otro con lágrimas en los ojos, más afectado por la pena que el arrebató. Tenía las manos duras, con esas venas marcadas de quien se esfuerza para llevar el pan a su familia—. No podemos alimentar a nuestra gente. Nos estamos muriendo de hambre.

Al teniente Juan Perón se le humedeció la mirada. Un latido sacudió al medio su pecho erguido. Era la misma sensación que había tenido aquella tarde, cuando su padre le explicó por qué debían dar sus abrigos a los pobres. No había vuelto a sentirlo desde ese momento. De pronto, vino a su mente la imagen frágil de Dasha, su humillación, su desgracia. Recordó su cara llena de lágrimas, clavándole culpas por abandonarla sin demasiada excusa. Y ahora estaba ahí, con esos obreros también abandonados por otra desgracia, la impuesta por hombres de cuello estirado que no tenían más que un apellido importante y el patrimonio heredado sin honor. Como si la vida lo hubiese llevado desde la cama de Dasha directamente hasta esa asamblea, para comprender mejor la miseria de un país que desbordaba de vacas y, sin embargo, mataba a su pueblo de hambre.

Por unos segundos se quedó sin habla. Intentaba despejar emociones para acomodar mejor las ideas. Frunció el entrecejo que en general mantenía blando, y se dirigió hasta la salida. Desde la puerta se oyó su voz mucho menos amable que de costumbre.

—¡Vayan ahora mismo a poner en funcionamiento las bombas de agua y rehabilitar el almacén que provee de alimentos! —ordenó a sus soldados—. ¡Asalten el lugar, si es necesario, así tengan que derribar la puerta! —les gritó.

De inmediato volvió al centro para hablar con la gente. Su expresión se modificó al instante: relajó el ceño y apareció de nuevo la sonrisa. Las palabras parecían intentar un abrazo, como si al cambiar de interlocutor su voz se hubiera suavizado.

—Trabajadores, desde ahora, ustedes pueden pasar por donde les dé la

gana. Pueden usar el mismo camino que los soldados, y además, anden con la frente alta. Les aseguro que ellos no volverán a faltarles el respeto —sonrió—. Y también quiero pedirles que me busquen cuando les pase algo. No importa lo que sea, vengan de vez en cuando a conversar conmigo. Sin miedo, por favor se los pido. Yo necesito saber de ustedes, y quiero que ustedes sepan de mí. Espero que no olviden mi nombre: me llamo Juan Domingo Perón.

Se despedía con una proclama que los incitaba a vivir libres, pero además con un pedido de cariño y de recuerdo.

Al retirarse, dejó una ola de aplausos a sus espaldas. Sus pasos no sólo marcaban la salida de ese pequeño local asambleísta; estaban delineando las primeras huellas de un rumbo que lo conduciría a la victoria. Su comprensión, el trato suave y, sobre todo, la sensibilidad por los desposeídos, habían cautivado a esos obreros que hasta entonces no lo conocían. Pero él sabía que quedaban millones más.

Por primera vez, Perón tuvo plena conciencia de las heridas que provocaba la injusticia, de la cantidad de pobres que habitaban el suelo de un país rico. Y en ese momento, como si una voz le hablara desde lejos, allí donde la historia familiar plantó semilla, donde el recuerdo aparece disfrazado en alguna experiencia de la vida adulta, balbuceó una frase mientras se marchaba:

«Mi causa será la causa de este pueblo».

*- En *Fenomenología del espíritu*, La Dialéctica del amo y el esclavo, de Hegel.

** - Hospital que se ubica cerca de un campo de batalla para recibir a los heridos.

Primer hilo...

Los subordinados cumplieron las órdenes impartidas por Perón porque le rendían obediencia y estaban cegados por él. No era extraño que buscaran excusas para acercársele, para intentar algún acto que pudiera complacerlo, o simplemente servir a su voluntad con un celo que los hacía competir por su cariño. Algunos llegaban con la debilidad de las clases más necesitadas, con la espalda ya gastada por el dolor, anhelando mejor suerte en el ámbito castrense. Juan Perón dejaba de lado las posturas formales propias del Ejército y los saludaba con ademán sencillo, les daba un abrazo y los miraba a los ojos con una sonrisa. Esa era su característica y sería su principal arma de seducción. Con una sonrisa blanca de dientes alineados conquistaría no sólo a una Nación, sino también a Ella.

II

—Ahí voy... ahí voy... —anunció Juan Duarte moviendo sus bigotes anchos sobre el cuello de la mujer. Y al fin, eyaculó con esa sensación fuerte que sólo ella podía arrancarle.

Quizás por pertenecer a una familia conservadora, Estela Grisolia, su esposa, jamás lo había saciado de esa forma. Se encontraba a 160 kilómetros de distancia, cumpliendo su tarea de buena madre mientras él, su marido, traía más críos al mundo bajo las sábanas de otra.

El vasco tenía dos hogares y en cada uno, hijos a los que consideraba de forma muy distinta. Los de Chivilcoy eran de origen legal; en cambio, los nacidos en la vivienda humilde de Los Toldos, aunque fueran producto de una gran pasión, jamás lograrían ese estatus.

Juana Iburguren, la otra, era una hermosa criolla de labios pequeños y mirada profunda. Su cuerpo generoso enloquecía los afanes de aquel estanciero que había alquilado el campo La Unión a poco de pisar esas tierras. En realidad, él era un simple testaferro de un hacendado que representaba a un ganadero; sin embargo, su porte de caudillo y ese andar erguido y bien llevado simulaban las luces de un dominio conservador que no era propio.

—Estoy embarazada —informó Juana apenas oyó el sonido ronco que anunciaba el final de su orgasmo.

—¿Qué? ¿Otra vez! —exclamó él con la voz todavía jadeante. Y se alejó unos metros.

—Sí, otra vez —contestó Juana desafiándolo.

—¿No le bastan a usted las humillaciones que tuvo que soportar su abuela, que calmaba las ganas de tantos soldados de la Conquista al Desierto, y las habladurías que quedaron dando vueltas en las bocas de este pueblo por eso? ¿Tiene que andar trayendo hijos naturales al mundo para que todos los señalen con el dedo? Tengo cuarenta y ocho años y usted más de treinta, ¡por Dios! ¿No habíamos acordado que ya era suficiente? —hablaba con los brazos abiertos, moviéndose de un lado a otro de la pieza, como intentando una respuesta razonada a la noticia que le ponía un obstáculo más a su vida lujuriosa.

—¿Suficiente? ¿De qué me habla, Juan? Hace más de diez años que estamos juntos y usted decide cómo y hasta cuándo. ¿Cree que puede seguir gastando sus ganas en mí sin consecuencias? —replicó ella apoyada sobre uno de sus codos—. Yo lo quiero mucho pero la cosa es que, con este, ya voy por el quinto y siempre es lo mismo. ¿Va a seguir negándoles el apellido?

El hombre, que en la primera década del siglo XX se había beneficiado con las maniobras fraudulentas que le habían quitado a la comunidad mapuche de Los Toldos las tierras reconocidas años atrás por el gobierno, de pronto se detuvo. Un soplo de aire le desordenó algunos pelos del bigote. Con paso firme se acercó de nuevo hasta la cama, tomó el mentón de Juana y mirándola sin ninguna ternura, le dijo:

—No pienso reconocerlo.

* * *

Nacido en 1786 en suelo chileno, Ignacio Coliqueo fue designado Cacique por ser descendiente del líder indio que había resistido con hidalguía la invasión española. Como en la sangre llevaba la sublevación contra aquellos que querían someterlos, peleó en la Guerra de Arauco para defender a su tribu de gobiernos impuestos por *huincas* (los blancos) que venían a robarles los sueños. Sin embargo, poco tardó en comprobar que sus esfuerzos se harían polvo y que, si no se aliaba con sus enemigos, perdería a toda su gente. Sabía de las luchas internas que se estaban gestando entre los civiles del país vecino, por eso se acercó hasta las autoridades argentinas, hizo buenas migas con ellos y así se ganó la cualidad de indio amigo de los hombres blancos. Abandonó su patria y se internó en La Pampa junto a su tribu. Con el tiempo se sumó al Ejército del general Justo José de Urquiza para combatir en la batalla de Cepeda a cambio de tierras para su pueblo. El general incumplió lo pactado, y entonces el indio volvió a la carga uniendo sus fuerzas a Bartolomé Mitre, quien le pagó como se merecía. En 1861, lo reconocieron como Cacique principal y Coronel Nacional. Al tiempo fue convocado para combatir junto a sus guerreros contra Urquiza en la batalla de Pavón. Por su victoria, el gobierno le cedió algunos territorios en Junín, pero luego lo desplazaron a la zona de Los Toldos, donde el suelo arraigaba mayores privaciones.

Juana Guaiquil de Rawson no era simplemente una partera. Descendiente de Ignacio Coliqueo, ese mapuche que había triunfado en aquellos campos ganándose la admiración de los indios amigos y el respeto del Ejército Argentino, llevaba en las venas toda la fuerza de sus antepasados.

Juan, el hijo mayor de Doña Ibarguren, llegó hasta su vivienda muy agitado. Había corrido los tres kilómetros que lo separaban de su casa porque su madre estaba en un grito. En un principio, se había rehusado a ir hasta allí pues las habladoras del pueblo solían decir que esa mujer era una bruja *kalku* que estaba dirigida por los *wekufes*, espíritus mapuches al servicio del mal que viajaban a través de los tiempos.

Juancito golpeó sus palmas para que pudieran oírlo. La noche estaba oscura y su alma llena de miedo, por su mamá que sufría, y porque sería la primera vez que tendría enfrente a la hechicera.

—Eh... Perdone que la moleste tan tarde, señora... —inició el niño con un temblor en la voz apenas ella abrió la puerta—. Es que mi madre está con fuertes dolores desde hace varias horas. Y me mandó por usted.

La mujer frunció el ceño y por unos segundos no abrió la boca. El chico estaba duro, parado en el umbral sin pestañear.

—Espéreme, m'hijo, que busco un abrigo. Está muy fría la noche —le dijo a secas. Y luego de pasar una mano por su mejilla, agregó—: y usted está helado. Ahí voy por una manta.

Los esfuerzos de la matrona dieron fruto a las cinco de la madrugada; la criatura parecía

sana y además era bella. La madre estaba exhausta; había quedado dormida minutos después del parto. Era su oportunidad, pensó la partera.

Lejos de los *kalkus*, que trabajaban con los espíritus malignos para hacer daño, se consideraba a las *machis* intermediarias entre el pueblo y los dioses del *wenu mapu*, el reino del cielo, para otorgar a su gente salud, bienestar y abundancia. Eran la representación divina en la Tierra, y por eso estaban dotadas de facultades sanadoras y solían realizar rituales para la adivinación.

Desde pequeña, a Juana Guaiquil la habían preparado para ser *machi* de la comunidad. Sin embargo, sólo con el tiempo descubrió el significado de ese designio. La revelación llegó en la adolescencia, tras haber sido afectada por ese mal que azotaba a los pueblos y sacaba de las gargantas tanta sangre que acababa matándolos a todos. Una noche Juana soñó que sería la única en curarse de su comunidad. Y al despertar se sintió extraña; la tos era insistente, no obstante se había levantado con más fuerza. A partir de ese día comenzó a correr por los campos abiertos durante las mañanas, se llevó a la boca savia de algunos árboles viejos, bebió mezclas de leche, chocolate y huevo, y entonces se sanó. Nadie podía dar crédito al milagro; pero su padre lo sabía, porque él la había preparado para eso desde antes de conocer la vida.

Machi Juana limpió a la niña que no lloraba, y la arropó sobre su pecho para que pudiera sentir el ritmo de un corazón que ya la recibía con afecto. Sacó la esfera que siempre llevaba en el bolsillo de su pantalón, cerró los párpados y la hizo girar frente a la criatura. Contó hasta cinco en honor a la hora en que ella había conocido el mundo, y se detuvo. Deseaba que la cuenta diera justo en la cara dibujada con varios soles, que representaba una vida llena de luz y buenos ratos. Pero al mirar la piedra sus ojos se ensancharon de estupor: se había detenido precisamente en la cara opuesta: la luna simbolizaba un mal presagio y, muchas veces, la muerte.

De pronto sintió que sus manos se mojaban. Ahuecó la palma y se arrió más al farol para examinar la primera orina de la criatura. La llevó hasta su nariz y al olerla, frunció el entrecejo en señal de descontento. Con la beba en brazos salió de la choza, se internó en el bosque bajo la noche fría; algunas estrellas cortaban la oscuridad iluminando el llano. Giró la cabeza en varias direcciones hasta ubicar a Melipal, la constelación que formaba la Cruz del Sur, que en ese momento apenas titilaba sobre el cielo. Sacó de su garganta un silbido prolongado para invocar a los dioses que acogieran su pedido. Y allí, cuando el llanto de la pequeña estaba a punto de hacerse grito entre los árboles, Juana escuchó el mensaje divino casi como un milagro que debía llegar justo antes del sollozo. La acercó más hacia su pecho, se inclinó hasta sentirle el rostro y le habló al oído en un susurro, en la lengua arcaica y noble de sus ancestros mapuches.

«Haz de dar vuelta tu destino. Serás una Reina, y hombres y mujeres del mundo entero admirarán tu belleza. Y habrá un Rey que te estará esperando. Y llegará el día en que lo tendrás rendido ante tus pies. Haz de ser la dueña de su pasión, aunque también llevarás en la espalda todas sus penas. Y le ayudarás con tu lucha a calmar el llamado de los que sufren. Ellos te adorarán como a la Madre Tierra, y vos serás su salvación. Pero no te olvides nunca

que tu causa debe ser una causa buena. Porque si no, tu cuerpo se llenará de lamento y sufrirás. Y entonces el pueblo se quedará sin Reina. Y ellos, también sufrirán. El tiempo ha de intentar que olvides mis palabras, pero se ha de enredar este mensaje en tu memoria. Vos no sabrás nada de esto. Y sin embargo, recordarás. Siempre recordarás. Hasta el final».

Cuando la *machi* finalizó la última palabra de su profecía, la pequeña lanzó un alarido. Y se desató su llanto bajo las constelaciones que la alumbraban con el eco de un tiempo sagrado.

* * *

La nueva integrante se unió a sus cuatro hermanos en la modesta casa de la calle Francia. Como el padre se negaba a darle su nombre, Juana Ibarguren decidió llamarla Eva María y la inscribió con su apellido.

A esa altura, la familia era numerosa y las habladurías, constantes. Las presiones de Juan Grisolia, el suegro del vasco Duarte, se estaban tornando insoportables. Grisolia era un caudillo muy influyente de Chivilcoy y Duarte no deseaba perder la posición holgada que había logrado construir y sostener basándose en la alianza con su hija. Una tregua resolvió el conflicto: el vasco espaciaría cada vez más sus visitas a Los Toldos hasta abandonar para siempre su presencia allí. A cambio, el suegro le otorgaba su perdón y podría continuar disfrutando de la buena vida ganadera. Pero no más enredos con la criolla y sus niños.

Juana jamás se enteró de aquel pacto, y a pesar de sufrir los ojos acusadores de una aldea de principios de siglo que desaprobaban su concubinato con el señor casado en otras tierras, continuó esperándolo como de costumbre, con ese amor que le entregaba más allá de cualquier regla.

Eva creció con un padre al que apenas conocía, que le había negado tanto el honor de su nombre como las caricias. No obstante, tuvo oportunidad de verlo algunas veces en su casa, de escuchar su voz y percibir el cambio de los gestos en el rostro cuando su madre se acercaba a darle un beso. Todo eso pudo conocer la pequeña Eva, porque cuando Juan los visitaba, ella se escabullía y los miraba a escondidas detrás de un mueble viejo. Veía a un hombre de ojos intensos que a veces respondía con palabras de afecto a los reproches de su amante y otras, simplemente desaparecía dejando unas monedas sobre la mesa, frente a sus lágrimas.

Así, agazapada entre los tablones de madera, mirando a su padre desde lejos, Eva María aprendió dos cosas nuevas: que los abrazos de una mujer podían derretir el temple de los varones, y que llorar frente a un poderoso por limosna significaba una desgracia, porque además de soledad, la humillación generaba más tristeza. El llanto era un lujo que ellas no podían darse; sólo estaba permitido a las mujeres de clase. Esa fue la gran lección que le dejó Juan Duarte, su padre ausente. Lección que nunca olvidaría.

En 1926, un accidente automovilístico se cobró la vida del vasco. Sin embargo, el carácter de Juana para enfrentar las desventuras hizo valer el derecho de sus hijos a velarlo.

La familia llegó a Chivilcoy en medio de un revuelo de murmullos y dedos acusadores que intentaban llenarlos de vergüenza. Las hijas legítimas de Duarte comenzaron a gritarles

sin compasión que se volvieran a su pueblo. Los insultos eran denigrantes; Juana, de pie frente a la sala, no se movía. A nadie le importaban las emociones de esos niños, que traían en la mirada angustias demasiado tempranas para la infancia. Ellos eran los bastardos del difunto, y a él ya no le quedaba voz para defenderlos.

El intendente de Chivilcoy, cuñado de Duarte, puso fin al asunto: apartó a la familia legal, tomó del brazo a Juana y a los chicos y los acercó hasta el féretro para que pudieran despedirse de su padre.

Blanca, Elisa, Juan Ramón y Erminda soltaron su congoja. En Juana, simplemente, se humedeció la vista. Eva los observó sin hablar y sin llanto. En ese momento recordó su escondite detrás del mueble viejo, ese que le servía de trinchera para espiar los encuentros de su madre con el hombre que, según decían, era su papá. Los había visto en distintas situaciones: él inclinado sobre su cuerpo, aferrando los pechos o hurgando dentro de su falda antes de llevarla al dormitorio, mientras ella buscaba su boca en un intento por guardarse algo de su cariño. Pero aquella tarde en la que Juana lloraba suplicando por su amor más que por las monedas que Duarte dejaba para cubrir el hambre y sus ausencias, permaneció intacta en la memoria de su hija. Eva recordaba la cara de su madre cuando él decidió huirle a los reclamos de cariño. Juana había quedado inmóvil, con la vista fija en la puerta. Y ella sintió que el corazón se desprendía de su cuerpo por no poder ayudarla. Lo sentía latir tan fuerte que hasta temió la descubrieran espiando.

El recuerdo la invadió por completo justo en ese instante, en que su hermana desgranaba un llanto lastimero junto al cajón que sostenía la masa corpulenta de Juan Duarte. Erminda lloraba a su lado por ese hombre sin alma que las había abandonado mucho tiempo antes de morir. Había sido el ladrón más cruel de sus primeros años, porque no sólo les había robado el apellido, también se había llevado la sonrisa de su madre. El pulso se aceleró y una furia difícil de controlar se apoderó de ella. Nunca podría quererlo. Sentía repulsión, desprecio. Le deseaba la muerte aunque estuviera muerto. Entonces tomó la mano de su hermana, le apretó los nudillos con fuerza y le habló cerca del oído. «No llores más», le dijo.

La niña, que era un año mayor, la miró sorprendida, sin comprender su fastidio y ese tono grosero en medio del velorio de su padre. Era la primera vez que Eva le hablaba de esa forma, tan segura de sí, con una firmeza que no daba lugar a la evasiva. Sin entender muy bien qué le pasaba, no obstante de inmediato le hizo caso. Y con un respiro profundo borró la última lágrima que estaba por salirse de sus ojos.

Eva sonrió satisfecha. Ya ninguna Iburguren lloraría por el muerto. Eso estaba reservado para las Duarte.

* * *

Con la desaparición del vasco, comenzaron años duros. La familia tuvo que abandonar la vivienda de la estancia y buscar otro lugar para refugiarse.

Juana no supo si fue por la tristeza de su mirada o por su belleza, que un hombre llamado Rosset les alquiló una casa y comenzó a frecuentarla más de lo debido. Ella estaba desesperada, contaba las monedas y hacía malabares con el fin de conseguir algo de sustento para sus hijos. Entonces accedió a esos encuentros para alimentarlos. El hombre

hasta llegó a sentir afecto sincero por los niños. Estaban desvalidos, y él los ayudaba a cambio de la cama tibia de esa mujer hermosa. Encomendó a su chofer que los llevara a la escuela en los días de lluvia; así las mañanas quedaban libres para ser feliz en los brazos de Juana. El pueblo entero se llenó la boca hablando otra vez de ella, de su nueva relación con un casado.

La cuestión de la vivienda estaba resuelta, ahora faltaba conseguir más trabajo. La máquina de coser resultó ser la gran proveedora, y también el único refugio que la mujer encontró para su angustia. Había recibido un diploma de corte y confección en la academia de costura de Los Toldos. Ese oficio le sirvió para sobrevivir.

Los ruidos de la costura se convirtieron en los sonidos de su vida; escondían los sollozos del duelo por un amor perdido que se deshacía entre el movimiento de sus manos. Se había quedado sola, de protección y de cariño. Entonces cosía, día y noche se la pasaba pedaleando. Con destreza sujetaba y deslizaba la tela durante horas, y así la soledad tomaba forma de puntadas y de hilos.

Mientras tanto, los hermanos Iburguren inventaban sueños de la nada. Si bien la casa era modesta, los espacios abiertos siempre contribuían para hacer volar su imaginación. Trepaban a los árboles en medio de la siesta y se armaban cuentos en donde los duendes, los príncipes y las princesas tenían por castillo al medio ambiente. La naturaleza misma era el lugar de los juguetes, las marionetas, el único permitido para las fantasías. Y la única melodía infantil que conocían era la murga constante de la máquina de coser que su madre recién interrumpía a medianoche.

Como el dinero no alcanzaba, Juana debió recurrir a la ayuda de sus hijos. A Elisa, la mayor, le consiguió un puesto de auxiliar en las oficinas del correo; Juancito, el único varón, colaboraba con la paga de mandados para un almacén.

Eva recién pudo cursar su primer grado a los ocho años. Callada, tímida, le costaba el afecto. Sus compañeras la señalaban con el dedo; era la ilegítima de un estanciero muerto, y su madre, una mujer sin marido que no paraba de revolcarse con hombres ya comprometidos. Ella escuchaba los murmullos que corrían por el patio en los recreos y la dejaban sin juegos y sin amigos. Y así creció, sintiendo que la rechazaban por cosas que nada tenían que ver con su voluntad, ni con su verdadera historia. En su mente, la realidad era otra: su mamá se había enamorado de un ganadero que la cargó de críos pero jamás la cuidó como se merecía, un señor que mostraba más interés por sus pechos que por un abrazo. Y ellos, sus hijos, heredaron un padre que se negó a darles su apellido y los llenó de vergüenzas.

Segundo hilo...

Los chicos de su pueblo la hacían a un lado. Y eso era peor que la ignorancia. Porque ser ignorada era materia conocida: su padre le había enseñado del tema. Pero el maltrato, el enojo de sus pares, le quitaba las fuerzas. Ante cada insulto el cuerpo de Eva parecía hacerse más pequeño: se retraía, permanecía muda, con un silencio prolongado y doloroso. Nunca contestaba a las agresiones, pero jamás apartaba la vista. En su mirada podía verse algo singular, como si la recorriera una fuerza inconsciente capaz de cambiar su historia. A pesar de las adversidades, parecía estar preparándose para enfrentar su destino con una pasión encendida: la de sus ojos. La misma pasión que la convertiría en una mujer distinta a todas las demás.

III

—¿Por qué te fuiste a dormir tan temprano? La estábamos pasando bien anoche. Y esa piba no estaba nada mal. ¿Anita era? Te miraba con cara de «pedime lo que quieras». La podrías haber llevado al bulín de Godoy Cruz — sugirió Mario.

—Sabés que ese departamento lo alquilamos entre Pedernera, Piovano, Ponce de León y yo. Y Pedernera avisó ayer que lo usaría —contestó Juan un poco molesto.

—Bueno, igual, a mí decime la verdad: ¿Qué te pasa que le escapás al compromiso?

—«Si entregan su corazón a una mujer querida...» —apuntó Perón con el dedo índice en alto.

—«...No le hagan una partida que la ofenda a la mujer...» —siguió su hermano.

—«...Siempre los ha de perder una mujer ofendida» —terminaron a dúo.

—¿Pensás seguir tu vida según los consejos de José Hernández? — preguntó Mario—. ¿O te asusta la idea de enamorarte?

Juan soltó la risa con energía.

—¿Qué decís? Si yo no puedo vivir sin una mujer —abrió los brazos.

—¿Me hablás de la abuela y de las tías? —ahora su hermano también reía con ganas.

—La semana pasada Descalzo se me plantó, tal como vos ahora. Tuve que soportar un sermón acerca de perfeccionar mi conducta con el matrimonio. Casi como si fuera una orden, exigió que me casara pero que tuviera sumo cuidado en la elección de mi prometida. Tiene que ser la mujer *correcta*, dijo apuntándome con el dedo.

—Hacele caso —señaló Mario—. Si te obsesiona tanto tu carrera militar, deberías empezar por cumplir las órdenes de tus superiores.

A partir de su enredo con Dasha Petriev, Juan Perón aprendió a controlar sus pasiones amorosas. Cuando necesitaba descargar su impulso sexual, generalmente se iba hasta algún prostíbulo, hacía lo que tenía que hacer, y

regresaba al cuartel. Jamás visitaba a una mujer más de una vez. Su relación con la joven rusa le había clavado una espina en el pecho y en su memoria, que su conciencia militar se ocupó de hacer a un lado, de dejar en un rincón oscuro de la mente. Para que no molestara, para impedir que doliera tanto el afecto como la culpa, que en los primeros meses se había metido como una serpiente por sus pensamientos, acusándolo sin piedad por aquel abandono.

Nada debía distraerlo de su vocación, por eso resolvía sus urgencias de varón con dinero: «Yo no hago el amor, lo compro hecho», solía decir a sus compañeros cuando hablaban del asunto.

Ninguno de sus maestros, ni los prusianos del Colegio Militar, ni los héroes cuyas vidas solía repasar en los libros de Historia, ponían demasiada atención a la cuestión femenina, como si la vida castrense cercara los antojos de la carne y anesthesiara las emociones tiernas de un hombre marcial.

Pero Bartolomé Descalzo no sólo era su maestro, sino también un ejemplo, el hombre a quien Juan admiraba, el instructor que lo guiaba para construir una vida llena de honores. Y las palabras con relación al casamiento habían plantado en su discípulo la semilla perfecta, como la voz de un padre planta en el hijo el germen de un mandato ineludible.

Debía elegir a la mujer *correcta*, le había dicho. Sin embargo, en la historia ancestral de Juan Perón las mujeres nunca habían sido correctas, sino todo lo contrario.

* * *

En los albores de 1830, Tomasso Marius Perron, luego Tomás Perón, ya se había instalado en Buenos Aires. Revueltas de carácter liberal y nacionalista lo empujaron a emigrar de Génova. Pero en sus ojos todavía salpicaba, como un reflejo que jamás olvidaría, el brillo intenso del mar de Liguria: su hogar. Las colinas rocosas levantadas en medio del agua, donde los pescadores asentaban su casa y su familia, aparecían en la memoria como una nostálgica mole con olor a pueblo y a bahía. En la ciudad porteña todo era distinto. El puerto estaba lejos de su casa y el color oscuro del río distaba mucho del turquesa mediterráneo.

A los diez años de su llegada, ya con treinta y cuatro, encontró el amor en las manos gentiles de la joven Ann Hughes McKenzie, de dieciocho. Para 1833, estaban casados y ya habían montado un almacén de barrio que ellos mismos atendían, mientras traían ocho hijos al mundo.

Tomás Liberato, el primero, nació el 17 de agosto de 1839. Tenía ojos profundos, labios pequeños y desde adolescente se había acostumbrado a llevar una barba sobre la mandíbula. Se graduó con honores en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, dio clases como profesor, fue químico, miembro del Consejo de Higiene Pública, autor de numerosos ensayos y, además, copó una banca de diputado provincial por el partido del general Bartolomé Mitre. Era un apasionado de la filosofía y la botánica, y tenía obsesión por el cultivo de rosas.

En el hospital donde solía prestar servicio había muchas mujeres, pero a Tomás lo inquietaba sólo una: Dominga Dutey, la partera que desde hacía algunos meses le daba una mano con los casos más urgentes.

A inicios de 1867, una noche resultó más complicada que de costumbre. Llegaba a la guardia una joven con la presión muy baja y sin fuerzas se desplomaba en la entrada. Dominga corrió para atajar la cabeza segundos antes de que diera contra el suelo. La mujer quedó boca arriba, sobre el regazo de la enfermera; que terminó de rodillas en el piso. Tomás indicó a dos camilleros que ayudaran a moverla para trasladarla a la sala de parto. El final estuvo a punto de ser trágico, pero en los últimos minutos, Dominga logró estabilizar la presión de la madre que luego despertó con el color de la vida en las mejillas, y un bebé a salvo dormido a pocos metros.

El médico y la enfermera quedaron exhaustos.

—No comí en todo el día —inició él—, y usted, que no se ha movido de mi lado, también debe estar hambrienta. ¿Me acompaña?

En la segunda planta del hospital, hacía años se había instalado una anciana con su canasto de mimbre. Vendía empanadas y pasteles. Los residentes pasaban a las corridas y se los comían de camino hacia los consultorios, o al finalizar los horarios de guardia que a veces duraban días enteros.

Tomás le pidió cuatro. La anciana lo miró de reojo, con el resto de visión que le quedaba. «En los pliegues de estos pasteles está escondido un amor», le dijo casi en susurro. El hombre frunció el ceño y asomó una sonrisa a los labios. Dominga, que había quedado rezagada, no escuchó el comentario ni el cruce de gestos cómplices.

Se metieron en una habitación al fondo del corredor que daba a los cuartos de pacientes internados, llena de delantales blancos colgados sobre la pared en ganchos que formaban una hilera recta. Aquello había sido idea de Tomás, que escuchó de sus maestros que los profesionales europeos utilizaban ropa blanca para atender a sus pacientes como símbolo de seriedad, higiene y

estatus. Había, también, una mesa baja poco estable, sin asientos.

El médico se acomodó sobre la tabla y le hizo a ella una seña con la mano.
—Venga, siéntese conmigo.

Dominga se ubicó junto a él. La mesa trastabilló pero enseguida el peso de ambos la dejó firme. Empezaron a comer, sin hablar durante los primeros bocados. De pronto, él se acercó hasta su cuello, inhaló profundo y retuvo el aire.

—Usted huele a naranjas —le dijo mirándola con intensidad.

Dominga no resistió esos ojos de varón importante, de hombre que sabe qué le gusta a una mujer. Y se dejó llevar por sus emociones. Terminaron besándose en medio de los delantales que olían a alcohol, a restos de alguna medicina. Y allí comenzaron una historia de amor que no sería fácil de mantener.

Entre 1838 y 1843, veintiún navíos zarparon de Francia con rumbo al Río de la Plata trayendo a seis mil hombres y mujeres que veían en América la salvación. Entre ellos estaban los padres de Dominga, oriundos de los Bajos Pirineos. Jean Dutey venía para evitar el servicio militar, junto a su compañera, Vicenta Bergougnan.

Jean y Vicenta bajaron en la República Oriental del Uruguay y permanecieron un tiempo en la ciudad de Paysandú, donde en febrero de 1844 nació Dominga, su primera hija. Como era una concepción prematrimonial en una época hostil para salirse de la norma, sus padres decidieron casarse a los seis días de vida de la niña. A poco, la familia se trasladó a Buenos Aires y tuvieron diez más de descendencia.

En 1860, al cumplir los dieciséis, Dominga Dutey se enamoró del joven Miguel Martirena, uruguayo, un año mayor. Unieron sus almas en la parroquia de Catedral al Sur en San Ignacio. Al cabo de un tiempo, debido a una propuesta de trabajo para Miguel, la flamante pareja se trasladó a la ciudad de Corrientes, donde tuvieron sus dos primeros hijos: Pedro y María Baldomera. La cosa no anduvo como esperaban y debieron retornar a Buenos Aires. Allí agrandaron la familia: Juan Bautista y Dionisia Vicenta nacieron en la casa de los padres de Dominga, porque ellos todavía no contaban con vivienda propia. Sin embargo, el varón sólo vivió dos meses: una fiebre le tomó el cuerpo y lo mató.

Dominga se echó en los brazos de Miguel sosteniendo al bebé muerto en

sus manos. Martirena tembló; era joven, demasiado inexperto como para contener el desgarramiento de una mujer herida por semejante pérdida.

Entre tantas bocas para comer y el poco dinero que ingresaba a la familia, la muchacha se empleó como partera para ayudar a su marido. Y entonces se cruzó con el médico importante, el hombre de piel blanca y ojos buenos, que la sedujo con pasteles en la sala fría de un hospital que olía a brebajes.

Era la primera vez que engañaba a su esposo, por eso, luego de besar a Tomás, se puso a llorar como una niña.

—Estoy casada —le dijo sin mirarlo, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

El médico apretó los párpados y la sostuvo con más fuerza. No puede ser, pensó decepcionado.

No obstante, la noticia no impidió que la pasión creciera, como crece la hiedra sobre la pared húmeda, como crecían las rosas que Tomás Liberato Perón cultivaba con entusiasmo y que, cada semana, arrancaba de su jardín para obsequiarle a Dominga.

Como si hubiera tenido una premonición, como si algo en la mirada de su esposa le dijera que ya no lo quería, Miguel Martirena enfermó del corazón al poco tiempo. Nada sabía él de la relación que Dominga mantenía con Tomás durante las guardias, pero el desamor no necesita explicación para mostrarse, basta un descuido gestual, una cadencia nueva de la voz. Y entonces, mientras las rosas que ponía en agua Dominga abrían sus pétalos llenándose de gracia, la vida de Miguel se iba apagando.

A pesar de los cuidados que le dedicó su mujer, siguiendo las instrucciones del médico que le había prohibido moverse de la cama, Martirena murió en marzo de 1867 de un paro cardíaco que lo dejó tumbado en el suelo de la cocina, poco antes de que Dominga descubriera que llevaba en sus entrañas al primogénito de su amante.

La muchacha no paró de llorar durante días. Por su sangre corría la nostalgia del destierro. Sus padres, que habían tenido que abandonar Francia en la juventud, que la habían traído al mundo previo a su matrimonio, la educaron con palabras de dolor, con las imágenes de una tierra lejana que lastimaba los recuerdos. Y le enseñaron que el amor estaba anudado a la renuncia. Esa fue su primera sentencia.

Ahora no sólo su marido estaba muerto; su cuerpo cargaba con la culpa de un hijo que era de otro, de un hombre con la vida sembrada de honores para quien ella era una deshonra.

Sobre la esquina de la calles Libertad y Corrientes estaba la gran propiedad de los Perón. En uno de los departamentos vivía el exitoso médico, lleno de libros, de apuntes, rodeado de saber. Al lado, su madre, Ann Hughes —ya viuda— junto a seis hijos más.

—No me gusta que usted se vea con esa mujer. Es casada, y además ya tiene niños de otro —le dijo Ann a Tomás una noche luego de la cena.

Se lo había comentado una amiga del barrio; todos por allí sabían que la enfermera, una joven de pechos grandes y andar pecaminoso, visitaba al médico en su consultorio por las tardes.

—No se preocupe, madre. Puedo manejar la situación —respondió Tomás a secas.

En realidad, Ann todavía no estaba al tanto del embarazo de Dominga. Pero su hijo sí lo sabía, y hasta se había alegrado con la noticia. Tomás sentía por la enfermera un amor carnal, esa magia que atraviesa sólo una vez la vida de alguien que ha puesto su energía en otras cosas.

El médico había estado concentrado en sus estudios, la docencia, la investigación y su gusto por las plantas. Jamás había prestado demasiada atención a las mujeres, salvo a esta, la joven que llenó de olor a naranjas sus jornadas en el hospital y así lo enamoró.

Sabía que tanto la sociedad como su madre serían un obstáculo a vencer para seguir adelante. Ann tenía un carácter duro, obstinado, típicamente escocés. Y la excusa del amor no le sería suficiente para aceptar a una nuera que ya antes había tenido familia.

Si bien Tomás evitaba mostrarse en público con Dominga, no podía neutralizar a la chusma que se inmiscuía en la vida de los demás con el único fin de darle un poco de sentido a la propia. Y algunos vecinos los veían y hablaban por detrás, y llenaban a su madre de inquietudes.

A pesar de los sermones tortuosos de Ann Hughes, Tomás acompañó a Dominga durante su embarazo. No convivían, pero sus casas estaban a seis cuadras de distancia: lo necesario para dejar en paz a la sociedad moralista, aunque no tan lejos como para convertirse en un hombre distante. Además, la ayudaba con dinero para subsistir en medio de las penurias.

En noviembre de 1867 nació Mario Tomás. Dominga no tenía reparos en decir que el niño era ilegítimo y huérfano de padre. Pero todos sabían que se trataba del hijo del médico importante.

En los inicios de 1869, murió Jean Dutey, el padre de Dominga. Hasta el momento, las marcas de su origen vasco-francés le habían permitido a ella ser

fuerte, sacar adelante a su familia casi sola: trabajaba y se hacía cargo de sus hijos, pero no había logrado el broche de honor que la cultura de la época requería para ser tratada bien. Soportaba insultos, susurros animosos a sus espaldas, miradas de reproche y, sobre todo, la ausencia de un hombre que pusiera orden en la mesa familiar. En realidad, venía sosteniendo la situación sin decisiones, con el dinamismo propio de la vida cuando lo urgente se impone sobre lo importante. Y para ellos comer era lo urgente.

Pero la muerte de su padre operó como un estímulo; quizás, aunque sólo fuese de manera imaginaria, porque la dejaba sin la única presencia varonil que aliviaba su mundo. Tomás, que no se había animado a enfrentarse con Ann Hughes, a jugarse sus cartas por ella, continuaba portando título de amante.

Durante ese año, Dominga envió a sus dos hijas —María Baldomera y Dionisia Vicenta— a la casa de su madre en Chivilcoy. Cansada de esperar un gesto de amor que le brindara algo de decencia, tomó al pequeño Mario y se fue junto a su hermana menor y un testigo hasta la Parroquia de San Miguel Arcángel, con el fin de bautizarlo. Por más que fuera un hijo natural, decidió enfrentarse al reproche de la Iglesia y con actitud desafiante le exigió al clérigo su bendición. Aunque ilegítimo para las leyes de la Tierra, su niño sería salvado por el Señor en los códigos del cielo.

Con la llegada del nuevo verano, otro dolor se clavó en el pecho de la joven cuando su hijo Pedro, de tan sólo nueve años, murió en medio de dolores musculares fuertes, seguidos de un vómito negro producto de una enfermedad desconocida, que por entonces se inició en Buenos Aires y luego se convertiría en una de las peores epidemias de su historia.

Dominga, que no había podido salvarlo, cumplió los veintiséis habiendo sufrido muchos despojos: un padre, su primer marido y dos niños habían muerto; casi todos los hombres a quienes había amado alguna vez. Sólo quedaban el médico y su hijo Mario, con los que, a pesar del vínculo filial, no podía formar una familia.

Empero, su cama continuaba abierta para Tomás. Se encontraban casi todos los días; en el hospital, en el consultorio y también en las noches vacías de esa muchacha que pedía a gritos un poco de consuelo.

Él seguía trayéndole flores y la amaba como jamás había amado a ninguna otra. Pero su posición en la sociedad altiva porteña, su estatus y los ojos hirientes de su madre, tenían más fuerza que la pasión por la mujer.

Tomás Enrique Dutey, el segundo hijo de la pareja, nació en 1871 y, al igual que Mario, fue bautizado sólo por su madre. Pero esta vez, el padre

pidió a su hermano —Enrique Perón Hughes— que acompañara a Dominga como testigo.

Meses después vino al mundo el último, Alberto Carlos Perón, a quien le fue dada la bendición de la mano de su padre siete años más tarde en la Basílica de San Justo, lugar donde se había mudado Don Tomás. El hombre lo reconoció como hijo natural de madre desconocida: la sombra de la vergüenza pública continuaba dictando sus actos.

Pasaron años en los cuales la relación de la pareja continuaba igual: Dominga se ocupaba de sus hijos en soledad, mientras Tomás era galardonado por su prestigio en la sociedad altiva de Buenos Aires.

En 1874, el médico fue honrado por el presidente Domingo Faustino Sarmiento con una subvención del Estado para perfeccionar sus estudios en París, como premio por su actuación durante la epidemia de fiebre amarilla que a finales 1870 se había llevado la vida de Pedro, el primer hijo de su amante.

Dominga, una vez más, debió soportar el desgarró, el desierto de su vida afectiva más íntima, y así jugó su fortaleza frente a los niños que se pegaban a su falda intentando encontrar alivio en una madre que sólo se permitía sufrir en su habitación.

Pero algo que no se había imaginado ocurrió de pronto, el 22 de octubre de 1881, un día cualquiera, que ella recordaría para siempre. Luego de una jornada agotadora, Tomás llegó hasta la casa de Dominga más tarde de lo habitual. Los niños habían comido y ya dormían.

—¿Por qué se demoró tanto? Lo estuvimos esperando para cenar —inició ella con el ceño fruncido.

Él apretó su cintura y le estampó un beso acalorado que borró todo enojo.

—Me imagino que no ha cenado todavía —le dijo con mirada pícaro.

—Claro que no, sabe bien que me gusta hacerlo con usted.

—Entonces, venga.

Salieron a la vereda y se sentaron en el zaguán. La brisa inicial de una primavera rodeó los hombros de ella que estaban fríos. Llevaba un vestido claro, el cabello negro recogido y en los ojos el brillo de una incógnita. ¿Qué pretendía decirle Tomás a esas horas en medio de la noche?

El hombre desenrolló el paquete que había traído: dos pasteles comprados a la anciana del hospital que aún vivía; aquellos que llevaban escondidos un amor.

De inmediato ella tuvo el recuerdo y sonrió. Desde ese encuentro, donde se

habían besado por primera vez hacía ya catorce años, no habían vuelto a comerlos.

—¿Qué significa?

—Puede parecer una locura... Pero en lugar de un anillo, se me ocurrió comprar esto —inició él—. ¿Le gustaría casarse conmigo?

Dominga no pudo contener la emoción.

—Dios mío... —susurró.

De inmediato, se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar, desbordante, con un quejido grave que manchaba de heridas el cariño.

En ese momento aparecieron varias imágenes entrecruzadas, como las páginas de un cuento leídas en desorden. La agonía de Miguel, el primer marido, esperando que ella volviera del hospital donde, además de trabajar, se enamoraba de otro. El cuerpo chiquito y febril de Juan Bautista, su bebé, hirviendo incluso minutos después del último suspiro. Los espasmos de Pedro antes de morir y sus manitos apretándole los dedos. Las niñas jugando a la escondida, mientras ella cargaba en el vientre al primer hijo de su amante. La mirada punzante de Ann Hughes cuando se cruzaba de vereda al verla por el barrio. Las noches en vela, esparciendo congoja sobre el colchón, sin consuelo. La cara del párroco de San Miguel Arcángel cuando la vio llegar, el gesto resistido al escuchar la decisión de bautizar a su niño, con una expresión en la voz que ella jamás le había conocido a su garganta. Y, entre tanto dolor, él, su hombre, el médico importante que la enloquecía, de quien había decidido no separarse nunca. Su vida estaba rodeada de nacimientos y muertes, de luces y castigos.

Tomás, a quien los recuerdos no habían sacudido tan profundo, la abrazó. Y una lágrima cayó también de sus ojos.

—Perdón por todos estos años en los que me faltó coraje para convertirla en una Perón —pronunció en un susurro lleno de amor que además, suplicaba indulgencia.

Al día siguiente, marcharon a la Parroquia de San Justo y San Pastor para sellar un compromiso que databa de tiempo; ahora, bajo la mirada del Señor que evangelizaba toda una vida de pecado.

En 1886, Don Perón acató los ruegos de su esposa Dominga y reconoció a sus tres hijos, Mario, Tomás y Alberto como naturales. Sin explicar por qué, en ese momento modificó el nombre de su segundo hijo: en lugar de Tomás Enrique, lo llamó Tomás Hilario.

Sin embargo, aquel acto estuvo salpicado de injusticia. La extensa y

profunda relación que mantenía con su mujer no ameritaba el silencio que el hombre levantó hasta el final de sus días respecto de la maternidad de esos niños, pues al Registro Civil fue solo y en ningún momento la nombró.

A pesar de estar casado con ella y amarla de manera loca, una parte oculta, quizás la más inconsciente de Don Tomás, siempre negó su destino imperfecto, ese camino imprudente que había sostenido en su ámbito personal y que contrastaba de manera exagerada con el prestigio de su nombre público.

Tomás Liberato Perón murió de neumonía un 1° de febrero, ocho años después de su boda con Dominga Dutey.

* * *

Juan Perón, el nieto de Tomás Liberato, había pasado los últimos años en la Escuela de Suboficiales con el grado de teniente primero. Los alumnos de la sección de Infantería estaban subyugados por su personalidad, hacían escuela del honor y veían en él su mayor ejemplo. Perón se mostraba primero exigente con él mismo, y luego con los aspirantes. «Un superior no debe pedir lo que no es capaz de realizar, les exijo al máximo para lograr el mínimo», les decía antes de dar el ejemplo con cada ejercicio.

Tenía un físico robusto, la piel tostada producto de su vida al aire libre, y una mirada afectuosa. Vestía elegante, pulcro, con ropas que se ajustaban a un cuerpo bien formado. De buen humor y un decir ingenioso, no obstante cuando algo lo incomodaba se ponía rígido y le cambiaba por completo la mirada. Era temerario y severo en el cumplimiento del deber. Solía hacer hincapié en el comportamiento de los hombres: «La voluntad es el único motor ante el cual hasta las enfermedades confiesan su impotencia. Quiero hombres de voluntad decidida y no autómatas que en su obediencia reflejen trabajar por temor o por inferioridad». Sin embargo, también los incentivaba al recreo. Creía tanto en la importancia de la disciplina como en la flexibilidad y el júbilo propio de los deportes. Practicaba tiro al blanco, básquetbol, boxeo y cabalgatas. Era un atleta vigoroso y audaz. Y educaba a sus subalternos para el triunfo.

A los treinta años, Perón estaba cursando la Escuela Superior de Guerra y resultaba el candidato ideal para cualquier muchacha de bien. La sociedad porteña de la época codiciaba a los oficiales de su estilo, mucho más a uno que ya mostraba indicios de un ascenso brillante en la milicia. Pero él, más allá de algunas aventuras sin importancia, hasta el momento no se había dejado tentar por el amor. Las únicas cosas que alteraban su corazón tenían que ver

con el servicio a la causa y con los ojos tristes de la gente que sufría. Eso lo conmovía; no toleraba la falta de equidad.

Corría 1926 y la primavera estaba en su punto más bello: los árboles de la ciudad parecían despertarse luego de un invierno crudo que les había quitado hasta las últimas hojas.

Octubre era una fiesta de jinetes que paseaban a caballo por Palermo intentando la postura más recta de los hombros; no había espectáculo más interesante para las mujeres que observar esa unidad elegante que formaban el hombre y el animal.

Negro, el caballo de Perón, estaba de buen ánimo aquel día y su dueño lo sostenía con gracia. Venía al trote junto a sus compañeros, Orlando Peluffo y Federico Pedernera, hasta llegar a la zona de los jardines de Palermo donde los estudiantes disfrutaban de un sábado de ocio sobre el césped. A Juan le fascinaba hablar con gente joven y conocer sus inquietudes. Solía decir que la juventud era la etapa para alcanzar los grandes sueños, porque al llegar a los cincuenta comenzaba la decadencia del organismo, y pisando los sesenta ya se tenía la intoxicación de los viejos.

Un grupo de alumnas de la Escuela de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón ensayaba al costado de la Avenida Sarmiento. Perón no supo si fue su caballo o él quien la vio primero, pues Negro se paró justo detrás de un claro bañado de luz donde una mujer movía su mano intentando pintar el horizonte. Ella estaba de espaldas y no advirtió su presencia. Perón dejó atrás a sus amigos y aceleró la marcha para tenerla cerca. Desde ahí, permaneció en silencio, observándola mientras dibujaba. Se la veía abstraída, inmóvil sobre el pasto, como si nada pudiera sacarla de ese mundo interior que la llenaba de misterio. De vez en cuando levantaba la cabeza para mirar el jacarandá que intentaba reflejar sobre la hoja. Su expresión reflejaba sensibilidad para el arte.

Perón estaba a punto de irse cuando ella movió su perfil. Un rayo de sol dio justo sobre su mejilla: la línea era perfecta y, sobre todo, tenía la piel fresca de la pubertad.

Ni en ese momento, ni tampoco después, Juan advirtió que el encuentro con esa joven hermosa era, en realidad, un reencuentro con otra, con una mujer bella cuyo perfil recortado en la tapa de un piano también lo había cautivado desde el principio. Dasha Petriev: la primera mujer que conoció su cuerpo y que él debió abandonar para seguir un destino. El recuerdo había quedado en lo más hondo de su memoria, allí donde las cosas se guardan pero no se olvidan.

—Los bocetos son una forma maravillosa de expresar sentimientos —le dijo al desmontar. Ella se sobresaltó al escuchar su voz—. Disculpe que la moleste, señorita. Me llamo Juan Domingo y estoy asombrado de su belleza. Encantado de conocerla.

—Soy Aurelia —sonrió ella. Y sus ojos se hicieron un poco más pequeños.

—La madre de Julio César fue la primera Aurelia famosa de la Historia. Y tuvo gran influencia en la carrera política de su hijo —agregó Perón—. Usted, seguramente, le dará mucho prestigio al hombre que se lleve el honor de su cariño.

La joven quedó absorta frente a ese militar que se le apareció de repente salido de vaya a saber dónde, y comenzó a hablarle con un tono afectado, como si la garganta estuviera lastimada. Era galante y su porte atlético denotaba el vigor de esos príncipes salidos de los cuentos que escuchaba de niña. El tal Juan Domingo aparentaba ser el hombre de sus sueños. Su cortesía y esas palabras poéticas que enunciaban el inicio de un romance, la habían dejado sin habla. Sólo un detalle se salía de las historias de hadas: del bolsillo izquierdo de su uniforme, colgaba una pipa que ella juzgó de más.

—Dicen los que saben de estas cosas, que antes de comenzar a dibujar se debe crear en la mente la imagen y luego observar cómo cae la luz en cada ángulo del modelo. Pero, sobre todo, que las manos no deben estar húmedas ni frías porque malogran el trazo. Por lo atractivo de su dibujo, deduzco la calidez en las suyas. ¿Me permite? —pidió él. Y le aferró los dedos.

Aurelia sintió la ternura que estaba esperando para el amor. Y allí comenzó la primera y única relación afectiva que conocería con un hombre.

Como las emociones fuertes traspasan la barrera de la mente y terminan afectando el cuerpo, esa tarde volvió a su casa temblando y por la noche levantó mucha fiebre. Su hermana se asustó y llamó de urgencia al médico de la familia para que la revisara. «Esta muchacha tiene pena de amores juveniles», concluyó el doctor, luego de comprobar la ausencia de otros síntomas.

Acertó en la primera parte, el encuentro con Perón y esa sonrisa ancha que le mostró luego de besarle las manos, le había afiebrado la piel. Sin embargo, el sentimiento iría mucho más allá de un idilio adolescente.

Hija menor de Tomasa Erostarbe y Cipriano Tizón, Aurelia había crecido en un hogar de economía holgada y ferviente tendencia radical. Era rubia, distinguida, con modales suaves que denotaban condiciones de artista.

La pareja comenzó a frecuentarse en casa de ella, a la vista de sus

hermanos y de los padres. Potota, como solían llamarla por la deformación de «preciosa» que ella mal pronunciaba de niña, tocaba el piano y la guitarra en los encuentros familiares. Y Perón cada día se enamoraba más, como si una voz inconsciente, a modo de mandato, le dijera: es esta la *correcta*.

A pesar de las aptitudes para la pintura, su oído musical y su título de maestra, la familia la había preparado para ser esposa y madre; lo común en esa época. Quizás por eso jamás realizó una muestra de sus cuadros en alguna galería ni se permitió dar rienda suelta al deseo que tal vez anduviera escondido tras el arte.

En aquellos tiempos, las muchachas de familias honorables sólo podían ser visitadas por un caballero que tuviera intenciones serias, pero jamás debían quedarse a solas con él. Juan y Potota, ya novios, andaban siempre en compañía de las hermanas de la joven, que velaban por las buenas formas; él se las ingeniaba con sus obligaciones militares para dejar libres las tardes y pasear de su mano por la ciudad. Ella era inteligente y suave, sobre todo suave. Sus palabras, cada gesto, lo llenaban de dulzura, de atenciones. Y Perón se enamoró, por primera vez a conciencia. Pero sabía que el mayor Descalzo no era el único que debía admitir a su elegida; también su abuela tenía que dar el visto bueno.

Doña Dominga aceptó la invitación de su nieto y se apareció un día en los habituales paseos por Palermo. Las dos mujeres se miraron algunos segundos, intentando acercar la distancia que impone lo desconocido frente a la urgencia de una respuesta. Juan contenía el aliento, expectante. Hasta que, por fin, la sonrisa de Dominga rompió el hielo y él respiró aliviado. A partir de entonces, el romance tomó forma de relación comprometida. Y decidieron casarse.

Juana Sosa y Mario Tomás Perón regresaron de Chubut para radicarse definitivamente en Buenos Aires. Tener a sus padres cerca después de tantos años sería una experiencia novedosa para Juan, que estaba acostumbrado a vivir el amor a la distancia.

Los novios presentaron a sus familias y todo parecía andar de maravillas. La fecha de la boda se fijó para octubre de ese año; estaban ansiosos, ilusionados, llenos de magia.

Sin embargo, los sorprendió un acontecimiento inesperado. Como consecuencia de sus patriadas por la Patagonia, Don Mario Tomás Perón enfermó de una embolia que le provocó la parálisis progresiva de sus miembros. Falleció en el mes de noviembre de 1928, a los 61 años. Y la

familia quedó devastada.

Para Juan, había sido un amigo y un ejemplo. Y su mente comenzó a entregarle todos los detalles. Recordó los paseos en carreta que hacían juntos con el fin de llevar abrigos a los peones de campo, la mirada agradecida de las mujeres que los despedían con alguna torta frita, la calidez de los hogares sin recursos pero llenos de almas buenas. Recordó, también, la mano de su padre, pesada, grande, cuando le palmeaba el hombro y lo miraba desde arriba con un gesto complaciente, que ya lo hacía sentir seguro desde niño. Recordó los carnavales y las comparsas que solían preparar en su propia casa, cuando maquillaban a los bailarines, ayudaban a los más pequeños con los disfraces y reconocían en la danza el clamor popular de la barriada. Así se ganaban el cariño del pueblo. Los chicos del barrio, sobre todo, adoraban a Juan, el hombre alto que portaba uniforme militar, el que les sonreía y dejaba caramelos en sus bolsillos. Todo eso era fruto de un padre que los había educado señalando lo sensible, haciendo hincapié en brindar un corazón abierto a las carencias de la gente. Y ahora él estaba muerto.

El casamiento debió posponerse; no era fácil plantar entusiasmo en medio de la pérdida. La desaparición de Mario Tomás había dejado una marca de dolor irreversible, como la herida de fuego que se pega a la carne y nos recuerda que, por allí, las manos jamás volverán a sentir lo mismo. Para Juan Perón, la muerte de su padre era el primer agravio de su vida. Y jamás volvería a sentir aquella alegría inocente de los años pueriles, cuando era feliz porque todavía nadie de su familia se había ido.

A partir de ese momento, comprendió que la felicidad era una ilusión provocada por los cuentos infantiles, que la vida era injusta, que estaba hecha de retazos, y que era menester del hombre unir los extremos en el lugar preciso para lograr algo de justicia. Por eso, haría su duelo en soledad. No sólo porque no quería mostrarse débil frente a Aurelia; además necesitaba conciliarse con el presente buscando en el pasado algo de calma.

Se concentró mucho más en su carrera; pasaba horas encerrado para completar sus estudios como oficial de Estado Mayor, mientras la joven prometida preparaba su ajuar con algunos temores. Porque esa faceta nueva de Juan, su oscuridad, la llenó de inseguridades y de miedo.

A pesar de que había tomado la decisión de abandonar la soltería —y cuando decidía algo lo llevaba a cabo—, él tenía la cabeza fuera de su mujer. Lo obsesionaba la milicia, ese ámbito de reglas bien marcadas que lo alejaba del sufrimiento, donde no había espacio para pensar. Era cierto, la quería. Pe-

ro desde que Mario había muerto, la frase que solía repetir su abuela Dominga, «el amor está anudado a la renuncia», cobró total sentido. Y Juan sintió, como nunca antes, que el afecto más sincero siempre tiene como contracara algún dolor.

* * *

La fecha de la boda se fijó para el 5 de enero de 1929; días antes, Perón recibía las insignias de capitán. El barrio entero se había movilizado por el casamiento de la bella joven con ese hombre importante a quien envidiaban su estilo y buena suerte. El 3 de enero, la sección *Sociales* del diario *La Razón* anunciaba:

«EN CASA DE LA FAMILIA DE LA NOVIA, Y EN LA MAYOR INTIMIDAD, EL SÁBADO PRÓXIMO SERÁ BENDECIDO EL ENLACE DE LA SEÑORITA TIZÓN CON EL CAPITÁN JUAN PERÓN, ACTUANDO COMO PADRINOS DEL NOVIO JUANA S. DE PERÓN Y EL SEÑOR CIPRIANO TIZÓN».

Los testigos del casamiento por civil fueron, por parte del novio, el ya coronel Bartolomé Descalzo, y el dueño de la armería, señor Manuel Roca, por parte de Aurelia. En el salón principal de la casona de la calle Zapata, donde vivían los Tizón, habían montado un altar para consagrar frente a Dios la unión de los cónyuges. La novia estaba nerviosa y un poco tímida. Se había puesto un vestido blanco de cola extensa; un arreglo floral en el cabello sostenía el velo que caía sobre el rostro. Algunas lágrimas asomaron a sus ojos cuando vio a Perón en su uniforme de gala. Era el hombre de sus sueños. Y de seguro, la haría feliz. La sonrisa de él mostraba emoción. La adoraba; a pesar de su tristeza, por entonces todavía le quedaban esperanzas con relación al amor.

Eligieron las sierras de Córdoba para la luna de miel. Antes de abrir la puerta de la habitación, Juan alzó en brazos a su esposa y le dijo cerca del oído:

—Te amo. Y voy a darte una vida repleta de hijos y de risas.

Aurelia lo abrazó entusiasmada y se dejó llevar por su marido a ese mundo nuevo que la llenaba de promesas.

El cuarto del hotel era pequeño, pero el paisaje que se imponía en el ventanal, muy especial. Una paleta de grises, salpicados de musgos y maleza, se extendía por el suelo más allá de la vista. La cadena montañosa se abría y cerraba entre picos de mediana altura. El sol había desaparecido. Sólo quedaba un destello rojo en la línea baja del cielo.

Aurelia era virgen e inexperta; como buen caballero, él debía encargarse del primer avance. Desplegó la colcha y recostó a su mujer sobre la cama. Se acomodó a su lado; con algo de timidez la desnudó. Percibió un temblor involuntario en ella, como si la excitación y el temor frente a lo desconocido se hubieran enredado para advertirle que fuera cuidadoso.

—Dejate llevar. No tengas miedo. Voy a ser suave, como me pediste —le dijo él mientras la acariciaba.

Se quitó la camisa y el pantalón. Se pegó a ella, la besó. Por primera vez, Aurelia sintió el vello de un hombre sobre sus pechos. Eso le erizó la piel, la excitó más y produjo una humedad desconocida. Juan lo advirtió enseguida porque sus dedos estaban ahí, descubriéndola. Ya estaba lista. Entonces la penetró con suavidad, para que su cuerpo se acostumbrara a su potencia. Cuando alcanzó la parte más profunda, logró rasgar el himen sin parar de besarla. Los labios de su esposa eran pequeños y tenían gusto a cerezas. Parecía una locura que esa idea lo asaltara justo en ese momento. Pero así fue. Porque aquella era una experiencia novedosa también para él: nunca había desvirgado a una mujer y jamás había sentido amor en las noches de sexo. O por lo menos así le dictaba su razón. Lo advirtió recién ahí. Mientras la sostenía, descubrió casi como una revelación que el cariño tenía sabor a frutas. Una revelación que en realidad ya había descubierto hacía mucho, en otro cuerpo, en otros labios, pero que su mente reprimió para defenderse contra los demonios que solían llenarlo de culpas.

Ella no se quejó, como si lo hubiera esperado desde siempre, como si se hubiese preparado toda la vida para recibirlo. Se movieron con mesura, al compás de un ritmo que crecía con el afecto. Antes de terminar, la ternura les anudó la vista y algunas lágrimas surcaron las mejillas de ambos.

Tercer hilo...

Juan Domingo y su esposa sentían algo poco común. Ese amor llegaba desde un lugar invisible. En ella, quizás, desde el sueño romántico que por esos tiempos tenía toda mujer. En él, tal vez, se estaba renovando un sentimiento velado en la juventud, que las caricias de Aurelia habían reanimado, como el agua que excita las raíces sepultadas del árbol para darle nuevos frutos. De esa forma ingenua, casi idílica, Perón inauguró una intimidad distinta que el tiempo llevaría, incluso, más allá del cuerpo.

Porque la verdadera pasión lo estaba esperando en otra parte.

IV

Su hija Elisa había obtenido el nombramiento cuando en Los Toldos mandaba un conservador. Pero ahora estaba al frente un radical y, de seguro, no la dejarían en su puesto.

Juana pidió ver con urgencia al intendente Pascual Lettieri. Había llegado decidida a hacerse oír.

—Señor, usted sabe que ya no podemos quedarnos en este pueblo. Somos pobres, y por eso la gente se anima más al chisme. Mis hijos sufren el desprecio y yo no tengo comida para darles. Necesito mudar a mi familia. Pero le ruego que haga algo para que mi hija pueda conservar su trabajo en el correo.

—Entiendo la situación, pero usted me pide un milagro, señora.

Ella permaneció inmutable, esperando una respuesta diferente.

—Bueno, mire... Lo máximo que podría hacer es intentar mandarla para otro lado. Pero no le aseguro que...

—¡Sí, por favor, mándela para otro pueblo! —lo interrumpió Juana abrigando una esperanza.

—¿Y a dónde le gustaría irse? —preguntó el intendente.

—A Junín —se le ocurrió en ese momento y lo lanzó de inmediato con voz desesperada.

Pascual sintió compasión al escuchar el tono de esa mujer desprotegida. Era un buen hombre, y el dolor de los débiles lo ponía triste. Por eso habló con un diputado amigo, la acompañó personalmente hasta el correo y consiguió el traslado de la joven a otra dependencia.

En febrero de 1931, los Duarte-Ibarguren apiñaron prendas, vasijas, la máquina de coser de Doña Juana, y se marcharon para Junín con el fin de empezar una vida nueva, sin difamaciones. Partir hacia un lugar desconocido era toda una aventura, no sólo por la magia de lo inesperado, sino también porque el pasado quedaba lejos y el futuro tendría preponderancia sobre la historia.

El día anterior a su partida, Eva María fue a visitar a la *machi* que le había dado su nombre y el cariño más hondo del que tuviera memoria.

Juana Guaiquil de Rawson abrió los brazos y Eva se echó a llorar sobre su pecho. «Me voy para siempre», pronunció casi sin voz. La *machi* acarició sus cabellos y la apretó con más fuerza. Le dio algo de beber para calmarla y luego habló como solía hacer cada vez, con ese estilo propio de los indios que dicen cosas tan extrañas que sólo se comprenden con el tiempo.

«Haz de saber, m'hija, que la vida no ha de ser fácil para vos. Está marcado en el cielo. Pero diosito ha sido piadoso, y ha puesto un poco de su fuerza en tu mirada. No te olvides

que el poder está en tus ojos. Esos ojos que ahora miran con tristeza, algún día estallarán de rabia. Pero ¡guay! con que esa rabia se escape de tus ojos. Pues si llegara ese día... ¡Ay, m'hija, de vos! Esa emoción va a contaminarte el cuerpo. Y entonces todo se volverá oscuro como la noche más negra, y no tendrás consuelo en los brazos de nadie».

Eva asintió sin convicción. A esa altura, no la asustaba esa forma de hablar oscura de la *machi*. Desde pequeña, había pasado muchas tardes con ella y estaba acostumbrada a sus sermones; a pesar de que las predicciones podían resultar pavorosas, no sintió temor pues le eran familiares. Y si bien no comprendía con exactitud el mensaje que encerraban sus palabras, algo le había quedado claro: sus ojos tenían un poder especial y ella debería aprender a usarlo.

Se despidieron con más lágrimas y la promesa de reunirse pronto. Sin fecha, pero pronto. Antes del último beso, la *machi* le entregó una piedra envuelta en un pañuelo. «Haz de llevarla a todas partes. Ella te va a proteger de tu destino».

Viajaron en la segunda clase del Ferrocarril Oeste. Mientras sus hermanos se paseaban por el pasillo, Eva María permanecía quieta en el asiento, con la mirada pegada a la ventana del vagón. En su mano, escondida, estaba la piedra de la *machi*. El suelo de la pampa pasaba a gran velocidad por sus ojos, como páginas de un cuento que a poco iba dejando atrás. El cuento hablaba de miseria y sufrimiento. Del dolor marcado por injusticias que quedarían clavadas en su alma para siempre. Palabras como «ilegítima», «sin padre», «manceba», «deshonra», se colaban en sus pensamientos a medida que los rieles avanzaban por la llanura. De pronto recordó a la muñeca, y el llanto que intentó retener frente a su madre para que no advirtiera su desilusión.

Aquel verano había escrito la carta a los Reyes Magos con más entusiasmo que otras veces: deseaba una muñeca grande. Juana la consiguió de una vecina para quien cosía; una de gran tamaño que parecía casi nueva pero tenía un defecto. Intentó disimularlo con un vestido elegante que la cubriera entera. Y el día de Reyes, se la obsequió a su hija. Esa mañana, Eva despertó muy temprano y corrió hacia la entrada para mirar los zapatos que había dejado en la puerta. Allí estaba su regalo, envuelto en papel de colores. La sonrisa parecía salirse de su rostro. Y ella no acostumbraba sonreír. Sin embargo, la emoción no duró mucho tiempo. Rompió el envoltorio y la tomó en brazos; era grande, como la quería. Pero de inmediato advirtió que le faltaba una pierna. La madre vio el gesto contrariado en su rostro. Intentó repararlo con el misterio que suelen tener los relatos para sorprender a los niños. «Se quebró al caer de uno de los camellos. Y los Reyes te la dejaron para que la cuidaras», le dijo con ternura. Eva la miró de reojo y, aunque no se creyó la historia, evitó soltar una lágrima en ese momento. Recién en la soledad de su habitación, lloró con la cabeza hundida en la almohada para que nadie la escuchara; sobre todo para que Juana no se sintiera culpable por su pena.

Con los días la tristeza aflojó y aprendió a querer a la muñeca, porque representaba el esfuerzo de su madre por hacerla feliz. No obstante, decidió no llevarla a Junín. Esa tierra prometía cosas nuevas y su muñeca renga representaba lo más cruel de la vida que estaba dejando atrás. Por eso, horas antes de abandonar Los Toldos para siempre, se escabulló

hacia la parte trasera de la vivienda y sentó a su compañera bajo un árbol viejo. Se alejó unos pasos y le dio la espalda. Allí la dejaría. Ese era su lugar. El vestido de flores la abrigaba entera. Pero Eva sabía de la ausencia que tapaba.

Se instalaron en una vivienda modesta; la situación económica apretaba y todos debían colaborar. Elisa aportó su sueldo como empleada del correo, Blanca se recibió de maestra y donó lo suyo, y Juan consiguió distintos trabajos que dejaban algunos pesos. Las más pequeñas debían continuar con los estudios primarios.

La madre quería darles una vida distinta. Buscó una escuela y llegó hasta ahí para anotar a sus hijas. Pero debía inventar una historia creíble con el fin de lograr su cometido. Cuando tuvo enfrente a la directora, habló con tono afectado simulando una tragedia. Dijo que habían tenido que mudarse debido a un gran incendio en su vivienda en donde perdieron todo, incluso los documentos de la familia. La directora titubeó unos minutos y luego picó el anzuelo. Las inscribió tal como la madre pretendía: Erminda y Eva María Duarte eran las nuevas alumnas del colegio. Y con ello, otra espina se clavaba en la identidad de esas niñas, que debieron simular un apellido que llevaba intrínseco el desprecio, pues ya se lo habían negado mucho antes, al nacer.

Al poco tiempo, con los esfuerzos de Juana y la ayuda de sus hijos, pudieron mudarse a un lugar más confortable. La casa era moderna, tenía un jardín importante y todo parecía acomodarse mejor.

La belleza de la mujer tampoco resultó extraña en esas tierras y ella volvió a empuñarla como la mejor arma contra las penurias de su familia. Comenzó a vincularse con algunas personas influyentes; abogados y docentes que la frecuentaban, a quienes daba de comer en su domicilio. Como a ellos les gustaba su comida y su buen trato, le propusieron contratarla para el almuerzo de todos los días, a cambio de más dinero del que ganaba como costurera. La oportunidad se le ofrecía en bandeja. Entonces Doña Juana dejó la costura y empezó a cocinar.

A mediados de 1933, Justo Álvarez Rodríguez, habituado de la casa de Juana, se enamoró de Blanca e iniciaron un noviazgo. Al tiempo se casarían. Elisa, por su parte, se enloqueció con un militar, el mayor Arrieta, y comenzaron el romance. La situación parecía inmejorable: sus hijas con señores importantes y ella, juntando más monedas de lo que había imaginado. Sin embargo, no todas fueron rosas. Porque Juan Duarte, el único varón, debió partir a Buenos Aires para cumplir con el servicio militar.

Entre tanto, Eva María pareció modificar un poco su carácter taciturno. Y comenzó a soñar con ser actriz. Se pasaba las noches mirando la revista *Sintonía*, que guardaba con recelo en su dormitorio, en donde se mostraba el mundo de los artistas. Ella se disfrazaba intentando imitar a las estrellas de la época e inventaba diálogos románticos frente a un espejo. Siempre pedía a su hermana fotos de conocidas actrices a cambio de tomar su lugar para lavar los platos de la cena. Y de esa forma se creaba un mundo de ilusiones.

Uno de los comerciantes de Junín, que tenía una casa de música, destinaba su altoparlante a disposición de los aficionados del pueblo. Lo ubicaba todas las tardes en la vereda, frente a la plaza principal. Una vez por semana, invitaba a los cantores más populares

para la tertulia, que llamaban: «La hora selecta». Eva apuraba la salida del colegio y corría hasta el local a recitar poesías. Tenía catorce años y se estaba convirtiendo en una joven hermosa. Delgada, de cabellos morenos y ojos vivos. Aunque de modales suaves, le gustaba mandar.

Se hacía llamar Duarte pero era una Iburguren. Y eso se sabía. Los padres de sus compañeras le negaban el paso a la vivienda. Ellas la querían, pero debían obedecer. Los muchachos, en cambio, atraídos más por su belleza, dejaban de lado las habladurías e intentaban conquistarla.

El premio se lo llevó Ricardo, un conscripto destinado a cumplir tareas en el distrito de Junín. Era buen mozo y seductor. Las chicas lo codiciaban, pero él deseaba a Eva. Por única vez, ella sintió que la miraban con interés, sin el desdén propio al que ya se había acostumbrado. Y eso la dejó vulnerable.

Empezaron los encuentros a solas, donde la joven pudo sentir el calor inaugural de un beso. Hasta que Ricardo, que desbordaba de pasión, la invitó a una de las instalaciones del cuartel. Se trataba de un depósito de intendencia donde guardaban uniformes y ropa de fajina. Era de noche; todos dormían. Se metieron en el cuarto intentando no hacer ruido. Ricardo apiñó varias chaquetas sobre el suelo a modo de colchón para que ella se sintiera más a gusto. Eva se tendió sobre las prendas; estaba nerviosa, pero la situación de quedarse a solas con un hombre la excitaba. Ricardo se ubicó a su lado; parecía conocer el camino de su deseo. Sin pudor, le pasó los dedos por la vagina y se llevó a los labios su humedad.

—¿Qué gusto tiene? —preguntó Eva.

—Probá —contestó él. Metió de nuevo la mano para mojarla más en su interior y la colocó en su boca.

—Es salado —sonrió. Y le besó los dedos.

—Me gusta eso —dijo Ricardo a media voz—. Hací lo mismo acá —le indicó señalando su entrepierna.

Eva se deslizó por su pecho. En lugar de vergüenza sintió curiosidad; había visto muchas veces a su madre acariciar esa zona sobre los pantalones del vasco sin comprender qué hacía. Ahora era su turno. Mientras lo tocaba, el muchacho movió su cabeza hacia atrás, cerró los ojos y exhaló un quejido al cielo. Ella no sabía qué podría estar sintiendo en ese momento, pero tenía deseos de descubrirlo.

Ricardo bajó el cierre de su pantalón y liberó su miembro.

—Chupalo —le dijo—, igual que hiciste con los dedos.

Eva obedeció.

—Pará, más despacio. Humedecelo bien, acarícialo con los labios, como si tomaras un helado —señaló él.

Ella siguió sus instrucciones y lamió con delicadeza. Advirtió que se ponía más duro y continuó de esa forma durante largo rato, aprendiendo a dar placer.

Aquella noche, Eva comprendió que el pene era una zona sensible, lo máspreciado que tenía un hombre. Por eso debía tratarse con suavidad, como a un pichón de pájaro herido. Descubrió también que el tronco se complacía con la presión y el movimiento, pero el glande gozaba con caricias; allí se trataba de saliva y habilidad, más que de sacudidas fuertes. Era tan intuitiva que a pesar de la novedad, la práctica se tornó sencilla.

Al cabo de minutos, a punto de estallar, Ricardo le tomó los hombros, la hizo girar hasta ubicarla frente a él y la penetró. No tuvo que esforzarse demasiado porque Eva estaba sedienta. A pesar de ser virgen, los besos le habían gustado y la dejaron preparada. Ricardo arremetió intentando sacarle un orgasmo.

—Acabá —le sopló sobre la nuca.

—¿Qué es eso?

Él se movió con más ritmo para que ella entendiera de qué se trataba. Una sensación desconocida le sacudió todo el cuerpo y la hizo gozar. A punto de alcanzar el clímax, lanzó un grito ronco que los tomó por sorpresa. Ricardo tapó su boca para evitar que se despertaran los demás. Si alguien los descubría, el castigo sería inevitable. En lugar de llegar al punto máximo del éxtasis, Eva quedó paralizada. Las manos de él la oprimían de tal forma que casi le quitaban el aire. Y ya no pudo continuar.

A partir de ese encuentro, Eva asimiló su primera lección en materia sexual: la pasión de las mujeres no siempre llega a buen puerto, porque a veces los hombres se encargan de sofocarla.

Así comenzaron a descubrirse en secreto. Pero justo cuando el afecto ganaba terreno con alguien que parecía quererla a pesar de las dudas acerca de su apellido, el servicio militar terminó y el muchacho debió volver a su pueblo natal en Córdoba. Eva vivió una nueva renuncia, aunque esta vez fue más hiriente que las anteriores, porque su corazón estaba lleno de las esperanzas propias del primer amor.

Cuando Ricardo se fue, ella derramó algunas lágrimas que sólo duraron hasta el día siguiente. Y ahí lo decretó de inmediato: no sería igual que su madre, jamás volvería a llorar por un hombre. Nunca más.

* * *

Al concluir el colegio ya lo había resuelto. Era una mañana calurosa. Se levantó temprano, antes de que las demás se dieran cuenta. Salió intentando no hacer ruido y corrió hasta la casa de Palmira Rosetti, la querida maestra de sexto grado, su confidente.

—Tengo que contarle algo —inició Eva.

—¿Por qué tanta urgencia? Me asusté al escuchar el timbre.

—Ya lo tengo decidido. Voy a ser actriz y para eso tengo que viajar a Buenos Aires —anunció con entusiasmo.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó Palmira.

—A través de un conocido de mi hermano Juancito, me ofrecieron tomarme una prueba en Radio Belgrano. Tengo una emoción muy fuerte, un nudo en la garganta. Y necesitaba decírselo a alguien. Por eso vine.

—Te escuché tantas veces recitarle a los alumnos de otro curso... Vos creías que no me daba cuenta, pero yo disfrutaba escondida tras la puerta del aula —se emocionó la maestra—. Me parece bien tu decisión, Eva. Lo llevás en la sangre. Me gustaría ayudarte, ojalá pudiera...

—¡Ayúdeme a preparar unos poemas! —exclamó la joven—. Tengo un mes de tiempo.

No sé... dígame cuáles.

—Bueno. A ver... —pensó la maestra—. Hay algunos muy lindos... «Una nube», «El día que me quieras», «Muerta»... ¿Te parece?

—Lo que usted diga, señora Palmira. ¡Gracias, gracias infinitas! —soltó. Y se echó a sus brazos.

Juana partió junto a su hija para Buenos Aires. Apesar de los nervios, Eva pasó la audición. Su voz era fresca y estaba llena de anhelos. El jurado pareció haber quedado sorprendido; la semana entrante le daría la definición.

Volvieron a Junín con esperanzas. Pero los días pasaban y la ilusión comenzó a desvanecerse, porque la respuesta nunca llegó. Al principio Eva sintió nuevas decepciones, y otra vez un dolor profundo hizo nudo en su pecho. Por las noches miraba la piedra de la *machi* bajo la luz de una lámpara encendida. Una de sus caras tenía dibujado el sol; otra la luna y las estrellas. Juana Guaiquil le había indicado que al pedir un deseo la hiciera girar tres veces en sus manos. Si al abrir la palma quedaba expuesto el sol, entonces su sueño se cumpliría. De lo contrario, todo sería más difícil. El día previo a la audición, Eva cumplió con ese rito. Y había salido el sol... No podía entenderlo.

Con el correr de las semanas se fue alejando la angustia. Pero como los momentos tristes dejan huella, a partir de entonces comenzaron a surgir nuevas emociones, salidas de un rincón de su mente que no conocía. Y en lugar de sufrir, decidió que no se dejaría vencer. Descubrió que existía en ella un rasgo que la había marcado desde niña: la tenacidad que había visto en su madre frente a situaciones crueles. Esa mujer que, a pesar de haberse entregado a un hombre sin escrúpulos y vivir un amor que no la hizo feliz, igual continuó luchando sin excusas, evitando actitudes lastimeras para lograr lo que buscaba. Juana Ibarguren se había puesto al hombro su familia, la cargó en un vagón y la mudó de pueblo. Allí también la señalaban por ser madre soltera; no obstante, lejos de la rabia, ella intentó contagiarles a sus hijos el entusiasmo por la vida. Cambió de oficio, enfrentó las críticas y jamás bajó los brazos.

¿Cómo Eva podría rendirse con semejante ejemplo de valentía? No. Debía seguir adelante. Era una deuda que tenía con el dolor clavado en el rostro de su madre, ese que le impedía sonreír. Y que ella pensaba pagar.

* * *

En la década del treinta, Agustín Magaldi estaba en el apogeo del canto popular. Le decían «La voz sentimental de Buenos Aires». Debido a la belleza de su garganta y a una afinación impecable, no era muy querido entre los tangueros de la época, que respondían más al estilo gardeliano en boga por esos tiempos.

Juana Ibarguren solía escucharlo mientras cocinaba para quienes la visitaban al mediodía. Seguidora de su carrera, siempre terminaba discutiendo con una vecina que juzgaba de mal gusto su repertorio. Doña Juana lo adoraba pues sus canciones tenían una temática distinta acerca del rol de la mujer en la sociedad. Al revés de sus colegas, que en

sus cantos hacían cargo a las mujeres de todos los males de los hombres, Magaldi siempre las enaltecía. Los tangos que más le gustaban a Juana eran «El penado 14» y «Levanta la frente»; el último quizás porque apuntaba a una especie de reivindicación de la madre soltera.

La promesa de su presencia en Junín armó un revuelo intenso, tanto en el pueblo como en la vivienda de los Duarte. Magaldi llegaría para ofrecer una serie de recitales y la gente estaba emocionada; no todos los días se podía ver en persona al famoso cantor.

Eva, que sabía del entusiasmo de su madre por él, vislumbró allí una salida para su sueño. La oportunidad se le presentaba en bandeja. Pidió a su hermano y a Juana que le consiguieran una entrevista. Sabía que la idea era descabellada, pero ella igual insistía, con el corazón a punto de salirse de su pecho. Luego de tanto ruego logró su cometido, a medias. La entrevista resultaba imposible, pero la madre habilitó el dinero para comprar los boletos: podría ir al recital en compañía de Juan.

Llegó el día y Eva, lejos de estar nerviosa, se preparó en detalle para el encuentro. Se puso un vestido marrón, peinó durante minutos los cabellos, se untó las puntas con unas gotas de aceite para que brillaran más de lo habitual, y se fue del brazo de su hermano.

Llegaron temprano. Por suerte, tenían asiento en una de las primeras filas de la platea. De pronto, el escenario se puso negro y una guitarra sonó cortando el aire. Al fin, se encendieron las luces y apareció en escena el afamado cantor. Lucía un traje oscuro y el pelo estirado con gomina. Una voz nostálgica salió de su garganta y al instante el público enloqueció. Las mujeres lo miraban embelesadas; Eva sintió que su corazón se detenía. Varias ideas se iban enredando en su cabeza al compás de la melodía. Se acercaría para pedirle un autógrafo, intentaría quedarse a solas con él, le hablaría de su sueño, le pediría ayuda... No, no estaba loca. Sabía que ese hombre era importante, que tendría buenos contactos en la gran ciudad. Y ella era linda; esa noche estaba sugerente. Permaneció callada durante el concierto, el entusiasmo se había desvanecido por completo del rostro. Sin embargo, por dentro ya había ensayado todos los movimientos. Mantenía apretada la piedra de la *machi*; la frotaba pidiendo en silencio por su deseo. Abrió la mano: un sol tallado asomó frente a ella. Sonrió agradecida.

Llegó el entreacto, se iluminó el salón y su hermano no tuvo tiempo de advertir que Eva se había esfumado de la butaca. Con las pulsaciones aceleradas, la joven corrió hasta los camarines; era la única oportunidad que tendría para verlo. Se acercó con sigilo, pero dispuesta a todo. Detrás de un cortinado medio sucio, una puerta entreabierta. Espió por la hendidura: en una sala pequeña el cantor intentaba un descanso junto a Pedro Noda, su compañero de gira. Eva tomó el picaporte y el crujir de los pestillos asombró a uno de los señores. Ella se plantó frente al umbral como una estatua de cera, audaz y decidida. Antes de hablar, la voz de la india apareció en su mente: «el poder está en tus ojos». Y sin darse cuenta, algo en su gesto cambió.

—Disculpe que lo interrumpa, señor.

Agustín, que acomodaba los cordones de sus zapatos con la cabeza gacha, no pudo mirarla de frente. Sólo vio unas piernas delgadas que no lo sorprendieron; era habitual que las mujeres lo abordaran luego de cada presentación.

Quien no podía quitarle la mirada era Pedro Noda, su amigo.

—Vine hasta acá para hablar con usted. Le ruego que me mire, señor —pidió Eva.

Las intromisiones en su camarín a veces le generaban fastidio, pero Magaldi era un caballero. Por eso, soltó los cordones de sus manos y se incorporó. Cuando alzó el mentón, unos ojos oscuros se posaron directamente sobre los suyos. Agustín reconoció su belleza, sin embargo sintió más atracción por ese fervor que parecía escapar de su vista, como una luz hipnótica que impedía apartarle la visión.

A pesar de su conmoción inicial, Pedro, que conocía bien los gustos del artista, desapareció al instante.

—Mire, yo soy actriz —inició Eva con descaro—. Y necesito viajar a Buenos Aires. Como la ciudad es muy grande me vendría bien que usted escribiera alguna recomendación para mí. Se lo suplico. Quiero poder trabajar y hacer lo que me gusta. Y sé que lo voy a lograr.

Magaldi quedó absorto frente a ella. Estaba acostumbrado a los pedidos de la gente, a los favores para sus amigos, pero jamás un desconocido le había solicitado algo así. Menos una muchacha de esa edad.

—¿Cuántos años tenés? —le preguntó.

—Quince.

—Y... ¿con quién vivís? ¿Tenés familia?

—Sí, claro. Vivo con mi madre y mis hermanos. Igual quiero irme de este pueblo. Me voy a Buenos Aires —prosiguió Eva con ahínco.

—¿Ellos están al tanto de esto? —continuó indagando él.

—Todavía no. Y seguro no lo van a aceptar. Pero eso no me importa. Le ruego que me ayude, señor. Usted es alguien muy importante, debe conocer gente. Además mi mamá lo admira mucho. Siempre dice que usted habla bien de la mujer, que la defiende en sus canciones. Le pido entonces que haga algo, necesito de su ayuda. Por favor, ahora defiéndame a mí.

Las últimas palabras de Eva lo emocionaron. Soltaba las frases con entusiasmo y en su rostro aparecía una valentía contagiosa.

Pedro Noda volvió anunciando que en dos minutos entraban a escena.

—Debo volver a cantar —dijo Agustín—. Hay muchas personas esperando. Te veo cuando termine. Buscame por acá. Seguro vas a encontrarme —sonrió.

Y Eva creyó que moriría al ver sus dientes blancos. Lo tengo, pensó.

Facunda Miserendino, Lola —como solían llamarla—, había sido su gran amor. Se conocieron en una gira por la ciudad de Río Cuarto, en donde Magaldi ofreció un recital de gala en el Teatro Municipal. Lola y su familia ocupaban un lugar estratégico en la platea; el cantor podía verle el rostro. Su corazón quedó cautivado por esos ojos color almendra que no dejaron de mirarlo durante toda la función. Ella tenía diecinueve; era dulce y hermosa. Agustín dedicó una canción a las bellas damas del palco; el amor surgió a primera vista. Se casaron a poco de conocerse y tuvieron un solo hijo varón. La madre de Magaldi, celosa de la relación que mantenían, no paraba de inmiscuirse en la vida del matrimonio. Terminaron separados a principios de 1933, meses antes de la visita de Agustín a Junín.

El hombre estaba en pleno duelo, sufriendo por el quiebre de su familia, que había vuelto a la provincia de Córdoba. Pedro Noda lo sabía. Por eso, al finalizar el concierto le habló en el camarín.

—Hermosa la piba que se te acercó hoy.

—Sí. Sobre todo, tiene una intención en la mirada que te deja sin poder hablar.

—¿Qué quería? ¿Lo de siempre?

—No —contestó Magaldi—. Me pidió que la contactara con algunos conocidos en Buenos Aires. Quiere ser actriz.

—¿En serio! —rio Pedro—. ¿Y qué le dijiste, che?

—Nada. Pero seguro que me está esperando a la salida. La voy a mandar a su casa, a los brazos de su mamá. Tiene quince... —hizo una mueca.

—¿Desde cuándo te molesta eso?

—Es que todavía no puedo sacarme a Lola de la cabeza.

—Y bueno, te va a venir bien una chica nueva. Sobre todo, si es linda y tiene esa... intención —remarcó Pedro, imitando la voz que había puesto su amigo.

Ajena a esta conversación, a pocos metros de ahí, el corazón de Eva latía esperanzado.

Cuarto hilo...

Eva María quería ser actriz, por eso se había metido en el camarín de Magaldi, porque pensaba que él podría ayudarla a conquistar la gran ciudad. Mientras esperaba a que terminase el espectáculo, con los ojos cerrados, llenos de ilusión, comenzó a fantasear con su deseo. Imaginó un teatro repleto, que aguardaba ansioso para verla. Y ella, vestida con brillos, entraba al escenario en medio de los aplausos. El público se ponía de pie y la ovacionaba. Lo había logrado: era una estrella.

Por entonces, Eva no podía imaginar que su sueño llegaría mucho más lejos todavía. Porque no sólo un puñado de gente la aplaudiría en un teatro; millones más llenarían las plazas de la Patria para llevar su nombre como bandera.

V

En 1928, Yrigoyen asumió por segunda vez la presidencia de la Nación. Al año siguiente, el derrumbe de la bolsa norteamericana afectó directamente la economía mundial y en Argentina comenzó la inflación, bajó el poder adquisitivo de los salarios, se produjeron intervenciones federales a las provincias y, con ello, empezó a declinar el apoyo al gobierno.

Las elecciones legislativas llevadas a cabo dos años después —con maniobras de fraude, según se decía— estuvieron acompañadas por enfrentamientos armados que se cobraron la vida de partidarios de uno y otro bando. En Buenos Aires, Córdoba y Entre Ríos, el radicalismo fue derrotado. Ya estaban avanzadas las actividades conspirativas contra el gobierno, desde múltiples frentes.

Civiles y militares, deslumbrados por el autoritarismo que había ganado terreno en Europa, aspiraban a imponer el orden por la fuerza. Sus ídolos eran Benito Mussolini y el general Primo de Rivera. En 1922, «La Marcha sobre Roma» había impuesto el fascismo en Italia, y al año siguiente, bajo el lema «basta de rebeldías mansas», Rivera instauró su dictadura militar en España. Suspendió la Constitución, prohibió los partidos políticos, censuró la prensa y declaró el estado de guerra. Era el sueño de más de un nacionalista sudamericano que, como el poeta Leopoldo Lugones, en 1924 consideraron que a su continente también le había llegado «la hora de la espada». Entonces empezaron los preparativos para dar un golpe.

Muchos militares, criados bajo la lupa de la escuela prusiana, por el autoritarismo del cuartel, se sentían halagados con el convite. Las reuniones tenían lugar en la casa del general José Félix Uriburu; la intención de forzar un movimiento armado requería el reclutamiento de adherentes entre los oficiales.

Otro foco conspirativo era el de políticos conservadores y liberales, que despreciaban el «personalismo» de Yrigoyen y a su «gobierno de la chusma». Y también trabajaban para acercar militares a su intento golpista.

El lugar de los encuentros clandestinos era la sede del diario *Crítica*, férreo enemigo del gobierno, cuyas portadas solían socavar la figura del

presidente. Sus titulares anunciaban:

«LA SITUACIÓN DEL PAÍS ES UNA BOMBA QUE NO TARDARÁ EN ESTALLAR».

El coronel Descalzo, metido hasta el cuello en la contienda conspirativa, mantuvo una reunión secreta con Uriburu, y le pidió que concurriera personalmente a los cuarteles para alentar la revolución. «Acá tienen lo que está pidiendo el pueblo», dijo con vehemencia. Y apoyó el panfleto sobre el escritorio de madera: *La renuncia presidencial o la Guerra necesaria*.

Juan Domingo Perón participaba de los encuentros a puerta cerrada. La admiración por Descalzo lo ponía en buena relación con quienes acompañaban a Uriburu, a quien muchos oficiales consideraban el caballero perfecto para tomar el poder, un hombre bien inspirado, de perfil autoritario definido, que había decidido jugarse todas sus cartas para sanar a la Patria. No obstante, el nuevo mentor de Perón, el coronel José María Sarobe, le había advertido de la existencia de otro plan conspirativo, cuya cabeza era el ex ministro de Guerra, general Agustín Pedro Justo. El propio Descalzo le había reconocido:

—Uriburu quiere el poder absoluto para el Ejército, y no medirá consecuencias. Habla de eliminar la Ley Sáenz Peña (*) y seguir el modelo italiano para restablecer el orden. No le interesan los buenos modos. Justo, en cambio, está a favor del diálogo, la prudencia y los acuerdos políticos. Son las dos caras de un golpe necesario. Los necesitamos a ambos. Para equilibrar estamos nosotros, Juan. Y los oficiales que se unan a nuestro camino. No debemos romper, sino generar alianzas con la fuerza.

A partir de ese momento, Perón se dedicó a convencer a los oficiales para incorporarlos al proyecto; también debían hacer entender al pueblo que el camino correcto estaba junto a ellos.

El 6 de septiembre de 1930, Descalzo y Perón se dirigieron hasta la Escuela Superior de Guerra para asegurar la adhesión de los castrenses. Ya estaba decidido: tomarían el gobierno por la fuerza.

Un auto blindado, lleno de armamento, precedía a la columna de tropas insurgentes que a pie, con fusiles en alto, marcaban el paso de la milicia. Juan Domingo Perón estaba ahí, marchando con ellos hacia la Casa Rosada, resuelto a cambiar los destinos del país.

Junto al avance de las tropas por la ciudad se sumaron civiles, bocinazos,

peatones que corrían vitoreándolos, y de esa manera formaban una especie de carcaza popular para desbancar a Yrigoyen. Incluso algunos tangos apoyaron el triunfo del golpe.

El levantamiento armado terminó con la renuncia del mandatario legítimo y con el general José Félix Uriburu al frente de la presidencia. Era el primer golpe militar de los muchos que seguirían durante el siglo XX.

A partir de ese momento, se estableció el Estado de Sitio y se disolvió el Congreso Nacional. Yrigoyen, detenido en La Plata, fue llevado prisionero a la isla Martín García. Se impuso un sistema electoral simulado, fraudulento, que dio inicio a la Década Infame.

Ya nada sería como antes.

* * *

Juan Domingo Perón fue designado profesor de Historia Militar en la Escuela Superior de Guerra y secretario privado del ministro de Guerra, Francisco Medina. En ese momento, se dio la primera mención pública de su nombre.

Iniciaba sus días de madrugada y lo obsesionaba el cumplimiento del deber. Su mujer despertaba a las cinco de la mañana para prepararle el desayuno y abrazarlo. De esa forma, podía retenerlo unos minutos más antes de su partida, porque sabía que su marido pasaría todo el día fuera del hogar y lejos de ella.

Ya se habían mudado de la casa de los Tizón a un departamento en la Avenida Santa Fe. Pero las horas que compartían eran más escasas que al inicio de la relación. Perón estaba sumido en sus dos grandes pasiones: la enseñanza y el deporte. Llegaba tarde y se encerraba en su escritorio a estudiar, a leer, a escribir artículos que luego publicaría en la *Revista Militar*.

Aurelia, que había cocinado para él, le daba la cena, un beso enamorado y se marchaba a su cuarto. Intentaba ganarle horas al sueño para esperarlo, pero Juan se metía en la cama de madrugada, cuando ella ya dormía.

La vida intensa de Perón, su dedicación al trabajo y la falta de tiempo compartido, eran un obstáculo para los encuentros íntimos, aunque no para el amor; los unía un afecto inaugural para ambos. No obstante, ella lo extrañaba y sufría en silencio sus ausencias. Él era su hombre: prestigioso en su carrera, de buen corazón, sincero. Y Aurelia lo comprendía porque había nacido para comprender, para ser esposa fiel, obediente, y para cuidar de la vivienda y de los niños. Deseaba con locura la llegada de un hijo que pusiera fin a tanta

soledad. Lo anhelaba desde su casamiento, pero sus períodos continuaban de forma regular y cada mes le marcaban una nueva decepción.

Perón sabía que el accidente que había sufrido en la juventud mientras practicaba ejercicios en las barras paralelas, le había ocasionado un fuerte golpe en la zona genital. Los médicos anticiparon que podría causarle infertilidad, pero nunca le dio importancia al asunto. Un porrazo no modificaría su hombría.

En uno de los tantos viajes de su marido, Aurelia decidió consultar al ginecólogo acerca de su salud. Luego de algunos exámenes, el hombre concluyó que no sufría nada anormal que le impidiera concebir. Tal vez la falta de sexo con su esposo tuviera que ver con eso, le dijo.

Las palabras del médico no alcanzaron para aliviarla. Ella lloraba en soledad; una soledad a la que se había acostumbrado pero que no dejaba de mortificarla. Juan tenía la libido en su carrera, en su obsesión por convertirse en un conductor preparado, y eso afectaba la relación y los proyectos de familia.

En abril de 1931, mientras su mujer se angustiaba por el heredero ausente, debido a sus vínculos con el sector militar de Justo, Perón se convirtió en sospechoso de poca lealtad al gobierno de Uriburu. Decidieron alejarlo de la Capital, mandarlo en una comitiva a recorrer el norte del país con el fin de constatar maniobras extrañas que —según decían— podrían comprometer la frontera con Bolivia y Paraguay.

Los miembros de la comisión llegaron a Formosa. Desde allí, hasta alcanzar la provincia de Jujuy, atravesaron selvas, montañas, terrenos hostiles para los que ni el entrenamiento ni la salud estaban preparados.

Las epidemias y fiebres tropicales eran moneda corriente. El jefe de la subcomisión, Juan Domingo Perón, comenzó a sentir las consecuencias de la Puna, el frío, las lluvias, el calor invencible. Y se enfermó. Una congestión, la primera de su vida, le tomó los pulmones con síntomas que resultaron alarmantes. Fiebre, tos, cansancio muscular, decaimiento.

Antonio Spina, su asistente, que también estaba con fiebre, intentó ayudar al capitán con ventosas de goma que había traído desde Buenos Aires. Le succionaba los miembros acalambrados, pasaba los paños fríos de su frente a la de Perón y, sin embargo, ninguno de los dos lograba mejorarse.

Desesperado, un oficial de la comitiva encontró a una anciana aborígen que

descendía de la montaña aferrada a la mano de una joven.

—¿Hablan español? —preguntó.

—Sí —contestó la muchacha mirando el suelo, sin detener la marcha.

—Necesito que me ayuden. Somos del Ejército; mi capitán pescó una enfermedad en los pulmones y se está muriendo.

Las mujeres siguieron su paso haciendo oídos sordos a la súplica. La abuela odiaba a los forasteros, ellos eran la causa y la desgracia, los verdugos de su pueblo. Hacía siglos que los blancos habían fijado en esas tierras su rifle y su bandera, hacía siglos que los nativos eran considerados la imagen misma de la barbarie, y ahora pretendían su ayuda para vivir y continuar oprimiéndolos. Que se murieran de una vez y los dejaran en paz, pensó.

De pronto, su nieta se detuvo.

—¿Dónde está el enfermo? —preguntó levantando la vista en dirección al hombre.

—A unos minutos de acá —contestó él.

La anciana intentó tironear del brazo a la joven para que siguiera caminando. Al ver que su nieta no se movía, en sus ojos apareció la furia.

—Me voy a ayudarlos, abuela. Vuelva usted al rancho —pronunció la muchacha decidida. Y de inmediato le dio la espalda para marcharse y para evitar su rabia.

Llegaron hasta el lugar. Antonio estaba consciente; Juan se había desmayado producto de la fiebre.

—Primero él —dijo Spina a la india—, yo estoy bien.

Amicha se acercó hasta la cama de Perón, puso la mano en su frente y luego apoyó el oído sobre su pecho. Estaba caliente y respiraba mal. Sacó de su bolso algunos yuyos que solía tener siempre a mano; se lo había enseñado su abuela, la que se negó a atenderlos, que era descendiente de chamanes. Pidió un recipiente al oficial, seleccionó puñados de distintos colores y los mezcló sobre una hornalla encendida. La hierba comenzó a humear con un olor extraño.

La joven se paró al lado de Perón. Con ayuda de sus compañeros, levantó su torso y le acomodó unas camperas bajo la nuca. Pasó la mezcla debajo de la nariz, para que Juan pudiera inhalar y despertarse. Al tiempo, ella tarareaba algo raro en su dialecto indio.

Tras unos minutos, Perón abrió los ojos; parecían vidrios ajados por el dolor. Todavía estaba medio inconsciente, veía nublado, tosía. El humo se metía en sus pulmones y lo hacía toser cada vez más. Había vuelto a cerrar los

párpados.

—¿No le hará peor esto? —preguntó Spina al oficial.

—No hable, déjeme trabajar —respondió ella de mal modo. Y volvió a canturrear esas frases incomprensibles.

Perón tosió más fuerte. Amicha lo sostenía sobre su pecho y le cantaba al oído. De pronto él la miró, confundido. Tenía la piel cobriza, cabellos renegridos, labios finos y olía a campo: ese olor familiar que había quedado guardado en su memoria de niño. Imágenes extrañas, olvidadas: ovejas, una fogata, las manos de su madre desplumando una gallina, el viento helado, un caballo negro, la voz de su padre en la penumbra... Abrió los ojos de nuevo; la veía gris, nubosa, deformada. Ella le sonrió; seguía cantando.

Amicha volvió todas las tardes a quemar los yuyos en sus narices. Al cabo de tres días, Perón se había repuesto.

Esa mañana, el sol parecía abrirse al medio entre las sierras. Un horizonte limpio anunciaba buen tiempo para respirar mejor y acabar con la congestión definitivamente. Ella no regresó más.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó Juan a su asistente.

—¿A la india?

—A la joven que me curó —reconvino Perón.

—Nos dijo que su rancho estaba arriba, en la montaña. Algunos kilómetros al norte. No se le ocurrirá subir hasta ahí, mi capitán. Todavía está convaleciente.

Perón lo fulminó con el gesto.

—No se me ocurriría algo distinto.

A pesar de la negativa de sus compañeros, Juan decidió marchar solo. El camino era áspero y ondulante. Interminable. Poca vegetación, plantas secas, puntas de montaña rocosa, gris, marrón, color arena. El silencio por allí era más cerrado que en la Patagonia y el aire parecía respetuoso, como si la sequía tuviera en prisión a los ruidos. Había reserva y mudez.

Perón comenzó a agitarse, paró para descansar un rato. Unos minutos nomás, tomó oxígeno: debía continuar. Siguió un tiempo y avistó algo a lo lejos. En medio de una garganta estrecha, al pie del valle, un rancho de piedra, techado con paja y barro. Se animó hasta ahí con pocas fuerzas; debía de ser ese.

Golpeó la puerta. Respiraba entre jadeos. Abrió la anciana.

—Buenas tardes, señora —inició.

Ella miró el uniforme militar y frunció el ceño. De pronto, la cara se convirtió en un pergamino antiguo, llena de arrugas, esas de tajos claros que surcan un rostro oscuro y viejo. Y en un segundo, por aquella mirada pasó toda su historia.

—Estoy buscando a Amicha —continuó Juan, que advirtió enseguida la causa de su gesto.

La mujer siguió de pie, sin hablar, inmóvil en el umbral, enfrentándolo con la mirada. Retrato aborigen perfecto, lleno de valentía y sagacidad.

—Yo también llevo sangre de los antiguos, señora —le sonrió Perón—. Míreme bien, y podrá reconocerla.

La abuela miró en la profundidad de sus ojos negros. Inclino la cabeza, se acercó más a él y a poco su instinto se lo dijo: aunque portara ese uniforme, era un hijo de la tierra. En ese momento relajó la frente, como si ese hombre representara una revelación. Se hizo a un lado y lo dejó pasar. Con el brazo extendido le señaló la parte trasera de la choza. La nieta estaba dando de comer a unos chivos.

—Muchas gracias —cerró él.

Perón se alejó hasta alcanzar a la muchacha. Al verlo, ella se sorprendió y de inmediato agachó la cabeza.

—Ya se ha curado... —dijo a media voz.

—No lo hubiera logrado sin tu ayuda —agregó él—. Vengo especialmente a agradecerte.

—No debería andar caminando tanto. Todavía debe cuidarse para no volver a caer —señaló ella con una sonrisa.

Perón la vio de nuevo, pero recién ahí la miró bien por primera vez. Los dientes amarillos, quebrados, delataban su pobreza y también su destino.

—Al igual que vos, mi madre sabía curar estos males —le confesó Juan.

—Me alegro por ustedes, por su familia. Ojalá fuéramos más, pero quedamos pocos. Sobre todo por acá... —agregó ella mirando al cielo. Y la sonrisa se borró—. ¿Sabe qué pasa? Mi gente fue arrancada de la tierra, nuestra tierra. Siento el dolor en el silencio de mi abuela, que ya no habla. Y su dolor ahora es mi dolor. Discúlpela, no es mujer mala, pasa que la pobre está enojada.

—¿Y vos no?

—No, yo la entiendo, pero no pienso igual. No es bueno pagar con odio a los que nos hicieron esto. Yo creo en la gente buena, señor.

Se sacó de los hombros una ruana de colores, tejida a mano por ella, y se la entregó a él.

—Para que no me olvide —le volvió a sonreír con modestia.

Juan permaneció unos segundos acariciando la lana. Estaba conmovido. Había percibido el impacto de esas frases dichas en orden, con la sabiduría de la juventud que todavía apuesta a las ilusiones, con esa libertad autóctona del pueblo. Una capa de brillo, que ya no era producto de la fiebre, asomó por sus ojos y alumbró más la vista. Entonces la miró y le habló con voz tierna:

—Gracias, Amicha, por haberme curado y por este obsequio. Además, gracias por tus palabras. Sé del sufrimiento de tu gente, esa espada está clavada en mi pasado y en mi memoria. Por eso vine, para decirte algo.

—Dígame... —susurró ella. El sol daba de lleno en sus trenzas largas.

—Yo no voy a olvidarme de tus manos sanadoras, ni de tu rancho de paja sobre este piso seco. Y te pido que vos tampoco te olvides de mí. Recordame, y recordá mi nombre: me llamo Juan Domingo Perón.

* * *

En 1932, un atentado producido durante un viaje por la ruta provincial de San Juan mató al capitán Luis Sarmiento.

—¿Qué pasó? —preguntó Perón a quien le había traído la noticia del ataque.

—Parece que lo ajusticiaron porque había comandado el fusilamiento de Joaquín Penina en las barrancas del río Paraná, mi capitán.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace dos años, apenas asumió Uriburu.

—¿Y quién era el tal Penina?

—Un anarquista que se cargaron los del Regimiento 11 de Infantería, mi capitán.

—¿Bajo qué circunstancia se lo cargaron? —indagó Perón con interés.

Joaquín Penina estaba encerrado en su biblioteca; diseñaba un panfleto para ser repartido por sus compañeros anarquistas. Tenía 25 años. Oriundo de una aldea en la provincia de Barcelona —Cataluña—, había llegado hacía algún tiempo al país; era joven y revolucionario, aunque pacifista. Se afilió al gremio de los albañiles y comenzó a militar en la Federación Obrera de

Rosario —FORA—; se dedicaba a colocar mosaicos en las viviendas para subsistir.

Su habitación pensionada, en la calle Salta al 1500, era humilde; decorada con libros, revistas y diarios que hablaban de política. Porque Joaquín militaba desde las sombras, como milita el bibliotecario encerrado entre los estantes que sostienen sus libros, y así va formándose opinión sobre la vida.

De andar cortés, sonriente, cabello espeso, ojos cargados de utopías, trabajaba como canillita del periódico *La Protesta*, y de paso distribuía literatura revolucionaria entre el movimiento obrero.

Tras el primer golpe de Estado en la Argentina, el 7 de septiembre de 1930, se ordenó el fusilamiento de quienes difundieran propaganda opositora a las autoridades del nuevo gobierno. Esa tarde, y las que siguieron, Joaquín Penina repartía volantes a cielo abierto, a viva voz agitaba su mano contra los gopistas e intentaba cargar de valor a los ciudadanos llamando a la resistencia. Sin escolta, sin armas, sin escape, no duraría mucho su entusiasmo.

El día 9 lo detuvieron junto a dos compañeros, bajo el cargo de distribución de panfletos antigobierno. Los otros fueron liberados; él no corrió la misma suerte. Quienes lo fusilaron encontraron en sus bolsillos sólo unas galletas marineras y un giro de cinco pesetas con destino a Barcelona para su hermano. Nada más.

—¿Lo mataron porque repartía volantes en contra del gobierno? —se sorprendió Perón.

—Sí, mi capitán.

—Pero... —vaciló Perón oliendo la injusticia— ¿el pibe pertenecía a algún movimiento armado?

—Tengo entendido que militaba en la Federación Obrera de Rosario.

Si bien a esa altura Perón sabía que la ideología podía resultar más peligrosa que las armas, que en una revolución importaba de verdad el contenido de la rebeldía más que el triunfo en sí mismo, continuaba siendo el nieto de Tomás Liberato y el hijo de Mario: esos hombres que le habían dejado el legado de las causas justas. Y llevarse la vida de un joven pacifista que promovía la insurgencia a través de la lucha filosófica, distaba de ser considerado noble, y mucho menos justo.

En ese instante, una voz silente, que él ni siquiera pudo reconocer,

pronunció dentro de su cabeza: «Milico de mierda». Pero la conciencia madura del capitán la puso entre paréntesis y logró callarla con una represión inmediata. Y eficaz.

* * *

Perón ya había sido ascendido a mayor del Ejército y nombrado profesor titular de la Escuela Superior de Guerra; la sombra de la tradición heredada de su abuelo paterno, que por 1874 fuera miembro del Consejo Superior de la Facultad de Ciencias Naturales, lo estaba persiguiendo en silencio. Se concentraba en la redacción de sus escritos militares y, como siempre, pasaba mucho tiempo alejado de su esposa.

El régimen de Uriburu, alentado por el auge del fascismo europeo, se acreditaba ajusticiamientos y deportaciones. Con mano dura, perseguía a los dirigentes obreros y activistas de izquierda pues en cada reclamo sindical avizoraba la amenaza bolchevique.

Agustín Pedro Justo, que intentaba armar un Estado liberal, fue encontrando apoyo en conservadores, radicales y socialistas. Con habilidad, supo aparecer distanciado de las acciones represivas del gobierno, para que Uriburu terminara ahogándose en su laguna de impopularidad.

A sabiendas de su predilección por Justo, atemorizado por la polarización de la milicia, Uriburu desplazó a Descalzo hacia la provincia de Formosa.

Así paga el diablo a quien lo asiste, persiguiendo a sus propios oficiales, pensó entonces Perón. Y armó reuniones secretas con sus hombres. Les indicaba la necesidad de gobernantes con el valor suficiente para poner las cosas en su lugar, para evitar la ociosidad y la murmuración en el Ejército, y la propagación del mal en la Nación. Fue convincente y consiguió más adeptos.

Uriburu terminó asfixiado por sus políticas y se hundió en su mando y en la historia. Ganaron los voraces, los armadores de la farsa que había echado mano al fraude electoral, una vez más.

Al día siguiente, el diario *Crítica* empapeló los hogares de la ciudad con una nueva mentira:

«LA NOCHE QUEDÓ ATRÁS».

Mientras Justo imponía su doble moral e instalaba una dictadura disfrazada de democracia —pronto fue considerado un tirano más vestido de civil—, encerrado hasta la madrugada en su escritorio, Perón redactaba sus textos de historia.

Como si la herencia de las mujeres de su familia y la iniciación con la muchacha rusa estuvieran azuzando su pulso de manera inconsciente, el mayor del Ejército escribía dos libros nuevos.

El primero, *Toponimia Patagónica de Etimología Araucana*, un diccionario de vocabulario indígena ilustrado por su esposa, como un intento de buscar en sus raíces algo que calmara sus contradicciones. Porque de un lado estaba la sentencia impiadosa de su padre contra la masacre que había desatado Roca sobre su pueblo, y del otro, la ideología de su formación castrense.

El segundo, *La Guerra Ruso-Japonesa*, tal vez para evaporar cualquier resto de deseo que quedara dando vueltas en su mente por Dasha, la amante que había despertado sus pasiones más hondas. Lo cierto era que Perón no paraba de escribir. Con la pluma sobre el papel, sublimaba, disipaba y reprimía los impulsos sexuales adheridos a un recuerdo. Porque Dasha Petriev era, por entonces, un nombre ya olvidado en la conciencia.

En su prosa aparecían los gritos del combate que estaba sonando en su cabeza: la lucha interior entre quién era y quién *debía ser*. La voz del padre se mezclaba con la rigurosidad de sus maestros. Y la espada del adulto, preparada para el orden, empezaba su batalla contra el joven libre y amable de las pampas.

*- Ley 8.871 General de Elecciones que en 1912 estableció el voto universal, secreto y obligatorio, a través de un padrón electoral masculino.

Quinto hilo...

Juan Perón empezó a convencerse de que el poder de las naciones se definía por sus conductores, por quienes fuesen capaces de conquistar y guiar a las masas; por hombres con voluntad de poder que no se rendían ante la adversidad, como no se habían rendido los nativos ni los inmigrantes de su sangre a lo largo de su propia historia familiar. Pero como su madre lo había defraudado al abandonar el luto para relacionarse con un joven de su misma edad, a partir de entonces le negó el amor, se encerró más en sí mismo y alzó los emblemas de un patriotismo calibrado para servir al Ejército.

De ser el hijo de Juana, pasaría a ser el padre de la Nación.

VI

El 3 de enero de 1935, Eva Duarte partió rumbo a Buenos Aires del brazo de Magaldi.

Agustín no supo muy bien cómo había hecho esa muchacha para convencerlo, pero ya se encontraba en el vagón manteniendo una conversación fluida con ella, que no paraba de hacerle preguntas acerca de su carrera.

—Conozco algunas de sus canciones —dijo Eva.

—¿Ah sí? ¿Tan jovencita y ya te gustan los tangos? —se sorprendió él.

—¿Vio que le dije que mi mamá es fanática de sus discos?

—No lo recordaba.

—Escuché muchas de sus canciones, pero hay una que no entendí, en realidad me confunde un poco.

—¿Cuál?

—«El Penado 14».

Magaldi sonrió.

—¿Qué es lo que te confunde?

—Bueno, la letra habla de un preso al que nadie le da bolilla. Pero, en realidad, no dice por qué está preso.

Agustín la miró con ternura y un dejo de compasión. Esa chica del campo era demasiado ingenua como para comprender las injusticias de la vida.

—Porque era pobre, Eva —contestó al fin.

Ella frunció el entrecejo en un enredo de ideas y su vista se nubló. Una lágrima estuvo a punto de caer. Sin embargo, hacía tiempo, desde el velorio de su padre, había decidido no llorar ni dar más lástima. No era tarea sencilla; la pena siempre encontraba alguna recompensa. Pero Eva no quería ser premiada por eso. Al contrario, tenía mucho para dar, y ese era el camino que había elegido para mostrarse. No obstante, cuando se intenta reprimir una emoción, algo de afecto deja su rasgo en la vista. Agustín lo percató de inmediato. El cambio de color en los ojos de ella reflejaba un pensamiento triste. La vio muy frágil en un mundo demasiado grande para su cabeza adolescente, y sintió ganas de abrazarla. Pero se contuvo.

—Entonces mi familia va a terminar así —concluyó Eva segundos después.

—¿Por qué decís eso? —la cuestionó él.

—Porque nosotros no tenemos plata y siempre vamos a ser pobres.

—Eso no significa que tengan que terminar en prisión.

—Usted acaba de decir que «El Penado 14» estaba ahí porque era pobre. ¿En qué quedamos?

Magaldi sonrió de nuevo y le tomó las manos. Eran pequeñas, estaban húmedas. Eva sintió un escalofrío en la espalda. Sabía que haría cualquier cosa con tal de que el cantor la

recomendara a sus conocidos en la Capital.

—Es verdad, dije eso. Pero me refería a otra cosa. Quise explicarte que en esas cárceles frías, lejanas y oscuras, sólo encierran a los pobres. Pero no a todos los pobres, sino a los que violan la ley. ¿Entendés?

—Sí, entiendo. Y entonces, los ricos que cometen delitos, ¿adónde van?

La pregunta encajaba perfecto con el razonamiento. Y también era difícil de responder. Agustín bajó la cabeza y se quedó en silencio. Pensó si debía continuar con la charla o tal vez era mejor cambiar de tema. Luego de un intervalo que no duró mucho, le dijo:

—Muchas veces los ricos tienen la suerte de hacer lo que quieren sin que nadie los juzgue. Eso también debés saberlo para enfrentar tu futuro.

Se expresó con decisión, como un padre que intenta enseñar a su hijo algunas cuestiones fundamentales para la vida. A medida que hablaba, le apretaba más los dedos.

Eva sintió que había llegado el tiempo de poner en juego todo con tal de que Magaldi no se arrepintiera de haberla traído con él. Estaba dispuesta a entregarse entera a cambio de las cartas de recomendación que le había prometido. Había visto decenas de veces a su madre hacer lo mismo; Juana cedía su cuerpo a los favores de esos hombres que la visitaban para alimentar a su familia. Ella haría lo propio para cumplir un sueño. Después de todo, Agustín era apuesto y el fijador de sus cabellos emanaba un aroma que le gustaba. Entonces, se arrojó hasta su pecho y con ternura le besó los labios.

Magaldi se apartó al instante. Si bien la muchacha le parecía hermosa, la notaba desvalida. Y él jamás había sacado ventaja de las necesidades de una mujer. De inmediato advirtió que ella estaba intentando ser cortés, que se le ofrecía para que él no la abandonara apenas arribaran a Buenos Aires. Pero era un caballero y, además, su corazón también estaba herido; sufría el duelo por un amor que se había terminado debido a su falta de valentía. Aunque se sintiera tan vulnerable como ella en ese momento, no obtendría un beneficio de la situación. Porque, muchas veces, la fragilidad emocional encuentra la excusa perfecta para hacer lo que no está bien. Y esto no estaba bien.

—No —dijo sin más—. Sigamos conversando. Me entretiene tu charla. Lo otro no—. Y le soltó las manos.

* * *

La estación cabecera del Ferrocarril al Pacífico, en la zona de Retiro, era una de las terminales que servían al modelo agroexportador que por entonces sostenía la economía del país. Había sido construida con piezas fabricadas en Inglaterra, traídas especialmente para armar la estructura que, por su sofisticación, algunas décadas después sería declarada Monumento Histórico Nacional.

Eva llegó con un vestido de flores pequeñas, de colores gastados, que apenas se movía por el efecto de la brisa. En el pecho sentía el pulso más intenso, una mezcla de intriga y temores que aparecieron apenas se detuvo el tren.

Había huido de Junín en busca de un refugio. La gran ciudad era su sueño, pero también un lugar desconocido e inmenso para una chica sola. Lo sintió al bajar del vagón, cuando apareció ante sus ojos un andén enorme con decenas de personas que iban y venían a un

ritmo acelerado. Llevaban en los hombros un impulso «citadino» que Eva percibió desde el primer instante, cierta urgencia por llegar a algún destino. La gente de pueblo caminaba más lento, pensó. Por ahora, era la única diferencia que había reconocido. No tardaría demasiado en encontrar muchas otras.

Apenas la vio, Juan Duarte levantó un brazo y corrió para alcanzarla. La estrechó durante varios segundos.

—¡Qué lindo verte, Eva! Me dejaron salir del cuartel por un rato. Hace una hora que te estoy esperando —le dijo cerca del oído.

—Gracias —agregó ella y le devolvió el cumplido con un beso fuerte en la mejilla—. Ya conocés a mi compañero de viaje: Agustín Magaldi.

—Nunca nos habíamos saludado: encantado —se adelantó Juan y le extendió la mano—. Un honor. Le agradezco por haber cuidado de mi hermana.

—El gusto es mío. Y no me agradezca, muchacho, he pasado el viaje más divertido de mi vida. Eva tiene un don especial para atrapar con su charla. Le aseguro que esta chica va a lograr todo lo que se proponga. Si no, ¡mírela ahora! Aquí, en Buenos Aires, con tan sólo quince años y una valija —sonrió Magaldi.

Eva y Agustín se despidieron antes de abandonar la estación.

—No pierdas las cartas que te escribí. Y recordá esto: no tiene caso insistir cuando alguien no te lleva el apunte. Pero si lográs que te vean, Eva, te ganarás el mundo. Te lo aseguro —selló él, antes del abrazo final.

Juan caminó de la mano de su hermana hasta alcanzar el tranvía que los dejaría en la zona de Congreso. Ella se acomodó en el vagón y desde ahí salpicó la vista por las calles porteñas. Estaba fascinada. El corazón de la ciudad pasaba ante sus ojos: tiendas, bares, restaurantes y negocios aceleraban los latidos en su pecho. En cada sitio había un carácter dramático que convertía la vida en asombro, y la mirada de Eva comenzó a revelar cierto triunfo. Había llegado.

Se bajaron en la esquina de Callao y Corrientes, justo donde se abría un edificio antiguo en forma de V repleto de balcones con prendas tendidas al sol.

—Es una pensión. Hablé con la administradora para avisarle que vendrías. Se llama Elvira, parece buena gente. Pude pagar la semana entera así no tenés que gastar tus monedas en los primeros días. Pero no ando tan bien como para ayudarte mucho más.

—Gracias, Juancito. Y no te preocupes, ya me voy a arreglar con lo que tengo. Te quiero —lo abrazó. Se despidieron.

Elvira Muñoz era una mujer de mediana edad que todavía conservaba el acento español a pesar de los veinticinco años que llevaba viviendo en Buenos Aires. De estructura corpulenta y una mirada aguda, parecía amenazante. Su carácter fuerte disimulaba un corazón blando repleto de nobleza. Antes de recibir a los pensionados, exigía una entrevista personal para calibrar el aspecto, los modos y el uso del lenguaje. Si no la conformaban, los echaba a la calle. La pensión era todo su mundo. Un lugar que había logrado mantener con mucho esfuerzo y algo de buena suerte. Por eso valoraba los buenos modales mucho más que el dinero. Allí no había espacio para delincuentes o canallas. En su propiedad las

normas de la convivencia se cumplían.

Juan le suplicó que asignara una habitación a su hermana antes de conocerla. Le aseguró que se trataba de una muchacha honrada y que apenas arribara a la ciudad, tendrían esa conversación tan importante para que se quedara en paz. La mujer aceptó de mala gana.

—Está bien. Pero, si luego de hablar con ella se me apetece indecente, la quito de aquí para que vaya a pedir asilo a otra parte —le previno.

Eva tocó el timbre y aguardó en el umbral. Elvira llegó unos minutos después. Abrió la puerta de entrada con el ceño fruncido y un pañuelo que siempre llevaba atado al cuello.

—Soy Eva, la hermana de Juan Duarte.

—Ah, sí, pasa.

La administradora la condujo hacia el final de un pasillo angosto. La invitó a su despacho y le ofreció un vaso de agua fresca. Primero la observó durante segundos. Era muy delgada y el vestido se notaba bastante gastado. A su cuerpo le faltaba vigor, pero sus ojos estaban llenos de vida.

—Bien —inició sin rodeos—. Primero dime una cosa que me tiene picando el cerebro desde que tu hermano me avisó de tu llegada: ¿Qué diablos anda haciendo una jovencita como tú, sola en esta gran ciudad?

—Vine porque quiero ser actriz —contestó Eva, decidida.

—¿Actriz? —replicó Elvira Muñoz.

—Sí. ¿Qué la sorprende?

—Que estás recién llegada de tus pagos y piensas que podrás actuar, ¿así nomás? —señaló la mujer con los brazos abiertos.

—Por lo menos voy a intentarlo —remarcó Eva.

—Y tus padres, ¿dónde han quedado?

—Mi padre está muerto. Y mi madre vive con mis hermanos en Junín. Pero confía mucho en mí —mintió—. Por eso me dio permiso para venirme sola.

—Ajá...

Elvira la miró esperando que continuara con su relato.

—¿Está mal que me tengan confianza?

—¡Pues no, hija, claro que no! Es que el mundillo de los artistas no es una cosa fácil. Allí pasa de todo, niña. Y tú eres joven y bonita.

—No entiendo, ¿qué me puede pasar ahí? —preguntó Eva con inocencia.

—Mira que eres tierna todavía... —acusó la administradora con una mueca. Y, de pronto, sintió deseos de protegerla—. Nada que tú no quieras que te pase. Bueno, ¡bah!, déjalo así. Ya hablaremos más adelante de esto. Ahora debes de estar cansada por el viaje. Ven, te mostraré tu cuarto —se levantó, la tomó del brazo y se la llevó por el corredor hasta la primera planta del edificio.

Eva acomodó las pocas prendas que traía en el armario de la habitación. Miró la cama; era angosta pero las sábanas estaban limpias. Se sentó; el colchón parecía comfortable. Podría dormir un rato, pensó. En ese momento, desvió la atención hacia la puerta. No. No había llegado hasta Buenos Aires para quedarse encerrada en esa pieza. Necesitaba conocer el

nuevo mundo. De pronto, se levantó de un salto y salió aprisa de ahí. Algo en su cuerpo urgía. Curiosidad.

—¿Adónde vas si recién has entrado? —le lanzó Elvira desde el extremo opuesto del pasillo.

—A dar una vuelta por el barrio —gritó Eva mientras sus pies se apresuraban a la salida.

El calor pegó en su rostro al pisar la vereda. Corría el mes de enero; el asfalto emanaba un vapor que se adhería al cuerpo y dejaba restos de humedad entre las piernas. Eva lo sintió como un abrazo, como si la ciudad le estuviera dando la bienvenida. Sonrió. Y con ese pensamiento comenzó a andar, sin noción de espacio ni de tiempo, con el vestidito de flores pegado a su cintura.

Por entonces y hasta 1949, el tránsito circulaba a la manera inglesa, por la mano izquierda. Varias líneas trazaban los rieles del cruce de tranvías en medio de los automóviles. La gente se amontonaba sobre ellos; aunque estuvieran en marcha corrían para poder subirse. En una de las esquinas, un cartel de la línea B de subterráneos indicaba el destino: Federico Lacroze en un sentido y Correo Central en otro.

Desde 1931, habían comenzado las obras para ensanchar la calle Corrientes y convertirla en avenida. Los trabajadores armaban andamios y manipulaban las excavadoras intentando apurar su labor, con el fin de terminar a tiempo para la celebración de los cuatrocientos años de la fundación de Buenos Aires. En medio de semejante caos, entre las calles rotas y los escombros, la multitud padecía más el calor, y tenía más hastío.

Eva esquivaba despojos de cemento, saltaba baches hundidos en el asfalto y no paraba de caminar. En lugar de fijar la vista en el suelo para evitar un tropezón, mantenía la cabeza en alto; fascinada con el gentío, no quería perderse ningún detalle. Deseaba guardar en sus ojos las imágenes de ese mundo que recién descubría, constatar las anécdotas que tantas veces le habían contado otros y emocionarse. Buenos Aires estaba llena de drama y revelación. Todo parecía intrigante: el murmullo de la gente, el sonido de los autos sobre el adoquín, los bocinazos, el olor a sudor de los obreros. El apuro de la ciudad marcaba un ritmo distinto que ella jamás imaginó, y que apenas pisó la calle le aceleró el ánimo y los pasos. De pronto, se paró en la entrada de una heladería, frente a una vidriera decorada con un vitral enorme que mostraba un volcán rodeado de árboles y vegetación. Lo miró con interés. El dibujo era hermoso e invitaba a detenerse. En ese instante, advirtió que no había comido desde su llegada y que, además, estaba sedienta.

—Es El Vesubio —dijo una voz a su lado.

Eva se sorprendió.

—Está en la ciudad de Nápoles, en Italia —continuó el hombre de cara al mural—. Los griegos lo consideraban un lugar sagrado dedicado a Heracles, un héroe conocido por su fuerza, su coraje y... su vigor sexual. Pero, la verdad, es uno de los volcanes más peligrosos del mundo. Encantado —dijo extendiéndole la mano—, Anselmo Rojas.

—Hola, soy Eva, y no sé nada de volcanes —contestó ella en tono divertido.

Anselmo sonrió y enseguida se dio cuenta de que se trataba de una joven inocente. Él tenía treinta, la piel seca y el pelo lleno de rulos.

—¿Querés tomar un helado? —preguntó.

A Eva le hizo ruido el estómago.

—Es que no tengo dinero, señor Rojas.
—¿Cuál es tu gusto preferido? —le insistió.
—Frutilla —dijo ella sin pensar.
—Esperame acá.

A los cinco minutos, Anselmo volvió con un vaso grande para Eva y otro más pequeño para él.

Ella lo miró atónita. Era la primera vez que alguien tenía para con ella un gesto tan lindo. Agustín Magaldi había sido muy gentil, la había ayudado a llegar a Buenos Aires, había escrito cartas de recomendación para que sus conocidos la recibieran; pero todo eso lo había hecho porque Eva se lo pidió. Este desconocido, en cambio, le compraba un helado en medio de esa tarde agobiante porque sí, sin tener la menor idea de que Eva se estaba muriendo de sed en ese momento. Lo hacía por amabilidad o, tal vez, por intuición.

—Gracias... —dijo ella con voz emocionada. Y empezó a lamer la frutilla que intentaba resistirse al calor.

El encuentro duró diez minutos más. Anselmo le contó que había estudiado historia antigua, pero que la necesidad lo llevó a terminar en una fábrica de calzado. Tenía esposa y cinco hijos varones que vivían en una pieza, y hacía poco se les había muerto un bebé al nacer. Eva lo escuchaba como si se tratara de un cuento, en el que un hombre corpulento pasa cerca de una muchacha desvalida en el instante en que ella está a punto de fenecer. Así lo sentía; una especie de príncipe redentor que venía a obsequiarle lo que estaba necesitando: comer.

Se despidieron enseguida, sin la promesa de un nuevo encuentro, pero con un fuerte apretón que señaló agradecimiento y calidez.

Regresó a la pensión antes de que cerrara la noche. Elvira la recibió con el ceño fruncido.

—¡Pero tú estás loca, hija! ¿Cómo se te ocurre venir a estas horas? Ya me tenías preocupada. Tu hermano llamó hace rato para ver qué era de ti. Y yo sin saber qué cosa decirle —la señora Muñoz no paraba de hablar y reprenderla.

—Perdone, Doña Elvira. Es que me perdí entre tantas calles nuevas —se excusó Eva.

—¡Pues cómo no vas a perderte, niña! Si te he dicho que esta ciudad es muy grande para ti. Y encima es tu primer día... —continuó la mujer con los brazos en jarra—. ¿Has comido algo?

—No.

—Vale, ven conmigo. Tengo una tarta de atún que está que te caes.

Eva agradeció la cena. Estaban en la cocina, sólo ellas dos; si el lugar tenía más pensionados, hasta el momento no se habían dado a conocer.

—Este es mi sitio predilecto —señaló Elvira—. Porque aquí me siento a pensar y a agradecer.

—No entiendo.

—Es que cada vez que tengo un plato de comida caliente sobre la mesa, recuerdo por qué me he quedado sola.

Eva levantó las cejas en señal de asombro y confusión.

—Tú eres muy joven todavía, por eso aún no sabes acerca de las miserias de la vida... —
continuó la mujer mirando a un punto fijo.

* * *

Pasaron casi tres meses desde su llegada, durante los cuales Eva no paró de pasearse por el circuito de bares y confiterías en donde los dueños de los teatros, productores y directores de compañías solían entrevistar artistas. Se presentaba a las mesas, preguntaba si tenían pensado estrenar alguna obra y si necesitaban actrices para completar el elenco. Pero intentar un acercamiento con la gente del ambiente siendo un don nadie, era imposible si no se tenía, al menos, una mano que tendiera el puente.

Doña Elvira le había sugerido esperar hasta adaptarse un poco a la ciudad, antes de visitar a los contactos de Magaldi. Pero Eva ya no aguantaba más. Revisó otra vez las cartas de recomendación en busca de algún indicio que pudiera ayudarla, y advirtió que una de ellas estaba dirigida a un tal Edmundo Guibourg, comentarista de espectáculos del diario *Crítica*.

Enseguida consultó con Doña Elvira.

—¿Le parece que me plante en el diario como si nada para hablar con este señor? ¿Qué hago, qué le digo? —preguntó Eva con voz desesperada.

—Tú quieres ser actriz, ¿verdad? —comenzó Elvira.

—Sí.

—Pues entonces vete para las oficinas de *Crítica*, pregunta por el tal Edmundo y ármate tu mejor papel para pedirle el favor que necesitas. ¡Actúa, niña! —la incentivó Muñoz—. Y ven pa'cá, que pareces un fantasma. Vamos a darle color a esas mejillas, así lucirás bien bonita para el encuentro.

Elvira le maquilló el rostro, la ayudó a peinarse con ondas a la moda, le prestó unos tacones un poco gastados, una blusa de seda que Eva combinó con su pollera clara, y la estrechó en un abrazo para darle ánimo.

—Anda ya, pues. Y recuerda una cosa: cuando cruces esa puerta, deberás llevarte puesto el mundo.

Antes de salir de la pensión, Eva buscó su piedra de la suerte, inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y la hizo girar tres veces en su palma. El destino se dibujaría en su mano; tenía miedo. Cuando por fin extendió los dedos, la cara del sol quedó expuesta hacia el techo. Sonrió aliviada. Estaba haciendo lo debido.

Se marchó de inmediato, intentando preparar su mente para el papel que, en minutos, debería interpretar frente a un desconocido. Como no tenía dinero para tomar el tranvía, caminó las ocho cuadras que la separaban de las oficinas de *Crítica*. La gente no la miraba, sin embargo ella sentía que todo el mundo le clavaba la vista. Estaba asustada e incómoda; los tacones de Elvira le quedaban grandes y eso la ponía más nerviosa. Tenía la expresión de quien sabe lo que busca pero todavía no ha descubierto el camino para alcanzarlo. En ese momento, las últimas palabras que había pronunciado Elvira se colaron en su mente como un mandato al cual, sin embargo, le faltaba señalar una vía de acceso: «deberás llevarte

puesto el mundo», le había dicho. Pero... ¿cómo?

De algún modo, pensó, la forma de hablar de esa mujer y su estilo protector le recordaban a Juana Guaiquil de Rawson, su *machi*. ¿Sería Elvira Muñoz una enviada de la *machi*?

El edificio del diario *Crítica*, ubicado en la Avenida de Mayo, tenía un estilo *art déco* y cuatro estatuas enormes en la cima que intimidaron a Eva apenas llegó. Un hombre de mediana edad le salió al paso.

—¿Adónde va?

—A la sección espectáculos de la redacción —respondió ella—. ¿Sabe en qué piso está?

El portero la miró de reojo.

—Segundo —contestó de mala gana—. Por allá —le señaló el camino.

—Gracias.

Eva se paró frente a una puerta enrejada que cubría un pozo ciego. Parecía una jaula. Jamás había visto un ascensor. Tuvo miedo. Apretó el botón negro sobre la pared y escuchó unos ruidos extraños; algo estaba bajando del agujero. De pronto, un hombre corrió la reja: ¿Piso?, preguntó. Segundo, dijo ella. Y se tomó de la baranda intentando contener la agitación.

Una secretaria de cabellos rubios la miró con desdén al cruzar el umbral.

—¿A quién busca?

—Al señor Edmundo Guilbur.

—Se llama Guibourg —la corrigió la muchacha pronunciando el apellido con acento francés.

Eva se sonrojó.

—Disculpe.

—¿Quién viene a verlo?

—Eva Duarte.

—Espere acá —ordenó. Y se marchó con un andar presumido. La rubia jamás regresó. En cambio, al cabo de minutos apareció en la sala un hombre de labios finos y ojos buenos.

—Guibourg —extendió su mano para presentarse—, encantado.

Eva se paró de inmediato y devolvió el saludo.

—Venga conmigo.

La condujo hasta un salón repleto de escritorios, de humo de cigarrillos y de bullicio. El aire olía a papeles y a encierro. Un ruido infernal de máquinas de escribir martilladas al mismo tiempo por hombres con cara de poseídos, la aturdió. Varios se hablaban a los gritos, con frases cortas que Eva no llegó a comprender.

Guibourg caminó entre las filas esquivando las mesas, dando algunas indicaciones a su paso. Mientras lo seguía, ella notaba las miradas de los reporteros sobre su cuerpo. Oyó que uno preguntó: «Pucho, ¿le acertaste al 15?» En apariencia le hablaban a Guibourg, pero él no se dio por aludido y continuó hasta el extremo de la redacción.

En un apartado, lejos del murmullo, la invitó a sentarse del otro lado de su escritorio.

—¿En qué puedo servirle, señorita?

La joven recordó las palabras de Elvira: «¡Actúa!» Enderezó su columna, abrió los hombros y levantó el mentón.

—Soy actriz —dijo sin más—. Y muy amiga de Magaldi.

—Ajá —se sorprendió Edmundo.

—Tome. Es la carta que Agustín escribió para usted.

El hombre leyó detenidamente la misiva en donde Magaldi recomendaba a Eva Duarte y hacía hincapié en su talento: «Tiene el fuego de las mujeres que saben bien lo que quieren y no vacilan a la hora de encontrarlo. Eso se ve en el escenario».

—¡Vaya! —exclamó—. Es usted un enigma a descubrir, señorita —señaló Edmundo.

—Acá me tiene, hágalo —lo incitó Eva.

Guibourg sonrió sin dejar de mirarla. La joven era muy delgada, de cabellos negros y rostro anguloso. La piel lozana y su busto erguido, la hacían parecer un ángel. Pero los ojos estaban rasgados por un haz de luz que atravesaba la mirada de quien se ponía enfrente. Edmundo lo sintió; Magaldi no se había equivocado al definirla.

—Le diré lo que tiene que hacer —dijo por fin—. Si me hace caso, logrará iniciar su carrera en esta gran ciudad.

A dos días de su visita al diario *Crítica*, tras haber escuchado una vez más los consejos de Doña Elvira y aceptar su dinero para no parecer una paria, Eva entró a la confitería Real, se ubicó en una mesa y pidió un café.

Se trataba de uno de los bares más elegantes de la calle Corrientes, decorado en mármol y bronce lustrado. Era el lugar predilecto de los empresarios teatrales para reunirse a concretar negocios y, además, de grandes músicos, poetas y compositores de tango. Entre los habitués, estaban Ángel D'Agostino, Aníbal Troilo, Cátulo Castillo y el uruguayo Gerardo Matos Rodríguez, compositor de *La Cumparsita*.

Guibourg había sido muy preciso. Debía llegar hasta ahí, preguntar por José Franco y entregarle la carta que le había escrito antes de despedirla.

—No lo hemos visto por acá todavía, señorita —respondió el mozo cuando Eva le preguntó por él.

Eran las tres de la tarde. Esperaría.

Las horas pasaban y la joven estaba inquieta. No le quedaban más monedas para tomarse otro café, y encima el tal Franco no aparecía. A punto estuvo de irse, cuando el mozo se acercó de nuevo para traerle el vaso de agua que había pedido hacía un rato.

—Ahí lo tiene, acaba de llegar —le dijo.

Entró un hombre de mediana edad y aspecto serio. Sus facciones eran apacibles, aunque los cabellos ya insinuaban el inicio de una calvicie temprana. Se arrimó a una mesa donde otros bebían lo propio del copetín de la tarde. Lo saludaron con afecto y de inmediato apartaron una silla para él; se notaba que le daban un trato preferencial.

Eva sintió que su pecho se aceleraba; no podía controlar las pulsaciones. Era su oportunidad. Con ese pensamiento se paró y caminó en dirección a su objetivo.

—Disculpen la molestia, señores —habló en tono suave, con vergüenza.

Los hombres la miraron intrigados. Era joven y bella.

—Vengo de parte de Edmundo Guibourg, traigo esta carta para usted, señor Franco.

José, que apenas había logrado acomodarse, volvió a ponerse de pie. Tardó pocos segundos en leer la misiva: «Sé que tu compañía está por incorporar nuevas figuras. Te sugiero que no dejes pasar a esta. E. G.».

Ella, parada a su lado, esperaba una respuesta sin moverse.

Franco levantó la vista del papel y la miró con más detenimiento. Entonces Eva sonrió, y José sintió un latigazo de placer. Tenía una risa ancha, de dientes parejos y blancos; jamás había visto semejante luz en el rostro producto de una sonrisa. No fueron necesarios más comentarios, enseguida le dijo:

—La espero mañana en el Teatro Comedia. Pregunte directamente por mí.

José la recibió al día siguiente y de inmediato la incorporó a la compañía integrada por sus hijas, Eva y Herminia Franco, más otros actores de renombre.

Por fin, el 28 de marzo de 1935, Eva Duarte cumplió su primer sueño: debutó en la obra *La señora de Pérez* interpretando a una empleada doméstica con una línea de parlamento.

Cada hombre que cruzaba su camino quedaba fascinado con su belleza. Tal vez no fuera sólo su hermosura, sino ese aire de muchacha inocente recién llegada de un pueblo, esa cosa ingenua que suele tentar el costado protector de un caballero, y también las voces licenciosas que laten sin ser vistas. Así dejaba Eva Duarte a los varones: con ganas.

Quizás por eso, Edmundo Guibourg la mencionó en su publicación gráfica con posterioridad al estreno:

«EL PÚBLICO LLENÓ LA SALA Y SE RETIRÓ SATISFECHO DE LA ACTUACIÓN DE LA PRIMERA ACTRIZ, ASÍ COMO DE LOS QUE LA SECUNDARON: MARTHA POLI, AMELIA MUSTO, EVA DUARTE Y JUAN REYES QUE, EN INTERVENCIONES BREVES, COMPLETAN EL CUADRO DE INTÉRPRETES».

Eva corrió hasta el despacho de Doña Elvira; la mujer entrevistaba a un huésped nuevo.

—¿Qué hay, niña? ¿Por qué llamas a la puerta como si te llevara el diablo? —preguntó con preocupación. Había dejado mitad de su cuerpo dentro de la habitación y el rostro hacia el pasillo.

—¡Mire! —dijo Eva exaltada mientras le señalaba la sección del diario que la había nombrado.

Elvira salió al corredor y cerró la puerta.

—¡Pero qué maravilla! —exclamó restándole importancia al bochinche y la estrechó en sus brazos—. A ver, a ver... —agregó mientras se acomodaba los anteojos—, déjame leerlo bien.

Eva le entregó el periódico. La mujer terminó de repasar cada frase del artículo y volvió

a mirarla por encima de los lentes.

—Esto es el principio de algo bueno, hija mía. ¡Vamos a celebrar! ¡Qué va! No importa que sea demasiado temprano, debemos brindar. El brindis bendice los deseos, no lo olvides nunca. Ven conmigo.

—Pero tiene a alguien esperando ahí adentro, Doña Elvira.

—Tú lo has dicho: esperando. Que espere, pues —selló. Y la tomó de la mano para llevarla a la cocina.

Elvira llenó dos copas con vino tinto.

—Yo nunca probé esto —se excusó Eva con timidez.

—Pues ya es hora de que lo hagas. Es la bebida más noble que existe sobre la tierra. Y hace bien al corazón, sobre todo cuando está afectado por amores perdidos. ¡Bah!, no me hagas caso. Ten, huele esta delicia —y le acercó la copa.

La joven asomó su nariz hacia el vaso y aspiró profundo. Un gesto de rechazo desanimó su frente.

—Tiene olor a alcohol —señaló.

—¿Y a qué quieres que huelga si es alcohol, Eva? Anda, cierra los ojos y pronuncia en voz alta tu anhelo más profundo —la alentó Elvira.

Ella obedeció. El rostro de su madre surgió de pronto en su mente. La vio triste, con el rictus serio, propio de quien intenta esconder esos dolores de los que no se habla, que permanecen una vida ocultos en el silencio. No quiero heredar su tristeza, pensó. Y luego dijo:

—Deseo ser actriz para hablar, declamar como lo hacen las estrellas del ambiente. Y también para poder sonreír ante la gente.

La mujer abrió los párpados en señal de sorpresa. Y chocó las copas con un gesto de satisfacción.

—Entonces: ¡vamos por eso! —cerró—. Ahora bébete este vino español que sólo puede conseguir Elvira Muñoz por estos lares.

Eva no se resistió. Tomó un sorbo, lo detuvo unos segundos en la boca y luego se lo tragó. El líquido resbaló bordeando las paredes de la garganta. Al principio lo sintió fuerte; más tarde la sensación se fue modificando hasta dejar gusto a frutas y a madera. Decidió no enjuagarse la boca durante el resto del día: deseaba conservar aquel sabor que recién había descubierto. Y que hacía bien al corazón.

* * *

—¡No! —retrocedió ella.

—¿Por qué, sos virgen?

El calor subió por sus mejillas y la mirada se detuvo en el suelo. Le daba vergüenza contestar.

—Eva... —el hombre le tomó los brazos—. No tengas miedo, podés hablar conmigo.

Estaban solos en una oficina. Los demás ya se habían ido.

Ella levantó la vista. Tenía el semblante aturdido, algo que no podía definir la mortificaba.

—No soy virgen —dijo cambiando de expresión—. Pero usted es casado.

Él meneó la cabeza con una sonrisa al escuchar su respuesta.

—Eso es algo diferente, querida —la abrazó.

—¿Diferente?

—Sí. Acaso... ¿no sabés que ser casado no impide a un hombre estar con otras mujeres?

Era cierto. Eva lo sabía muy bien. Su padre se lo había enseñado desde niña, y ella recordaba cada detalle de aquellos encuentros. Hasta podía verse en ese instante a sí misma, acurrucada detrás de la puerta, espiando por la hendidura los favores que su mamá le entregaba.

Ahora llegaba su turno, aunque esto era distinto. Ella deseaba conservar el lugar que había conseguido en el teatro y para eso creía que debía de pagar un precio. Él era el director de la compañía, además era apuesto... Eva dudó apenas un instante, se quitó el vestido y luego su prenda interior. A esa altura, la desnudez no le daba pudor, pero su gesto permanecía inmutable.

El hombre sintió la libido en cada poro de su piel. Había soñado con ese momento desde que la conoció; era la primera vez que la veía sin ropas. Su delgadez simulaba una intención frágil, pero él sabía que a ese cuerpo lo impulsaba una pasión que ni siquiera ella podía reconocer todavía. Era maduro, de vida mundana, de enroques en la ciudad nocturna. Por eso advertía al instante cuándo alguien tenía el fuego que hacía falta para iluminar el escenario. Y ella era una luz no descubierta, un destello en medio de las sombras que él ayudaría a develar.

Antes de tocarla, le pidió:

—Por favor, sonreí.

A Eva le pareció tan absurdo que, en lugar de una mueca, soltó una carcajada. Entonces él se llenó de deseo. A ese rostro confundido, repleto de miedos, le daba brillo la sonrisa más perfecta que jamás había visto. Era su sello. Y eso lo enloquecía.

El hombre no soportó más las formas de buen caballero. Se desabrochó con prisa el cierre de su pantalón y dejó libre el pene que ya mostraba sus ganas. Ella sabía lo que tenía que hacer.

* * *

La obra permaneció en cartel hasta principios de junio. Aunque su participación era breve, Eva estaba feliz. Compartía camarín con Herminia Franco, que se destacaba por la seducción y el buen ánimo constante. Era morocha, de piel blanca y ojos negros. Eva simpatizó enseguida con ella. Ambas, risueñas y revoltosas, solían tramar algunas bromas entre el elenco.

Corría mayo y el teatro de los Franco seguía convocando público. Una noche, al finalizar la presentación, una muchacha golpeó la puerta de los camarines en busca de Eva Franco y le entregó un ramo de rosas: «Para usted, señorita, me lo dio un caballero antes de irse».

La actriz leyó la tarjeta y soltó una carcajada con ironía. «Es un error. Son para vos, Evita», advirtió. Y le entregó las flores a la joven Duarte, que miró a Herminia emocionada.

Con cierta indignación, la Franco comentó por lo bajo a su hermana: «Antes los regalos

llegaban sólo para las figuras». Pero Eva la escuchó.

Avergonzada, salió corriendo del teatro mientras oía las burlas de sus compañeros. La humillación le anudó la garganta y un par de lágrimas saltaron de sus ojos. Apoco llegó a la pensión; el edificio estaba a oscuras producto de un apagón que había afectado a toda la manzana. Era de madrugada; Elvira Muñoz dormía.

A tientas, desplazándose cerca de la pared, Eva logró alcanzar la cocina. En medio de un ventanal ubicado en la esquina podía verse la luna. Desde allí, un haz de luz le ganaba a las sombras. Durante algunos minutos, la joven buscó entre los cajones unas velas. Nada. Estaba exhausta; el dolor seguía en el pecho. Se sentó en una silla, intentando que el llanto no volviera. Pero no pudo, la herida ya había dejado expuestas otras angustias. No por la equivocación de la muchacha que había traído las flores; ella —pobre— qué sabía... Ni siquiera por las burlas de sus colegas.

Se trataba de una herida más honda, adquirida, quizás, en los primeros años de su vida, en aquellos tiempos de soledad infantiles en donde los niños aprenden lo mejor y lo peor del mundo. Ella no recordaba demasiadas cosas buenas de esa época. En ese instante, vino a su mente la muñeca rota, los juegos inventados de la nada, que hacían volar la imaginación todavía fértil de una niña que terminaba convirtiendo árboles en guerreros y bosques en un campo de batalla. Recordó, también, los bigotes anchos de su padre, que tapaban la sonrisa que jamás le vio. Cuando ella andaba cerca, él la miraba de costado, como acusándola por estar viva. A veces le daba una caricia leve en la cabeza. La acción era tenue, sencilla, no tenía sabor. Se parecía más a un reflejo involuntario de quien toca sin conciencia un objeto al pasar. Eva no recordaba a su padre mirándola de frente.

A pesar de ello, lo extraño era que ahora, en la cocina oscura de una pensión vacía, asomaba con mayor nitidez la imagen de Juan Duarte, el vasco, el señor que había colmado de angustias sus primeros años y había dejado una marca indeleble en su existencia. Pudo advertir que José Franco era, de algún modo, una especie de padre para ella. El padre que le había faltado. Le daba trabajo, la protegía, y además, tenía una extraña adoración por su sonrisa. Por eso ella accedía a ofrecerle su cuerpo. ¡Él sí deseaba verla sonreír!

La entrega de su madre con los hombres no traía la recompensa de la risa. Por el contrario, su rostro jamás les concedió una expresión blanda; la tibieza había sido, desde siempre, un sentimiento ajeno a la mirada de su mamá. Esta conclusión provocó que el llanto de Eva se abriera más todavía, con destellos de furia, como el mar embravecido que se aleja de la orilla para dar paso al coraje de la marea. Sus lágrimas cayeron entre las manos, que intentaban cubrir el rostro, el enojo y la vergüenza.

De pronto, se hizo la luz. Al rato, Doña Elvira apareció con una bata de paño azul y el típico pañuelo en su garganta.

—¿Qué haces a estas horas por aquí? —le preguntó con asombro al verla cerca de la hornalla; había puesto a hervir una pava con agua.

La joven mantuvo la cabeza baja, no deseaba que la mujer la viera llorando.

—Vine para tomar un té —contestó sin levantar el mentón.

Sin embargo, Muñoz notó que las lágrimas le bordeaban el cuello. Se acercó y tomó su cara para mirarla.

—¿Te han hecho algo malo, hija?

La palabra *hija* parecía haberse hilvanado justo a tiempo. Eva la sintió como una caricia y no pudo contestar. En cambio, se echó sobre el hombro de Elvira sin decir nada. Un quejido grave salió de su voz en ese momento. Hacía años que no se permitía enfrentar el dolor, que se obligaba a tapar una pena clavada en el alma desde antes. Pero ese dolor le pedía a gritos un escape, como si un murmullo raro le suplicara que lo dejara libre de una vez. Los brazos de Elvira resultaron la salida que estaba buscando. Y entonces, Eva lloró como jamás lo había hecho, ni siquiera en su época de niña, donde estaba permitido llorar, incluso sin motivo.

La mujer apagó la hornalla y sirvió dos copas con vino.

—El té no calma las penas. Toma esto —la animó—. Ahora quiero que hables.

Eva bebió un sorbo de tinto, apoyó el vaso sobre la mesa y alzó el rostro sin abrir la boca. Su vista parecía ir más allá de los ojos de Elvira, como si estuviera recorriendo un segmento imaginario donde las verdades pasaban a una velocidad tan extrema, y tan cruel, que generaban cambios en su mirada.

—Sí sé acerca de las miserias de la vida —inició.

—No te entiendo.

—Hace algunas semanas, usted me dijo que yo era muy joven para saber acerca de las miserias de la vida. ¿Se acuerda? —Elvira hizo memoria y asintió con la cabeza—. Ahora le digo que sí, que sé todo lo que le pasa a alguien que ha tenido una infancia miserable.

Muñoz estaba muda, inmóvil en la silla de madera.

—Mi verdadero apellido no es Duarte —soltó Eva—, o quizás sí lo es, y por eso siento tanta angustia...

Elvira hizo una mueca de confusión.

—El señor Duarte fue mi padre, pero jamás quiso que yo naciera. Y se negó a reconocermé. Mi mamá nos cambió el nombre al llegar a Junín por vergüenza. Es decir que en mi sangre está la huella de los Duarte, aunque no haya ni una pizca de su amor en estas venas —abrió los brazos.

—¡Ay, niña! —exclamó la mujer llevándose una mano a la boca—. Entonces eso que me contó tu hermano acerca de la familia, ¿es todo un cuento, pues?

—No sé bien qué cosas le dijo Juancito, pero esta es la verdad, Doña Elvira. Se lo juro.

—Ahora comprendo de dónde vienen tus lágrimas... —acotó Muñoz y le aferró los hombros—. Pero déjame decirte algo, querida mía. Este es el momento para que tú decidas cómo querrás vivir de ahora en más. Tendrás que hacer algo con todo lo que has enfrentado, con eso que te hace moquear y que no encuentra explicación alguna para la chiquilla que has sido. Porque esa niña no comprendía nada de la vida, en cambio, tú deberás hacer un esfuerzo por entender. De lo contrario, las angustias te perseguirán siempre y además, te dejarán resentida frente al mundo.

—¿Y cómo puedo hacer eso, Doña Elvira?

—A veces es mejor enterrar el pasado... —concluyó la mujer con voz triste. Y le contó una historia.

VII

Madrid

A su regreso de la gira por Europa, el Rey Alfonso XIII de España concluyó que su corte carecía de un hotel de lujo para recibir a la realeza. Había quedado impresionado con los hoteles de la cadena Ritz en Londres y París; ello fue suficiente para ordenar que se construyera uno de estilo más elegante en Madrid.

El célebre César Ritz debía ser el encargado de diseñar y supervisar la obra. Pero el hombre estaba enfermo y terminó muriendo al poco tiempo. No obstante, eso no impidió que el hotel se levantara en los alrededores de la Puerta del Sol, una plaza elíptica e histórica que había sido centro de paseos románticos y rebeliones populares contra invasores franceses. En toda su extensión, el lugar estaba regado por sangre de patriotas.

Dimas Muñoz era un catalán que había llegado hacía algunos meses a la ciudad. Sus padres estaban en la miseria y le rogaron se fuera de Barcelona para evitar el mismo destino que ellos. Dimas accedió con la intención de conseguir un trabajo que le permitiera enviarles dinero. Al cabo de un tiempo, se enteró de que una empresa extranjera estaba buscando obreros para la construcción de un nuevo hotel: el gran Ritz. Era joven, fuerte y atrevido. Se presentó ante el capataz de la obra y le dijo: «Creo que usted me necesita». El hombre quedó tan impresionado con esa forma irreverente de abordarlo, que enseguida lo contrató como parte del plantel de los obreros.

Dimas estaba feliz. Ganaría lo suficiente para pagarle a su primo por permitirle hospedarse en una de sus piezas, y mandaría el resto directo a Barcelona. No le importaba otra cosa más que ayudar a su familia; por ser el hijo mayor, el peso caía por completo sobre sus hombros.

Antes que despuntara el sol, Dimas salía de la casa de su primo. Debía caminar varias cuadras hasta su lugar de trabajo, pero las horas matutinas le gustaban. Y además, le gustaba la poesía.

* * *

Sus padres y dos hermanas habían muerto hacía poco de tuberculosis. Ella había quedado sola, desprotegida. Le dijeron que la choza que compartía con su familia estaba infestada, que debía salir de allí cuanto antes, de lo contrario correría la misma suerte que ellos. Tenía dieciséis años y sólo un bolso con algunas prendas viejas. El campo era lo único que conocía; las manos negras de su padre al regresar del trabajo en la mina y los labios finos de una mamá que apenas sonreían, eran los rasgos del amor y del esfuerzo que le habían

enseñado.

El empeño por salvar a sus hermanas tampoco dio resultado: la enfermedad les había devorado los pulmones al igual que un volcán contamina todo el aire. ¿Y ahora, qué?, pensaba mientras se despedía de la casa de barro que había sido su hogar, todo su mundo. No tenía parientes ni dinero, y tampoco conocía algún oficio que pudiera ayudarla a salir de la miseria. Se había quedado sola. Pasó tres noches llorando a la intemperie, mientras los mismos campesinos que le habían sugerido marcharse para evitar el contagio, se habían apropiado de su casa dejándola sin techo. En medio de la oscuridad amenazante de la montaña, recordó a una amiga, Aurelia Cortés, que vivía próxima a su estancia. Le había dicho hacía un tiempo que se marchaba a Madrid para engendrar un hijo, que entonces podría emplearse en las mansiones de los ricos como ama de leche. ¿Y qué harás con el niño?, le preguntó ella desconcertada. Lo daré a alguna familia de por ahí para que lo críen sin hambre. Aurelia era osada y estaba presta a la aventura; quería dejar de comer las papas y los callos de un guiso sin sabor.

La muchacha, pues, lo decidió en ese momento: intentaría llegar a Madrid para buscar a su amiga y desviar la mala suerte.

Luego de algunas semanas de travesía, logró alcanzar la gran ciudad. En principio, caminó durante días sin rumbo cierto, preguntando en cada puesto si alguien la conocía. «Es rubia, muy delgada. Vino a emplearse como ama de leche», le comentó a un señor de piel mate que encontró en uno de los cafetines de la zona. El hombre la miró achicando los párpados, azuzando la vista mientras pensaba en algo indescifrable. De repente, le dijo sin más: «Ven conmigo». La joven, desesperada, obedeció creyendo que la llevaría con Aurelia Cortés. Y se fue con él hasta un edificio de aspecto desdeñado que daba al final de una de las once calles que circundaban la Puerta del Sol.

—¿A quién buscas? —preguntó una matrona gruesa al abrir el portón.

—A Paco, El Seguro —dijo el morocho. Lo llamaban «El Seguro» pues era sabido que jamás fallaba.

—Pasa.

Sobre un pasillo angosto que olía a humedad y a desechos, había varias puertas cerradas. El suelo era de adoquín añejo; las paredes viejas repletas de moho delataban la falta total de higiene. La mujer golpeó la última. Al rato, apareció un hombre alto, de físico generoso y bigote tupido. Sostenía en su mano un cigarro encendido que dejó sobre una mesa al cabo de minutos.

—Esta niña necesita que la montes, tío. Quiere quedar preñada para ama de leche —le dijo el acompañante cerca del oído.

Ella, a pesar de no haber escuchado nada, sentía temor. Algo en su pecho le decía que en aquel sitio no habría cosas buenas.

Paco la miró de arriba abajo deteniéndose más en sus senos redondos, y la saliva se renovó en su boca. Está guapa, pensó. Entonces asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. El señor oscuro desapareció al instante. La muchacha estuvo a punto de seguirlo, cuando El Seguro la detuvo con una mano al hombro. Ella no pudo hablar, enseguida Paco se lanzó sobre su boca con una lengua dura que sabía a tabaco ya vencido. La joven se contorneó e intentó sacárselo de encima, pero él era inmenso, y sus manos le aferraron el pelo que nacía

en la nuca. Así la levantó del suelo y la llevó hasta un camastro de sábanas viejas que estaban en desorden. Ella comenzó a llorar, ahora ya no dudaba: ese lugar era el infierno.

—Por favor, se lo suplico. No me haga nada, señor —decía con voz entrecortada, entre lágrimas que ya habían mojado su rostro y también parte del cuello.

Paco no contestó. En cambio, parado como estaba al costado de la litera, inclinó sus labios hacia un lado de la mejilla formando una mueca siniestra que lo hacía más amenazante. Le gustaba verlas llorar así, eso le ponía dura la polla. Sin dejar de mirarla, desajustó el cinturón y lo sacó de un tirón de sus pantalones. Lo sacudió primero por el aire y luego golpeó los barrotes de la cama. Ella se llevó las manos a la cara y todo su cuerpo empezó a temblar de pánico. Entonces el hombre dejó libre su miembro erecto y comenzó a frotarlo con fuerza contra su mano; todavía sin tocarla. No duró mucho la escena pues, en ese momento, el grito de la joven fue el condimento que faltaba para que El Seguro se montara sobre ella y le rasgara las ropas, le quitara las bragas, le incrustara el pene en medio de las piernas y se llevara su virginidad a la fuerza, como un diablo que se lleva de la vida los sueños.

Paco la abandonó allí durante días, y luego pasaron más semanas. El señor oscuro le había pagado por adelantado el servicio, así que debía cerciorarse de haberla dejado encinta. La matrona de la entrada le alcanzaba comida: un puré de zanahorias y algo de gallina trozada era el menú repetido de las noches.

Una vez pasado el trauma inicial, la joven debió soportar que Paco la violara un par de veces más sin que nadie le explicara qué tenían pensado hacer con ella. Una tarde, después de suplicarle a la gorda que le diera una pista, se abrió una charla breve y entonces entendió que, hasta que Paco no supiera que estaba embarazada, no dispondría su libertad.

La noticia llegó al cabo de un mes y medio, cuando la ausencia de su período le marcó la expiación de la condena. Estaba libre, pero en su vientre llevaba la herencia de su captor. Luego del anuncio, el hombre oscuro regresó a buscarla. La trasladaron a una casa llena de jovencitas que portaban en sus panzas gestaciones de distintos meses. Las había recién preñadas, como ella, y también de embarazos avanzados. Una vez que llegaban a término, acudía una partera para ayudarlas a dar a luz. Se lo había contado una tal Ana María, a quien le faltaba poco para eso. ¿Y qué hacen con los niños?, preguntó la muchacha. «No sé adónde los llevan, sólo que a nosotras nos emplean en las casas de los ricos y entonces nos permiten ganar unas monedas para que podamos comprar nuestra comida», dijo Ana María acentuando la última parte con un poco más de entusiasmo, como si se tratara del final feliz de un cuento.

Eso era, en verdad, una tragedia. La organización para la que trabajaba el señor oscuro, de quien más tarde supo el nombre, se encargaba de reclutar mujeres para que Don Paco las sirviera como si fueran yeguas. Una vez nacidos, los bebés eran vendidos a familias que no podían concebir y ellas, llenas de leche, empleadas en algunas viviendas para amamantar a los críos de los pudientes y así evitar que sus madres se estropearan los pechos.

Por suerte para ella, su bebé nació muerto. En apariencia tenía dos vueltas de cordón que lo habían estrangulado durante el parto. Jamás se hubiera perdonado haber tenido un hijo y que se lo quitaran. Pero ahora se venía un atropello nuevo, porque estaba lista para servir. El hombre oscuro, Omar Moreira, desoyó la súplica de su dolor y, sin prestar

atención a las molestias que Elvira Sandoval sentía luego de dar a luz, la empleó de inmediato en casa de Doña Manuela Estévez para dar el pecho a sus gemelos.

La joven encontró allí un poco de la paz que había perdido hacía tiempo. Sin embargo, la demanda de dos criaturas era demasiado exigente para su cuerpo, que todavía no se había recuperado del parto y que, además, estaba ya sin fuerzas. Doña Manuela no era mala, le pagaba algunas monedas de más, que eran sólo para ella, y le dejaba la tarde de los domingos libre para que fuera a visitar a su familia. La señora Estévez no sabía que ella había perdido a sus padres y hermanas, que se los había llevado la enfermedad y la pobreza. Mejor que creyera lo contrario, así le daba permiso para salir del encierro y conocer un poco el mundo.

Elvira se tomaba esas tardes para caminar por la ciudad. Recorría las calles, entraba a los negocios sin comprar, paseaba por los bares sin ordenar; quería verlo todo, husmear entre la gente, aprender acerca de la vida algo que estuviera lejos del dolor. Un día, se sentó en una esquina y quedó eclipsada observando a unas niñas corretear por los alrededores de la Puerta del Sol. Recordó a sus hermanas, más pequeñas que ella, jugando entre los juncos, embarrándose los pies desnudos en la hierba húmeda. Entonces lloró, como había llorado aquella noche fría cuando las encontró muertas. Había entrado a la casa a toda prisa, con los yuyos que una anciana le preparó asegurándole que las haría reponerse de la tos. Tenía la sonrisa enorme que suele dar la esperanza. Pero no duró mucho. Las vio apenas abrió la puerta: yacían en el suelo, heladas, llenas de sangre. Jamás se sacaría esa imagen de su mente. Sus hermanas tan bellas, tan chiquitas, tan frágiles: muertas porque ella no había llegado a tiempo.

Los minutos pasaron y Elvira no lograba reponerse. Sabía que debía regresar a la casa de Estévez; sus pechos estaban hinchados y ya secretaban leche. Pero, aunque doliera mucho, no quería alejar esas caritas de su cabeza. Porque en ese momento, el recuerdo de sus hermanas le dejaba el alma tibia. Y ella necesitaba sentir algo de tibieza luego de tanto sufrimiento. De pronto, una mano se extendió delante de su rostro y le ofreció un pañuelo. Elvira alzó la vista: un joven de buen porte la miró con dulzura.

Él jamás había visto unos ojos tan tristes, ni tan bellos. Las pestañas arqueadas daban marco al color avellana que se había puesto verdoso por el llanto. Ella tomó el pañuelo y apenas se limpió las mejillas. No tenía fuerzas para ocultar su pena.

—¿Puedo ayudarle en algo? —habló él con tono suave.

La muchacha no contestó con palabras, pero un gesto lastimoso salió de su mirada, y entonces él sintió que el corazón se le partía. Se sentó al lado de ella y, dándose el permiso que requiere el afecto o —quizás también— algo de compromiso, le pasó el brazo por los hombros y le ofreció descansar en su pecho. Elvira se acomodó allí, ese lugar tan deseado que se espera encontrar en un hombre. Y, por fin, se calmó.

Al cabo de unos minutos, advirtió que su camisa estaba muy mojada. Se incorporó de pronto en un salto que rompió por completo la magia.

—Tengo que irme —le dijo.

—¿Puedo al menos saber su nombre?

—Elvira Sandoval.

—Se ha ensuciado ahí —señaló él, aludiendo a las manchas en los senos.

—Es leche, estoy dando de mamar a dos pequeños.

—Ah... Es usted madre, pues. Está casada —concluyó resignado.

—No —contestó ella contundente—. Soy ama de leche en casa de una señora rica.

—¿Qué significa eso?

—Que amamanto a sus niños.

—¿Y cómo es que tiene leche si no ha tenido hijos? —le cuestionó el joven.

—Es una historia larga y debo irme. Si llegan a pillarme aquí con usted, de seguro me dan una paliza.

—¿Quién le dará una paliza? ¿Su padre? —agregó él.

—No, ¡qué va!, mis padres están muertos. Yo no tengo familia —dijo Elvira. Y sus ojos volvieron a humedecerse.

—Entonces, ¿con quién vive?

—Con nadie —dijo sin más. Luego hizo una mueca y agregó—: Bueno, en realidad vivo en la mansión de los Estévez, pero la verdad es que todo el tiempo estoy sola. Me he quedado sola en la vida.

Un chorrito más de leche se deslizó por el escote.

—Lo siento, ahora sí debo marcharme. Gracias por el pañuelo —dijo Elvira y se lo puso en la mano.

El joven cerró el puño apretando sus dedos.

—Guárdese lo —le pidió—, ya me lo devolverá algún día.

A partir de esa tarde, Dimas no pudo sacarse de la cabeza los ojos tristes de Elvira. No obstante recordarla hermosa, también aparecía con nitidez el llanto por sus pérdidas, y eso lo dejaba compungido sin saber bien por qué. Continuaba yendo a trabajar a la obra, como siempre; de hecho era uno de los primeros en llegar y el último en despedirse. Pero no podía quitarse de la mente el encuentro que habían tenido, tan íntimo y fugaz al mismo tiempo, tan cercano que hasta le daba miedo. Si bien había estado con algunas mujeres, jamás había sentido semejante cercanía. No se habían contado demasiado; él ni siquiera le había dicho su nombre. De cualquier modo, ella ya habitaba su deseo y, más hondo aún, su ausencia se disfrazaba de dolor, porque el cuerpo le dolía al recordarla. De noche le costaba dormir; el barullo por esa ilusión incomprensible, armada sobre el recuerdo de una mirada nostálgica, lo mantenía en vigilia durante horas. ¿Cómo podía una joven ignota haberlo capturado tan sólo con su llanto, dejarlo de esa forma, indefenso y servil ante un abrazo pasajero? Y sin embargo, él sentía que ese abrazo le había acariciado una parte del alma que estaba sin tocar, un lugar nuevo del afecto, el espacio sosegado que espera ser descubierto por un amor.

Al cabo de una semana decidió buscarla. No sabía muy bien por dónde empezar, y así anduvo algunas horas, calibrando la mejor forma para encontrarla de nuevo y luego... decirle alguna frase convincente. Porque presentarse ante ella con una mera declaración amorosa, lo haría verse como un tonto sin experiencia, pensó.

Recordó el apellido de la familia para la que Elvira prestaba servicio y fue con el director de la cadena Ritz a consultarle si los conocía. El hombre respondió con un meneo

de cabeza: «Es un apellido muy común en España, muchacho. Lamento no poder ayudarte».

Pero Dimas no se dio por vencido y optó por buscar en los edificios más importantes de las calles aledañas a la Puerta del Sol; si ella se había sentado a llorar en una de sus esquinas, seguramente la mansión de los Estévez no estaría tan lejos.

Recorrió varias cuadras preguntando a quienes ingresaban o salían de sus casas, pero nadie supo de quién se trataba. Eran ya las últimas horas de la tarde cuando advirtió que una de las confiterías del barrio estaba repleta de gente. Entró, se acercó hasta el mostrador y consultó con su dueño por los Estévez. «¿Quién no conoce a Don Julio, tío?! Aunque él no suele venir por estos lados. ¡Es un Conde, joder! Pero allí está su nuera, la esposa del hijo mayor», dijo el señor que portaba edad y barba blanca. Dimas giró en dirección al dedo del abuelo. Una mujer de cabellos castaños animaba la conversación de un grupo de señoras que tomaban el té y se reían de manera suave. A su lado, una joven hermosa de ojos tristes mecía el cochecito de sus gemelos.

La había encontrado.

De inmediato se dio vuelta y pidió una cerveza. Traía sólo unas monedas que le alcanzaban para comprar la cena, pero no le importó. Debía pensar qué hacer, y en ese bar pensar costaba dinero. Se mantuvo de espaldas bebiendo sobre la barra. Algunos hombres hacían lo propio a su lado. Imaginó que ellos bebían por placer, quizás en el intento de aliviar alguna pena, no lo sabía; él, en cambio, lo hacía para ocultarse, para simular su condición humilde en medio de gente importante. De vez en cuando giraba el mentón para espiar por el rabillo del ojo: no deseaba perderla de nuevo. Como no tenía exacta medida del tiempo, al ver que las mujeres se estaban despidiendo a metros de la entrada, estimó que había pasado más de una hora. Entonces concluyó que ella estaba a punto de marcharse, de esfumarse otra vez y para siempre. Sin más, saltó de la butaca y alcanzó a tomarle el brazo justo antes de que se abriera la puerta.

—Elvira —dijo, mientras ella daba vuelta sobre sí para mirarlo.

La muchacha quedó absorta. Su presencia en aquel lugar la dejó sin habla. Porque, en realidad, a partir del encuentro que habían tenido, las noches de ella también habían quedado heridas, marcadas por la ternura de ese joven apuesto de quien no supo el nombre y, sin embargo, la había enamorado tan sólo con un pañuelo.

—¿Quién es este jovencito? —preguntó enseguida Doña Manuela con tono de intriga.

—Dimas Muñoz, encantado, señora —contestó él aprisa, y le extendió una mano en señal de cortesía. Soy el primo de Elvira —mintió—, necesito hablar con ella un instante, si a usted no le molesta.

La mujer frunció el ceño y segundos después se relajó.

—Está bien —accedió—, pero ya nos estamos marchando. Así que dese prisa. Te espero aquí adentro, Elvira. Afuera está fresco para los niños.

Dimas le agradeció con una sonrisa y abrió la puerta para darle paso a Elvira. Salieron a la calle. Una ráfaga de viento provocó que las mejillas de la joven cambiaran de color; tal vez un poco de vergüenza había ganado su rostro.

—Sé que parecerá irracional —empezó él—, pero necesitaba que supiera que desde que la conocí, no puedo dejar de pensar en usted.

—¿Cómo me ha encontrado? —se intrigó ella.

—La ando buscando hace días, la he buscado por todas partes. Quizás hoy tuve un poco más de suerte —se encogió de hombros.

—No sé qué decirle —agregó Elvira abriendo las palmas hacia el cielo—. Yo no puedo ofrecerle nada. Ya ha visto, mi vida le pertenece a esta familia pues ellos han comprado mi servicio. Y debo hacer lo que me pidan.

Dimas movió las cejas en señal de confusión.

—Sólo si usted desea continuar haciéndolo.

—No, no lo deseo. Pero no me queda otra salida, le he dicho que estoy sola en el mundo.

—Ya no —señaló él—. Ahora me tiene a mí. Déjeme ayudarla. Escape de ahí, véngase conmigo —le suplicó.

El pedido era descabellado, casi no tenía sentido. Pero algo que ni siquiera él podía precisar del todo le había sucedido con esta mujer. Antes de que ella pudiera responder, Dimas la tomó del brazo para alejarla unos metros del ventanal, por si la nuera del Conde estaba espíandolos. Una vez allí, fuera del mirador, acarició su mejilla y le dio su primer beso.

Ella sintió que sus poros se estremecían: era la primera vez que un hombre la tocaba con ternura. El gusto de sus labios le supo indefinido; el sabor se mezclaba con las emociones propias de la cercanía y de la novedad. Si bien estaba nerviosa, en ese instante se desató una euforia contenida que ambos habían guardado, como si las bocas se hubieran esperado desde aquella tarde, en la esquina de una calle cualquiera, cuando se conocieron.

—¿Adónde podríamos irnos? —soltó Elvira de pronto, mirándolo con ansiedad.

—Eso no importa, confíe en mí. Ya nada podrá pasarle —prometió Dimas. Y la encerró en un abrazo protector que, más tarde, ella juzgaría el lugar perfecto para ser feliz.

A diferencia de la anterior, esta vez se despidieron con la promesa del reencuentro. Elvira le indicó el camino que debía tomar para llegar hasta la casa, y juntos idearon un plan de escape. Habían elegido la noche del 24 de diciembre; el ambiente de fiesta sería propicio para simular todo.

La vivienda de los Estévez estaba situada en el sector principal de una edificación de altura considerada de buen gusto: ni demasiado cerca ni muy lejos de la calle. Se trataba de dos pisos unidos; en los cuartos más próximos a la entrada de la planta baja se distribuía el hall de recepción, dos comedores y una biblioteca. El despacho del señor daba a un ventanal por donde se podía ver la puerta principal del edificio. Tanto los dormitorios del servicio doméstico, como la cocina, el lavadero y la bodega, carecían de ventanas al exterior.

Aquella tarde, previo a Nochebuena, Elvira estaba inquieta. Las manos le temblaban. Debía bañar a los gemelos, darles el pecho y mecerlos hasta que se durmieran. Intentó serenarse, era el último paso antes de poder ser libre. De ahora en más, el ritual de obediencia y sumisión lo llevaría a cabo otra en su lugar, porque ella ya estaría muy lejos de ahí. Suspiró hondamente, retuvo el aire unos segundos y luego exhaló con fuerza.

Los pequeños estaban en la cuna; en un intento por descubrirse llevaban a la boca los dedos de sus pies descalzos. De pronto, ella los miró con fijeza y un gesto duro, con rasgos

de un dolor nacido en otro tiempo, le brotó de los ojos. Pensó en sus hermanas, en el bebé que había dado a luz; todos estaban muertos. La desgracia había puesto su corona sobre ellos, como la espada que se clava en el cuerpo de un soldado cuando un enemigo pone fin a su vida. En cambio, estos niños, los Estévez, estaban llenos de vida. Habían nacido con otra corona, que en lugar de desdicha se llamaba privilegio. Se acercó hasta el borde del catre y aferró con sus dedos la baranda. En ese momento y por primera vez, sintió desprecio. Los odiaba por la inocencia que destilaba ese movimiento: chuparse los dedos de sus pies para sentir el placer de revelarse ante un mundo que, en vez de ser hostil, los veneraba. La existencia les ponía a disposición los pechos de una joven inexperta, sin opciones, que secretaban leche a causa de alguien que ya no estaba y que ahora servían sólo para darles alimento. Ella era la comida de esos niños, la necesitaban. Llegar a esa conclusión la animó un poco. Porque, si todo salía como lo habían planeado, aunque los gemelos lloraran de hambre, aunque sus senos soltaran leche respondiendo a su demanda, hoy terminaría en libertad. Sabía que por entonces los gemelos eran cachorros indefensos, pero imaginaba que esa ingenuidad temporaria se borraría por completo a medida que crecieran, y terminarían siendo tan crueles como sus padres.

De pronto, sintió que la llamaban desde la cocina. Dio media vuelta y a punto estuvo de irse, pero se detuvo. Antes de salir del dormitorio escupió dentro de la cuna. Recién ahí zanjó la distancia que la separaba de la puerta.

La casa se llenó de invitados importantes. Las damas sonreían con afecto pero también con expresión de envidia. Se miraban entre ellas, observando de arriba abajo los atuendos de las demás.

Elvira, que ya se había ocupado del baño y la comida de los niños, tenía a su cargo el servicio de las bebidas. Las demás empleadas pasaban entre la gente con bandejas repletas de manjares; ella debía seguirlas para llenar sus copas con agua y vino. Había acordado con Dimas que a las doce en punto, justo a la hora del brindis, se acercaría hasta una de las ventanas que daban a la calle y, desde el balcón, saltaría para escaparse. De algún modo, él conseguiría estar allí para ayudarla a bajar. Había sido su promesa.

Alzó la vista: el reloj de pared le indicó que faltaba media hora para el encuentro. No había podido juntar sus cosas y le quedaba poco tiempo. Debía apurarse. Entre tanto alboroto, la noche aparecía más entusiasta que otras veces, y Elvira aprovechó a marcharse hacia las dependencias. Una vez en su cuarto, buscó debajo de la cama el bolso viejo que llevaba consigo desde que había partido de su hogar en las sierras. A toda velocidad lo llenó con las pocas prendas que tenía. Hacia el fondo de un cajón había escondido el pañuelo de Dimas. Antes de guardarlo con sus cosas, lo llevó a su nariz para aspirar ese olor especial que todavía conservaba. Rastros de un aroma que estaba más en su memoria que en la tela, le provocaron una sonrisa. Escuchó ruidos en el pasillo; las mucamas habían entrado a la cocina. Salió aprisa del dormitorio rezando para que no la vieran. Tenía que llegar hasta el despacho del señor para alcanzar la única ventana libre que daba a la calle. Logró sortear el cuarto de juegos y la biblioteca; apenas podía ver el camino pues el corredor estaba poco iluminado. Le faltaban cinco metros para el despacho, cuando una mujer corpulenta le gritó

por la espalda: «¿Adónde se dirige usted con ese bolso, jovencita?» En lugar de parar, Elvira siguió firme por el pasillo oscuro. Convencida de que se trataba de una ladrona, la dama aceleró sus pasos con el afán de atraparla mientras su boca intentaba un alarido, pero su falda era tan estrecha que se enredó entre sus piernas y terminó dejándola en el suelo. La joven escuchó el ruido y sin darse vuelta siguió corriendo hasta el despacho. Una vez allí cerró la puerta. Se tomó unos segundos para apaciguar la respiración que salía en desorden de su boca. En ese momento, las campanas del reloj marcaban las doce horas. El corazón de Elvira se aceleró con una presencia desconocida en su pecho. Entonces se apresuró hacia el ventanal, corrió de un tirón la cortina de terciopelo, abrió el pestillo y se arrimó al balcón.

Mientras se preparaba la fiesta en casa de los Estévez, aquella misma tarde, Dimas Muñoz aguardaba a que se retiraran los últimos empleados de la obra; hacía rato que él había terminado sus tareas.

—¿Qué haces todavía aquí, chaval? ¿Por qué no te has marchado? —le preguntó el capataz al verlo deambular de un lado a otro con aspecto pensativo.

—Pues...

Estaba a punto de inventarse alguna historia, pero Don Javier Hernández era un hombre bueno, y a los hombres buenos no era correcto mentirles.

—En realidad, me quedé sólo para llevarme algo —empezó un poco avergonzado—, pero ahora que usted me lo pregunta, señor, mejor se lo pido de una vez.

—¿De qué se trata?

—Vea: necesito tomar prestada la escalera —dijo bajando la cabeza y quitándose la boina que llevaba puesta, como si intentara pedir disculpas.

—¿Y para qué la quieres? —lo interrogó Javier.

—Es que me comprometí a terminar un arreglo. —Aunque no le estuviera confesando los detalles del plan que habían diseñado con Elvira, tampoco le faltaba a la verdad diciendo eso.

—No entiendo por qué no me lo has pedido directamente —agregó el capataz extendiendo los brazos—. Era más fácil que andar todo este tiempo errando, ¿verdad? Ven conmigo —ordenó.

Dimas lo siguió hasta el cuarto donde guardaban las herramientas.

—Ayúdame —le pidió Hernández al tomar la escalera de madera que estaba en una de las esquinas—. Está pesada. ¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

—No, muchas gracias, señor. Ya ha hecho usted bastante en darme este permiso. Le prometo que mañana a primera hora se la traigo de vuelta.

Hernández le rodeó la espalda con un brazo.

—Tranquilo, chaval. Mañana es Navidad y no vendremos por aquí. Puedes terminar tu arreglo sin apuros. Además, recuerda que si no nos ayudamos entre nosotros, los demás conseguirán jactarse de nuestra impotencia —agregó con afecto. Y Dimas lo escuchó como si se tratara del consejo de un sabio—. Vete ya, que se hace tarde —le palmeó el hombro para despedirlo.

Era de noche. La calle estaba fría. En cada vivienda podían verse luces encendidas y un

ánimo festivo. En ese barrio, las penas no existían, o se escondían detrás de las sonrisas. Él se había grabado en la memoria el recorrido que ella le había indicado. Pero a esas horas y con el viento insensible pegándole de frente, el andar se hacía lento y la carga, más pesada. No obstante, como su historia estaba escrita de pérdidas y destierros, a pesar de sentir esas ráfagas heladas sobre la cara, sus pasos se animaban movidos por una sola ilusión: conservar un afecto del cual no despedirse. Caminó más aprisa, debía llegar a tiempo. Esa historia de amor y de aventura podía empezar o acabarse a la hora doce. El destino no les daría ni un segundo de tregua.

Por fin, luego de un trayecto que creyó no terminaría nunca, ubicó el edificio gris de forma rectangular que Elvira le había detallado. Se paró en medio de la calzada y levantó la vista. Esa era la casa donde la tenían secuestrada. De pronto, oyó agitarse las campanas de un reloj; el sonido pareció inundar el cielo que acumulaba un cordón de nubes abultadas. Se abrió la ventana de un balcón y, justo en ese momento, empezaron a caer las primeras gotas de una tormenta. Las mejores historias de amor se desatan en medio de la lluvia, pensó.

—¡Apúrese que me andan siguiendo! —se asomó ella suplicante.

En ese instante, dentro de la vivienda, alguien franqueó la puerta del despacho: la mujer que intentaba capturarla apareció en el umbral con gesto envenenado. Se miraron por un rato, quizás unos segundos, sólo eso. Aunque el tiempo cuando está la vida en riesgo parece interminable. Pero esta vez, Elvira no iba a permitir que nada se interpusiera entre su libertad y ese amor que la estaba esperando para redimirla de tanto sufrimiento. Una furia contenida hasta entonces la impulsó a entrar de nuevo en la habitación. Al costado del escritorio había una mesa baja con bebidas. Tomó una de las botellas, la partió con fuerza contra el borde y saltó sobre el cuello de la dama. «Si abres la boca, te mato», le dijo con la mandíbula cerrada, punzando el vidrio en su cuello. El terror tomó la cara de la mujer y la dejó inmóvil, apoyada contra la pared. La escena no duró mucho, apenas lo necesario para que ambas midieran las consecuencias.

Dimas, que estaba maniobrando la escalera, logró encajar el peldaño sobre los barrotes. Desde la sala principal podían escucharse los choques de las copas por el brindis navideño. La gente de poder reía y se abrazaba en derredor de un árbol repleto de regalos costosos; Elvira estaba a un hilo de salvarse o de perder su libertad para siempre. En medio de tanta algarabía, nadie —salvo la señora que había quedado sin moverse— se daría cuenta de su ausencia. Entonces volvió al balcón y, antes de treparse para descender hasta los brazos de Dimas, giró el rostro y clavó sus ojos en los de esa mujer; una gota de sangre bordeaba su garganta. A pesar de su opulencia, tenía las marcas de una vida insatisfecha. Elvira nunca supo por qué justo cuando estaba por escapar del infierno, advirtió que los personajes que vivían en ese mundo tenían algo de infelices. Y jamás olvidó aquella mirada.

* * *

Buenos Aires — En la pensión

Eva estaba conmovida. El relato de Doña Elvira era la historia de amor más heroica y bella que jamás hubiera oído. Cada poro de su piel había quedado abierto, ansioso, suplicante. Necesitaba seguir escuchando, quería saber todo acerca de ese reencuentro. Preparó un té y volvió a sentarse junto a ella.

—Y se fue usted con él, ¿así nomás? —preguntó con intriga.

—Pues sí, hija. ¿Acaso crees tú que me hubiera perdido semejante guapetón que me regaló la vida casi de milagro? —sonrió.

—¿Y qué pasó a partir de ahí? ¿Dónde vivieron? ¿Tuvieron hijos? —Eva no paraba de preguntar cuantas cosas se le venían a la mente.

—¡Espera, niña! —alzó la mano Elvira—. No te me pongas ansiosa que las mejores leyendas llevan su tiempo. Nada bueno existe en cuestión de segundos. ¡Esas son gilipolladas!

—¿Qué significa esa palabra?

—Tonterías, Eva. Cosas sin sentido.

—¿Usted cree que lo mejor tarda más en llegar?

Elvira se quedó en silencio unos segundos.

—No siempre, hija. A veces ni siquiera se acerca...

—¿Lo dice por usted y el Dimas?

—Dímelo tú, pues. Cuando acabe con el cuento.

* * *

España, 1909

Las políticas del rey Alfonso XIII y su apoyo a los sectores más conservadores del ejército —que culminaría con la dictadura de Primo de Rivera— agudizaron las luchas sociales de aquellos tiempos.

Los obreros, cansados de tanto maltrato, comenzaron a enfrentarse cada vez más con sus patrones. Con una excitación inusitada y contagiosa, las clases populares se animaron a desafiar al poder de la Iglesia, que por entonces se metía como si fueran hongos adentro de las escuelas y de las cabezas fértiles de sus hijos.

Todo eso pasaba en la España de comienzos del siglo XX; pero hubo más. A la agitada sociedad que vivía bajo la amenaza burguesa y eclesiástica, se le anexaba ahora un nuevo desafío: el conflicto bélico en Marruecos, donde los españoles humildes se morían.

Luego de haber perdido Cuba y Filipinas, España había intentado una mayor presencia en el continente africano. En el reparto colonial efectuado en 1904, se le asignó el control de la zona norte de Marruecos.

En julio de 1909, los obreros españoles que prestaban servicio para la construcción de un ferrocarril que uniría la ciudad de Melilla con las minas de Beni Bu Ifrur —controladas por capitales franceses y españoles— fueron atacados por las cabilas: tribus de árabes y bereberes asentadas en África que se oponían a la invasión extranjera. El ataque dejó un saldo

de cuatro obreros muertos y algunos heridos.

Como consecuencia de ello, el presidente del gobierno español, Antonio Maura, firmó un decreto que ordenó la partida de brigadas provenientes de Cataluña, Madrid y Campo de Gibraltar, con el fin de terminar con la rebelión en la zona y reforzar las posiciones españolas en Marruecos. La decisión consistía en movilizar a los reservistas —todos trabajadores y sus hijos— directamente hacia la guerra marroquí. No obstante, había una salvedad: los jóvenes que pagasen 6.000 reales podrían librarse de ir al frente. Como el sustento de un trabajador ascendía a 10 reales, los obreros no contaban con lo suficiente para costear su vida: impuesto de sangre para los pobres; impuesto de dinero para los ricos.

En Barcelona, Germán Muñoz había sido llamado a incorporarse a las filas que se estaban movilizando para partir a fin de mes. Su hermano Dimas se enteró de aquello al leer los matutinos, en donde se precisaba que el dictamen de reclutamiento incluía a los reservistas de los cupos de 1903 a 1907. Y lo dedujo al instante. Esa tarde no regresó a su vivienda con la alegría que solía tener desde que se habían mudado, pero evitó hablar antes de poner en orden las ideas en su cabeza.

Había convencido a Elvira de que escapara de la mansión de los Estévez y se fuera con él, que confiara en su instinto y apostara al amor. Había logrado marcharse de lo de su primo al conseguir un departamento de dos piezas muy barato. Se habían casado en una parroquia vieja; con modos sencillos habían dado sus votos frente al Señor. Eran felices; ella se sentía a gusto en el hogar que estaban construyendo: amasaba el pan por las mañanas, se las ingeniaba para preparar una comida diferente cada noche y luego, al meterse en la cama, se entregaba entera a él, para que Dimas disfrutara de ese cuerpo que ella misma estaba descubriendo. El joven, por su parte, había pedido trabajar horas extra al capataz de la obra: deseaba ahorrar más dinero con el fin de darle una vida digna y mantenerla alejada de cualquier sufrimiento. «No quiero ver más lágrimas en tus ojos», le decía cerca del cuello segundos antes de dormir. Siempre repetía la misma frase, y luego la apretaba contra su pecho.

Esa noche, antes de hablar, la observó durante algunos segundos. Ella estaba de espaldas, lavaba los platos al terminar la cena. Su cabello negro y lacio, al igual que sus gestos, no portaba signos de rebeldía. El torso era delgado, pero en las caderas se jugaban las marcas de la estirpe española: redondas, generosas, lo invitaban al desenfreno. Él estaba loco de amor por esa muchacha frágil que apenas conocía. Jamás se había topado con una mujer tan bella que, al mismo tiempo, fuera tan ingenua frente al enigma que provocaba en un hombre. Hermosura e inocencia eran la combinación perfecta para enloquecer los anhelos masculinos. Era la primera vez que lo pensaba.

—Debo marcharme para Barcelona —lanzó de pronto, sin rumiar mucho más. De lo contrario no hubiera podido decirlo.

Elvira soltó un cuchillo al instante y giró para mirarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Han enrolado a Germán en las filas que mandarán a Marruecos. Allí se está librando una batalla sangrienta, pero sólo envían a los pobres. Los de dinero, se salvan. Y mi hermano no tiene ni un duro, ya lo sabes. No puedo permitir que lo asesinen.

—¡Dios mío! —pronunció ella tapándose la boca con las manos mojadas—. Pero...

¿Cómo harás tú para impedirlo? —desde el casamiento se tuteaban.

—No lo sé... Intentaré sacarlo, traerlo para Madrid. ¿Te molestaría mantenerlo escondido en esta casa por un tiempo? Hasta que finalice la guerra, por lo menos.

—No, Dimas. ¿Qué dices? Claro que puedes traerlo. Acomodaré este espacio para él —dijo ella señalando el sillón de la sala.

—Entonces: ¿estás de acuerdo?

—Por supuesto que sí, cariño. Sólo que no entiendo cómo podrás sacarlo de ahí sin que nadie te pille. Es demasiado peligroso, y te juro que yo me muero si te pierdo —agregó. Y la voz se quebró en llanto.

Dimas la estrechó, le aferró la cabeza contra su pecho y le habló cerca del oído.

—Lo sé, pero no encuentro otra salida. Debo salvarlo, Elvira —dijo en tono suave, como excusándose por tener que abandonarla—. Por favor, ayúdame —le suplicó.

Ella levantó el mentón y lo miró. De pronto, el llanto se había borrado y sólo quedaba ternura dentro de sus ojos. Con las manos todavía húmedas, le tomó la cara y dijo:

—Dime qué necesitas, mi amor.

—Deja todo listo para nuestro regreso, nada más. Ya verás que dentro de unos días estaremos juntos de nuevo, como siempre —señaló él. Y apoyó los labios sobre su frente intentando esquivar de su mirada una lágrima que estaba a punto de caer.

* * *

Tenía puesto un abrigo largo y un sombrero. Hacía más de una hora que permanecía en la esquina, de pie, frente a aquel bar de aspecto sucio y maloliente. Durante los primeros minutos le temblaron las piernas; un tanto por el frío y otro, por lo que acababa de hacer. En sus ojos había quedado fijada la última mirada de ese hombre, el último hálito, el ruido final de su existencia. En un principio dudó de sus ideas, llegó a considerarlas una locura. Pero los días le dieron forma: él iba a marcharse de Madrid, y ella quedaría otra vez desprotegida. Cierto era que ya había arreglado algunas cosas, que le dejaría los ahorros para que pudiera estar tranquila. Sin embargo, el ambiente se estaba poniendo duro, y los pobres eran los únicos que pagaban el costo cuando la cosa se ponía fea. Él jamás imaginó que sería capaz de semejante acto. Ahora la vida lo ponía a prueba por primera vez, aunque no sería la última.

A poco iban saliendo los hombres de la fonda, medio borrachos algunos, eran llevados por un compañero que oficiaba de soporte para evitar que terminaran en el suelo. Cada tanto, salían un par de mujeres que andaban en grupo, vestidas con prendas baratas que se pretendían sensuales. A uno de ellos, hacía una semana que él lo venía siguiendo. Era oscuro, de mirada estrecha. Hablaba poco, no sonreía. Ya sabía todo acerca de sus rituales: primero pasaba por el café, se sentaba en una mesa al fondo del salón que el mismo dueño le tenía reservada y mantenía breves conversaciones con algunas señoritas; a veces, también, con otros de su banda. Fumaba unos diez cigarrillos en menos de cincuenta minutos, tomaba cerveza de a tragos largos, y luego se marchaba con una o varias mujeres en dirección a los suburbios de la ciudad. Esa era su rutina. Esa noche, sería su desgracia.

Lo vio cruzar la calle mirando a los costados de sus hombros. Parecía una costumbre pero no lo era; en realidad el hombre vivía con temor a que lo apresaran. Dimas esperó unos segundos y comenzó a seguirlo a pocos metros. La brisa nocturna despejaba de su cuello un olor nauseabundo. Se alejó dos manzanas y entró en un callejón viejo que, por esas horas, estaba vacío. Sólo la luna y él podían mirarlo: había llegado el momento.

El corazón de Muñoz comenzó a acelerarse al ritmo de sus propios pasos. Mientras caminaba, los sucesos que ella le había confesado tomaron forma en su vista, como si las escenas estuvieran pasando delante de sus ojos a medida que se iba acercando hasta él. Tuvo ganas de llorar, en cambio, conservó la cordura que necesitaba sacudiendo la cabeza para quitarse de encima esas imágenes. Entonces le gritó: «¡Omar Moreira!» El oscuro se dio vuelta con el ceño fruncido, desconcertado, pero demasiado tarde como para intentar un golpe porque el joven, que ya se había acercado lo suficiente, lo tenía amenazado con una cuchilla al cuerpo.

—Esto es un recuerdo de El Seguro —dijo Dimas con voz grave, y le metió el pene ensangrentado de Paco dentro de la boca—. Y esto, para que en tu viaje al infierno no te olvides de su nombre: Elvira Sandoval —agregó, mientras le incrustaba la navaja en medio de su vientre. (*)

* * *

Barcelona — Semana trágica

En la zona de conflicto de Marruecos, ya se habían movilizado tres brigadas mixtas de Cazadores españoles formadas en su mayor parte por jóvenes reservistas. No obstante, en el Barranco del Lobo, lugar originado por la intersección llana de dos montañas, los invasores quedaron expuestos al fuego que abrían los lugareños. Las tribus no sólo conocían el territorio más que ellos, sino que lo defendían desde las alturas, ocultos entre la maleza para luchar a muerte por su tierra.

Como la ofensiva se intentó sin el apoyo de la artillería, en esa maniobra murieron —o resultaron heridos— más de 200 militares ibéricos. Este desastre, que hubiera podido evitarse, fue una de las derrotas españolas más sangrientas en el norte del continente africano. Luego de eso, se decretó la suspensión de las operaciones bélicas y se propuso el refuerzo del contingente español en Melilla, que, a mediados de agosto, ya contaba con más de 35.000 hombres.

Mientras el gobierno mandaba a los jóvenes a morir en Marruecos, por las calles de Barcelona se escuchaba una copla popular:

*En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles*

*que murieron por España.
¡Pobrecitas madres,
cuánto llorarán,
al ver que sus hijos
ya no volverán!
Ni me lavo ni me peino
ni me pongo la mantilla,
hasta que venga mi novio
de la guerra de Melilla.
Melilla ya no es Melilla,
Melilla es un matadero
donde van los españoles
a morir como corderos.*

Aquella letra no entraba en los hogares humildes como una canción de guerra, sino como la sentencia que denunciaba con poesía una verdad: la más cruel de España por esos tiempos.

Dimas Muñoz ya había llegado de Madrid.

Su familia vivía en la última habitación de un departamento oscuro que rentaba a una pareja de ancianos. El dinero que recibían todos los meses apenas alcanzaba para comer, pero no para mudarse. Apesar de ello, Francisco Dimas, el padre, ojos cansados de sufrir, sentía agradecimiento. Y lo expresó como pudo, con un abrazo que encerraba la pena de un hombre abatido por un destino impiadoso que lo había dejado sin trabajo y que también se había llevado a sus hijos. Dimas, en Madrid, tratando de hacerle frente al hambre; ahora Germán, convocado para luchar en otro frente, que quizás lo llevaría a la tumba.

—Lo están reteniendo en un cuartel, cerca del puerto, donde esperan para ser trasladados —anunció Francisco.

Clara, la madre, no podía hablar. Ya no quedaban lágrimas; las había derramado todas en la soledad de un baño lleno de humedad, que molestaba aún más a la desgracia. Desde que había llegado la noticia del enrolamiento, apenas unos días atrás, se encerraba durante horas a llorar sin que la vieran. A veces no comía y por las noches, salía de la cama y de rodillas al suelo le pedía al Señor un poco de piedad.

—No te involucres, Dimas —le dijo el padre con una mano al hombro—. No hay nada que puedas hacer tú para que lo eximan de cumplir con su deber.

—¡Deber! —se exaltó el hijo—. ¡A esto le llaman deber! ¡Los están enviando al matadero, como dice la copla!

Sentada a la mesa, con la cabeza gacha, el brazo apoyado sobre un mantel de hule, Clara, que no había pronunciado palabra hasta el momento, dijo:

—No quiero perder a otro hijo.

Dimas desvió la vista de su padre y la miró. Parecía más pequeña que en otro tiempo; las piernas juntas, ceñidas bajo la falda, como si la miseria de la vida las hubiera atado para

dejarla inmóvil, como si algo —la mala suerte misma— le estuviera diciendo: debes permanecer así, no puedes hacer nada.

El hijo se acercó, se agachó frente a ella y le tomó la cara.

—Mamá... —comenzó—, no he venido de Madrid para quedarme quieto. Tengo conocidos que están movilizándose. Ya me he puesto en contacto con algunos de ellos, van a alzarse con las armas. Voy a traer a mi hermano de vuelta a casa, se lo juro. Por favor, confíe en mí.

En los ojos de Clara apareció una mezcla de emociones: ternura, esperanza, miedo, confusión, invalidez. Se turbaron, brillaron más que antes; aun así la lágrima quedó oculta tras los párpados ajados.

Julio, 1909. Una tarde de domingo. Edificio del movimiento Solidaridad Obrera (organización sindical catalana) — Comité de Huelga.

El dato se lo había proporcionado Don Javier Hernández, el capataz de la obra del Hotel Ritz en Madrid, quien era afiliado al grupo anarquista que había declarado la huelga general y, desde las sombras, se preparaba para una rebelión urbana contra el sistema de Restauración. Eran militantes libertarios que, en ese contexto, encontraron la mejor grieta para impulsar las revueltas agresivas.

En las ciudades comenzaron a sucederse manifestaciones; los trabajadores llegaban incluso de las zonas más alejadas, de los campos, donde la hambruna producía el recrudecimiento de la agitación social.

Se trataba de una revolución romántica, gestada en los ideales nobles de una clase oprimida que luchaba para cambiar el mundo. Porque cuando se tiene el poder de la juventud, cuando la vida es apenas un puñado de recuerdos, cuando todavía las utopías marcan el rumbo y el amor se vive sin recelo, los ideales se tornan convicciones y estas toman la marcha atrevida de la pasión.

Dimas llegó hasta el edificio ubicado en la calle de Mendizábal número 17. Usó la clave que le había indicado Don Javier: tres timbres, espera de diez segundos y luego dos timbres más. Apoco, un muchacho de no más de veinte, se acercó hasta la puerta con una escopeta cruzada sobre el pecho. «Entra», le dijo a secas.

En un despacho austero, unas sillas ubicadas en forma de círculo, varios hombres alerta, una lámpara que caía del techo y daba luz al centro; allí, uno de treinta y tantos, bigotes y barba castaños, arremangada la camisa, daba precisas instrucciones con palabras claras.

—La vida pública se ha vuelto inmoral, denigrante. Nos tratan como si fuéramos escoria. Pero nosotros no somos eso. ¡No se dejen engañar! Nosotros somos el pueblo, y con este movimiento representamos la vuelta a la dignidad perdida de esta Nación. El

gobierno de Maura se ha llevado puestos nuestros derechos, y ahora pretende acabar con nuestros hermanos en un conflicto que no nos pertenece. ¡Estamos preparados para enfrentarlo no sólo con coraje, sino también con armas! Ya nos hemos reorganizado y en estos días, armaremos barricadas por toda la ciudad, los cercaremos. ¡Atacaremos a los enemigos más próximos, acabaremos con ellos! Y los demás, los que no estén presentes para verlos caer, ya sabrán mantenerse alejados, huir, de lo contrario correrán la misma suerte. ¡Viva la revolución!

Se escuchó la euforia de un grito al unísono «¡Viva!»; los brazos en alto con el puño cerrado, el entusiasmo contagioso del insurgente.

—Si las autoridades estatales tienen noticia de esto, si alguien ya sabe de vosotros, entonces serán ustedes los vencidos —se animó Dimas desde el umbral, una vez acalladas las voces.

De inmediato, uno de los guardias que lo había escoltado hasta ahí lo tomó por detrás para dejarlo inmóvil.

Dimas estaba de pie, alejado del disco; parecía una mancha más en medio de las otras que rodeaban el ambiente. La sala era un lugar tenue, donde las sombras de esos cuerpos sentados al ruedo se desprendían del suelo y trepaban las paredes hasta hacerse más delgadas sobre el techo. Los revolucionarios aumentaban su coraje escuchando a su líder, el hombre de camisa arremangada cuyo celo los impulsaba a sublevarse

—¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó de inmediato el cabecilla.

—Dimas Muñoz. Vengo desde Madrid, de parte de Javier Hernández. Mi hermano ha sido llamado para la guerra en Marruecos. Y yo quiero unirme a vuestra lucha armada.

Aunque no podía comprobar si era cierto, algo en la carga de esa voz, en su hablar contundente, convenció al rebelde, que no necesitó más preguntas.

—Acércate, muchacho —agregó el líder, y con un asentimiento de cabeza ordenó al guardia que lo liberase.

El lunes 26 de julio estalló una huelga general en Barcelona. Si bien las protestas pretendían reivindicaciones de carácter laboral, el ambiente social estaba lleno de indignación.

Con la primera hora de un día que quedaría guardado en la memoria de los catalanes, hombres y mujeres se acercaron a los comercios, a las fábricas, a todo aquel que estuviera trabajando, con el fin de exigirles el cese de actividades. Para el mediodía el paro era total; salvo los tranvías que no acataron la medida, y por ello sus máquinas fueron objeto de agresiones.

No obstante la acogida de la gente y el éxito obtenido de la protesta, los anarquistas consideraban que la Iglesia era tan responsable como el Estado de las injusticias cometidas contra el pueblo, pues bendecían las armas de la guerra donde eran llevados los pobres a luchar. Entonces, apoyados por los obreros catalanes que habían salido de sus casas decididos a morir, levantaron barricadas con ladrillos, con cemento, con hierros retorcidos, se metieron en los conventos, incendiaron los altares sagrados del clero, profanaron tumbas religiosas y así se enfrentaron al Ejército casi desnudos, a corazón abierto.

Los edificios de la urbe estaban en llamas; Barcelona, la ciudad industrializada, donde la

belleza de las calles se enlazaba con la soberbia de la burguesía, era barrida por la furia de los jóvenes sin derecho, por aquellos que no tenían más que un arma y una bandera roja que los escudara. Interminables columnas de humo se elevaban al cielo, como un llamado a los dioses frente a tanta injusticia. Fueron levantadas más de doscientas barricadas, que la guardia civil se ocupó de destruir a cañonazos. Pero ellos seguían ahí, luchando por amor, por esas utopías que sólo encuentran respuesta en los manuales idealistas.

Dimas Muñoz estaba con el líder y su grupo. El cabecilla había decidido atacar directamente el puerto de Barcelona, lugar donde embarcaría uno de los tantos contingentes de reservistas para viajar hasta Marruecos; lugar donde estaba retenido Germán Muñoz a la espera de su sentencia.

Era un edificio alargado, parecido a un galpón pero solemne, con picos en las esquinas del techo que portaban por encima un diseño similar a las coronas de la realeza. Lo había indicado un tal Lunezco, infiltrado en el Ejército por el movimiento obrero, que había venido la noche anterior para dar detalles del navío que partiría en pocas horas. No contaban con mucho tiempo, aunque la quema de las iglesias había puesto en vilo a las reservas militares del Estado.

Ingresaron por el extremo que daba al agua; Lunezco había dejado sin llave una puerta diminuta, casi invisible, que no tenía custodia. Era la entrada destinada al personal de limpieza, los cocineros, la gente dedicada a servir.

Hacía calor, el mar levantaba una bruma blanca con olor a marea detenida. Dimas estaba ansioso, con la excitación propia de quien debe cumplir un deber y en ese acto pone en juego su vida.

Los anarquistas caminaban en fila con sus rifles en mano, pegados a la pared para no ser vistos. Se habían separado en bandos; cada uno custodiaba el perímetro que tenía enfrente. El lugar, dividido por un corredor ancho, húmedo, de techos altos; a los costados los cuartos que daban vaya a saber dónde. Era muy temprano, la mayoría de los oficiales probablemente estuvieran dormidos.

Gonzalo, el líder, llevaba la delantera de su grupo, en el que estaba Dimas. De pronto, escucharon pasos, murmullos, risas del otro lado del codo que daba fin al pasillo. No podían definir cuántos eran, pero sí que se estaban acercando. Gonzalo hizo una seña con los dedos sobre sus hombros para alertarlos. De inmediato, el comando se abrió en dos; algunos frenaron su marcha detrás de una columna cilíndrica enorme —que hacía las veces de sostén principal del edificio—, los demás continuaron a paso deslizado, casi en cámara lenta. Llegaron a la esquina. Los militares estaban dando la vuelta justo en ese momento. Con precisión, intentando evitar el alboroto, los sediciosos los sorprendieron con navajas al cuello. Uno quiso zafar y logró escaparse de los brazos de su captor. Dimas, que estaba detrás de la columna, salió al cruce, le surcó la cara con un golpe y lo dejó en el suelo. Se agachó junto a él y lo tomó por la solapa del saco.

—¿Dónde tienen guardados a los reservistas? —preguntó.

El oficial era joven, tendría la edad de su hermano. De su nariz bajó una línea de sangre; parecía sorprendido, aunque no respondió. Dimas le dio otro golpe y la mandíbula crujió bajo su puño. Pero el hombre continuó mudo. Gonzalo se acercó, cargó su pistola y se la metió en boca.

—Contéstale o te mato —le dijo a secas.

El muchacho abrió los párpados y el horror le nubló la vista.

—Segundo piso —balbuceó con la lengua enredada en el arma y los ojos cerrados.

—¡Más preciso! —soltó el líder sacudiendo la muñeca.

—Al final, puerta blanca, el candado... —se desesperó el hombre.

Gonzalo liberó su revólver y con un culatazo lo desmayó. Los demás ya habían reducido a los otros, que quedaron asfixiados en el piso.

Subieron las escaleras y, tal como había detallado el oficial, al cierre del pasillo había un portón doble, de altura, barrado por dos cadenas para impedir el escape, como si ahí adentro estuvieran guardando ganado en lugar de hombres. Para sorpresa de todos, no había militares a la vista.

Se aproximaron cuatro; el resto, en la retaguardia, vigilando. Con una tenaza rompieron el candado. Una habitación enorme; las camas en paralelo como en un reformatorio o un hospital de campaña, parecidas, también, a las tumbas del cementerio. Todos dormían menos uno, Germán Muñoz, que estaba de cara a la ventana, rezando. Dimas lo reconoció enseguida; sintió dolor y alivio al mismo tiempo. Caminó por el centro hasta llegar a él, que ya se había dado vuelta y ahora lo miraba desconcertado.

—Dimas... —alcanzó a pronunciar.

Se abrazaron durante segundos, cuerpo a cuerpo se hablaban sin hablar, de la infancia vivida entre penurias, de los juegos al sol juntando barro, de aquellos años cuando ambos eran niños y no pensaban más que en el caldo de la noche que preparaba la madre para calmar el hambre.

—He venido a buscarte. Vámonos ya, que están a punto de pillarnos —dijo Dimas con voz entrecortada.

—Pero... ¿cómo saldremos de aquí? Hay muchos soldados, están por todas partes —le advirtió el hermano.

—No te preocupes, somos varios, y los estamos esperando con ganas.

—¿Y los demás? No podemos dejarlos para que se los lleven. El buque parte hoy por la tarde.

—Lo sé. Quedarán libres ahora, como tú. Los escoltaremos a todos hasta la salida. Luego, cada uno deberá esconderse como pueda.

Entre tanto, los rebeldes ya habían despertado al resto. Formaron tres hileras; en el medio los jóvenes, a los costados los que portaban armas y habían caído del cielo para protegerlos.

Los reservistas salieron descalzos, intentando no hacer ruido. Casi no habían tenido tiempo de vestirse. Bajaron las escaleras; debían hacer el mismo recorrido pero al revés, hasta llegar a la puerta de servicio diminuta. Ya estaban en el primer piso, a punto de lograrlo. Pasaron por delante de los oficiales que habían sido reducidos, la mayoría estaban muertos. Una vez en el pasillo grande, faltaban pocos metros para alcanzar la entrada secreta. De pronto oyeron gritos: «¡Arriba, nos atacaron!». Y todo se volvió una pesadilla.

La sala se llenó de militares armados; corrían, se abalanzaban sobre los agitadores. Golpes, tiros, lucha a muerte por la vida. Unos cumplían con su deber marcial; los otros peleaban por una causa que llevaba el lema del honor. Los reservistas se aliaron a sus

libertarios; el cuartel se convirtió en el sitio de batalla. Dimas se había sacado de encima a dos a puñetazos, cuando advirtió que un tercero estaba a punto de dispararle a Gonzalo por la espalda. Corrió hacia él, se interpuso entre ambos y la bala le atravesó el pecho. Mientras caía, a punto de perder la conciencia, vio cómo su amigo, el cabecilla, daba la vuelta y remataba al oficial de un tiro en la frente.

—¡Ayúdame! —ordenó Gonzalo a Germán, que había quedado paralizado a pocos metros.

El líder se cargó a Dimas sobre el hombro y lo alejó de la riña. Salieron a la calle, bajaron el barranco que daba al mar y allí, lejos de todos, apoyaron el cuerpo herido sobre los adoquines. La marea había crecido, estaba alta; el final del oleaje dejaba una línea de espuma al borde de la dársena.

Gonzalo miró los ojos de Dimas, que daban vueltas por el dolor en una especie de danza de despedida. Por el bolsillo de su chaqueta asomaba algo arrugado. El líder lo tomó: su documento y la foto de una mujer.

Sin fuerzas, antes de exhalar el último aliento, en un hilo de voz, Dimas pronunció sus palabras finales:

—Dile a Hernández que no pude lograrlo. Él sabrá...

—¡Nooo! —gritó Germán, desesperado—. ¡No te mueras, no me dejes solo! ¡No puede ser! ¡No puede ser! —lo zamarreó varias veces sin encontrar respuesta. Segundos después, se tiró sobre el pecho lleno de sangre a llorar como un niño.

De inmediato y sin contemplaciones, Gonzalo lo aferró del brazo y lo obligó a incorporarse.

—¡Basta ya! —le dijo en tono imperativo.

Germán lo miró sin comprender, como si estuviera en trance.

—Tu hermano no ha muerto —siguió el líder con mirada dura—. Ahora tú ocuparás su lugar.

Germán detuvo el llanto, incrédulo.

—¡Toma su identidad y vete de aquí! —le ordenó con la boca apretada mientras ponía en su mano la cédula de Dimas—. A partir de ahora te encargarás de que este sacrificio no haya sido en vano. Ese será tu deber en la vida.

* * *

Buenos Aires, en la pensión

5.30 a.m.

Eva no respiraba.

Por la ventana de la cocina un haz de luz incipiente daba origen al día.

—Te he dejado muda —sonrió la española. Y se sirvió más vino; a esa altura el té quedaba suave.

—No entiendo, Doña Elvira. ¿Cómo hizo para superar esto? ¿Cómo llegó hasta acá? — se animó la joven. En su voz no había agitación, más bien el desconcierto que provocan las historias de amor cuando la fatalidad se lleva todo puesto.

—Cuando un hombre se enamora hasta los huesos de una niña, como Dimas lo había hecho de mí, no deja nada librado a la suerte.

Eva la escuchaba con atención. Aunque el cansancio en las dos ya se notaba, al cuento le faltaba una parte, un eslabón, algo que conectara a esa joven indefensa con la mujer fuerte que hoy estaba ahí.

—En muchas ocasiones he repasado lo sucedido, y pienso que Dimas lo tenía planeado.

—¿Dice que él sabía que en Barcelona lo iban a matar? —concluyó Eva.

—A veces, el azar juega sus cartas de una manera cruel y nos impone desvíos inevitables.

—No entiendo.

—Él era consciente de que estaba arriesgando su vida al marcharse de Madrid. Y que la muerte era una posibilidad cierta. Por eso le pidió a Gonzalo que contactara a Javier Hernández. El capataz tenía instrucciones de Dimas para venir a verme si eso sucedía. Y sucedió.

—¿Y qué fue lo que le dijo el tal Hernández?

Elvira tomó un sorbo más de vino.

—Llegó de noche. Recuerdo que yo estaba acostada, tapada hasta los pelos; aunque fuera verano tenía frío. Fui hacia la puerta envuelta en una frazada; en los pies llevaba puestas un par de medias de él para sentirlo cerca. Abrí. Ahí estaba de pie aquel hombre bueno, el mismo que había prestado la escalera para mi rescate, el mismo que lo había puesto en contacto con los anarquistas para que pudiera liberar a su hermano. Apenas lo vi, algo en su mirada me dio la pista. Me eché a llorar en sus brazos, desgarrada. «Dimas ha muerto», dijo sosteniendo mi espalda para que yo no cayera en el piso.

De los ojos de Eva empezaron a correr lágrimas; en los de Elvira asomaba el brillo que dejaba la bebida. Continuó hablando, con la vista clavada en un punto fijo del aire.

—Me dijo también que debía marcharme cuanto antes, que ya me había comprado un pasaje para tomar el barco que salía al cabo de dos días rumbo a América. Que allí vivía una tía de él que me ayudaría, que ya le había escrito. Que yo tenía que salir de ahí, irme lejos. Y me entregó un poema que Dimas le había dejado para mí.

Elvira recitó en voz alta, de memoria:

*Quando llegues a amar, si no has amado,
sabrás que en este mundo
es el dolor más grande y más profundo
ser a un tiempo feliz y desgraciado.
Corolario: el amor es un abismo
de luz y sombra, poesía y prosa.
(...)*

*Lo peor, lo más terrible,
es que vivir sin él es imposible. (**)*

—Es hermoso... —señaló Eva conmovida

—Tan hermoso como cruel, porque denuncia una verdad irremediable.

Se produjo un silencio necesario, esa intersección que a veces suelen tomarse quienes llegan al borde, cargados de emociones, para conservar algo de compostura.

—Y usted obedeció al capataz —estimó Eva luego de unos segundos.

Elvira hizo foco en su rostro y la miró de frente.

—¿Qué otra me quedaba? Estaba de nuevo sola en el mundo...

—Entonces, usted también llegó a esta ciudad sin conocer a nadie.

—Claro, hija. ¿Por qué crees que te estoy contando este cuento? Yo, al igual que tú, arribé en medio de la desesperanza. Me instalé aquí, en esta pensión vieja, que en ese tiempo parecía más moderna que ahora. Sus dueños, los tíos de Hernández, eran de Cataluña. Y me adoraron. Encontré, pues, una familia. Y me reinventé, como pude. Con el dolor de la pérdida amarrado a mi garganta.

Eva fijó los ojos en el pañuelo que Elvira llevaba siempre anudado al cuello. Entonces se dio cuenta. Lo acarició como si se tratara de una parte más del cuerpo de esa mujer, y con ternura le dijo:

—Es el que le dio Dimas cuando se conocieron.

Elvira no contestó. Una sola lágrima resbaló por su mejilla. Se levantó de pronto de la mesa, le palmeó el hombro y caminó hasta la puerta. Antes de salir de la cocina para su habitación, pronunció sin mirarla:

—A veces es mejor enterrar el pasado.

*- Nota de la autora: Elvira Muñoz jamás se enteró de este suceso. Y por ende, Eva Duarte tampoco.

** - «Cuando llegues a amar», del poeta nicaragüense Rubén Darío.

Sexto hilo...

Nacida en agosto de 1907, Solidaridad Obrera, la organización catalana en la que peleó Dimas Muñoz, alzaba la bandera de la protesta anticolonialista y antieclesiástica. Postulaban la huelga general como instrumento de acción, como eje central de la lucha revolucionaria. Aquellos soñadores buscaban mejoras en las condiciones económicas de los obreros, la jornada de ocho horas, asistencia médica, igualdad de derechos entre hombres y mujeres, y enseñanza laica en las escuelas.

Muchos años después, del otro lado del mar, la misma revolución comenzaría a gestarse en el corazón de un militar argentino.

VIII

Soledad, lejanía.

Aurelia Tizón estaba cansada de refugiarse en la esperanza. Ya no tenía ganas de cantar, de tocar la guitarra, de dibujar. Nada la relajaba. La vida estaba quieta, se había quedado sin sabor.

Con el fin de encontrar algo de calma, empezó a concurrir a la Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe, en el barrio de Palermo. Una tarde, luego de la misa, el llanto de una mujer se escuchaba retirado, desde el último banco de las gradas. Potota y Cata, la dueña de la sede donde armaban las reuniones, cruzaron miradas antes de levantarse y caminar hacia el fondo del salón. Se sentaron a su lado.

—¿Qué te pasa? —inició Cata.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó Aurelia apoyándole una mano sobre el hombro.

La mujer continuaba llorando sin parar. Unos minutos más, y sobrevino la palabra.

—Carlos Puntero asesinó a mi marido. Vengo de muy lejos, porque mis hijos y yo no tenemos qué comer —dijo tomándose el cuello de la camisa, como si un dolor fuerte le estuviera apretando la garganta.

—¿Quién es Carlos Puntero? —preguntaron las damas a dúo.

Dirigente conservador, típico caudillo de la época, Carlos Puntero dirigía la Intendencia de una de las localidades más importantes del conurbano bonaerense. Manejaba el juego clandestino, la prostitución y llenaba de violencia una ciudad invadida por la corrupción. No era un hombre de fortuna, ni tampoco un ideólogo profesional, sin embargo, todos lo conocían y le tenían miedo.

Una tarde, su chofer pidió verlo a solas.

—Parece que Aníbal Crespo anda hablando acerca de la recaudación nocturna, patrón.

—¿Quién te lo confirmó?

—El ayudante de un juez que investiga sus negocios, mi patrón. Es medio

pariente de Crespo, y me contó que está a punto de batir todo.

—¿Le prometieron algo?

—Dicen que con eso podrá saldar las deudas de juego que ya le llegan al cuello. Y si habla, todos van a caer presos, incluso usted —señaló el chofer.

—Y no se le ocurrió mejor idea que venderme... Debería haber venido a hablar conmigo, yo sé ayudar a mis amigos ¡Qué boludo! —concluyó Puntero haciendo una mueca con los labios.

El chofer bajó la vista. Conocía perfectamente la dimensión de esas palabras, sobre todo, el tono de voz que usaba su jefe cuando había tomado una decisión.

Aníbal Crespo era uno de los habitués del cabaret más conocido de la zona sur. Allí había mujeres hermosas, shows de tango, ambiente de fiesta y de lujuria. Pero en la última sala, escondido detrás de una cortina oscura, estaba el salón de juego clandestino. El lugar financiaba a los conocidos, alimentaba el vicio, endeudaba, y luego los apretaba con el fin de cobrarles hasta el último peso. Quienes no podían saldar su deuda, se convertían en un peón dentro de la red, sometidos a hacer lo que el patrón ordenase; los que se «retobaban», terminaban ajusticiados en la esquina de un callejón. En medio de la opacidad nocturna, aparecía El Topo, hombre de confianza del Intendente, y de un tiro en la nuca cancelaba el pasivo.

A la 1.45 h de la madrugada del sábado, Aníbal Crespo corrió la misma suerte. El asesino lo abandonó de cara al suelo, en medio de un zanjón tapado de agua sucia. Regalo de Don Puntero, que jamás dejaba una cuenta pendiente.

* * *

«Es tan grande la negligencia en la atención de los problemas patagónicos, que hace años duerme en el Congreso el Proyecto de Ley de Gendarmería. El panorama de nuestras fronteras es pavoroso, alarmante, y nadie parece entender del todo hasta dónde puede perjudicarnos. El descuido siempre nos deja indefensos. Por eso debemos propagar una unidad constituida con el fin de proteger a nuestra Patria. Quienes no se sientan responsables, no están a la altura de su mando. Hace no mucho, me topé con un guarda aduanero zaparrastroso, que se cubría de las heladas con harapos, con lo que quedaba de su uniforme de verano, porque no tenía pieles para enfrentar la inclemencia del tiempo. Le pregunté si no tenía frío y el hombre respondió con una mueca de resignación: «Frío tengo, señor. Lo que no

tengo es un capote decente». ¿Cómo creen ustedes que debemos enfrentar el problema de nuestra Argentina Austral? Con decisión, sin demora (...)»

Los ministros y legisladores presentes que habían sido convocados a la conferencia en la Escuela Superior de Guerra, estaban perplejos. El profesor Juan Domingo Perón los acusaba sin eufemismos de ser ineptos respecto de la situación de las fronteras en la Patagonia, esa tierra que él conocía al dedillo y que lo había visto crecer.

Intervenciones como aquella fueron el puntapié inicial para que, finalmente, se aprobara la ley de creación de la Gendarmería Nacional, que hacía años esperaba ser tratada en el Congreso.

Para 1936, mientras Perón era nombrado agregado militar en la Embajada Argentina en la República de Chile, y ascendido a teniente coronel, el mundo se convulsionaba aún más.

En España, la resistencia al alzamiento militar se transformó en revolución proletaria, y estalló una Guerra Civil que duraría tres años y que daría lugar a la dictadura de Francisco Franco. Europa estaba en la antesala de la Segunda Guerra Mundial; los pueblos tenían hambre y dejaban llenar sus estómagos con odio y fanatismo. Avanzaban los nazis; a poco, el mundo se convertiría en caos.

Argentina no era ajena a los reclamos populares. La CGT había declarado una huelga general y se había unido en un mitin con radicales y comunistas para enfrentar a la política de Justo. Estaba claro que el presidente se preparaba para eternizar el fraude electoral, y para muchos, eso abriría las puertas del fascismo.

Manuel Fresco, el entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires, lo entendía a la perfección por ser un nacionalista conservador a quien le habían dado el mote de «pequeño *Duce*». A través de su «Policía Brava», perseguía a comunistas, socialistas y a todo aquel que se opusiera a las reglas que imponía su represión. Las bandas de pistoleros eran supervisadas por caudillos zonales, entre los que se destacaba Carlos Puntero, dueño y señor de las apuestas ilegales, el chantaje y la prostitución.

En este panorama decadente, un grupo de muchachos activistas habían creado la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina —FORJA— que bajo la consigna: «revolucionar al radicalismo», intentó conmover a sectores del partido frente a lo que veían como la complicidad de Alvear con el régimen de Justo y la oligarquía. Arturo Jauretche y el escritor Raúl

Scalabrini Ortiz fueron las dos figuras de aquel modelo de la resistencia intelectual que surgió a partir de los años treinta. Esta agrupación influyó en un sector del Ejército Argentino que ya comenzaba a oponerse a la política probritánica de Justo. Más de un militar veía en ellos el caldo de cultivo del comunismo entre las masas obreras. Oficiales como Perón leían con interés las publicaciones de FORJA y, así, iban armando sus propias ideas en silencio.

Tocaron la puerta.

Ella tenía esa costumbre. Jamás entraba sin llamar, para no molestarlo, porque él siempre estaba encerrado, ocupado en sus textos.

—Pasá —se escuchó su voz.

La habitación estaba llena de humo; colillas de cigarrillos aplastadas coronaban el cenicero de bronce.

—Te vas a asfixiar acá adentro —señaló Aurelia. Y abrió una de las ventanas.

—Tenés razón —sonrió él.

Tenía los ojos rojos, pequeños, agotados. Muchas horas de lectura, escribir, borrar, rehacer. Era medianoche y ni siquiera había comido.

—Te traje sopa caliente.

—Gracias.

Ella se sentó a un lado del escritorio. Lo miró por un instante y luego bajó los párpados. Se tomaba las manos. Estaba nerviosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Conocí a una mujer en la iglesia.

—Ajá...

—Juan, acá están pasando cosas terribles.

—¿A qué te referís?

—Hay asesinatos.

—¿Qué decís, mi amor? —Juan se movió en la silla y adelantó un poco más el torso sobre la mesa.

—La mujer me contó que un alto funcionario del conurbano mató a su marido.

Perón levantó las cejas. No estaba sorprendido por el relato acerca de un asesinato en la Provincia de Buenos Aires, aquellos cuentos eran sabidos y nadie les prestaba demasiada atención, sino porque su esposa estuviera al tanto de cuestiones que no debería conocer.

—¿Por qué habló de esto con vos esa mujer? —la interrogó con expresión confusa y preocupada.

—Ayer la escuchamos llorar luego de la misa. Cata y yo nos acercamos para saber qué le pasaba. Nosotras fuimos hasta ella, Juan —Aurelia lo miró y de sus ojos cayeron algunas lágrimas.

—Vení, chiquita —le dijo él con ternura. Ella se paró y se acomodó sobre las piernas de su marido.

—No tenés que preocuparte por esas cosas —Perón le acarició los cabellos—. No sabemos qué pasó, quién era ese hombre o por qué lo mataron. Ni siquiera sabemos si el funcionario fue responsable de su muerte.

—Es verdad, no lo sabemos. Ella nos dijo que lo habían matado por una deuda de juego. Por eso te pido que averigües. No podemos vivir haciéndonos los tontos cuando afuera hay tanta gente que está sufriendo injusticias.

Era la primera vez que Aurelia le pedía algo así. Juan no respondió. La abrazó fuerte y la acunó en su pecho. Ella no lloró más, ya estaba en un lugar seguro. Pero él se quedó pensando.

Al día siguiente, bien temprano, Perón fue hasta la sede de la Secretaría de Guerra. Pidió ver al coronel Rufo. Un oficial de menor rango le indicó que aguardara. Al cabo de minutos, volvió y lo acompañó hasta el despacho, al final del corredor.

Luego de los saludos formales, Juan se quitó la gorra de servicio y decidió permanecer de pie, a pesar de que ya lo habían invitado a sentarse.

—Anoche me han comentado una cuestión grave, que podría alterar el orden de nuestra Nación. Por eso vine a verlo, mi coronel.

—¿A qué se refiere, Perón? —se interesó Rufo frunciendo el ceño.

—Me hablaron de un hombre peligroso, Carlos Puntero. Quería saber si usted tiene información al respecto, mi coronel —preguntó sin más.

Rufo se miró con el oficial que había abierto la puerta por un instante casi imperceptible. Inclino la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Y qué le dijeron?

—Que es un criminal de guante blanco, uno de los más peligrosos del conurbano. Me gustaría saber de qué se trata eso.

—¿Quién le ha dicho semejante barbaridad?

Perón caviló unos segundos.

—Un muchacho que a veces anda dando vueltas por el barrio. Se paró

frente a mí cuando estaba por entrar a mi casa, soltó la información y se marchó corriendo.

La historia no sonaba del todo convincente, el coronel no era tonto.

—Vea, teniente coronel —señaló Rufo, remarcándole su cargo a propósito, con el fin de recordarle quién estaba por encima en la cadena de mando. Se había puesto serio, con tono de voz grave—. No sabemos de dónde ha salido este... muchacho, ni todas sus conjeturas. No obstante, le voy a decir algo —apuntó con el índice en alto—: existen algunas cuestiones que sólo pueden conocer algunos allegados al gobierno, en este caso, provincial. Y nosotros no estamos al tanto de esas cosas. Por otra parte, tengo entendido que usted acaba de recibir el nombramiento de agregado militar en Chile, ¿verdad? —Perón asintió—. Pues bien. Usted ni siquiera se acerca a la categoría de los oficiales cercanos al poder, ¿me entiende? —sonrió abriendo las palmas hacia arriba.

Perón se veía inmutable. Estaba a punto de pasarse de la línea, lo sabía. Sin embargo, optó por continuar.

—¿Qué me quiere decir con eso, mi coronel? ¿Acaso no corresponde a toda nuestra fuerza bregar por los intereses y la calma social de este país? —insistió con semblante serio y la postura del cuerpo en línea recta.

—¡Lo que quiero decir es que se marche adonde lo han asignado, teniente coronel! —exclamó Rufo sin más rodeos. Bordeó el escritorio, dio unos pasos hasta ubicarse al lado de Perón y continuó hablándole próximo al rostro—. Vaya a Chile, coma mariscos, tome buen vino y olvídense de las historietas que le andan contando por ahí —de pronto, bajó la irritación y habló con un poco más de calma—. Gente chusma hay en todos lados. Usted está para otra cosa, hombre —le palmeó la espalda. Y con un gesto que no admitía evasivas, le indicó la salida de su despacho.

* * *

El matrimonio Perón se fue de Buenos Aires y cruzó los Andes por el Paso de Uspallata en un automóvil rojo. Paraban a descansar, a comer, a mimarse en algún hotel de pueblo y, luego de años de alejamiento, volvieron a ser una pareja feliz. Mientras hacían el amor, Aurelia rezaba en silencio. «Dios mío, te ruego que me envíes el hijo que tanto deseo para hacer feliz a Juan». En lugar del erotismo, el cuerpo estaba puesto en la esperanza. Y como la esperanza muchas veces fracasa, llegaba pronto la decepción.

Se instalaron en un piso acogedor en el centro de la ciudad de Santiago,

frente a la Catedral. Allí empezaron las reuniones con algunos colegas, recepciones en casa de agregados militares y lazos que ambos supieron generar para hacer amigos.

Como era su costumbre, Perón se iba temprano. Por lo general, pasaba la mañana en el club Ñuñoa leyendo las últimas noticias y bebiendo Panimávida, agua mineral obtenida directamente de la fuente, sin ningún germen patógeno.

No tardó en destacarse como un personaje agradable dentro del circuito diplomático, a tal punto que era invitado de honor en las tertulias que organizaba el presidente Arturo Alessandri Palma. Algunos lo veían sensible, inteligente y refinado; otros, en cambio, lo tildaban de ególatra, con su andar estirado, como creyéndose superior a los demás.

Durante los dos años que Perón revistó en el país trasandino, pudo observar cómo la clase obrera, hastiada de la presión de los dominantes, armaba una coalición reformista para pedir por sus derechos. Este modelo de reclamo social no sólo lo sorprendió, de alguna forma —también— se fue colando en su inconsciente, tejiendo una red que más tarde el teniente coronel desplegaría para despertar a las masas débiles de su pueblo.

Dentro de su función como agregado, le habían encomendado una misión delicada. La explosiva situación mundial había puesto a las autoridades argentinas más inquietas que de costumbre debido a los movimientos de tropas del país vecino, por lo que ordenaron a Perón preparar un detalle pormenorizado del asunto, que requería establecer una red de informantes. Es decir: debía actuar como un espía en Chile.

De inmediato, se puso en contacto con un ex militar chileno que prometió acudir a algún oficial del Ejército para tomar fotos de los documentos, a cambio de una suma importante de dinero. El informante simuló prestar colaboración en el asunto, aunque de forma paralela, denunció el ardid a las autoridades. Enterada del espionaje, la Inteligencia chilena decidió llegar hasta el final. Y dejaron que el plan continuara su curso pasando datos falsos que hablaban de una guerra contra la Argentina.

Para 1938 llegó a Santiago un colega argentino: Eduardo Lonardi, el nuevo agregado militar que pronto reemplazaría a Perón en el cargo. Los militares se reunieron varios días a solas para repasar detalles de la operación secreta. Perón ajustaba los puntos de la maniobra; Lonardi, mucho menos avisado, estaba recién aprendiendo a engañar.

Perón ya estaba de vuelta en Buenos Aires cuando a inicios de 1938 las autoridades chilenas decidieron cerrar la trampa sobre los conspiradores.

Lonardi fue capturado justo cuando fotografiaba los documentos falsos. La prensa se ensañó con él y denunció el complot argentino frente al mundo. El nuevo agregado militar fue deportado de inmediato. Como una muestra de buen vecino, una vez en Argentina, lo detuvieron por quince días y le abrieron un expediente con el fin de someterlo al Tribunal de Honor por haber ofendido a la milicia al manejarse de manera imprudente, poniendo en riesgo las relaciones cordiales de ambos países.

Mientras el mayor Lonardi era tildado de negligente, el teniente coronel Perón había sido liberado de cargo y culpa. Fue el comienzo de una gran enemistad.

* * *

Durante la estadía en Chile, Aurelia pasó la mayor parte del tiempo sola, como era de costumbre. Continuaba siendo mansa, pero las sonrisas se fueron apagando con el correr de los meses. Enterarse de la muerte de su madre la llenó de angustia. Cuando la angustia invade el alma, muchas veces el cuerpo enferma. Y ella se enfermó de cáncer.

La noticia fue abrupta, llegó con un dolor intenso en el vientre, una tarde cualquiera, apenas arribaron al país. Habían vuelto a la casa, pero ella sabía que ahí no habían logrado construir un hogar. Porque para la mente de Aurelia, una casa sin hijos no era un hogar. La internaron en la Clínica Marini, pero era tarde: la enfermedad se había propagado como una mancha de tinta por todo el útero. Restaba esperar el final.

Perón sintió que su corazón se partía. Ella, no... Ella, no... Su mujer. La joven que había conocido en una plaza, la que dibujaba con un trazo que gritaba por un amor. Él había sido llamado por ese grito, ella se lo repetía a cada instante: que lo extrañaba, que lo necesitaba, que lo esperaba. Le había entregado su vida, había entendido más que nadie el tiempo que él dedicaba a su profesión. Y educada para ser una buena esposa, se resignó primero a sus ausencias, y luego a su abandono.

Aunque sin intención, él le había vedado los sueños, la había dejado sola, como quien deja una planta bajo la sombra, que termina dándose por vencida de tanto añorar la luz.

Durante los últimos días, sin embargo, Juan le sostuvo la mano con desesperación. No quería soltarla, lloraba, se resistía, le contaba al oído que la amaba. Y también, le pedía perdón. Pero tanto su presencia como su

disculpa, habían llegado tarde. Lo sabía. Y por eso se atormentaba más.

Ella lloraba con él.

«Te pinté para mí», le dijo en un susurro horas antes de morir. Se refería al retrato que había dibujado de Perón en su uniforme impecable, con una sonrisa blanca bajo la gorra rígida de la milicia. Seguramente había sido uno más de sus detalles, esos que agrandan el amor y que, más tarde, se guardan como un tesoro cuando el amor se ha ido. Quizás, había sido la forma que ella encontró para tenerlo cerca, para observarlo aunque sea sobre el lienzo: ese príncipe erguido en su caballo negro, que la había cautivado diez años atrás.

Aurelia jamás lo supo con exactitud y él ni siquiera se daría cuenta.

Ella respiraba con dificultad, lo veía sin mirar. En sus ojos, el brillo que antecede a la muerte. No obstante, sabía que Juan estaba a su lado, sentía los dedos suaves sobre su mano quieta. Antes de partir, un esfuerzo más, para dejarlo libre, sin el peso de la culpa que siempre condena a quienes sobreviven a los muertos. Podés hacerlo, pensó. Entonces distendió las facciones y con el gesto noble de quien ama sin rencor, le arrojó su última sonrisa.

Un año antes de la invasión de Hitler a Polonia, un año antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, el 10 de septiembre de 1938, a los treinta años, moría en los brazos de Juan Domingo Perón su mujer, Potota, una chica tierna en la que había reencontrado algo de la joven rusa que supo emocionarlo alguna vez.

Mientras la sostenía, se quebró. Lloró como el niño a quien le quitan un caramelo, porque Aurelia había sido para él la dulzura, la calma, su remanso.

Luego de tanto tiempo, reapareció la nostalgia de aquel chico pampeano, excitado cuando el padre ponía el rifle en sus dedos y le enseñaba a cazar a un costado de la tranquera. El horizonte se perdía entre los matorrales, la vista se agrandaba, el paisaje era inmenso y el cariño olía a campo.

Las huellas del recuerdo fueron apareciendo ahí, con su esposa inerte entre sus brazos. De pronto, recordó cómo el sol se metía caprichoso entre los juncos, y formaba las sombras que su mente infantil convertía en guerreros prestos a combatirlo. El recuerdo se mezcló con los cabellos rubios de Dasha, con el atardecer reflejado en el perfil de la muchacha hermosa que pintaba un árbol sobre el césped, y alzaba la vista para enamorarla.

Aurelia...

Ahora lo comprendía todo. Ella representaba los momentos más queridos de su infancia, la primera aventura adolescente, las vivencias de satisfacción que no regresan, o en todo caso, vuelven disfrazadas de otra cosa.

Todo pasaba por su mente dolorida en ese instante, las imágenes bellas y las otras, las crueles, las que vienen a poner un poco de sentido frente al amor perdido y a la muerte. Las dos caras de una misma tragedia.

Se secó las lágrimas que no paraban de caer, se arrimó a su boca para darle el beso de despedida, y al oído le dijo su última frase: «Es el único disgusto que me diste».

Perón la culpaba por haberlo abandonado, porque con su partida, ella se llevaba la parte más inocente y profunda de su historia.

Séptimo hilo...

Minutos después de dejar el ataúd de su mujer en el cementerio, Perón abrió la puerta de su departamento y se quedó asombrado. Lo miró con extrañeza. Era la primera vez que se encontraba ahí sin Aurelia. Fue hasta el dormitorio, se sentó en la cama que compartían, tomó su almohada y aspiró profundo para retener ese olor que pronto se iría para siempre. Se puso a llorar. Un grito desgarrador salió de su pecho. Estaba solo en su casa, pero sintió que se había quedado solo en el mundo. Entonces, tal como le había pasado a ella al volver a la ciudad, comprendió que ese ya no era su hogar. Y lloró más todavía.

En ese momento, no podía sospechar que, años más tarde, lo estaría esperando la pasión más fuerte de su existencia.

IX

La había conocido al llegar a Buenos Aires. Esa estación inmensa en donde la gente parecía enloquecer al ritmo de horarios, bolsos, lágrimas y despedidas. Recordó la sensación de vacío y fascinación que sintió al llegar a Retiro, como si el mundo cambiara con la medida de un sitio, como si cada lugar representara la posibilidad de una vida diferente. Y era cierto. Su vida había dado un giro desde que estaba allí. Todavía faltaba mucho para alcanzar su sueño, pero la realidad era que en Junín sólo quedaba resignación, en cambio en la gran ciudad habitaban esperanzas.

La compañía teatral de José Franco partía desde Retiro en una gira de cuatro meses hacia Rosario, Mendoza y Córdoba; lugares que jamás había visto. Ella estaba excitada, ansiosa, ávida de mirar, de conocer el mundo de las personas importantes. Porque aquel mundo pequeño de calles de barro y casas tristes que había urdido su infancia, cada día iba alejándose más, como una especie de obsequio que le daba su mente a la razón.

A principios de ese año, todos los teatros de Buenos Aires suspendieron sus funciones: había muerto un grande, Carlos Gardel, el Zorzal Criollo. Evita quedó absorta ante el cortejo fúnebre que acompañó sus restos por la Avenida Corrientes hasta el cementerio de la Chacarita. El cantante había sufrido un accidente aéreo en junio del año anterior en Colombia, pero su cuerpo recién llegó a la Argentina en febrero de 1936.

Cuarenta mil personas lo esperaban al costado de la dársena, en el puerto. Mujeres con pañuelos blancos, canastos llenos de flores, lágrimas quietas y el mutismo que provoca la certeza de un hombre sin vida dentro de una caja. Así aguardaban la llegada del ídolo; así lo escuchó Evita en todas las radios: su voz, sus canciones; el dolor de un pueblo apasionado quedaba impreso en los oídos de la gente. Porque todos se pusieron a cantar, y mientras bajaba el cuerpo de la popa, la música llenó el silencio.

Eva acariciaba la piedra de su *machi*, oía el tango *Mi Buenos Aires querido* que la voz de Gardel interpretaba hacia su despedida, e imaginaba su futuro. Él jamás volvería a ver ese Buenos Aires tan querido, pero la ciudad nunca lo olvidaría.

Yo voy a ser una artista de renombre como Gardel. Y el día de mi muerte, cientos de personas van a venir a despedirme, pensó Eva en aquel momento. Quizás una quimera juvenil o, simplemente, la intuición de una muchacha que ya olía su destino y no se daría por vencida así nomás.

Estrenaron con éxito *El beso mortal* en el Teatro Odeón, de Rosario. Se trataba de un drama de tono moralista que planteaba el peligro de las enfermedades venéreas para quienes no habían recibido de sus padres la debida educación.

A pesar de que su papel era pequeño, el diario *La Capital* publicó una foto del elenco donde se podía ver a Eva de costado. Estaba feliz. Al menos su imagen había salido en la sección «Vida artística» de un matutino importante. Era un avance, pensó.

Por las noches, José Franco la llamaba a su habitación. Era bueno con ella, la trataba bien y estaba loco por su piel joven, blanca y dispuesta. No sabía nada de su pasado, de sus lugares oscuros ni sus infiernos, no obstante la percibía frágil y le tenía cariño. No sólo la deseaba, también la protegía.

Eva atendía sus deseos y a pesar de su poca experiencia, lo satisfacía como nadie. Al final, antes de que se marchara, él siempre le pedía sonrisas. Ella se divertía con su obsesión y reía más de lo habitual.

Habían formado una especie de ritual amoroso: Eva llegaba, se desnudaba, se metía en la cama, calmaba su excitación y se apoyaba en su pecho para el abrazo. La parte del abrazo paternal era la más importante para ella. Lo necesitaba tanto como él a su cuerpo. Lo otro, una compensación por haberla aceptado, por cumplirle los sueños. Así lo pensaba, porque de ese modo era más fácil de soportar sin juzgarse a sí misma. Sin embargo, había omitido contarle del asunto a Doña Elvira. Estaba segura de que ella desaprobaba su actitud y la retaría a salir de la compañía de inmediato. No podía permitirlo. Deseaba continuar, ese era su sitio, su anhelo más sagrado. Y si había que pagar un costo, lo pagaría. Después de todo, su madre había pagado precios mucho más altos para darle de comer a su familia: deshonor, infamia, humillación, tristeza. Ella, en cambio, canjeaba su cuerpo por una ambición artística que la hacía feliz.

Para agosto de 1936, estaban en Mendoza. Las primeras figuras de la compañía se alojaban en el Hotel Plaza, el más lujoso de la ciudad. A las secundarias, como Eva, las mandaban a las habitaciones baratas y modestas del Royal, un edificio añoso, pero limpio.

Durante el día, la joven bajaba a la recepción a tejer. Estaba muy sola, y era muy pobre. No le quedaba más que pedir un vaso de leche fría y concentrarse en la lana. Pensar en otra cosa calmaba el hambre. Lo había aprendido desde chica. A los actores les pagaban mal y los explotaban. Ella, que además era una ignota en el ambiente, debía soportar que le dieran centavos, por eso a veces no comía.

Una noche terminaron tarde y muy cansados. La compañía había dado cuatro funciones el mismo día. Como el público respondía bien y el éxito se medía por aplausos, la última gota de sudor debía caer sobre las tablas.

El elenco salió de los camarines lo más aprisa que pudo; deseaban llegar al hotel y dormir. Eva estaba exhausta y triste. No había comido nada. Pepita Muñoz —la socia de Franco en la gira— la odiaba por ser linda y la trataba mal. Encima, todavía le quedaba pendiente la cama de José.

—Hoy no puedo, estoy agotada —le dijo con ojos suplicantes.

Cada vez que José y ella se quedaban solos, sus compañeros se detenían para mirar la escena desde lejos. A pesar de la reserva de Franco, todos suponían la clase de relación que los unía.

—Está bien, mañana nos vemos —contestó él, y le acarició la mejilla.

Evaapuró paso hacia el hotel. La noche oscura, densa. Hacía frío y la capa de paño resultó insuficiente. Tiritaba.

—Disculpe, señorita —la interrumpió una voz amable.

Ella se detuvo del susto. Lo fulminó con la mirada.

—No es mi intención asustarla. Américo Calí, encantado —le tendió la mano—. La vi

andando sola y quería ofrecerle acompañarla hasta su residencia.

Eva lo observó de arriba abajo. A pesar de su juventud, parecía un caballero y su tono indicaba seriedad.

—Voy al Hotel Royal —contestó—. Si quiere, puede acompañarme. Se lo agradecería.

Caminaron un par de cuadras. Él le contó que era poeta, que le gustaba el teatro y que la había visto actuar.

—¿Qué le pareció la obra?

—Muy buena, sobre todo, instructiva —sonrió.

—Y mi actuación, ¿le gustó? —continuó ella.

—Debo confesarle que usted tiene una luz especial en escena.

—Gracias. Qué forma original de describirlo —agregó Eva levantando las cejas.

—Ya le dije, soy poeta.

Llegaron al hotel. Se despidieron. Quedaron en verse al día siguiente en el café de la esquina del teatro, antes de la función.

Así comenzó una de las primeras amistades leales que Eva tendría en su vida. Hubo confidencias, lágrimas perdidas sobre el mantel, consejos de él sobre las cuestiones que suelen atormentar el mundo del artista y, también, algunos versos que Américo improvisó la tarde en que ella habló de su vida y lo conmovió contándole sus sueños.

*Sé que naces, poema, porque dueles,
—nada que no fue lágrima es pasado—
ya lo saben mi frente y mi costado
y lo sabrán tus alas cuando vueles.*

Eva sonrió y lloró al mismo tiempo. Ese hombre que apenas conocía, le daba crédito a su anhelo más profundo, le auguraba buen destino con sus versos, se preocupaba por ella sin pedirle nada a cambio. Le dio la mano, un beso fuerte en la mejilla y le firmó el reverso de su foto con pulso de niña tímida.

Cuando llegó el día de la partida, se despidieron con tristeza. Apenas se habían visto un par de veces, pero cada uno se llevaba la bolsa invisible de la historia del otro, donde estaban las aventuras de los primeros años: traumas, ilusión, esperanza; las causas del amor y la desdicha.

Américo se apareció en el bar del último café con un libro: *Romancero*, de Leopoldo Lugones. Los ojos de ella se iluminaron, estallaron en lágrimas gruesas. Lo apoyó en su pecho unos segundos, acarició las hojas como si desplegara un abanico y enseguida lo abrió para leer la dedicatoria. Sólo había escrito: «¡Eva!»

La compañía marchó a Córdoba, luego volvieron a Rosario y terminaron en Paraná.

Alguien del elenco comenzó a sentirse mal, tenía un fuerte dolor en el abdomen y los ojos oscuros. Debieron internarlo de urgencia y se prohibió a los demás que lo visitaran pensando que podría haber enfermado de algo contagioso.

Eva, sin embargo, desoyó la orden y se fue hasta el hospital para saber de él. Lo vio mal, decaído, sin fuerzas; decidió quedarse a pasar la noche para cuidarlo. Volvería apenas terminara la función.

El actor Enrique Borrás explotó.

—¡Esta piba no acepta órdenes de nadie! Anda siempre mandoneando, como si fuera la dueña del circo. ¿Se cree que nosotros somos tontos, que no sabemos de su asunto con Franco? Por eso tiene privilegios. Ahora se va a quedar al lado de Gonzalo y quizás termine contagiándonos su hepatitis. ¡Es una locura! —Sus compañeros lo escuchaban sin hablar—. No podemos dejarnos manejar así nomás. Parece una chica buena, pero, en realidad, ¡tiene el impulso del diablo!

Como no obtuvo el apoyo necesario para hablar con el director, decidió llamar a su mujer, que había quedado en Buenos Aires. Juana Ernesta Morandi, la esposa de José Franco, se tomó el primer tren en dirección a Rosario.

La función de esa noche había sido un éxito; el aplauso, conmovedor. Todos estaban prestos a salir a festejar, brindar, comer algo, disfrutar de los comentarios del público que se acercaba para pedir autógrafos y darles un abrazo. Todos, menos Eva, que se iba para el hospital a cuidar a Gonzalo.

La puerta de su camarín se abrió de pronto, con la furia de una mujer herida.

—¿Hace cuánto que te acostás con mi marido? —le dijo apenas la tuvo enfrente.

Eva luchaba contra un mechón rebelde que caía sobre las sienes. La vio por el espejo y quedó inmóvil, con la mano suspendida en el aire y el gesto horrorizado que le agrandó los ojos.

—Soy la esposa de Franco —terminó de decir la mujer clavándole el veneno de su mirada.

En ese instante llegó José, que había escuchado su voz desde el cuarto de al lado.

—¿Qué hacés acá, Juana? —preguntó con temblor en la garganta.

—Vine a conocer a tu amante, la nena que te tiene loco hace meses. Y ahora, ustedes dos me van a contar todo. ¡Todo! —movía los brazos, la cabeza, se había puesto roja de los nervios.

Franco intentó abrazarla, calmar el movimiento inconexo de sus brazos. Pero ella se alejó de un tirón.

—¡No me toques!

—Por favor, Juana, dejemos ir a esta muchacha. Ella no tiene nada que ver —suplicó el esposo.

La joven se había puesto de pie, la cabeza gacha, las mejillas coloradas, llenas de vergüenza.

—Perdón —dijo en un hilo de voz.

Juana empezó a los gritos:

—¡Perdón! ¡Ahora pedís perdón! Hija de p...

Entonces Franco la arrastró por el corredor hasta la salida del teatro y se la llevó para aplacar su alteración, lejos de los testigos que a esa altura ya eran muchos.

Al llegar al hotel la mujer se calmó, aceptó sus disculpas, pero a cambio pidió la cabeza de Eva Duarte. Al día siguiente, la desvincularon del elenco. Debía regresar a Buenos Aires

y costearse el viaje por su cuenta.

Una vez más, se había quedado sin trabajo y sin dinero para subsistir.

* * *

Apenas con un bolso, el abrigo de paño y cincuenta pesos, tomó el tren de vuelta a la Capital, el mismo tren que había llevado a la esposa de José Franco hasta Rosario para echarle encima toda su furia.

Si bien José era responsable de cuidar la fidelidad de su matrimonio, Eva concluyó que ella también debía hacerse cargo de la parte que le tocaba en el asunto, de los caminos que estaba eligiendo para construir su vida.

Una fuerza interior llamada deseo la había empujado hasta ahí, y ahora otra fuerza, la crítica feroz que suele espiar silenciosa, la señalaba con un dedo acusador y la dejaba avergonzada.

Sintió una puntada en el pecho. El gran sueño de triunfar, de ser reconocida, ¿valía el sufrimiento de los demás? En ese caso: ¿valía la pena de una mujer desgarrada que confiaba en el amor?

Mientras el tren avanzaba, quedaba atrás el viento. Pero las preguntas armaban remolinos en la cabeza de Eva y no encontraban una respuesta cierta.

Se acomodó en el asiento, estiró las piernas y abrió el libro de Lugones que le había regalado Américo Calí, el amigo que apenas conocía, que sin tocarle un pelo le había brindado su cariño.

Y leyó:

PREFACIO

*Lector, si de los rigores
De amar, tu pena sabía,
Oye, contada en la mía,
La historia de tus amores.*

...

*Pues todo aquel que bien ama,
Se afana en su propio empeño,
Como exalta el ser del leño
La claridad de su llama.*

...

*Soy, pues, digno de tu fe,
Y aunque estoy tan mal herido,
Todo cuanto he padecido
Por no llorar lo conté.*

«...todo aquel que bien ama...» Repitió la frase en voz alta varias veces. No podía dejar de mirarla en el papel. Levantó la cabeza y volvió la vista hacia la ventana. Afuera, campo, kilómetros de tierra vacía, olvidada, como si la vida estuviese durmiendo una siesta eterna. En medio de la nada, un árbol viejo; el tronco fuerte, gris, las ramas abiertas ofrecidas al cielo. Solo y abandonado en un lugar inmenso, tal como estaba ella en esa ciudad gigante y llena de extraños.

¿Por qué se comparaba con un árbol? Recordó que una mañana caliente de verano, su *machi* le había contado que los árboles morían con honor, de pie. ¿Acaso el destino tendría preparada para ella una muerte solitaria y honorable? Su *machi*... El pasto seco le hacía acordar al fondo de su casa. Extrañaba su hogar y los afectos. La inmensidad siempre trae algo de nostalgia, pensó. Y los ojos le brillaron.

Empezó a investigar en la memoria cómo le habían enseñado el amor, cuáles eran en su historia los sinónimos de cariño. Aparecieron algunas impresiones: juegos inocentes sobre el barro, una madre que siempre andaba corriendo y acariciaba al paso, las burlas en la escuela por no tener papá, la sonrisa compasiva de una maestra, una muñeca rota, el llanto liberado tras la puerta de un baño, en la casa, en el colegio; todas lágrimas de una infancia de dolor. Y llegó a una conclusión: el sinónimo del amor era tristeza. Los ojos de su madre eran tristes, la mirada del pobre era triste, las tardes en Los Toldos eran tristes, el amor en su vida había sido, siempre, triste.

Si quien bien ama puede ahorrarse disgustos, como decía Lugones, entonces: ¿qué pasaba con los demás, con quienes habían aprendido a amar distinto, o no habían tenido la suerte de recibir el amor de buena forma?

Necesitaba seguir leyendo, quizás más adelante encontrase la respuesta. Pasó un par de hojas apuradas hasta llegar a la página cuarenta y cuatro. Allí la detuvo el nombre de un poema corto que, como un milagro, pareció hablarle directo a ella.

OJOS NEGROS

*Agobia con la esbeltez
De una lánguida palmera,
Tenebrosa cabellera
Su vehemente palidez.*

...

*Cruzan profundos puñales,
Los largos ojos fatales
Del amor y de la muerte.*

Sintió un escalofrío. Ella era pálida y esbelta. Y esos eran *sus* ojos. Negros, atormentados por una niñez penosa, rasgados por la fatalidad del amor manchado con tristeza, como manchas de la muerte. Porque nada se parece más a la muerte que los ojos tristes de quien está sufriendo. Y ella había sufrido lo peor: el rechazo. Había vivido hambrienta de algunos afectos, había crecido incómoda. Por eso llevaba en sus ojos un

enredo, la lucha perdida por ese cariño que no le concedieron y que la dejó herida, como a su muñeca. Quizás la muñeca rota representaba la mejor versión de esa infancia renga, solitaria e ilegítima. Era símbolo y escudo de los secretos de su historia.

* * *

La pensión tenía más huéspedes. Dos jóvenes recién llegadas aguardaban en el despacho de Elvira: Rita Mora y la bella Anita Jordán.

—Ven aquí, Eva. Te presento a las nuevas inquilinas —se adelantó la mujer apenas la vio entrar.

Eva permaneció inmóvil en el pasillo. No quería conocerlas, no deseaba que más personas tuvieran la oportunidad de juzgarla, ni de hierirla, ni de reírse de ella como tantas veces lo habían hecho otros.

Dio la vuelta y caminó hasta su habitación. Dejó el bolso en el suelo y se sentó al borde la cama. No se quitó el abrigo. Tenía frío.

—¿Qué te pasa, niña? —soltó Elvira al abrir la puerta.

—Me echaron.

—¡Ay, Dios mío! —se llevó la mano a la boca—. ¿Por qué?

—Bueno... —caviló antes de responder—. Ahora no, Doña Elvira, estoy cansada. Mejor le cuento más tarde, ¿le parece?

—Está bien, como quieras. Pero ven que quiero presentarte a tus compañeras de cuarto.

—¿Qué? No me diga que van a quedarse acá.

—Pues sí, hija. No hay lugar y esta cueva cuenta con espacio para dos camas más. Vamos, que no tengo todo el día —sentenció.

La llevó de la mano, a regañadientes, por el corredor hasta dar con su despacho.

Allí estaban las otras; una era hermosa.

—Les presento a Eva Duarte, compartirán habitación con ella —adelantó Elvira.

—Encantada —dijo la linda, y se acercó a Eva para darle un beso—. Soy Anita.

—Lo mismo digo —siguió la otra.

Eva las saludó con frialdad. Estaba seria.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse? —preguntó de repente.

Las muchachas se miraron; la Muñoz fulminó a Eva con la vista.

—No lo sabemos —contestó Anita—. Somos actrices, es una profesión difícil en estos tiempos.

—Si lo sabré yo... —soltó Eva encogiéndose de hombros.

—¿También sos actriz?

—Sí. Pero me acaban de echar de una compañía. Estábamos de gira por las provincias y tuve que volverme así nomás, de un golpe y sin un peso.

—¡Ay, qué injusticia! —exclamó Anita. Y le tomó las manos. Eva se sorprendió frente al gesto—. Quizás ahora tengas más suerte. Ya se nos ocurrirá algo, ¿te parece, Rita?

—Sí —agregó su amiga—. Vamos a ir juntas, las tres, a los bares de la calle Corrientes a buscar a los señores importantes del teatro. ¿Te animás, Eva?

La joven estaba asombrada. Estas dos parecían buena gente. Doña Elvira la miró

expectante.

—Claro que me animo —cerró Eva. Y por primera vez, les sonrió.

Anita Jordán era de Santa Fe. Pelo ondulado, mirada abierta, sonrisa blanca: cautivante. Hasta el momento, había actuado en cine interpretando papeles de reparto que no alcanzaban para mantenerse, por eso tenía que buscar trabajo en el teatro. Sabía que lo fundamental para el ambiente teatral de la época era entablar relaciones con los productores y directores de las compañías. Ellos buscaban talentos, y en los cafés de Buenos Aires se ultimaban los detalles. Los sueldos eran pésimos, los explotaban. Pero los actores estaban dispuestos a aguantarse lo que fuera. Como Eva, como la mayoría de las actrices que deseaban mostrarse, debían soportar humillaciones. Esas eran las reglas. Ese debía ser el costo. Eva también lo había aprendido.

Recién en diciembre de 1936, luego de andar durante meses por los bares porteños, Eva logró que la contrataran para un papel pequeño en la obra *Los inocentes*, de la compañía de Pablo Suero. Sólo aparecía durante el primer acto y con escasa intervención, pero lo mismo daba: las tablas la ponían feliz. Sin embargo, estaba muy delgada, casi no comía. Parecía enferma.

Se había hecho amiga de algunos del elenco, en especial de Rosa Cata, con quien compartía camarín. Partieron hacia Montevideo en una gira que la puso exultante porque le permitiría conocer otro país.

El viaje en barco, la playa, la gentileza del pueblo uruguayo, le parecieron fascinantes. Por las mañanas solía despertar temprano, llegaba hasta la costa del río y caminaba sobre la arena con los pies descalzos. Jamás había sentido algo así. Se miraba los dedos abiertos sobre la espuma clara. El agua cruzaba sus pantorrillas y moría luego de tocarlas, como si el último deseo antes de desvanecerse fuera regalarle un segundo de placer. Las olas llegaban desde lejos, rompían su furia contra el suelo y también terminaban deshechas, olvidadas. Parecía que el placer tenía por costumbre terminar en el olvido...

Regresaron a finales de enero de 1937 y, una vez más, Eva Duarte estaba sin empleo, sin dinero y sin comida.

Doña Elvira le preparaba su famosa tarta de atún caliente, llena de condimentos de todos los colores para que su niña se alimentara bien y pudiera engordar unos kilos. Pero no había caso, el estómago de Eva estaba cerrado. Angustia, pérdida, desengaño: emociones que le quitaban las ganas de comer.

—Si no comes, te pondrás fea —le advertía Elvira para persuadirla.

—Fea o no, le voy a asegurar algo —contestaba Eva con ahínco—: Algún día, voy a dormir en sábanas de seda negra.

—¿Y por qué negras, muchacha? Es el color de la muerte —apuntó la Muñoz con desdén.

—No, Doña Elvira, es el color del cielo donde duermen las estrellas.

Eva vivía con el mate en la mano. Por la mañana bien temprano, antes de salir a la calle para inmiscuirse entre el gentío de la Confitería Real —donde había conocido a José Franco—, o por las mesas de la Nobel en busca de algún productor, se tomaba un litro de

mate amargo, con yerba lavada que intentaba conservar hasta el último trago. Así llenaba su abdomen y su conciencia, y así se iba a sondear el ambiente.

Buscar trabajo de actriz era tedioso. La salud psíquica corría peligro, se invadía de frustración. Su réplica en el cuerpo generaba agotamiento y muchas veces, también, lo enfermaba. Sus amigas le sugerían ver a un médico para que le hiciera un examen, pero Eva se negaba. «No tengo tiempo —decía—, debo aprovechar el día para conseguir algún papel».

A pesar de sus ojeras largas y esa delgadez extrema, continuaba siendo atractiva. Había algo incierto en ese rostro pálido: piel suave, mirada febril, labios insinuantes; el enigma de los artistas que invita a ser descubierto por un alma sensible.

Aquella tarde decidió juntarse con Anita Jordán y Rita Mora en El Plata, un café cercano a la Confitería Real.

—¿Por qué nos citaste acá, Eva? No es el mejor lugar para encontrar a los dueños del circo —soltó Rita al llegar.

—Ya sé. Es que acá podemos estar toda la tarde. ¿No se dieron cuenta de que el café es más barato?

—Es cierto —intervino Anita—. Yo me pido un té que viene en taza más grande y cuesta lo mismo.

—Yo igual —dijeron las otras.

—Eva, vos deberías pedirlo con leche. Estás muy flaca —agregó Anita.

—No me gusta. Además no se preocupen por mi salud. Me siento perfecta. Ahora vamos a hablar de lo importante —las amigas se miraron levantando las cejas.

—¿Conociste a alguien? —Rita.

—¡No! Ni me hablen de hombres por el momento —señaló Eva con la mano en alto. El mozo las interrumpió.

—¿Qué desean las señoritas?

—Tres té, por favor —contestó rápidamente Eva, y prosiguió con el relato—. Les cuento: me enteré de que el director Armando Discépolo está buscando elenco para su obra. *La Nueva Colonia*, se llama.

—¿Y cómo nos acercamos a él? —preguntó Anita.

—Nos vamos a presentar directamente en el Politeama.

—¿Cuándo? —dijeron las jóvenes a dúo.

—Hoy mismo, por la tarde —señaló Eva con decisión.

Discépolo no las vio ingresar al teatro. Estaba sentado en la butaca central de la quinta fila, observaba la puesta de luces que armaban sobre el escenario. Oyó a su asistente hablar con alguien desde el pasillo de la sala.

—¿A quién buscan?

—Al director —se adelantó Eva.

—El señor Discépolo no está —mintió el joven, rogando que no se diera vuelta hasta que ellas se esfumaran. Ya se había acostumbrado; por esos días el teatro se llenaba de principiantes que venían a rogar por un papel.

—¿Ah, no? —siguió Eva y señaló con el dedo hacia adelante—. Y ese, ¿quién es?
—¿Cómo se atreve! —Se enfureció el muchacho—. Si le digo que no está, no está.

Punto.

—Bueno, ¿qué anda pasando por acá? —se escuchó a Discépolo de repente, que había caminado bajo las sombras del corredor hasta alcanzarlos.

—¿Es usted el director? —preguntó Eva.

Las amigas, mudas.

—Sí.

—Ajá —miró Eva de costado al asistente—. Este nos dijo que usted no estaba acá —agregó apuntando con el dedo al muchacho.

Armando sonrió.

—Este es mi asistente de dirección, señorita...

—Eva Duarte, mucho gusto, señor —se adelantó unos pasos, le extendió la mano y le regaló la sonrisa más amplia que guardaba para ocasiones especiales. Como esta.

De pronto, el rostro contrariado de la joven se transformó. Los dientes perfectos; la vista llena de luz.

—¿Qué desean? —continuó Discépolo sin dejar de mirar a la muchacha delgada, la mal vestida, la más intensa, la más hermosa.

—Somos actrices. Queremos actuar en su obra nueva. ¿Tiene algún papel para nosotras? —le lanzó sin pudor.

Las otras seguían mudas.

Armando las miró en detalle. Anita Jordán le pareció muy bella; Eva ya lo había subyugado.

—Me quedan dos, para ustedes —las señaló. Rita quedaba afuera—. Lo lamento.

—Entonces nos vamos —señaló Eva, molesta—. O las tres, o ninguna.

Discépolo se asombró, abrió la boca para responder pero Rita se adelantó.

—No, Eva. Acepten. Si ustedes tienen trabajo, vamos a estar mejor. Yo sigo buscando más tranquila, seguro va a aparecer algo.

—Tiene razón —acotó Anita—. Hagámoslo, Eva. De paso la ayudamos también a ella.

Eva las observó un instante sin hablar. Al rato asintió y dijo:

—Está bien, somos amigas. Y si una tiene, todas tenemos. —Giró la cabeza, miró al director y con voz firme concluyó—: Aceptamos.

Estrenaron en marzo, aunque la pieza se mantuvo en cartel sólo trece días. La tenacidad de Eva podía llevarla a conseguir algunas líneas en una obra de buen nombre, pero al final, el público elegía o desechaba la propuesta. Y a la gente no le gustó.

Otra vez debajo del telón, otra vez sin empleo y sin dinero. Otra vez el naufragio y el hambre.

Del elenco, no todos se habían quedado en la calle. Su amiga Anita Jordán, por ejemplo, había filmado en febrero *El forastero*, y ahora estaba presta a comenzar el rodaje de otra película, *La vuelta al nido*. La pantalla grande amaba su frescura, su cabello ondulado, su gracia en la actuación. Y también la amaba el galán del momento, José Gola, ese hombre de

cejas gruesas y ojos vivos que volvía locas a las mujeres cuando aparecía en escena. Era de Anita.

¿Qué pasaba con ella?, se preguntó Eva. ¿Por qué no la elegían? Apenas la conocían, los hombres la deseaban, a esa altura ya se daba cuenta. A veces le daban un papel para ver si la podían llevar a la cama; no era tonta, lo sabía. Sin embargo... le faltaba algo más. ¿Qué le faltaba para triunfar, para ser grande de verdad?

Ese día se acostó temprano. Deseaba dormir para no pensar. Despertó en medio de la noche. Sudaba. Había soñado con imágenes en blanco y negro que aparecían delante de su rostro y, ahí mismo, se pulverizaban. Se trataba de personas que no conocía, todas retratadas sobre un papel brillante. Eran fotos, fotos de desconocidos que desfilaban ante ella y luego, ¡puf!, desaparecían. Sintió las pulsaciones agitadas; respuesta del cuerpo frente a un sueño movilizador. ¿Qué le estaría tratando de decir su cabeza?

Se incorporó. Encendió la luz. Tenía la boca seca. Tomó un poco de agua. Rita dormía; Anita se había quedado en lo de Gola.

Miró un punto fijo del suelo. A los minutos, sonrió. ¡Claro, era eso!
Debía salir del anonimato.

Por la mañana bien temprano, fue hasta la habitación de la Muñoz.

—Doña Elvira... —inició en voz baja al abrir la puerta.

Estaba a ciegas.

—Doña Elvira... —insistió al llegar al borde de su cama.

La mujer se movió, estiró el brazo y encendió el velador.

—Pero, ¿qué haces aquí a estas horas? —preguntó avistando el reloj que marcaba las seis.

—¿Se acuerda de la blusa que me prestó para la entrevista en *Crítica*?

—Sí. ¿Y qué con eso? —contestó con los ojos cerrados.

—Quería pedirle si me la presta de nuevo. Sólo dígame dónde está y yo la busco. No se levante, Doña Elvira.

Muñoz abrió un párpado.

—¿Adónde piensas ir, muchacha?

—Voy a hacerme conocida —dijo.

Se bañó, se peinó, se vistió con la blusa holgada de Elvira y una pollera, se puso las medias de rayón que había comprado la semana anterior con las únicas monedas que le quedaban, y se fue hasta la puerta de la revista *Sintonía*.

Fundada en 1932, *Sintonía* era una edición mensual que mostraba los rostros de las figuras más destacadas del ambiente artístico. Esa noche, mientras armaba su plan, Eva recordó haber visto en su portada a Agustín Magaldi, Mecha Ortiz y tantas otras estrellas del cine, la radio y el teatro.

A esa hora, el sol apenas asomaba y todavía estaba fresco. Era verano, esos veranos que vician el aire de sofocón mezclado con el hollín de la ciudad.

Eva salió de la pensión sin prisa, pero convencida. Mientras caminaba por Corrientes, advirtió que aunque fuera temprano, por allí la vida jamás dormía. Sintió temblar su pulso al pasar por los teatros. Miró al cielo, algunas sombras doradas entre las nubes; las marquesinas todavía iluminadas. Imaginó un cartel repleto de luces con su nombre: Eva Duarte. Sonrió. Sus pies aceleraron.

Llegó hasta la puerta de un edificio viejo. Su amiga, Rosa Cata, le había comentado alguna vez que ese lugar podía cambiar el rumbo de un artista. Un señor bajo la miró a través de sus anteojos grandes. Barría la vereda.

—¿Sabe a qué hora abre la revista? —se acercó Eva.

—Empiezan a llegar recién a las nueve.

Faltaba hora y media. Daría vueltas a la manzana. Esperaría.

Siguió camino, miró vidrieras, vestidos, zapatos, el puesto de diarios que ya estaba abierto. «Buen día», el diariero le regaló una sonrisa. Ella lo saludó amablemente. ¿La habría reconocido? No, ¡qué estupidez!, se corrigió enseguida. El calor comenzaba a sentirse un poco más fuerte, sin embargo ella estaba de buen humor. Aunque el tiempo pareciera un elástico, igual disfrutaba de mirar los rostros de la gente que pasaba por ahí. Una madre cargaba a su bebé en la cintura; un hombre de traje cruzaba la calle aprisa; tres amigas reían a carcajadas; los porteros limpiaban ventanales sucios; un anciano encorvado sobre su tablón de madera, repetía: «Se lustra, se lustra». Eva se detuvo y lo miró de frente. «¿Una lustradita?», le preguntó el viejo. Los ojos aguados acusaban años. En unas horas más, moriría de calor bajo el mediodía sofocante. Ella abrió la cartera, sacó un centavo y lo puso en su palma. «Que Dios la bendiga, señorita». Eva le acarició la mejilla, tragó saliva y lo perdió al seguir camino, sin volverse. Un nudo había mordido su garganta.

—¿A quién busca? —preguntó la joven de tez morena.

—Al director.

—¿Su nombre?

—Eva Duarte.

—¿Tenía cita?

—No.

—No entiendo.

—Vine directamente a verlo.

—Pero... ¿el señor Kartulovich la conoce?

—No. Por eso estoy acá. Para que me conozca.

—Mire... —se incomodó la secretaria— el señor director no llegó. Además, no puedo dejarla pasar sin una cita previa, ¿entiende?

—Sí, entiendo —contestó Eva. Y se quedó parada junto al escritorio, sin moverse.

—Bueno, la invito a retirarse, entonces.

—No. Lo voy a esperar acá —señaló los sillones de la sala.

—Pero... usted no puede quedarse, señorita —le indicó la morena.

—¡Mire cómo puedo! —dijo Eva. Y se sentó cruzando los brazos y las piernas.

La secretaria no supo cómo manejar la situación. La arrogancia de esa joven se le iba de

las manos. Decidió que aguardaría la llegada de su jefe para comentarle el tema.

Pasaron dos horas. Se abrió la puerta y apareció un hombre delgado, vestido con un traje color crema y un sombrero. Era apuesto y olía de maravillas; apenas entró inundó el estudio con su perfume. Seguramente se trataba del director.

—Buenos días —saludó él.

Eva, que hasta el momento había permanecido limándose las uñas, levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa.

El hombre pasó por delante de ella, la miró de reojo y se fue hacia su despacho. La secretaria lo siguió.

—La chica de afuera hace dos horas que lo está esperando —le dijo.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—No sé. Le dije que usted no podía atenderla sin cita previa, pero insistió, que igual iba a quedarse.

—Será mi fama de galán —acotó Emilio con una sonrisa.

La morena no habló.

—Parece inofensiva... —dedujo Kartulovich—. Decile que espere un poco más. Dame diez minutos y hacela pasar.

—Sí, señor.

Diez minutos después, Eva Duarte cruzaba la puerta del despacho del fundador de *Sintonía*.

Él se paró y le indicó una silla.

—Tome asiento. ¿A qué debo el honor de su visita? —inició con gesto amable.

Ella se acomodó, pasó las manos por la punta de sus cabellos y lo miró fijamente.

—Soy actriz —dijo—. Y me gustaría salir en su revista.

Emilio levantó las cejas y ladeó el mentón en un gesto casi imperceptible.

—Bueno... no es algo tan sencillo —empezó. Balbuceaba.

—Por eso vengo a verlo —lo interrumpió Eva—, para que me conozca y me diga si usted cree que mi cara merece una foto en su revista.

El descaro de esa joven lo dejó mudo. Y entonces la miró de nuevo, esta vez en detalle.

El rostro anguloso no era perfecto, tenía un pómulos más salido que el otro. La medida de los labios, justa. La nariz, agradable. La tez, blanca, purísima. La sonrisa, perfecta. Los ojos, grandes, levemente arqueados hacia abajo. La mirada, oscura, penetrante, sufrida. Enseguida la imaginó en una portada: sensual, misteriosa, inexplicable. Algo le pasó en el cuerpo. Se conocía. Era un aviso.

Ya es mío, intuyó ella.

Eva volvió al día siguiente, y al otro, y así, durante semanas. Emilio era seductor y comenzó a cortejarla con halagos, con flores, con su imagen de hombre seguro e importante. A poco, se hicieron amantes. Unos meses tardó él en mediar con Argentina Sono Film para que le dieran a Eva un papel en la película *Segundos afuera*, y así ella logró su primer trabajo en cine.

Gracias a ese hombre, su sueño echaba a rodar de nuevo.

* * *

*Era rubia y sus ojos celestes
reflejaban la gloria del día
y cantaba como una calandria
la pulpera de Santa Lucía.*

*Era flor de la vieja parroquia.
¿Quién fue el gaucho que no la quería?
Los soldados de cuatro cuarteles
suspiraban en la pulpería.*

El disco de pasta rodaba sobre el gramófono. La voz de Ignacio Corsini cantaba los versos de Héctor Pedro Blomberg, periodista, poeta, dramaturgo. Escribía letras alusivas a leyendas, tangos, historias de dolor derramadas en los suelos de América. Elvira Muñoz solía escucharlo por la tarde, cuando se quedaba sola en la pensión. Ese vals le recordaba sus pasos por el amor.

La pulpera de la historia se fugaba con un partidario de Lavalle en época de la Mazorca, tal como ella se había fugado con Dimas durante las revueltas más tristes que había sufrido España en la primera década del siglo XX.

Ella tarareaba en voz alta y a veces también, bailaba. Giraba sobre el piso, los ojos cerrados, los brazos en círculo, como en un idilio imaginario se dejaba llevar por la música. Parecía flotar en el aire. El pañuelo de Dimas, siempre anudado al cuello.

Eva entró sin golpear.

—¡Doña Elvira! ¡Doña Elvira! —gritó apenas abrió la puerta.

—¿¿Qué pasa?! —contestó la mujer elevando la voz.

—¿¿Puede apagar eso?! —señaló Eva—. ¡Le traigo una noticia!

Elvira fue hasta la mesada, levantó la aguja del aparato y el lugar quedó en silencio.

—¿Qué te traes ahora, niña?

—Emilio, ¿se acuerda?, el director de *Sintonía* —Muñoz asintió—, bueno, me dijo que Radio Belgrano está tomando pruebas para un radioteatro que se estrenará en agosto. Y puede conseguirme un lugar en la audición.

—¿Y qué con eso? —levantó los hombros Elvira.

—Que yo sé declamar, Doña Elvira.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber de dónde es que sabes tú declamar?

—En mi pueblo, yo participé de un programa de radio que se llamaba *La hora selecta*. Ahí recitaba, cantaba, y lo hacía muy bien, y todos se juntaban en la plaza para escucharme. Y además me aplaudían —estaba exaltada.

—Eres tan inocente, hija mía.

Eva se puso seria.

—¿Usted no cree que vayan a tomarme? Ahora soy un poco más conocida. Además Emilio me ayuda.

—Pues con esa voz aflautada, así como me estás contando el cuento, ni yo tengo ganas

de escucharte.

—¿Y qué hago, entonces? No sé hablar de otra manera —se excusó.

—¿Cuándo es esta audición?

—Pasado mañana.

—Bueno —dijo Elvira—, tenemos dos días.

—¿Para qué? —preguntó Eva sin comprender.

—¡Pa' que se te vaya ese tono agudizo que lastima los tímpanos! Hoy por la noche y mañana durante todo el día, te vienes aquí, al despacho, a escuchar los radioteatros y comerciales. Prestas atención a los modos que tienen las actrices para decir el libreto. Grábate en la memoria eso, el modo de decir, ¿entiendes? Imítalas frente al espejo ese —apuntó hacia la pared del fondo—. Luego te pones bella y te vas a conseguir el puesto. ¿Qué me dices? —sonrió la mujer.

Eva se lanzó a sus brazos con otra sonrisa.

—Gracias.

Quizás porque había practicado para quitarse el silbido molesto de su garganta, según los consejos de la Muñoz; tal vez porque era hermosa y seducía o, probablemente, por las influencias de Emilio Kartulovich, Eva Duarte fue contratada por LR3, Radio Belgrano, para ser parte de *Oro blanco*, el radioteatro auspiciado por la revista *Antena* sobre un poema gauchesco de Luis Solá.

La pieza duró sólo dos meses, Eva cobró 180 pesos, pero su voz comenzó a hacerse conocida y, así, logró otro papel en teatro que le daría un sueldo estable para lo que restaba del año.

En marzo de 1938, tomó el micrófono y se animó a difundir anuncios publicitarios durante el concurso radial que organizó Emilio, donde se elegiría a un cantor para *La gruta de la fortuna*, de la Compañía de Pierina Dealessi, próxima a estrenarse en el Teatro Liceo, en la que ella también actuaría.

El matutino *La Prensa* alabó la obra, *La Nación* la tildó de mediocre por la presencia del cabaret como tema central, pero *El Diario Español* destacó tres actuaciones:

«A LOS APLAUSOS CON QUE LA LABOR DE LAS FIGURAS RELEVANTES DEL LICEO FUERON PREMIADOS ANOCHE, ES JUSTO AGREGAR LOS TRIBUTADOS A NELLY AYLLON, DORA FIRTUOSO Y EVITA DUARTE».

A partir de entonces, comenzó el ascenso tan esperado. Al éxito de *La gruta de la fortuna* le siguieron más obras teatrales; un contrato como locutora para los avisos comerciales de Jabón Radical dado por las relaciones de su hermano Juan con la empresa Guereño, donde se empleaba; otro como modelo para Linter Publicidad promocionando una peletería, una casa de alta costura y una peluquería conocida, y además, forjó gran amistad con la actriz

Pierina Dealessi, quien no sólo le daba trabajo, también la cobijó como una madre. Pero la consagración definitiva llegaría de la mano de los radioteatros en Radio Belgrano y Radio Mitre, que por entonces estaban en auge.

Héctor Pedro Blomberg, el afamado autor que inspiraba a Doña Elvira al baile, escribió *Las rosas de Caseros* y *La estrella del pirata*, obras que Eva interpretó a través del micrófono de Radio Prieto.

Entonces, las revistas destacadas —*Sintonía*, *Antena*, *Radiolandia*— comenzaron a mostrar el rostro y la sonrisa de Eva Duarte. Y en mayo de 1939, Antena le dedicó su espacio más codiciado: la tapa en colores bajo la lente de Wilensky, el mejor fotógrafo de la época.

Como consecuencia de la Guerra Mundial, cerraron las importaciones de películas extranjeras y con ello creció la industria filmica nacional. En los albores de 1940, la hermosa Eva logró un papel en una película costosísima, *La carga de los valientes*, donde pudo rodar con su querida amiga Anita Jordán. A partir de ahí siguieron otras, porque el cine también la adoró.

Participó en los radioteatros emitidos por Radio Argentina y Radio El Mundo, pero recién en la primavera de 1943, cuando el país se convulsionaba por otro golpe de Estado, la voz de Eva Duarte reapareció en el micrófono tras unos meses de ausencia: había firmado con Radio Belgrano el contrato más importante de su carrera para interpretar la biografía de mujeres ilustres de la historia universal. El ciclo no sólo fue un éxito de audiencia, también delineó un estilo oratorio único. Y prometedor.

Por fin, su nombre era reconocido después de años en el anonimato.

* * *

1942 — La tarde más triste

Los últimos días de aquella semana había andado meditabunda, cabizbaja, casi no hablaba ni comía.

A ella le debía gran parte de quien era hoy. Había sido su sostén, su guía, la suplencia de la *machi* y de su madre ausente. La había ayudado a construirse desde las ruinas, como el alfarero que utiliza sus manos y elabora recipientes desde el barro.

Elvira Muñoz representaba las manos que habían moldeado su timidez, su inocencia; muchas veces también la harina que había amasado con esmero para calmar el hambre.

¿Cómo se lo diría?

Llegó tarde, pidió disculpas y se sentó en la cocina: el lugar íntimo de ambas, el de las confidencias, el de los llantos tristes. Le había pedido que hiciera la tarta de atún tibia, que esa noche comerían juntas otra vez.

La Muñoz tenía preparadas dos copas llenas con el vino que a Eva le gustaba: uva Merlot, la más suave, la que dejaba menos abiertas las heridas.

—Perdone, Doña Elvira, es que me retrasé con Emilio. Bueno, él no quería que me

fuese, pero le dije que necesitaba hablar con usted y al final terminó cediendo —explicó la joven al verla.

En realidad, le había mentido. En lugar de haber estado con Emilio, había pasado media hora dando vueltas a la manzana. No podía entrar a la pensión, no sabía cómo abordar el asunto, sentía culpa, miedo, una profunda tristeza.

—Ven, niña, siéntate —dijo Elvira señalando la silla a su lado—. Ya sabemos cómo son los hombres cuando están efervescentes —sonrió—. Eso sí, tendrás que comerte la tarta fría porque no pienso encender el horno de nuevo.

—Está bien, no se preocupe —acotó Eva con voz tierna. Y le tomó la mano. Tenía un nudo en la garganta y los ojos caídos.

La mujer, que a esa altura la conocía casi como a una hija, sintió su palma húmeda, señal de angustia en ella. Eva jamás bajaba los párpados; Elvira evitó su mirada de frente para no incomodarla aún más. Le daría tiempo.

—¿Te acuerdas qué te dije aquella primera vez, cuando te di de probar el vino? —le preguntó de repente.

—Sí —respondió Eva al instante—, que hacía bien al corazón.

Elvira asintió.

—Además te enseñé otra cosa.

—No me acuerdo...

—Que un brindis bendice los deseos.

Eva la miró sin comprender.

—¡Brindemos, pues! —tomó el vaso y lo alzó para invitarla.

—¿Por qué vamos a brindar ahora?

—Porque tú tienes algo importante para decirme. Y antes de que lo digas, yo quiero bendecirlo.

La Muñoz había crecido en orfandad. Los padres, sus hermanas, un hijo, su gran amor, todos estaban muertos. El ambiente olía distinto cuando rondaba cerca el abandono. Lo sabía porque su propia historia se había encargado de enseñárselo a bofetadas. Eva no podía hablar, y la falta de palabras era el presagio evidente de una renuncia.

En esto también la ayudaría, como tantas otras veces. Porque Eva había sido la luz que un día tocó a su puerta y le trajo los sueños que faltaban, esos que habían quedado enterrados junto a todos sus muertos. Y con los años, esa niña perdida llenó la parte vacía de su rompecabezas. Por eso la quiso como tanto había querido, porque con ella renació la posibilidad del afecto.

Eva la siguió y ambas acercaron los vasos para brindar. Tomaron un trago; el sorbo de Elvira fue más profundo.

—Dime, mi ángel —la invitó la mujer.

Nunca la había llamado de esa forma. ¡Qué bien sonaba! Mi ángel... Eva sintió una puntada en el corazón. La lágrima que intentó sostener con esfuerzo de inmediato cayó sobre el mantel.

La misma Eva que, años después, se llenaría de frases en discursos frente al pueblo, que asaltaría con furia a los enemigos, que incitaría a los trabajadores para luchar junto a ella, ahora no conseguía expresarse.

Bajó la vista; meneaba la cabeza. Las palabras, atascadas, retenidas en su boca para no decir lo que Elvira ya sabía.

Muñoz le tomó la mano de nuevo para darle alivio. Entonces Eva se animó y dejó escapar el mensaje, con la voz a punto de quebrarse por completo.

—Me voy, Doña Elvira.

Hubo un silencio corto. La cocina pareció achicarse de repente. El aire se recortó sobre ellas.

Muñoz la miró con profundidad, le apretó los dedos y le dijo:

—Lo imaginaba. Y lo estoy esperando desde hace tiempo. Es más —siguió, cambiando el tono—, ¡no entiendo por qué no lo has hecho antes!

El comentario provocó una sonrisa en la cara de Eva, que estaba cubierta por el llanto. Doña Elvira siempre se las arreglaba para desdramatizar las situaciones dolorosas.

—Conseguí un departamento muy lindo en el barrio de Recoleta, Posadas y Ayacucho. ¡Puedo pagarlo! ¿Se da cuenta? —comentó la joven con timbre afectado.

Le gustaba saberse reconocida, pero dejar la pensión que había sido su hogar durante años y, sobre todo, separarse de Elvira, la llenaba de remordimiento. Como si algo, un dictado inconsciente, un sermón, una emoción escondida, le estuviera marcando que no estaba permitido abandonar a quienes han brindado su confianza y su cariño.

Una vez más, Doña Elvira la salvó de sus ideas y la protegió de sí misma.

—Claro que puedes, mi niña. Siempre he confiado en ti, siempre supe que lo lograrías. ¡Y mírate ahora! Toda una actriz importante que sale en las revistas, que viste a la moda y que sonríe como jamás te he visto reír. No sabes las noches que me la pasé pidiendo al más allá por tu sonrisa. Parece que, esta vez, el Señor se acordó de mis ruegos.

Eva no aguantó más la pena y se echó a llorar en sus brazos.

—Usted fue tan buena conmigo, Doña Elvira... —le dijo mientras la abrazaba envuelta en una congoja desgarradora.

La mujer acarició sus cabellos; olían rico. Ese olor pertenecía a otra parte. Ella debía salir de ahí, marcharse cuanto antes, buscarse la vida y pelear por su sueño. Estaba bien así.

—Escucha, Eva —la tomó de los hombros para mirarla—. Vete a ese departamento lindo que encontraste, sigue tu camino como deseas y no mires atrás. Todo esto, yo misma, somos parte de tu pasado. Y ya te he dicho que, a veces, lo mejor es enterrar el pasado.

La joven detuvo las lágrimas. No respiraba. Recordó que esa última frase, Elvira la había lanzado como una advertencia luego de contarle el final de su historia, como si no hubiera otro camino posible para ser feliz.

—Ha llegado tu hora. El destino está adelante, ¡constrúyelo! —la zamarreó.

—Lo haré, Doña Elvira. Se lo juro —soltó Eva con decisión.

La mujer se levantó de pronto, fue hasta los cajones de la mesada, sacó una tijera y cortó una punta del pañuelo que llevaba anudado a su garganta.

Eva la miró con desconcierto. Sabía que para Elvira ese pañuelo representaba el único resto que le quedaba de Dimas, su amor asesinado, su propia sangre.

Entonces los ojos volvieron a llenarse de lágrimas, que no pararon de manchar sus mejillas mientras la escuchaba con atención.

—Toma —Muñoz puso el trozo de tela en la mano de Eva, abrazando sus dedos—.

Recuérdame. Y cuando duermas en sábanas de seda, jamás te olvides de dónde has venido.

Octavo hilo...

Mientras Eva lograba su quimera y conseguía el dinero suficiente para mudarse sola, el mundo entero se transformaba en caos. Al mismo tiempo, en Argentina, un hombre viudo, que avanzaba en su carrera militar, anhelaba ser el gran conductor de la Nación. Y a partir de ese sueño, comenzó a enamorar a las masas.

Ella no sabía de él. Sin embargo, lo había estado esperando desde siempre.

X

Mientras España vivía una Guerra Civil dolorosa y el general Franco se consolidaba con un Estado Español construido con los ladrillos y las armas de las recetas fascistas, Alemania desbordaba de nazis. El 1° de septiembre de 1939, el Tercer Reich avanzó sobre Polonia. Y Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania.

El presidente Ortiz, a la cabeza del gobierno argentino desde 1938, era diabético, sufría lipotimias y casi no veía. Ante el estallido de la guerra que mantenía en vilo al mundo, mantuvo la tradicional neutralidad del país, aunque no dejaba de manifestar su simpatía por el bando aliado. Todo parecía continuar en orden, sin embargo, pronto la guerra hizo sentir sus efectos sobre la economía. Había escasez de combustibles y de repuestos, que en su mayoría eran importados. Los precios, que por una década no habían conocido la inflación, empezaron a subir. Debido a los altos aranceles que tornaban inexportables los productos argentinos a los Estados Unidos, se suspendieron las negociaciones en busca de un acuerdo bilateral, haciendo más incierto el panorama.

A la oposición de conservadores y militares de derecha, se sumó el desencanto de quienes hasta entonces habían apoyado al gobierno. Todo iba de mal en peor para el presidente. En abril de 1940 falleció su esposa, María Luisa Iribarne. Muy afectado por esa pérdida y casi ciego por el avance de la diabetes, Ortiz debió pedir licencia y, en agosto, presentó su renuncia. De manera provisoria, que luego se convertiría en definitiva, asumió el vicepresidente, Ramón S. Castillo, un conservador dispuesto a preservar el fraude electoral y la neutralidad.

Aunque Castillo inicialmente se ganó el apoyo de los oficiales nacionalistas, el clima en las Fuerzas Armadas seguía caldeado. Por un lado, los militares estaban divididos respecto de la política argentina ante la guerra en Europa. Los partidarios de mantener la neutralidad eran mayoría en los cuadros medios del Ejército, muchos de ellos simpatizantes del Eje. En cambio, en la Armada, el grueso se inclinaba por los aliados. Pero en ambos bandos crecían las dudas en cuanto a la capacidad del régimen de mantener el

orden, y no faltaban quienes hablaban de la falta de líderes políticos que estuvieran a la altura de las circunstancias. Los acusaban de flojera, de tibieza. Y para los militares, la tibieza era una mala palabra.

* * *

Como consecuencia de su viudez, la excelente foja de servicios y las cartas de recomendación de los superiores, Perón fue enviado a revistar a la Italia fascista de Mussolini en junio de 1939, en principio, para capacitarse como oficial de Infantería de Montaña.

Desembarcó en la Segunda División Alpina Tridentina, en Merano. Situada en medio de las montañas, era la ciudad de los jardines, del clima favorable para la salud, de los olores exquisitos: a perfume de vino caliente, a especias, a pasteles.

Sin dejar de lado su trato cordial, los modales suaves y la disciplina militar exagerada, Juan caminaba por las calles de Merano con nostalgia. El andar de cada mujer le recordaba a Aurelia. Su chiquita solitaria, su amiga silenciosa, la dama atenta que había zanjado la deuda con su abuelo y con su padre; en verdad, la deuda con toda su historia. La señora que le había exigido Descalzo, la que aprobaba la sociedad, la legal. La correcta. ¿Dónde hallaría ahora una mujer así? Una criolla perfecta, por dentro, por fuera, en todos los aspectos. En Europa las había hermosas, pero él no debía desviarse del camino que le habían señalado sus maestros, y esas caderas latinas no encajaban en las fojas de un militar argentino de rango.

Pasado un tiempo en el que se dedicó a sus tareas y se olvidó del amor, Perón viajó hasta Roma para visitar al agregado militar de la embajada argentina, el teniente coronel Virgilio Zucal. Se encontraron en la Plaza del Esquilino 2, sede de la embajada, y el abrazo selló un afecto guardado desde hacía años, porque se habían hecho amigos siendo cadetes. Una vez allí, Perón fue nombrado su auxiliar y debió atender a los castrenses argentinos que llegaban de Francia y Alemania. Para alimentar su pasión por el conocimiento, comenzó a asistir a cursos de economía y ciencias políticas.

En septiembre había empezado la Segunda Guerra Mundial e Italia entraría en ella como partícipe del incipiente «Eje Berlín-Roma-Tokio», en junio de 1940. Perón, que se había formado con enseñanzas prusianas, admiraba la maquinaria bélica germana que parecía imbatible, sin tomar dimensión de lo

que se vendría. Lo habían instruido para fomentar la eficacia militar como organizadora del sistema social. Y cuando pudo conocer a Mussolini, el hombre de origen plebeyo que simulaba entender las penas de las clases bajas, el que se había disciplinado para llevar una vida en orden —como a él le gustaba—, el que proclamaba al fascismo como el verdadero movimiento proletario capaz de enfrentar la amenaza del monstruo comunista, de inmediato se fascinó con él y con un fenómeno de masas inédito que el *Duce* generaba en el pueblo. El hombre se había consolidado como jefe supremo, como el mesías de una nación oprimida que necesitaba ser liberada de las presiones mundiales. El capitalismo y el comunismo eran los enemigos.

En apariencia, Mussolini le mostraba al teniente coronel argentino el modelo que había marcado Mario Perón, el padre severo y justo que lo había educado sobre las bases de una conciencia social que repudiaba a los opresores, el juez de paz que daba su lana a quienes tenían frío y compartía su tierra y su alimento.

Eso creía Perón por esos tiempos. Pero no era más que una mentira. Porque, aunque Mussolini intentara maquillar sus verdaderas intenciones bajo la lupa de promesas redentoras que sacarían a su país de la miseria, la historia se encargaría de ponerlo en evidencia, tanto a él como a Hitler.

En una de las reuniones selectas que los militares argentinos con destino en Italia compartían con el *Duce*, Perón escuchó sus palabras con atención.

—Nuestras fuerzas en África fueron letales contra las tropas inglesas en Libia y en la frontera con Egipto. ¡Los expulsamos! Esta es la gloria que Italia aguardó durante siglos —se jactaba.

Cuando el líder hablaba, todo el mundo hacía silencio.

—Ahora iremos por Grecia —agregó con orgullo—. Anoche avisé a mis generales para que se alistaran y estuviesen preparados. Hitler no será el único vencedor en esta guerra —cerró, mostrando su rivalidad enmascarada con el Tercer Reich, que ya se había apoderado del territorio francés.

—Disculpe, Su Excelencia —intervino una voz. Y todos se dieron vuelta para mirarlo.

Era Perón.

—¿Cree usted que cuenta con las armas y la capacidad técnica necesarias para intervenir en ese otro frente? Recuerde que ahí también están los efectivos británicos de la Base Naval de Creta.

Virgilio Zucal lo fulminó con la mirada. No alcanzó a tocarle el hombro para evitar el comentario, porque Juan ya había terminado de formular la

consulta. Y la advertencia.

En realidad, la pregunta no aludía directamente a las divisiones del alto mando alemán, que estaban armadas hasta el cuello y que sí podían aspirar a una victoria. Pero cualquiera se daba cuenta de la comparación entre la reducida fuerza italiana contra el poderío de Hitler, que el argentino estaba develando en las narices de Mussolini.

Todos los presentes quedaron azorados frente a semejante osadía por parte de un militar extranjero, incluso el propio *Duce*, que hizo silencio durante algunos segundos. Era sabido el temor al ridículo que le hacía sombra al dictador. No obstante, debía responder con la lógica de sus ideas, que por entonces estaban llenas de ilusiones más que de estrategias militares.

—Vea, apenas haremos algo de ruido, sólo eso —contestó abriendo los brazos—. No necesitaremos más, se lo aseguro. De todos modos, teniente coronel, su pregunta me cae en gracia. Bueno, digamos que usted también me cae en gracia —terminó con una mueca que podía considerarse amable. Porque Mussolini jamás sonreía.

Recién entonces, todos volvieron a respirar distendidos.

Sin embargo, Perón tenía razón. Su capacidad, su aprendizaje, esos años dedicados al estudio del arte de la guerra, le habían dado conocimientos necesarios para evaluar cualquier situación bélica.

Italia no estaba ni por asomo a la altura de Alemania en tal sentido. Por ello, cuando Mussolini atacó Grecia, sobrevino un desastre. Tres meses duraron las batallas, que terminaron con miles de italianos apresados y la derrota a manos de los montañeses griegos y de los aviones y tanques británicos, tal como había predicho el argentino.

Como consecuencia de la tozudez del fascista, a comienzos de 1941 Alemania intervino para arrancar a Grecia de las manos inglesas. Pero a esa altura, Perón ya estaba de vuelta en su patria.

Entre tanto, antes de regresar a Buenos Aires, su corazón dio un vuelco y tropezó con un nuevo amor.

Ella, sentada en la sala de la embajada argentina en Roma, esperaba a su amiga *Frau* Kling, la traductora austríaca que habían contratado hacía algunos meses. Las piernas se dejaban ver por su pollera corta, que sólo la cubría hasta las rodillas. Sonreía. Quizás pensaba en alguna aventura: quién podía saberlo. Se miraba las manos sobre la falda. Los rulos, sueltos; imagen fresca de una juventud prepotente.

—Buenas tardes —la saludó Perón al entrar.

Había acordado cenar con su amigo Zucal al terminar el día de trabajo. Vestía de saco blanco, en la manga tenía un brazalete que indicaba su paso por un duelo.

Ella levantó la mirada. El hombre alto parecía importante. El pelo negro peinado a la gomina, perfecto; su porte esbelto; los modos amables de un caballero, la impactaron de entrada. Y le regaló una sonrisa.

En el despacho del agregado militar, Perón no pudo contener la intriga.

—¿Quién es?

—Pará un poco, todavía estás de luto —sentenció Zucal, mientras ladeaba el cuello hacia un costado.

—Ya lo sé... —bajó la cabeza el otro.

—Una amiga de mi secretaria. Hace días que viene por acá. La espera y salen juntas. Pero... ¿te parece, Juan?

—Tenés razón. Mejor vamos a cenar —contestó a secas para cerrar el tema.

A la tarde siguiente, Perón volvió a la embajada. Esta vez, en busca de la joven. Y ella hizo lo propio, para ver si lo cruzaba de nuevo.

—Juan Domingo Perón —se acercó apenas la vio. Ya no llevaba el brazalete en la manga.

La muchacha se incorporó, acomodó la pollera que se había deslizado unos centímetros arriba de las rodillas, y le extendió la mano.

—Giuliana dei Fiori —dijo con una sonrisa.

Y Perón enloqueció al escuchar ese acento italiano del norte.

Vivía en una pensión de la Plaza del Esquilino, a metros de la embajada. Esa noche cenaron juntos. Él habló con galantería, le contó de su vida en el sur, del estudio en la milicia. Omitió detalles acerca de su matrimonio con Aurelia. Ella lo escuchaba embelesada, acotando algunas frases sueltas. «Hablas un italiano *españolado*», le decía Juan. Ante sus comentarios, Giuliana se reía a carcajadas. Su risa era contagiosa, enérgica, tenía la potencia de una mujer latina. Y entonces él reía también. Hacía tiempo que no se distendía de esa forma; ella le estaba devolviendo la alegría.

Finalizó la cena. Llegaron a la pensión.

—¿Quieres pasar? —ella.

—¿Quién podría negarse a ese pedido? —él.

Entraron. Se desnudaron al cerrar la puerta. El cuerpo de Giuliana parecía una pintura nueva. Caderas fuertes, pelo rebelde; el conjunto ideal para enamorar la cama de un hombre que, a pesar de haber vivido mucho,

atravesaba una gran pena. Porque Juan Perón, que ya contaba cuarenta y cuatro, necesitaba afecto.

A partir de entonces, comenzaron una relación que los condujo más lejos de lo que debían. Ella jamás había sentido algo parecido. Él sabía que su estancia en Europa tenía fecha de vencimiento y que, además, en el manual castrense no había lugar para una extranjera. Pero ambos habían cruzado las fronteras de la mente. Y decidieron liberarse. Así surgió un amor que se arriesgó al desenfreno, que los llevó de viaje y que también, los llenó de dolor.

A finales de noviembre de 1940, la orden llegó a la embajada en Roma desde Buenos Aires. «Se viene una fea, debemos irnos ya», le dijo Virgilio Zucal.

Al igual que aquella vez, hacía tiempo, cuando se había despedido de Dasha, la rusa que había marcado sus inicios, Juan habló con Giuliana después de hacer el amor.

—Tengo que volver, me lo ordenaron —soltó de pronto.

Ella, al borde de la cama, desnuda, le daba un masaje en los pies. Permaneció inmóvil ante la noticia; tenía un atraso de cinco días. Nada preocupante. Juan estaba al tanto. Sin embargo, la expresión del rostro cambió de repente. Se puso tensa.

—No quiero, Juan. No quiero —suplicó desde la orilla.

—Vení acá —le hizo un gesto él para que se arrimara.

Ella lo hizo. Se abrazaron. Lloraron juntos. A diferencia de la primera despedida, en la casa de citas de la Trucott, en esta Perón derramó lágrimas. Impotencia. Se había enamorado de Giuliana, pero sabía que debía soltarla, dejarla ir. Un abandono más a la lista que armaba su pasado. Estaba acostumbrado a eso. Porque el amor siempre había sido sinónimo de abandono. No tenía opción. Ella o la muerte del verdadero sueño.

Desde un lugar inconsciente, *El Conductor* presionaba sus actos sin que Juan se diera cuenta. Y logró su cometido una vez más, a costa de mucho sufrimiento.

* * *

Para 1941, a poco de su arribo a la Argentina, lo destinaron como profesor técnico en el Centro de Instrucción de Montaña de la Provincia de Mendoza. Apenas retomó la actividad para la que estaba diseñado, el alma de Perón se

transformó en una coraza de nuevo. Tanto la pena por la desaparición de Aurelia como el dolor por la separación forzosa de Giuliana quedaron atrás, como si las emociones encontraran en la vida castrense el blindaje perfecto para obstruirse, para dejar de molestar.

Adelante: el futuro esperado.

Mientras tanto, entre las mujeres del pueblo se había corrido el rumor de su visita. Un viudo sin hijos, atractivo y militar, era pieza codiciada para el mundo juvenil que añoraba casamiento, hogar y buena vida.

El teniente coronel solía desfilar a caballo, enfundado en su uniforme, erguido, imponente; ellas con un suspiro le ofrecían su destino.

Por sugerencia del coronel José Humberto Sosa Molina, que comandaba el destacamento mendocino, Perón se sumó al Instituto Nacional Sanmartiniano dados sus conocimientos como historiador de las cuestiones militares. Y en ese lugar, tropezó con una joven desenfadada, de sólo diecisiete años, que — como todas las demás— se enamoró de él apenas lo conoció.

María Cecilia Yurbel Peña, que daba sus primeros pasos como actriz, sin pensarlo dos veces dejó familia, casa y amigos, y siguió a Perón en su regreso a Buenos Aires.

Se instalaron en el departamento que tenía él en Arenales y Coronel Díaz. A pesar de que Juan no ocultaba su convivencia con ella, la diferencia de edad le daba un poco de pudor, y en general la presentaba como su sobrina.

Tal como había hecho con Aurelia, pasaba las horas encerrado en su despacho y no le prestaba demasiada atención. Leía, estudiaba, lo obsesionaban las cuestiones de su país y del mundo entero.

Ella lo atendía y, cuando él tenía tiempo, también lo mimaba. Pero allí no había un hombre comprometido con el amor ni con la pasión por una mujer. En ese lugar, sólo vivía una sombra preocupada por las oligarquías del interior que manejaban el poder con el apoyo del gobierno. Nada más.

Mientras Europa se moría de hambre, Argentina era la tierra más rica de América Latina. No obstante, las desigualdades sociales parecían alarmantes. Mucha gente proveniente del extranjero y de los campos del interior del país migraba hacia las grandes ciudades prometidas del Cono Sur.

En la soledad de su escritorio, Perón escribía artículos para la *Revista Militar*, donde advertía que el liberalismo aliado al comunismo apuntaba a la eliminación de las soberanías nacionales, y que se hacía indispensable la intervención estatal en la vida económica para restablecer el equilibrio.

A pesar de las presiones de los Estados Unidos, el presidente Castillo

sostenía la neutralidad argentina frente al conflicto bélico mundial y negociaba con los sectores que le convenían. Como la sociedad se había polarizado entre «neutralistas» y «aliadófilos», el mandatario tejía alianzas con la franja nacionalista del Ejército, con los estancieros criollos y con los miembros de la Iglesia Católica para sostener sus políticas de Estado.

Los mandos medios de las Fuerzas Armadas estaban hastiados del tira y afloja de los dos bandos de poder. Y a algunos, que ya ambicionaban liderazgo, se les ocurrió una idea.

* * *

El tema venía dando vueltas hacía rato. Con el mundo en guerra, para muchos militares la Argentina se encontraba en riesgo de graves conmociones políticas y sociales; debía prepararse para su defensa y para definir su ubicación en el escenario internacional. Ante la falta de respuesta de la dirigencia, una decena de oficiales empezaron a reunirse con el fin de reclutar nuevos adeptos. Decidieron ir a ver a Perón, que había sido ascendido a coronel y estaba de regreso en Buenos Aires, destinado a la Inspección General de Tropas de Montaña bajo el mando del general Edelmiro Farrell, a quien ya conocía y apreciaba.

—Mi coronel —inició uno de los visitantes—, conocemos el informe que dio a la superioridad a su regreso de Europa, y creemos que debemos conversar.

—Los escucho, señores —respondió Perón, intrigado.

—Le aclaro que en estos meses no hemos perdido el tiempo, y estamos formando en el Ejército una fuerza capaz de tomar el poder, si es necesario...

—¡Epa, muchachos, eso es algo demasiado serio! —exclamó Perón. De golpe le vinieron a la memoria sus propios días de conspirador, que por 1930 le habían ocasionado sinsabores.

—Por ahora, se trata de organizarnos, mi coronel, para recuperar la cohesión, el honor y la disciplina de las filas del Ejército —intervino el teniente coronel González, viendo la alarma que había provocado el desliz de su camarada.

—¿Otra Logia General San Martín, como la de la década del veinte? —dudó Perón. En esa oportunidad, la organización secreta creada para enfrentar a la política de Yrigoyen en las Fuerzas Armadas había servido de primer

escalón en la carrera de Agustín P. Justo. Y con sorna, agregó:— Me sorprende de vos, Gonzalito, te tenía incluso por yrigoyenista...

—¡Ninguna logia! —estalló el coronel Emilio Ramírez. Hijo del general Pedro Pablo Ramírez, entonces jefe del Ejército, era un nacionalista al que le provocaba escozor ese término vinculado a la Masonería.

—Bueno, caballeros, no nos enojemos antes de empezar —calmó las aguas Perón con su diplomática sonrisa—. Déjenme pensarlo un par de días. Desde ya, cuentan con mi completa reserva.

Ni bien se había marchado el grupo de oficiales, convocó a su despacho al teniente coronel Domingo Mercante, su colaborador, y lo puso al tanto de todo.

—¿Qué me cuenta, Mercante? Parece que otra vez vamos a estar de baile en el país.

—Entonces tendremos que tratar de no bailar con la más fea... —fue la respuesta.

El 10 de marzo de 1943, la incipiente organización decidió su nombre: Grupo de Oficiales Unidos —GOU—. Sus principios se basarían en la defensa del Ejército contra los enemigos internos y externos, y con el fin de evitar la intromisión de la política dentro de la fuerza, estarían alerta frente a los alzamientos comunistas y a las presiones norteamericanas sobre la neutralidad argentina respecto de la guerra.

—Si los europeos hubieran consolidado estos lemas —declaró Perón con un dedo en alto antes de estrechar la mano de sus compañeros—, hubieran evitado el horror del comunismo ruso y la Guerra Civil en España.

Todos asintieron, ufanándose de pertenecer a esa elite de militares inteligentes que, a partir de ahora, prevendrían al Ejército de los males que ocasionaba la política.

—Camaradas —siguió Perón luego del brindis—, esta organización debe comportarse como una célula oculta y contagiosa, al igual que las de nuestro propio cuerpo, que animan a las demás a ser fieles.

Ramírez sonrió asintiendo con la cabeza.

—Cada uno de nosotros —intervino Mercante moviendo ligeramente su bigote corto— deberá enrolar a cuatro camaradas por separado, sin que nadie logre conocerse. Y cada uno de ellos, a su vez, transmitirá las resoluciones al resto de los miembros. Está prohibido introducir civiles o generales. En definitiva, sólo los que estamos acá hoy sabremos quiénes fueron los

diecinueve fundadores de este milagro.

—Hay algo importante —agregó Perón, que se había puesto serio—. Estoy seguro de que el proyecto tendrá muchas ramificaciones en la juventud militar. Por eso, debemos exigir un requisito fundamental antes de afiliarlos: la entrega voluntaria de una solicitud de retiro del Ejército.

Los demás se miraron, levantaron las cejas; gestos raros, dudas. Esta medida no tenía precedentes en ninguna organización anterior conocida.

—Pero... ¿cómo vamos a pedirles eso? —preguntó uno de los hermanos Montes, a quien Perón detestaba por su admiración a Uriburu.

—Con la boca —respondió irónico y a secas—. ¿Acaso usted no sabe hablar?

El hombre se sonrojó.

—Esto no se trata de un juego de chicos, señores —continuó Perón con acento profundo—. ¡Vamos a hacer la revolución! Y para eso, necesitamos una prueba contundente de adhesión y lealtad. Nada mejor que poner en manos de la organización el futuro militar del enrolado, para sellar la confianza que nos tienen. Si no, no sirve. El juramento de honor, querido Montes, es la palabra más respetada en la milicia. Nunca lo olvide —dijo mirándolo a los ojos sin pestañear.

Perón no sólo había pasado su juventud encerrado en las páginas de Plutarco, analizando las cualidades de los líderes de otras épocas; también había capitalizado al extremo su paso reciente por Europa. La dictadura fascista de Mussolini, la enigmática figura de Hitler —que no paraba de anotarse conquistas—, el mismo fundador del Ejército Rojo, todos armaban una escena perfecta de misticismo y sugestión que apuntaba a un enemigo común para estimular la adoración de las masas.

El coronel estaba tan estimulado por esos regímenes, que pretendía contagiar a su propia fuerza la idea de una organización selecta que tuviera en la mira algo superior. Sin embargo, a diferencia de los dictadores europeos, Perón debía resolver las contradicciones que se jugaban de manera inconsciente en su cabeza. Porque su mente no sólo albergaba la rigurosidad de los maestros prusianos; también estaba repleta de mandatos sensibles a la injusticia social que le había señalado su padre.

Como un náufrago que intenta salvarse de morir en el océano, los ideales de Mario Perón se metían a codazos por el alma congelada de su hijo, que hasta el momento había sido incapaz de conmoverse entero por el amor de una mujer.

...El destino ha tejido la madeja.
JORGE LUIS BORGES

Después...

(El ovillo)

XI

Juan Domingo Perón, que ya había consolidado su papel dentro del GOU, con el apoyo de Mercante y la confianza de Farrell, empezó a perfilar su destino con el movimiento que depuso al presidente Castillo.

A mediados de 1943, los golpistas coronaron al general Pedro Pablo Ramírez como nuevo presidente; Farrell se quedó con el Ministerio de Guerra y el coronel Perón como su secretario: llave de control de los pases y destinos de los hombres del Ejército.

El nuevo mandatario hablaba de restablecer el orden, sanear la administración, depurar el espíritu nacional y la conciencia patria. Para lograr sus fines, decretó la educación religiosa obligatoria en las escuelas, disolvió el Congreso, intervino provincias, proscribió al Partido Comunista, persiguió a sus dirigentes, liquidó la CGT N° 2 y, de esa manera, cercenó todas las libertades republicanas y sindicales.

Impulsado por la extrema derecha católica, el gobierno formó una comisión para defender la pureza de la lengua española, prohibió la difusión radial de tangos que aludieran al lunfardo y, además, cambió el nombre de alguno de ellos: *El recolector*, en lugar de *El ciruja*, *La Mala*, en lugar de *La Maleva*, entre varios más.

Mientras los diarios reflejaban las nuevas restricciones impuestas por Ramírez y los pretendidos moralistas que lo secundaban, las revistas del ambiente artístico se ocupaban del retorno de Eva Duarte, que alzaría la voz en la emisora de Radio Belgrano para dar vida a Isabel I de Inglaterra, a la mujer del mariscal paraguayo Francisco Solano López, a la bailarina Isadora Duncan, a Ana de Austria, Carlota de México, Catalina la Grande y muchas destacadas de la historia universal.

Ya mudada al cuarto piso de la calle Posadas 1567 —frente a los estudios de la radio—, Eva continuaba trabajando como modelo y promocionaba lo último en tendencia femenina. En las publicaciones de la época se la veía con sombreros, arreglos de tul y flores en un cabello peinado a la perfección para la foto, y pieles mullidas sobre los hombros.

De milagro se había salvado de los impedimentos intervencionistas del

Estado debido al contrato que pudo firmar con Radio Belgrano por autorización de Oscar Nicolini, un conocido de Junín, que en la década del veinte había ejercido un cargo en el correo del pueblo y ahora era secretario del interventor de Correos y Telecomunicaciones: el coronel Aníbal Imbert.

No obstante, a pesar de sus privilegios, no logró evitar la tristeza que le provocaban las colas interminables de los artistas frente al edificio para solicitar la aprobación de su repertorio; de lo contrario, quedaban sin trabajo.

La fama que Eva ansiaba tanto, y que había conseguido, no fue suficiente para enfriar un alma, que había sido entibiada por gente buena. Y aunque estaba a punto de poner su voz en un ciclo imponente que le daría más dinero que nunca, algo en su interior no la dejaba en paz. Pensaba en sus colegas indefensos, la falta de empleo, la resignación. Y con ello, avivó el encono por esos arrogantes uniformados que los mandaban a la calle sin piedad. Quizás las vivencias de un pasado difícil, donde muchas veces el hambre había sido protagonista; tal vez las palabras de Doña Elvira, que volvían cada noche a su mente como un aviso para impedir que se acomodara a la frivolidad, o el conjuro de su *machi*, que le había advertido que un día sus ojos se llenarían de rabia, impulsaron la decisión.

Una mañana de julio saltó bien temprano de la cama, se vistió lo más aprisa que pudo y fue a buscar apoyo para armar un gremio que pudiera defender los intereses de los trabajadores de la radiofonía. Sus pares.

Llegó el día. El 3 de agosto de 1943, con sólo veinticuatro años, intervino como socia fundadora del ARA —Asociación Radial Argentina— y de esa forma nació su primera inquietud política. Apenas un brote de aquella que, más tarde, regiría sus actos con el fuego de una causa.

* * *

El 27 de octubre, el coronel Perón se hacía cargo del Departamento Nacional del Trabajo. Entre tanto, la actriz Eva Duarte daba una nota a la revista *Antena*.

—¿En qué cree? —preguntó el periodista.

—Soy devota de San Judas Tadeo (*), porque es el abogado celestial de los desamparados. Es común que recurra a él cuando hay algo que ya no tiene remedio ni salvación. Y es muy corriente que San Judas responda al ruego de sus fieles realizando el milagro.

—Pero, ¿cómo? ¿Hay en su vida tantas situaciones inesperadas?

—Bueno, muchas no... Pero las cosas comunes las resuelvo yo, generalmente, con buena voluntad, decisión y capacidad de sacrificio. No sería justo, si no. Justo, en cambio, es que deje mi fe para los momentos aquellos en los que sólo la fe puede evitar la desesperación —respondió ella con firmeza.

Días previos a Navidad, Perón visitó los estudios de Radio Belgrano con el fin de dejar un mensaje fraternal a los oyentes. A esa altura, ya sentía la necesidad de estar más cerca del pueblo. Y la emisora era el sitio ideal para eso.

Eva se preparaba en el camarín para salir al aire. Aunque su actuación fuera a través de un micrófono, solía andar de punta en blanco porque siempre estaba por ahí algún fotógrafo que la retrataba para una de las revistas del ambiente. Su peluquero la había peinado con un rodete bajo y una flor grande a un lado de la cabeza; el pelo oscuro brillaba en contraste con la blancura del rostro. Los labios marcados por un color intenso delineaban su sonrisa. No sabía por qué sentía tanto entusiasmo. Siempre había sido perceptiva, pero hoy, sin motivo aparente, intuía una alegría exagerada, como si aquella Navidad prometiera un regalo importante. Pensó en la muñeca rota que le había obsequiado su madre años atrás; ¡qué recuerdo! Sonrió con nostalgia... Enseguida movió el cuello para alejarlo de la memoria.

Al salir del camarín, en el extremo opuesto del pasillo, vio un alboroto de periodistas, compañeros actores, soldados, saludos formales, rigidez, complacencia. Había una mujer alta, de piernas bellas. De espaldas, un hombre inmenso se despedía cordialmente de todos.

—¡Vení, Eva! —la llamó el libretista desde el corredor—, está el secretario de Trabajo y Previsión.

La joven se acercó al grupo pero quedó unos pasos atrás. Oyó algunas frases sueltas: «Gracias, coronel»; «El gusto ha sido mío»; «Han armado un buen equipo»; «Un placer conocerlo»; «Es mi hija», parecía referirse a la muchacha linda.

Perón giraba sobre sus pies, movía el torso y se acercaba a la gente con afecto; quería saludar a todos. De pronto, vio a una joven a lo lejos, rezagada, detrás del libretista. Le llamó la atención su delgadez y la mirada negra que salía como una lanza de sus ojos. Caminó unos metros, se paró a su lado y le

rodeó los hombros con un abrazo. «Mucho gusto», le dijo cerca del oído. Ella se paralizó. No pudo emitir sonido; apenas lo miró, congelada frente a su imagen enorme. El contacto duró unos segundos nada más, pero esa cercanía momentánea fue suficiente para dejar la impresión de sus brazos grandes y de su perfume. Enseguida lo llamaron. El coronel se esfumó rodeado por su hija y unos cuantos más que habían aparecido aquella tarde.

Eva permaneció inmóvil, con la vista fija sobre los pasos del grupo que se alejaba. Aunque jamás había oído hablar de aquel hombre, el revuelo que había generado su presencia indicaba que se trataba de alguien importante. Su pecho comenzó a latir más fuerte, como un presagio le avisaba que el regalo navideño que había intuido minutos atrás, tenía que ver con ese militar. Entonces un pensamiento extraño cruzó por su mente: «No me vio...»

Pero más extraña fue la idea que siguió al pensamiento: «Ya me verá».

Y era cierto, porque Perón la había mirado con restricciones, con esa forma de mirar que tienen los notables, que sólo hacen foco en sus cosas y, a veces, pasan de largo sin ver.

* * *



Era sábado, 15 de enero de 1944, las 20.50 de la noche.

A unos treinta kilómetros, el epicentro del sismo de 7,4 grados en la escala Richter provocó la onda expansiva que destrozó la ciudad. La tierra rugió

enfurecida, como si necesitara liberarse de una violencia enquistada. Y San Juan se desplomó. Alaridos, escombros, hierros deformados, desolación y muerte. Un pueblo entero lloraba resignado, mudo frente a la devastación de sus hogares. Casas, zaguanes, balcones, techos, vigas; todo crujió transformando el adobe en polvo, el hogar en dolor.

Producto de la conmoción por la peor catástrofe natural que azotó a la Argentina, la sociedad se movilizó en acciones solidarias para los damnificados. Perón habló al país convocando a representantes de la banca, la industria, el comercio, entidades deportivas y culturales del cine y el teatro, para formar una comisión en beneficio de las víctimas. La reunión se realizaría el día lunes, en el ex Concejo Deliberante.

Acudieron un centenar de artistas; sentados en semicírculo escuchaban las palabras del militar.

—Propiciaremos una gran colecta pública. Para ello, necesitamos de ustedes, que han sabido ganarse las simpatías populares.

Reinaba el silencio, hasta que de pronto surgió una voz resuelta en medio de la platea. Una mujer se paró frente a todos y pidió la palabra. Era delgada y hermosa.

—Coronel —lo llamó—, ¿ha terminado de hablarnos?

Perón quedó sorprendido por esa joven que había interrumpido su discurso. Pero deseaba escuchar qué tenía para decirle. Asintió con un meneo de cabeza y le señaló el estrado para que se acercara. Eva caminó hasta ubicarse a su lado. Él la miró de cerca; esos ojos brillantes le parecieron conocidos. ¿En qué lugar los había visto?

—Si me permite —inició—, me gustaría opinar como una simple actriz del teatro y de la radio.

—Adelante —le dijo—, los he convocado para conocer sus ideas.

Eva giró sobre sus pies y se dirigió a sus compañeros.

—¿No les parece que antes de continuar, la cuestión primordial es saber qué puertas y qué lugares debemos golpear? —preguntó.

Perón levantó las cejas.

—¿Usted qué piensa? —se interesó él.

—Creo que debemos buscar el dinero en los bolsillos de quienes lo tienen —contestó ella mirándolo de frente por primera vez. Dio unos pasos hacia adelante y se acomodó en el medio del círculo—. ¡Nada de festivales,

señores! ¿Qué es esto, un carnaval? —remató con vehemencia.

Se escuchó un murmullo y luego de nuevo el silencio.

—Iremos directamente a pedir, sin ofrecer a cambio —giraba para que todos pudieran verle el rostro—. No hay tiempo de organizar un espectáculo, un té o una canasta. Eso no sirve para otra cosa más que para justificar la hipocresía. Nosotros debemos patear la calle, los lugares públicos, pero también vayamos al Hipódromo, al Jockey Club, a la Bolsa, a las Cámaras de Comercio, de la industria, a los bancos. Y digámosle a la gente: ¡Nuestros hermanos están en desgracia, tenemos que ayudarlos!

Llevaba un vestido blanco, el pelo recogido, un sombrero pequeño. Movía sus dedos escuálidos de manera vivaz, como un manojito de nervios desatado. Estaba pálida, aunque al hablar, su rostro se iba transformando y los ojos parecían encendidos por la fiebre. Perón vio el ritmo de su pecho agitado por el furor de su discurso y sintió que sus palabras, su voz, todos sus gestos, lo conquistaban a cada segundo. Un impulso se metió por su cuerpo de repente, algo incorrecto para ese momento complejo basado en una tragedia. Tuvo el deseo de acercarse a ella para saber cómo olía. Una locura. El impulso fue fugaz, porque enseguida se contuvo, debía hacerlo, era el secretario de Trabajo y Previsión y, además, necesitaba encontrar el remedio para la catástrofe que había generado un desastre nacional. No había tiempo para dejarse llevar por alientos ajenos a esa causa. Estiró el cuello, desechó el envite de su cabeza y de inmediato le dijo:

—Muy bien, ya que la idea partió de usted, asuma la responsabilidad de darle forma.

Estaban a unos metros, se miraban fijamente. Él, absorto por su belleza, por su temperamento. Ella —inconsciente todavía del magnetismo que le había provocado—, concentrada en conmover a los artistas para ganar la calle en busca de la ayuda que necesitaban.

—Es lo que pienso hacer: ¡organizarlo todo! —respondió Eva—. Eso, si usted me lo permite, coronel —agregó un poco más en calma—. Si, como afirma, la causa del pueblo es su propia causa, por lejos que vaya, por grande que pueda ser el sacrificio, no dejaré de estar a su lado.

La reunión terminó y los artistas rodearon a Perón antes de que Eva pudiera saludarlo para despedirse.

No obstante su pedido, la Secretaría de Trabajo y Previsión decidió que el festival artístico se haría de todos modos en el Luna Park, puesto que el espectáculo era —desde siempre— el recurso más idóneo para interesar a la

gente. Enterada de eso, Eva estalló de furia. De inmediato se dirigió a la Asociación Radial para hablar con sus miembros.

—Como saben, el gobierno organizó su fiestita para el 22 de enero con el fin de recaudar fondos. En lugar de ir directo a patear las puertas de los ricos, ¡no!; en cambio proponen esto. Pero nuestros hermanos están en desgracia, así que los ayudaremos. Al festival debemos ir todos, y también invitaremos a los actores no afiliados. ¿Están de acuerdo?

Los demás asintieron al unísono.

A pesar de no acordar con Perón, a partir de esa tarde Eva no pudo sacárselo de la cabeza. Apenas lo tuvo enfrente se estremeció de nuevo, con un impacto mucho más potente que el primero, cuando lo vio en la radio. Su tez bronceada, el cabello oscuro como las tinieblas, la sonrisa audaz y esa amabilidad constante la habían conmovido.

Esa noche soñó con él. No recordaba demasiado la secuencia. Estaba de pie, en una habitación cerrada con olor a humedad. Lloraba sin motivo. A punto de caer al piso, unas manos fuertes la sostuvieron para impedir que se desvaneciera. Ella intentó verle el rostro, pero no pudo. Afuera era de día, algo de luz se filtraba por una ventana que daba al vacío. El hombre que la abrazó tenía la frente ancha, los ojos negros y un perfume exquisito: era Perón. Sin embargo, el bigote tupido parecía el de Juan Duarte, su padre.

Despertó sudando. Prendió el velador y de un tirón se quitó la sábana de encima. La claridad había comenzado a trepar por las hendiduras de la persiana de madera. Eva se acomodó contra la pared, dobló las piernas y abrazó sus rodillas. Sentía ganas de llorar, pero una vez más recordó que se había prometido no derramar más lágrimas que tuvieran origen en las penas de su historia. Pensó en el coronel que la había seducido con su abrazo y que ahora la invadía con una pesadilla. Aunque, en realidad, aquella noche había sido el salvador de su sueño... Quizás la imagen de Juan Perón con el bigote grueso de Juan Duarte representara las manos ausentes de su papá, las que ella tanto había anhelado de niña y jamás logró que la quisieran. Por lo menos compartían el mismo nombre...

Un dolor profundo invadió su pecho y anudó en la garganta. Apretó más las rodillas para que aflojara, que desapareciera. Pero no lo logró. Era cada vez más fuerte. Abrió el cajón de la mesa de luz y sacó la piedra de su *machi* que había envuelto en la punta del pañuelo de Doña Elvira: las mujeres que adoraba y que podía conservar a su lado a través de sus objetos. Los colocó sobre el escote intentando que se alejara la tristeza. No obstante, aunque

tuvieran la energía protectora de sus dueñas, ni la piedra ni la tela pudieron aliviarla. Entonces ya no pudo contenerse. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas como una catarata de angustia y de recuerdos. Y le trajeron todas sus verdades. En medio de la habitación, apareció la figura de su madre pedaleando durante horas sobre la máquina Singer, soportando la presión de la sangre que apretaba sus vérices mientras cosía los manteles que daban sustento a la familia; el rostro áspero del vasco, carente de emociones, que venía a esclavizar a Juana para luego esfumarse como un fantasma. Eva no lograba armar en la mente sus facciones, apenas recordaba la espalda ancha y el bigote. También se vio a ella de niña, rezándole a la Virgen, implorando que él le preguntara algo o, al menos, le diera una caricia.

Soltó un grito, mezcla de impotencia y desconsuelo. Su padre la había rechazado siempre, lo sabía. Y llevaría esa espada clavada de por vida en su memoria.

Minutos después fue hasta la cocina a buscar agua. Aspiró hondo para serenarse y, por fin, dejó de llorar. Volvió a pensar en el sueño raro que había tenido. Una pregunta vino a su cabeza: ¿Qué tenía que ver Perón con todo eso?

* * *

El público respondió a la convocatoria y el estadio se colmó. A las 22.30 horas llegó la comitiva del presidente de la Nación, su esposa, Edelmiro Farrell y el coronel Perón. Se hizo silencio mientras Ramírez ofrecía un discurso que resaltaba el contraste entre el sufrimiento de la clase trabajadora y la buena vida de los potentados. Recién cuando Hugo del Carril tomó el micrófono para cantar, Eva Duarte arribó al Luna Park con su amiga Rita Molina.

Se había preparado especialmente para esa noche. Había pasado por la peluquería de Julio Alcaraz; quería un cambio rotundo. «Teñime de rubia —le dijo—, a las rubias nadie deja de mirarlas».

A pesar de que tenían las entradas en la mano, el lugar estaba repleto y se les hacía difícil ingresar. Empujones, codazos; a poco se desarreglaban los atuendos.

—¡Homero! —gritó Eva a Manzi al verlo desde lejos—. ¡Ayudanos, que nos están tocando el culo!

Homero Manzi se acercó y les abrió paso entre el gentío.

En ese instante, Eva divisó que Farrell y su mujer se paraban y

abandonaban sus lugares. Era imposible acceder al patio de butacas de los hombres importantes del gobierno. Pero ella no perdería su objetivo. Tomó a su amiga del brazo y se apresuró hasta ahí. Roberto Galán, un famoso animador que las conocía, se interpuso en el camino.

—¿Qué hacen? —les dijo.

—Dejanos pasar —se adelantó Eva—. Quiero saludar al coronel.

—No se puede.

—Si vos querés, podés.

—Pero Eva...

Ella intuía que sería un momento importante, quizás el más significativo de su vida.

—Roberto, es el único favor que voy a pedirte —insistió.

Era tan persistente que resultaba imposible contrariarla, pensó Galán. Entonces se apartó y les dejó el camino libre.

Rita Molina halló un lugar cerca de Aníbal Imbert. Eva enfiló directo hacia el asiento que había dejado vacío Farrell y se ubicó junto a Perón, ese militar que ni siquiera le había preguntado su nombre en Radio Belgrano, el que había desestimado sus argumentos en la asamblea, el mismo que la había salvado de caer en su pesadilla.

Perón estaba distraído, no la vio llegar. De pronto un aroma fresco lo perturbó. Giró la cabeza y descubrió a Eva sentada a su lado. Otra vez, esa mujer sugestiva lo capturó por completo. Se había teñido de rubia, no obstante la reconoció enseguida. El corazón se aceleró al ver el cabello suelto, la piel de mármol, la mirada negra contenida. Ella lo observó a su vez, y quedó más fascinada que antes. Era inmenso, vestía impecable, sus manos grandes parecían tiernas.

«El poder está en tus ojos», le susurró a Eva una voz desde el pasado. Y le clavó la vista como si quisiera desnudarlo ahí mismo, entre la multitud. Se mantuvo unos segundos seria, luego le sonrió. Los dientes blancos se curvaron intentando develar el mensaje. Él sonrió también y las voces del estadio desaparecieron. Ya no existía nada más. La gente se esfumó en un segundo, el mundo se cerró sobre ellos. Entonces Eva lo supo: ahora sí la había visto. Comprendió que el entusiasmo inicial que experimentó la primera vez que se cruzaron, cuando el coronel visitó la radio aquella tarde navideña, no había sido una emoción descabellada. Tampoco lo fue el sueño. Ahora todo cobraba sentido. No se trataba de una locura, era una premonición, un adelanto. Aunque aún no sabía bien de qué.

A pesar del estadio repleto, del bullicio y los cantos, ellos se sentían solos. Apenas un hombre y una mujer desconocidos, oliéndose, intuyendo la forma de sus cuerpos en la penumbra. Se miraban a poca distancia, mientras las bocas se ofrecían a descubrir un beso.

De pronto, apareció un artista para invitarlos a un agasajo. Perón lo rechazó. En ese momento, esa sonrisa enigmática resultaba la invitación más tentadora. «¿Me acompaña?», preguntó él. Ella no contestó. Sólo se paró para seguirlo, sin dejar de sonreír.

Afuera hacía calor. Una brisa suave movió la falda de su vestido mientras caminaba hacia la salida, detrás de Perón. El chofer los esperaba en la puerta.

—Vamos a mi casa —dijo al conductor, sin consultar con ella.

—Sí, mi coronel.

Eva sintió temor. No sabía cómo comportarse frente a un militar; en verdad, no entendía demasiado qué le había sucedido con ese hombre que había visto dos veces y ya parecía haberla hipnotizado.

Quizás su inconsciente supiera más que ella, porque además de saludarla con buenos modos, él le había dado permiso para expresarse, para exponer su punto de vista en una reunión multitudinaria. Y como su voz jamás había tenido mucha importancia para nadie, a lo mejor ese gesto simple la fascinó. Sin conocerla, ese coronel había querido escuchar lo que tenía para decir.

Ahora estaba a solas con él y percibía una sensación extraña, incómoda y placentera al mismo tiempo. Acostumbrada a que la desearan, esta vez, sin embargo, su propio deseo se había puesto en juego; quería que él la tocara, que descubriera la necesidad de cariño detrás de su belleza, pero también, que no la abandonara como había hecho su padre. Por eso tenía miedo, porque había sufrido el peor abandono.

En el asiento trasero del automóvil, en una cercanía perturbadora, Juan la observaba con intensidad. No hablaban, sólo disfrutaban de mirarse. Por la cabeza de él pasaban las ganas de abrazarla; por la mente de ella, pedazos de su historia desde que había llegado a Buenos Aires.

Recordó la soledad de los primeros días, las veces que estiraba las horas en algún bar de la calle Corrientes a la espera de que alguien la descubriese; la humillación, la vergüenza, el dolor en el estómago cuando tenía hambre, la indiferencia de los demás, la falta de un amor sincero. Resultaba extraño pensar en ello justo en aquel momento, en que el militar estaba tan cerca, tan

posible.

En ese instante, como si Juan hubiese escuchado sus ideas, estiró el brazo, le aferró la nuca y le dio un beso. Eva cerró los ojos, sintió su boca suave, la punta de su lengua rozando el paladar, despertando sus sentidos, animándola a confiar en él. Se dejó llevar y, casi sin darse cuenta, apoyó una mano sobre su pierna. Juan comenzó a excitarse, tuvo miedo de que ella lo notara. Se apartó un poco, la miró fijo. Eva le sostuvo la vista sin pudor. El aire encerraba un enigma, como en los cuentos épicos. Se besaron de nuevo. Y no pudieron soltarse hasta que el chofer se detuvo en el departamento de Arenales y Coronel Díaz, donde vivía Perón.

Bajaron del auto, Juan abrió la puerta y la invitó a pasar con un gesto amable. Ella avanzó intentando que sus pasos mostraran una seguridad que no tenía. Apenas cruzaron el umbral, se adelantó unos metros; podía sentir su mirada tras de sí. Lo imaginó ansioso, anhelante. Y decidió que estaría a la altura de su deseo. Intentando disimular sus nervios, se quitó el vestido de espaldas a él. Las luces estaban apagadas y las cortinas abiertas. Desde el ventanal, entraba el destello de una luna que recortó su figura en la oscuridad. Perón se apoyó sobre la puerta y observó las líneas de su cuerpo. Era blanca como la nieve del Sur, esa que tanto conocía. Delgada, etérea; rebelde y frágil a la vez. Eva giró el cuello hasta quedar de perfil, y lo miró por encima del hombro. En ese instante, Juan, que desde la adolescencia adoraba los perfiles bellos, sintió cómo el éxtasis lo recorría y ya no pudo contenerse.

Se deshizo del saco y la camisa, caminó hasta ella y la rodeó por detrás mientras le acariciaba los pechos. Eva acomodó la cabeza en su hombro sintiendo que tocaba el cielo. Él metió la nariz, la boca, la cara entera, dentro sus cabellos sueltos. Olían bien, toda ella olía bien.

Pegados como estaban, fueron hasta el dormitorio. Eva se sentó en la cama, expectante. Él jamás había visto un cuerpo tan liviano; parecía tenue, pasajera, como las hojas de un árbol que se desvanecen en otoño. Desabrochó su cinturón; los pantalones cayeron. En segundos quedó desnudo. Y viril. Caminó unos pasos hasta quedar frente a ella, que lo miraba con intensidad, sin hacer el menor gesto. Trenzó los dedos en su pelo, lo desordenó, acarició las mejillas con suavidad y atrajo el rostro hacia su miembro. Eva abrió los labios. Quizás por asombro, tal vez por emoción, no lo sabía. Primero besó con ternura su vientre, luego buscó la punta del pene. Juan cerró los ojos, lanzó un gemido. Estaba excitado y deseaba que ella no parase. Sin embargo, sentía urgencia por conocer su gusto. La apartó, le separó las piernas y se

inclinó para besarla. La descubrió húmeda, salada y tibia. Lamió su interior varias veces, probó las zonas sensibles; quería sorprenderla, hacerla gozar. Recordó que Dasha le había enseñado que cada mujer disfrutaba de un modo distinto, y que el desafío de un hombre era hallar el lugar exacto de su goce.

Con los brazos en cruz, ella fruncía las sábanas, se contorneaba, se mojaba más con el roce de esos labios que develaban placeres inciertos. Él continuó buscando hasta llegar al punto más alto, un vértice escondido: ese era el lugar, *su* límite. Juan lo supo al instante, al escuchar el grito que Eva intentó ahogar en vano. Ella se tensó de golpe, tratando de detener lo inevitable. Sus manos aferraron con fuerza los cabellos del hombre y lo hundieron más contra su carne, como si no quisiera perderlo. Él se dejó llevar, intuyendo el ritmo de su deseo. Fueron apenas unos segundos que, sin embargo, parecieron una eternidad. La pasión suele jugar con la ilusión del tiempo; a veces promete, a veces confunde, y a veces también deja heridas. Eva lanzó un quejido grave, se contrajo en una mezcla de dolor y de placer, y le entregó su primer orgasmo.

Luego de una pausa en la que ninguno se animó a romper la magia, ella acarició su rostro como si lo estuviera reconociendo con las manos. Lo atrajo para besarlo. Las bocas se unieron en un acto frenético que tenía gusto a sexo. Mareado, casi en trance, él se deslizó hasta cubrir su cuerpo. Se miraron con los ojos bien abiertos, intentando sostener la intensidad de ese momento. Ella no quería mostrarse débil; semejante hombre merecía una mujer fuerte. Sin embargo, Juan la sintió respirar con dificultad. Debía enseñarle a sorprenderse... Sus manos enormes bajaron hasta aferrar las caderas; las presionó hundiendo los dedos en la carne. Eva apenas gimió, sin apartar la mirada, desafiándolo. Él levantó unos centímetros su torso y, como si se conocieran desde siempre, ella entendió lo que buscaba. Entonces, abrió las piernas y dejó que la penetrara. Fue único e inaugural. Diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces. Juan empezó a moverse despacio, para que ella disfrutara. La sintió húmeda, más tibia que antes. Eva lo percibió duro, abrasador. Acomodó su vientre y se dejó guiar por el ritmo que le imponía ese militar desconocido. Juan enloqueció. Aceleró con fervor; ella hizo lo mismo. Jadeaban, se miraban, se detenían apenas para besarse y luego arremetían otra vez. Se mordían, se arañaban los brazos; se incitaban a romper las reglas del primer encuentro.

Juan la vio irreverente, sedienta, y se llenó de pasión, una pasión que jamás había vivido antes. Se puso de rodillas, apoyó las piernas de ella sobre sus

hombros y se metió con más fuerza en su vientre. En un momento se detuvo y la dio vuelta. Ella se paralizó. No sabía, no entendía. Pero no podía acobardarse. Ahora, no. Por eso, se aferró a las sábanas y lo dejó hacer. Juan la acarició con suavidad, subiendo, bajando, hasta deslizar los dedos por el medio y luego adentro, buscando ese punto que había encontrado antes con la lengua. Su osadía, esa manera de tocar, alimentaban el deseo de Eva; la transportaban a otra dimensión. Levantó la pelvis, se tapó el rostro con la almohada. Sentía pudor y desenfreno al mismo tiempo. Lo provocaba. Él aceptó el reto. Abrió la palma y la apretó con fuerza. Ella gritó. Entonces las manos de Juan la arañaron, como si quisiera llevarse un poco de su piel bajo las uñas. Eva seguía gritando; el dolor se mezcló con el goce y descubrió que, además de las caricias, ese juego de ternura y violencia le gustaba.

Recién cuando la piel se puso roja, Juan la penetró desde atrás. Entraba. Salía. Como un látigo le pegaba al punto límite, ese que primero había descubierto su boca y minutos antes había estimulado con sus dedos. Al tiempo que empujaba, la hundía más contra el colchón.

Ella respiraba en desorden, gemía... Intentó moverse pero no pudo; quedó apresada por esas manos seguras que no la soltaban, las mismas que la habían cautivado en la asamblea, las mismas que ahora la estaban dejando inmóvil bajo su mando. Entonces Juan habló por primera vez, con voz ronca, deformada por la pasión.

—Quiero escucharte —le dijo cerca del oído.

Ella negó con la cabeza, pero él la apretó con más fuerza.

—Es mío... me lo gané. Dámelo —le ordenó.

Y Eva obedeció. Cada poro de su cuerpo se abrió para él y estalló en un grito. Un grito que sonó a rebelión, a insulto y a lujuria. Juan soltó el triunfo también, pensando que la había doblegado. Se equivocaba. En realidad, ella había sido la vencedora, aunque todavía ninguno de los dos se diera cuenta.

* * *

Minutos después volvió la calma. Y con la calma, la razón. Seguían acostados, desnudos, se miraban frente a frente.

—¿Quién sos? —preguntó él iniciando el tuteo.

Hubo un silencio prolongado. Luego ella dijo:

—Eva Duarte, y voy a ser tu gran amor.

Juan levantó las cejas, incrédulo. Sonrió.

—¿Cómo podés saber eso?

Ella no contestó. Tomó su mano y la apoyó sobre el pecho.

—Porque me lo dijo tu cuerpo. Se lo aseguro, mi coronel: usted no va a volver a sentir esto con nadie. Y le juro, también, que nuestros nombres permanecerán unidos para siempre.

Mientras hablaba, no desvió la mirada ni tampoco parpadeó. Sus ojos encerraban tanto misterio que lo dejaban a él sin palabra. Nadie había logrado eso, dejarlo mudo, sin algo que decir.

De pronto, Eva se sentó al borde de la cama para observar la habitación.

En una mesa de luz, un atado de cigarrillos Pall Mall, varios libros apilados en orden y un reloj; en la otra, un retrato de plata con la foto de Juan y una muchacha hermosa. Eva la reconoció al instante, la misma que estaba con el grupo que lo acompañó en su visita a Radio Belgrano. Recordó haber escuchado su comentario: «mi hija». Pero la proximidad de ambos en la imagen delataba otro vínculo. No dijo nada.

—¿Tenés vino? —preguntó mirándolo por encima del hombro, tal como había hecho una hora antes, apenas se quitó el vestido al entrar.

Juan sintió que ella podría arrancarle lo que quisiera tan sólo con ese gesto.

—Claro —respondió de inmediato—, ahora lo traigo.

Volvió con dos copas llenas. Eva continuaba sentada.

—El tinto hace bien al corazón y bendice los deseos —inició ella con una sonrisa.

—¿Ah, sí? No lo sabía —sonrió él—. Entonces, decime, Eva: ¿qué deseo te gustaría bendecir con este brindis? —agregó entregándole su copa.

Ella levantó el mentón, le clavó la vista y soltó:

—Deseo que tengas el coraje de compartir mis ganas de adorarte.

La respuesta insensata de esa joven, que lo había llevado a la cima del éxtasis como ninguna otra, lo dejó sin palabras una vez más. Su pelo rubio, su cuerpo claro, brillaban en la opacidad de la habitación.

Chocaron las copas, bebieron algunos tragos en silencio. Al rato, ella se paró, se acercó a él y pegó el rostro en su pecho. Era chiquita, parecía un gorrión herido. Juan advirtió su fragilidad y de inmediato la encerró en un abrazo. Permanecieron fusionados por un tiempo. Ella lo percibió grande, protector. Juan la sintió pequeña y desprotegida.

Vino a su mente algo; jamás supo si se trataba de una idea o una emoción inmanejable. Porque habló sin pensar, sin evaluar consecuencias, al revés de

cómo solía hacer cuando decidía sobre su vida.

—No voy a soltarte —le dijo al oído.

Ella tembló. Él la abrazó más fuerte.

—Este es mi día maravilloso —susurró Eva sobre su torso—. En todas las vidas existe un momento que parece definitivo. Para mí, coronel, ese momento es hoy, aquí, entre sus brazos.

Se besaron de nuevo, esta vez con ternura. Pero el gusto de la bebida renovó los deseos. Y volvieron a la cama.

En ese instante, Juan recordó la primera experiencia íntima con Aurelia. Aquella tarde, había asociado el amor a la paciencia, a un afecto que requería de tiempo y que además tenía sabor a frutas. Sin embargo, ahora sentía algo distinto. La humedad de Eva Duarte, su entrega, su desmesura, le mostraban que el fuego de dos cuerpos encendidos tenía que ver con otra cosa: era premura y desequilibrio, no paciencia. La prisa de los amantes no toleraba la espera; muchos menos, el freno o la sumisión.

Con esa idea le aferró los cabellos, buscó los restos de alcohol que quedaban en su lengua, se metió de nuevo en su vientre y mientras se movía con ahínco, mientras la sentía gemir entre sus brazos, llegó a otra conclusión: la pasión era urgente y en lugar de sabor a frutas, tenía gusto a sal y a vino tinto.

* * *

Luego de pasar un día entero encerrados en el departamento, casi sin comer, Perón la invitó a cenar. El chofer los dejó a la altura de Corrientes 1431, en *La Emiliana*, uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad.

Los recibió el portero vestido con uniforme y galera. Apenas ingresaron, se acercó el *maître*: «Buenas noches, coronel Perón». Y enseguida les indicó una de las mesas que daban al lateral del salón.

El lugar era amplio y distinguido. Un mozo con guantes blancos apartó una silla para Eva y la invitó a tomar asiento. Les entregó la carta y se alejó.

Ella abría los párpados, giraba la cabeza, miraba todo. Manteles blancos, columnas inmensas, sillas y percheros de madera importados de Viena; un ambiente de lujo que jamás había conocido.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Es hermoso —dijo ella embelesada.

—¿Qué te gustaría comer?

—Bueno, vos conocés el menú: ¿qué me recomendás?

—El pollo al spiedo, los fettuccini a la crema o los hígados a la veneciana.

—¡Lo sabés de memoria! —rio Eva.

—Vine muchas veces. Son las especialidades de la casa.

—Nunca probé pollo al... —se excusó ella, levantando los hombros.

—Spiedo —completó él con una sonrisa—. Te va a encantar. Yo voy por la carne.

El hombre de guantes blancos se acercó de nuevo para tomar el pedido.

—¿Vino? —preguntó Juan a Eva.

—Bueno, en realidad sólo tomo para bendecir.

—Creo que esta es una buena ocasión —agregó él—. Un Pont L'Éveque Sangiovese, por favor —pidió al mozo.

Durante algunos segundos, se miraron en silencio. Tenían la frente levantada y los ojos llenos de brillo. Pensaban en los olores de sus cuerpos, en los gritos del orgasmo, en aquellos límites que habían cruzado a poco de conocerse. Ahora faltaba saber quiénes eran.

Como él tenía más urgencia, habló primero:

—Una mujer con las agallas para enfrentarse a un militar en medio de una asamblea repleta de gente, tuvo que haber pasado cosas difíciles —intuyó Perón—. Contame de tu historia, Eva —le dijo sin preámbulos.

Ella bajó los párpados y miró fijo el mantel. Acarició la servilleta intentando ordenar la cantidad de imágenes que vinieron a su mente en ese instante. Perón era intimidante. Y Eva no quería aparentar lo que no era. Se había pasado años fingiendo ante los demás para conseguir lo que deseaba. Esta vez, sería distinto. Si este hombre iba a quererla, debía conocer su verdad. Después de todo, necesitaba que alguien la protegiera de sus costados oscuros. ¿Cómo podría él, sin descubrirlos?

—Si no querés hablar ahora, te comprendo —soltó Juan percibiendo algo de tristeza.

—Sí, quiero —se animó—. De lo contrario, jamás podrás saber de mí realmente.

El mozo interrumpió, descorchó el vino y le sirvió a Perón.

—Hoy prueba la señorita —dijo él entregándole la copa.

Ella agradeció, tomó un sorbo y asintió con la cabeza. Nunca había pasado por ese ritual, pero era buena actriz.

El joven se retiró asombrado con el gesto del militar; nadie ponía el deguste en boca de las mujeres.

—Por vos, Eva Duarte —levantó la copa Juan.

—No, coronel —lo interrumpió ella y chocó el cristal—: por Eva y Juan. Brindaron. Perón la miraba desconcertado, sin poder descifrar el enigma que tenía enfrente. Y volvió a preguntarle:

—¿Quién sos?

—Si mirás bien, soy lo que ves. Viví los primeros años en Los Toldos y después nos mudamos a Junín —inició ella—. Éramos muy pobres. Mi madre se las arregló como pudo para mantenernos: cosía, cocinaba para la gente, hacía de todo para que pudiéramos comer...

Se detuvo, parpadeó. No era necesario develar algunas cosas. Aunque a veces resultara difícil mantenerlas escondidas, en toda familia existían secretos.

Juan la notó más triste.

—¿A qué se dedicaba tu papá?

Eva levantó el mentón y lo miró intensamente. En sus ojos apareció una mezcla de odio y rebeldía. Nada quedaba de la nostalgia que solía provocarle su recuerdo.

—A ser infiel.

Perón se sorprendió.

—Tenía familia en Chivilcoy —continuó ella—, la familia legítima. Era administrador de una estancia importante. Y se cruzó con mi mamá. Tuvieron cinco hijos, pero él jamás tuvo la decencia de reconocernos.

—¿Cuál es el apellido de tu padre?

—¿Por qué me preguntás eso?

—Para saber si puedo ayudarte en algo —dijo tomándole la mano.

—Gracias por la intención —lo acarició con ternura—, pero ya es tarde. Se llamaba Duarte, y está muerto.

—No entiendo. Vos sos...

—Duarte —siguió Eva—. Mi madre le mintió a la directora de la escuela para que pudiéramos seguir estudiando en Junín. Estaba cansada de que nos despreciaran.

—Una mujer valiente —sentenció Perón—. ¿Y cómo hiciste para llegar hasta acá?

Ella tomó un sorbo de vino.

—Sola.

Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera acomodando algunas ideas dolorosas, difíciles de transmitir. Él la miraba sin hablar, no

quería frenar su pensamiento.

—¿Sabés de qué me di cuenta? —soltó de pronto—. De que los pobres nacemos con un estigma llamado «soledad y prohibición».

Perón se inclinó hacia adelante, apoyó el codo en la mesa y se tomó la barbilla. Además de hermosa, esa mujer tenía mucho para decir.

—¿Cómo es eso? —le preguntó interesado.

—Los pobres tenemos prohibidas las ilusiones, las alegrías, ni siquiera tenemos derecho a llorar. Por eso estamos solos. Nadie entiende nuestras emociones porque no podemos decirlas. Y también, porque no hay platea que se interese en escucharlas. Viví quince años sin la posibilidad de soñar. Lo único que quería era ser actriz, subir a un escenario y que me aplaudieran —se interrumpió un momento, algo vino a su mente. Y, casi como una revelación, concluyó—: Ahora que lo pienso, quizás fue la única forma que encontré para expresar mis sentimientos. Y ser oída.

Juan estaba conmovido. Esas palabras indicaban la sensibilidad extrema de quien había padecido mucho dolor, pero también una gran fortaleza para sobreponerse.

—Entonces te animaste a salir de ahí —cerró él.

—Sí. Fue muy duro... —dijo Eva. Y se calló.

Su vista se iluminó por una lágrima; tragó saliva para retenerla.

—Pero descubrí algo más: la noche de Buenos Aires no tiene estrellas — señaló cambiando de tema para componerse.

Perón se sorprendió con el comentario. Era cierto; jamás lo había pensado.

—A pesar de no contar con las luces de la gran ciudad —continuó ella—, los pueblos chicos corren con una ventaja: tienen los cielos estrellados más bellos del mundo. Tal vez por eso su gente es más soñadora. Porque cuando uno sueña, mira al cielo.

Al escucharla, Juan recordó el firmamento iluminado de la pampa, ese lugar interminable que su padre solía observar durante horas bajo la luna, aunque estuviera helado, con un poncho torcido sobre los hombros y el mate tibio en la mano.

Eva tenía razón. Al igual que París y que las grandes ciudades que él había conocido, la bóveda de la capital estaba encapotada: de nubes, de hollín, de falta de misterio. Donde había cemento, faltaban las estrellas. Los pueblos chicos, en cambio, estaban llenos de estrellas y de sueños. Y esa joven que venía de un pueblo chico era una ilusión a descubrir. Tenía la emoción sensible para mirar el otro lado de las cosas, como el poeta que ve lágrimas

en una tormenta. Juan sintió más deseos; un enigma difícil de entender, una necesidad imposible de sosegar.

Minutos después, le tocó el turno a él. Habló de su infancia en el Sur, de la vida en el Colegio Militar y del dolor por la muerte de una esposa a quien había adorado.

Eva lo escuchó con atención, sin embargo, en la parte final se puso tensa. Si bien el tema de la tal Aurelia le dio pena, no pudo evitar una puntada en el estómago. Sintió celos, casi furia al saber que él ya había amado alguna vez. ¿Cómo podía celar el amor de ese hombre por otra mujer? Si apenas lo conocía y, encima, ella estaba muerta. Parecía irracional. Debía sacárselo de la cabeza, no deseaba perturbar ese momento íntimo de confesiones que ambos habían decidido regalarse. Volvió a hacer foco en el relato, intentando aplacar su inquietud.

—Luego me trasladaron a Italia —decía Juan—. Estuve un tiempo allí hasta que regresé a la Patria. Y espero no abandonarla más.

—Por lo que contás, vos también estuviste muy solo —se animó ella.

—Eva... —señaló Perón con el dedo índice en alto—, grabate bien esto que voy a decirte: en la soledad siempre se medita mejor. Quien la padeció, lo sabe.

*»Junta experiencia en la vida
Hasta para dar y prestar
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto,
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.*

Ella lo miró con intriga, seducida hasta los huesos por su forma de hablar, por sus consejos, por esos versos que en su boca parecían una oración sagrada. Ese hombre inmenso era en sí mismo un saber. Eso la fascinaba y la llenaba de erotismo.

—*El gaucho Martín Fierro*. ¿Lo leíste? —preguntó Juan.

Eva negó con la cabeza.

—Es un libro que escribió José Hernández allá por el año 1872. Y tuvo tanto éxito que, siete años después, se publicó la segunda parte. Cuenta las desventuras de un peón de campo que cae en la marginalidad y vive fuera de la ley forzado por la sociedad de su época. Pero lo más interesante de este

poema es su sabiduría.

—¡Quiero que me enseñes, Juan! —soltó ella de pronto—. Que me enseñes todo. Quiero aprender de vos, con vos.

Él levantó las cejas, otra vez sorprendido. El entusiasmo de Eva era estimulante y su energía, arrolladora.

—Si eso querés, chinita linda, entonces te voy a enseñar todo —le sonrió.

Llegó el mozo con la comida. Dejó los platos, llenó las copas y se marchó.

—Huele bien —comentó ella.

—Probalo, quiero verte comer —le pidió él.

Eva frunció el ceño y obedeció sin comprender el motivo de su pedido. Cortó un pedazo de pollo y se lo llevó a la boca con lentitud, mientras lo miraba ruborizada. Al finalizar, tomó la servilleta y se limpió la comisura de los labios.

Perón la observó desde su asiento. A pesar de esos ojos intensos, de la pasión intrépida que exudaba su cuerpo en el dormitorio, sus modales eran suaves y sabía comportarse en una mesa. La imaginó en una cena con otros militares: rígidos, formales; ella, mansa y sencilla, como debía ser una dama en el salón. Sería todo un desafío.

Juan se estaba enamorando de Eva. Pero como el enamoramiento engaña, veía docilidad en una joven indómita y desobediente.

Pronto se daría cuenta de su error.

Para finalizar una noche inolvidable, compartieron el famoso *Omelette Surprise*, elaborado a base de pionono, crema americana, frutas, sabayón caliente y merengue italiano. El mozo lo flameó con Negroni frente a ellos. Era enorme.

Ella disfrutó de la cena como jamás lo había hecho desde que tenía memoria. Él disfrutó de mirarla, de la lujuria que su presencia, sus ojos infinitos, su voz, todas sus formas, incitaban en su piel y en sus ideas. Porque desde que la tuvo desnuda sintió deseos de quedársela. De retenerla. Y ahora que la había escuchado, esos deseos se estaban convirtiendo en una obsesión. Sabía que era una locura. Pero no le importó. Por eso la llevó a cenar a *La Emiliana*, para comprobar la reacción de la gente al verlos juntos. Ahí lo conocían, podría encontrarse con algún oficial amigo. Y toda ella era una provocación. Sobre todo, para los señores petulantes de la milicia. En una mesa del fondo había visto a uno de ellos, que lo miró con el ceño fruncido

apenas entraron. Perón inclinó la cabeza para saludarlo y al instante le dio la espalda. Poco le afectaba; por el contrario, lo divertía pensar en lo que ellos pudieran estar pensando.

Salieron del brazo conmovidos. Se habían reído y emocionado. Habían destapado vino y secretos. Para entonces, Eva tenía 24 años y Juan 48. De hecho, ese había sido uno de los aspectos que más le habían atraído de ella. Porque él adoraba los sabores de la juventud.

En realidad, Eva y Juan se habían reencontrado. Ambos venían de infancias solitarias, de abandonos; y en esos rasgos, en la huella que habían dejado las heridas, estaban los hilos que los conectaban, incluso, antes de haberse conocido. Los mismos hilos que los dejarían unidos para siempre, a costa de mucho sufrimiento.

* * *

Al iniciar la semana, Eva volvió a su departamento de la calle Posadas con las emociones más revolucionadas que nunca. Apenas entró, se quitó la ropa. No sabía por qué, pero necesitaba estar desnuda. Todo él, Juan Perón, estaba metido dentro de sus poros. No podía sacarse de la mente su voz arenosa, los ojos curvos, su sonrisa; en especial, ese abrazo interminable que le dio antes de despedirse. Ella lo había mirado suplicante, rogándole con la vista que no la abandonara. Y él, que para entonces ya estaba decidido, le susurró en el cuello: «Confía en mí. No voy a dejarte ir».

Quedaron en verse al finalizar el día, luego de que Perón terminara con las tareas pendientes en la Secretaría de Trabajo y Previsión.

El encuentro pasional con ese hombre la había dejado intrigada y sensible. Fue hasta el baño, se metió en la ducha y estiró la cabeza hacia atrás. La lluvia empezó a recorrerla. Pensaba en él, en su sexo, en su forma de amar... De pronto, advirtió que estaba temblando. Las piernas tiritaban impulsadas por una corriente de lujuria que no podía controlar, como si el último orgasmo que había tenido la noche pasada se hubiera tomado una siesta para recuperar fuerzas. Y ahora, con el agua tibia sobre la piel, se despertara con el fin de llenarla de éxtasis otra vez. Jamás había experimentado una sensación así. Recordó las manos del coronel en sus caderas, aferrándola, metiéndose en su interior con la bravura de quien ha perdido el control de sus actos y cualquier signo de vergüenza. Se llenó de humedad y eso aumentó la excitación. Necesitaba tocarse, el cuerpo se lo pedía. Entonces no aguantó más. Apoyó

sus dedos en la entrepierna, se apretó la pelvis y soltó un grito: «¡Juan!»

Al segundo, se deslizó por la bañera hasta quedar acostada boca arriba. El agua seguía cayendo sobre su cuerpo; ella, en trance, continuaba tocándose. Muda, ciega, llena de sensualidad, de orgullo, de valentía. Perdida en el deleite, con los párpados cerrados, tuvo más orgasmos. El militar estaba ahí, en su cabeza, entre sus piernas, seduciéndola, rompiendo las barreras del pudor, llevándola al límite del placer.

Tardó un rato en componerse. Se secó despacio, el roce con la toalla también resultaba sensible en ese momento. Fue hasta el dormitorio, se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Las cortinas cerradas la habían dejado en penumbras. Así podría pensar mejor.

Mientras el humo formaba remolinos en el aire, Eva acomodaba una idea: sabía que Perón estaba viviendo con una jovencita, esa que llamaba su «hija» frente al mundo; había visto sus ropas en el armario y algunos maquillajes en la repisa. Pero ella no podía renunciar a ese hombre que la había vuelto loca. Lo había esperado desde siempre y este era *su* momento. Además, Juan estaba loco por ella; el juego de sus pasiones lo delataba. No iba a claudicar ahora. No. Lucharía por él, aunque tuviese que dejar su vida en el camino para conseguirlo.

Por la tarde se fue hasta la pensión, luego de meses de ausencia. La Muñoz abrió la puerta con los brazos abiertos y Eva se le echó encima.

—¡Doña Elvira!

—No voy a perdonarte haberme dejado tanto tiempo sin noticias —dijo la mujer con el ceño fruncido—, pero estoy tan feliz de verte que igual me lo aguanto. ¡Pasa, niña!

Caminaron hasta la cocina, el lugar predilecto de ambas, donde habían construido una soledad compartida a lo largo de varias noches de insomnio y confesiones. Elvira puso la pava a hervir para tomar unos mates.

—¡Mírate! Te has teñido el cabello, eres toda una estrella —pronunció exaltada—. ¿Dónde ha quedado mi pequeña inocente?

—Guardada en esta casa. Acá soy yo, más que en ningún otro sitio —sonrió Eva.

Muñoz se acercó con unas galletas de membrillo.

—Prueba esta delicia.

—Gracias.

La mujer se sentó y la observó con intensidad. Esa visita repentina no podía ser casual. La conocía demasiado.

—Tienes un brillo raro en los ojos —dijo de pronto—. Quiero saberlo todo.

—Estoy enamorada, Doña Elvira —lanzó Eva sin rodeos.

—¡Qué buena noticia! —exclamó y le tomó las manos—. Y dime, pues: ¿de quién se trata?

—De Juan Domingo Perón.

Se hizo un silencio incómodo. Era necesario.

—¿El de la Secretaría de Trabajo? —soltó al rato Muñoz. Estaba sorprendida y su expresión se oscureció.

—El mismo.

Elvira odiaba a los militares. Ellos mataban inocentes; entre tantos, habían matado a Dimas. Eva notó la desaprobación del gesto.

—Le juro, Doña Elvira, que este milico no tiene el corazón duro como los demás. Es distinto, humano, honesto, sensible...

—¿Cómo lo sabes? —la interrumpió.

—Porque lo siento acá —respondió tocándose el pecho—. Mi intuición me lo dice. No me atraen los honores de su cargo y menos sus galones. No, Doña Elvira. Lo escuché atentamente; su palabra no es vacía. Al contrario, es limpia, generosa, honrada, habla con... alma —hizo una pausa—. Además, tiene la sonrisa ancha y la muestra todo el tiempo.

—¿Qué dices, niña? —Elvira la miró con el ceño fruncido.

—Los ricos tienen todos los dientes y, sin embargo, no sonrían. Mi coronel, en cambio, sonríe sin vergüenza, como los pobres. Creo que ese gesto me enamoró el primer día que lo conocí.

Muñoz levantó las cejas ladeando la cabeza. La juventud siempre confía en sus instintos; la madurez, en cambio, rompe todos los sueños, pensó. Aunque la ingenuidad de Eva estuviera animada por su entusiasmo, tal vez este coronel no fuera tan malo como los demás de su condición.

—Pero es un hombre mayor —replicó Elvira sin terminar de comprarse el cuento de hadas.

—No sé su edad y tampoco me importa —cerró Eva.

—¿Dónde lo conociste?

—En el festival que organizaron en el Luna Park para recaudar fondos por el terremoto de San Juan. ¿Se acuerda? —Muñoz asintió—. Bueno, ahí nos presentaron unos amigos —mintió—, y ya no pudimos separarnos más.

—Eso fue hace dos días —concluyó la mujer.

—Sí, ¿y qué? —levantó los hombros—, ¿acaso no existe el amor a primera vista?

Elvira sintió un latigazo, como si el pasado la hubiera abofeteado de repente. Era cierto. Ella se había enamorado de Dimas apenas lo había visto en la Puerta del Sol. Y a partir de entonces, no había dejado de pensar en él jamás. Parecía egoísta no entender ahora la exaltación de Eva por su encuentro con Perón.

—Tienes razón, perdona —se excusó—. Es que mi propia historia me enreda las ideas.

—La entiendo —agregó Eva, que sabía de su dolor.

—¡Vamos, niña! Desenrolla todo que me muero de la intriga —la animó Muñoz para que hablara.

Y Eva comenzó a decir sin parar: es caballero, inteligente, amable, protector... Armaba las frases en desorden, con el fervor juvenil que no conoce restricciones para el entusiasmo.

—Aunque tiene un defecto —se frenó.

Elvira la miró expectante.

—Vive con una mujer.

Muñoz se llevó la mano a la boca.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Cómo se te ocurre enredarte con un hombre casado?

—¡No es casado, Doña Elvira! Bueno, en realidad, estuvo casado una vez, pero la esposa murió de cáncer hace unos años. Se trata de otra, no sé... Él la presenta como su hija, aunque yo me di cuenta de que no lo es porque comparte su dormitorio.

—¿Y dónde diablos estaba ella cuando ustedes dos...?

—Ni idea —intervino Eva—. Pero en cualquier momento aparece. Y no sé qué voy a hacer. Es el hombre de mi vida y no quiero perderlo —se angustió. Su voz parecía suplicarle un consejo, algo que la ayudara a retener a Perón para siempre.

Muñoz volvió a tomarle la mano.

—Tranquila, espera. ¿Qué te ha dicho el coronel acerca de este asunto?

—Nada. No habló del tema. Y yo tampoco pregunté. Sólo me pidió que confiara en él y prometió que no me dejaría.

—¡Claro! ¿Y qué te va a decir? Si a los hombres les gusta más el misterio que la franqueza. Pues bien, si él no ha pronunciado palabra y es tan honesto

como dices, no debe de ser tan importante esa relación. Además, si te ha hecho esa propuesta...

—Y cuando ella regrese, porque tiene todas sus cosas en su departamento: ¿yo qué hago?

—A ver... —tomó un sorbo de mate, achicó los ojos y luego de unos minutos, dijo—: A partir de ahora te quedas todas las noches con él. Sin que lo note, juntas las ropas de esa muchacha en un bolso y cuando la ves entrar, la echas a la calle.

Eva abrió los párpados horrorizada.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Así de fácil como te lo estoy diciendo —respondió la mujer—. Mira, Eva: El amor y la pasión no siempre van de la mano. Esto que me cuentas se da una vez en la vida. No más. Y si estás distraída, ¡te lo pierdes! —la miró fijo—. Por haber estado atenta, yo me animé a un gran amor. Sin embargo, me faltó coraje para defenderlo. De haber sido más valiente, jamás hubiera permitido que Dimas viajara a Barcelona sin mí, donde mandaban a morir a los humildes. Esta es tu oportunidad para ser valiente, hija. Si dices que ese militar apuesto tiene el corazón blando y está loco por ti, entonces: ¡defiéndelo con uñas y dientes! Y no lo dejes escapar. De lo contrario, perderás a tu gran amor simplemente por ser tibia. Y la tibieza no es para los amantes; los amores cobardes no hacen historia.

* * *

Mientras María Cecilia Yurbel —la joven mendocina que hacía tres años vivía con Perón en Buenos Aires— viajaba a la provincia pues todos sus familiares se encontraban en San Juan al momento del terremoto, su pareja se cruzaba de improviso con Eva Duarte y de un plumazo la borraba para siempre de su memoria.

Juan nunca hizo mención a esa mujer. Tampoco parecía importarle demasiado. Por eso, tal como le había sugerido Doña Elvira, Eva se instaló en su departamento y, con la velocidad de un rayo, fue ocupando todos los espacios que había dejado libres la Yurbel.

La convivencia no requirió de un acuerdo previo ni de una propuesta, se dio de manera natural, por la urgencia de esa pasión irrefrenable que los anudó al instante del primer encuentro íntimo o, tal vez, desde aquel abrazo que el coronel le había dado a Eva sin permiso, una tarde navideña en Radio

Belgrano.

Ella continuaba poniendo la voz en el radioteatro; él con sus tareas en la Secretaría. Al finalizar la jornada, se esperaban enardecidos para amarse. Apenas pasaba el umbral, Eva corría a sus brazos; Juan la levantaba del piso y sin parar de besarla la llevaba al dormitorio. El ambiente olía a pasión. Sólo eso.

Unas semanas después, ella preparaba una ensalada para la cena. Era mala cocinera, pero esa noche deseaba darle una alegría. Escuchó ruido de llaves en la puerta. Con mueca de fastidio se inquietó pensando que no tendría tiempo de terminar la sorpresa.

—Te me adelantaste —dijo levantando la vista de las hojas verdes que estaba lavando en la pileta.

Pero en lugar de Juan, vio a María Cecilia, la supuesta hija del coronel, que había regresado. Y se quedó helada; la canilla abierta, las manos bajo el agua.

—¿Qué hace usted en mi casa? —soltó la muchacha, tan perpleja como ella.

Eva tomó un repasador para secarse y se le paró de frente con desafío.

—Esta no es más tu casa —le dijo a secas. El tuteo provocador ponía de manifiesto quién era la verdadera dueña del territorio—. Juan y yo estamos viviendo juntos desde que te fuiste. Yo soy su mujer y vos te vas a ir ahora mismo para siempre.

—¿Qué?! —se desesperó Yurbel.

—No tengo que darte explicaciones, en todo caso deberías pedirselas a él. Pero como llega tarde, no vas a tener tiempo de hacerlo —la tomó del brazo y la obligó a salir de la cocina.

María Cecilia intentó oponer resistencia. «¡Soltame!», le pedía. A pesar de ser más alta y grande que la otra, la decisión de Eva le impidió zafarse del apretón fuerte que la estaba lastimando y no tenía pensado liberarla.

A su paso, Eva sacó un bolso grande de un armario, se lo puso sobre el pecho y le dijo: «Acá están todas tus cosas».

Mientras alcanzaban la entrada, Yurbel no paraba de gritar: «¡Estás loca!»

Duarte abrió la puerta y la empujó hacia afuera. La joven trastabilló pero se mantuvo en pie. El bolso cayó al piso.

—No se te ocurra volver —le advirtió Eva con el dedo en alza.

María Cecilia le clavó la mirada, estiró la columna para recomponerse, levantó el mentón, y dijo:

—Si creés que sólo una mujer puede contener la pasión de Juan Perón, te equivocás. Si fueras más astuta, primero deberías haberte ocupado de la otra.

Dio media vuelta y enfiló por el corredor hasta bajar las escaleras y perderse de vista.

Eva, que estaba a punto de sellar con un portazo la salida, permaneció inerte en el umbral. Yurbel había desaparecido, sin embargo ella no podía moverse. No supo si su mensaje había sido producto de un invento, a modo de revancha por sentirse desplazada, arrojada sin explicaciones de su hogar y de su relación, o si se refería a alguien que existía en realidad. El coronel era un caballero apuesto, importante; de seguro varias le seguían el paso para seducirlo. Pero eso de la pasión incontenible sonaba extraño. ¿Quién era «la otra»?

Perón se enteró del suceso al llegar a su departamento. Descubrió que las cosas de María Cecilia ya no estaban y que faltaba el portarretratos sobre la mesa de luz. Eva lo enfrentó desafiante y se lo contó todo. Él se asombró, pensó en decir algo, pero estaba tan obnubilado por ella que prefirió no hacerlo. En cambio, la abrazó para aliviarla, para que ella se sintiera comprendida.

Como el afecto crecía y Juan se mostraba comprometido, Eva alejó de su cabeza el comentario malicioso de la ex amante y se dedicó a disfrutar de la relación. Además, la agenda laboral no le daba tiempo para detenerse a lucubrar supuestos. Luego de su postergación, estaba a punto de estrenar *Llora una emperatriz*, la tercera biografía basada en la vida de Carlota, hija de Leopoldo I de Bélgica y esposa de Maximiliano.

La voz resuelta, la dicción imperfecta de esa muchacha de veinticuatro años, había penetrado en los hogares argentinos con historias de mujeres ilustres que luchaban por sus derechos, instando —desde ese lugar— a la reivindicación del género en su Patria. También participaba en la organización gremial que presidía —A.R.A. —, para defender a la radiofonía de las injusticias impuestas por el gobierno. Y ahora, era la querida, la adorada, de un coronel de renombre que estaba ascendiendo posiciones en el Estado.

—Yo sé —le dijo una noche a Perón— que tus amigos, los milicos, piensan que soy una actriz de cuarta, una aventurera de baja moral. Y por eso me miran con desprecio.

—No les hagas caso, chinita —apuntó él mientras se desvestía, restándole

importancia al comentario.

—Sabés qué pasa, Juan: desde que tengo memoria me acostumbré al desprecio. Pero estar acostumbrada a algo, no implica que deje de dolerte.

Él se detuvo. La miró unos segundos y luego se acercó hasta la cama. Le rodeó los hombros, la arrulló en su pecho y le dijo:

—No quiero que sufras más. Voy a acompañarte al estreno. Podemos aprovechar para que la prensa nos saque fotos y así les tapamos la boca a todos. No tenemos por qué ocultarnos, mi amor. ¿Qué te parece?

Ella lo miró emocionada. Sus brazos, su protección, la dejaban sensible y más dispuesta. Se besaron. Se tocaron. Pegaron sus cuerpos tibios y apagaron la luz. De nuevo, la pasión estalló en la cama que compartían. Mientras lo amaba en la penumbra, Eva percibió una emoción inaugural. Era la primera vez que sentía la contención de un hombre. Tal vez por eso aquella noche su orgasmo fue distinto, casi revelador. Porque además de placer, Juan le daba la seguridad que nunca había tenido, y que tanto había deseado desde que era una niña.

* * *

—Recién me comentaron que decidiste presenciar el estreno de un radioteatro en Belgrano —apuntó Blanca apenas entró al despacho.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó Perón.

—No me parece correcto que te muestres con esa actriz delante de una rueda de periodistas sin escrúpulos —agregó contundente.

—¿Se puede saber dónde está lo incorrecto?

—Ya todos hablan, Juan. Se dice que alquilaste un departamento en la calle Posadas, en el mismo piso donde está ella, para mantener las apariencias. Pero en realidad, ya viven juntos.

—Es cierto —la interrumpió él—, a vos no voy a mentirte.

La morocha endureció el semblante.

—¿Estás celosa? —siguió Perón con una mueca irónica.

—No —soltó de inmediato la mujer.

Juan se puso de pie. Había pasado la tarde encerrado en su escritorio, absorto en sus papeles y sus ideas; se lo veía cansado y sin paciencia. Caminó hacia la puerta y quedó frente a Blanca, que lo miraba con el cuello estirado. Siempre le había parecido hermosa. Su gesto altanero era una invitación al desafío. Le puso una mano sobre el hombro e intentó ser cortés, como de

costumbre.

—Vos encargate de tus tareas, que lo hacés muy bien, y dejá que yo me ocupe de las mías. No tengas miedo, nada va a cambiar entre nosotros.

* * *

Tal como se había propuesto, el 3 de febrero de 1944 Perón asistió a la audición de Eva Duarte acompañado por Domingo Mercante, a quien la joven le caía bien a pesar de la desaprobación que sentían sus camaradas. La pareja se comportó como si se conocieran de toda la vida, echando por tierra las habladurías que andaban dando vueltas por ahí.

El 24 de ese mes, el general Pedro Pablo Ramírez tuvo que resignarse a entregar el mando de la presidencia a Edelmiro Farrell; de esta forma, la dupla Farrell-Perón comenzó a tomar las decisiones de gobierno.

Dos días después, mientras Eva personificaba a Isabel de Inglaterra en *Mi reino por un amor*, la cuarta biografía de mujeres ilustres, Perón era nombrado ministro de Guerra, reteniendo asimismo su cargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión. El coronel, que ya se había encargado de acomodarse como vocero del gobierno, potenciaba una visión militar innovadora, más cercana a la gente. Logró poner las transmisiones radiofónicas a su servicio y desplegar un discurso amable, inteligente, donde proclamaba el inicio de una era política social.

Eva, que ya había comenzado a interesarse por las cuestiones que rodeaban a su hombre, se levantó una mañana para acompañarlo hasta su trabajo. Y entonces la vio.

Apenas ingresaron al antiguo local del Concejo Deliberante, Duarte observó cómo una mujer alta, de rasgos fuertes, que no mostraba la sonrisa, iba y venía por los pasillos, entraba a los despachos de los militares sin golpear, se desplazaba a sus anchas, como quien organiza todo y tiene el permiso otorgado de antemano por el jefe supremo. Y el jefe supremo en ese lugar era Perón.

Eva no podía sacarle los ojos de encima; no sólo la había capturado su belleza exótica, también esa forma de moverse y hablar con decisión.

—Te presento a Evita —inició Juan al cruzarla—. Ella es Blanca Luz, trabaja para nosotros en el equipo de propaganda.

Una mirada verde se fijó en Eva con suficiencia. Se estrecharon las manos en un saludo breve y enseguida la morocha desvió la vista hacia el secretario.

—Tengo que hablarle a solas —le dijo frente a la otra, que contuvo la respiración para no insultarla.

—Ahora vuelvo —señaló Perón a Eva—. ¡Carlos! —gritó a un muchacho que andaba cerca—, acompañá a la señorita a mi oficina y ofrecele algo para tomar.

—Sí, mi coronel.

De blanca no tiene nada y menos de luminosa. Es oscura, domina cada gesto. Sin embargo, a Juan le resulta atractiva. Sus ojos brillan cuando ella le habla, como si la admirase; la mira con respeto, fascinado... A mí no me mira con admiración. Sólo cuando estamos desnudos, cuando lo beso y lo acaricio, se le enciende la vista. Después, es tierno y afectuoso; hasta muestra cierta piedad. ¿Quién es esta mujer que provoca su alteración? ¿Será “la otra”, de quien debí ocuparme primero, antes que de la supuesta hija? Parece de unos treinta y largos, nada que ver con la piba que vivía en su departamento. Igual, le atrae. ¡Cómo no! Si hasta yo no pude dejar de mirarla y apenas la tuve unos minutos adelante. Es sugestiva, misteriosa, ¡eso! Ya los hombres les gusta más el misterio que la franqueza. Ya lo dijo doña Elvira la última vez que la visité...

La cabeza de Eva no paraba de conjeturar. Sentada en una silla, junto al escritorio de Perón, lo esperaba con ansiedad y con furia; loca de celos por esa mujer. Sabía que ella, *la otra*, estaba con él: hablando de trabajo, mirándolo, quizás... «¡No!», gritó en voz alta. Y pegó su puño contra la mesa en un arranque de ira. Agachó la cabeza, se tomó la frente; la marca de los dedos húmedos sobre el vidrio se iba esfumando despacio. Entonces vio el reflejo de su rostro en el cristal. En los rasgos había angustia y frustración. Llevaba los cabellos sueltos, apenas agarrados con una hebilla de plata. Recordó que Blanca, en cambio, tenía un peinado tirante, sujetado por un rodete en la nuca. Las sienes limpias, los ojos verdes bien abiertos. Se sintió más chiquita, invisible, como si le faltara algo para estar a la altura de ese hombre. Era joven, tímida; una simple actriz que a veces pronunciaba mal o se comía la última letra de una palabra. Además, los milicos la detestaban.

Necesitaba cambiar, transformarse en alguien importante. Debía aprender a hablar correctamente y tener el encanto enigmático de Blanca, que podía seducir incluso sin proponérselo, sólo con la presencia. Sí, haría eso:

reinventarse. Después de todo, ya se había reinventado una vez: la chiquilina inocente de pueblo se había convertido en una artista de la gran ciudad. Y ahora, en la amante que calentaba la cama del coronel de la cartera de trabajo. Aunque faltara más, eso ya significaba todo un cambio. Estaba enamorada de Perón, y sabía que él sentía lo mismo por ella. Pero si quería que su círculo la respetara, era importante actuar distinto para destacarse. Ser otra, como esa *otra* que hoy había conocido, a quien Juan escuchaba y miraba con distinción. Más que importante, la cuestión resultaba urgente.

Un trueno que provenía de afuera rompió el silencio del cuarto. Las nubes se tiñeron de negro y comenzó a llover fuerte, como si el cielo hubiera escuchado sus ideas y le estuviera confirmando que para modificar una situación, a veces debía desatarse una tormenta.

Eva se paró de un salto y corrió hasta la ventana. Apoyó la punta de la nariz sobre el vidrio; permanecía tibio por el calor agobiante de la tarde. Tal como solía hacer de niña, fijó la vista en las gotas de agua que formaban un trayecto irregular y terminaban desapareciendo. Se desvanecían en su propio camino, pensó. Ella no deseaba que le pasara lo mismo que a las gotas. Morir en el intento no era su meta. Debía ser más astuta, prestar más atención. De lo contrario, el mundo de los crueles, de la gente rica y de poder, se la devoraría.

De pronto sonó el teléfono y se sobresaltó. Durante unos segundos miró el aparato desde lejos, sin moverse. El cuarto timbre no le dejó tiempo para dudar y sus piernas la impulsaron sin medir consecuencias. Caminó hacia el escritorio y tomó el auricular. Las manos ya no transpiraban.

Una voz nueva, salida del fondo de su pecho, contestó:

—Eva Duarte, la mujer de Perón.

A partir de ese día, Eva siguió a Perón como una sombra. Era una esponja que absorbía sus comentarios, sus acciones y sus ideas. Escuchaba, estaba atenta; miraba todo. También a Blanca, que lo aconsejaba, le traía los borradores de sus escritos y además, no paraba de interrumpirlos cuando ella y él tenían un minuto para quedarse a solas. Blanca entraba con los vientos propios de su carácter, apenas la saludaba y enseguida le hablaba al coronel de algún asunto trascendente con el fin de sacarlo, de llevárselo lejos. Y hacerle frente. Por lo menos eso pensaba Eva, hasta que un día decidió acompañarlo, junto a Blanca, a pesar del gesto rígido que la mujer insinuó al mirarla de costado, con desdén. Y a partir de ese momento, Eva comenzó a hacerle frente a ella.

Como había simpatizado con Domingo Mercante, férreo ladero de Perón, una tarde lo buscó en su despacho. Apenas entró fue directo al asunto.

—Hablame de Blanca Luz Brum —dijo sin más.

* * *

En un convento de Montevideo

—¿Y ese? —preguntó la joven al verlo entrar.

—No sé, no lo conozco —contestó la amiga.

—Es lindo...

—Pero tú no tenés chance. Estamos encerradas acá... —señaló abriendo los brazos.

—Ya veremos.

La chica salió al cruce del muchacho en el patio del colegio, donde permanecía pupila desde que había iniciado los estudios.

—¿Qué buscás? —le dijo con una sonrisa.

Era mediodía; el sol iluminaba sus cabellos oscuros. Las monjas las obligaban a llevarlos recogidos; no obstante, ella los sujetaba con una trenza sobre la parte alta de la cabeza para verse más atractiva.

—Bueno... —vaciló el hombre—. Estoy acompañando a un literato en su cátedra. De curioso, nada más.

—¿Sos maestro?

—No, poeta. Nací en Perú, pero vivo aquí, en Uruguay.

—¡Poeta! —exclamó ella—. A mí me encanta la poesía.

—Qué bueno —señaló él—. ¿Escribes?

—Algo, a veces, cuando todos duermen. Me inspiro en el silencio.

—Juan Parra del Riego —le extendió la mano.

—Blanca Luz Brum —la estrechó.

A partir de esa tarde, no dejaron de verse. Se las ingeniaban para eludir la mirada de la religiosa que controlaba la puerta de acceso a la escuela, y se escapaban a pasear por el pueblo en la motocicleta de él. Durante un tiempo se amaron a escondidas, hasta que Juan le propuso raptarla, llevársela sin que

nadie supiera. Ella no lo dudó. Al día siguiente armó un bolso pequeño, se escabulló en medio de la noche y no regresó más. Se casaron a los pocos meses, con la compañía de la poeta Juana de Ibarbourou como testigo. Ella contaba apenas dieciséis y él, veintisiete. A días de haber nacido el primer hijo de ambos, Juan falleció de tuberculosis en sus brazos. Blanca no lo lloró; jamás lo hacía. Las lágrimas eran patrimonio de los débiles, solía decir. La misma decisión que la había impulsado a escaparse del convento, ahora la sacaba de su país. Partió directo hacia Lima para que la familia de su marido pudiera conocer al niño. Se llevó poca ropa y un libro de poemas, «Blanca Luz», que Juan le había dedicado de esta forma, antes de morir:

«Este no es el libro que mi amor coloca junto a tus pies. Este es el libro nervioso, azul, extático y desordenado de los días blancos en que era tu novio trémulo. Así te amé. Así te canté. Así guárdame en tu alma como la flor que llevas en tu pecho toda pálida de amor callado. Una dentellada brutal de la vida bruscamente lo cambió todo. Enfermé de un mal terrible y solitario. Pero ¡oh! sorpresa de maravilla para mi corazón enloquecido: De la niña celeste salió como de una crisálida otro ser de humanidad de fuego, devorado de compasión, terrible de sacrificio, sagrado de esperanza y fe. Y entonces mis horas de enfermo fueron menos crueles, mi cabeza tenía un pecho donde descansar pensamientos de locura y desesperación. (...) Y este es el libro que te quiero hacer, Blancaluz.

Montevideo, 2 de Setiembre de 1925»

Ya instalada en Perú, Blanca no se quedó quieta. La estimulaban el eco de aquel poema, una belleza exótica y su temperamento irreverente. Hizo buenos amigos en los círculos más cerrados de la cultura y por allí se cruzó con José Carlos Mariátegui, un filósofo marxista. Enamorada de sus ideales, comenzó a escribir artículos para su revista: *Amauta*. Pero el fervor revolucionario la impulsó a fundar una propia: *Guerrilla*. En 1927 la policía clausuró *Amauta* y deportó a Blanca Luz, que terminó asilada en Chile. Allí cosechó otro marido literato, César Miró Quesada, que no le duró mucho. Entonces decidió regresar a Montevideo y se convirtió en el escándalo de la sociedad pacata de ese tiempo. «He nacido en esta ciudad sudamericana, he salido a cantar por todas las calles del universo, he llorado a gritos, he amado a gritos. He

peleado y he regresado a esta ciudad sudamericana y todo estaba igual», dirá años después.

En Uruguay sedujo a los hombres; los instigaba a desafiarla. Su figura escultural, sus pómulos altos y esa mirada intensa que sabía agudizar bajo la sombra de un cabello negro, enloquecieron al famoso muralista mexicano David Alfaro Siqueiros, que entonces andaba por el país. Los frescos exteriores del pintor apuntaban a temas revolucionarios. Y Blanca se enamoró de él, de su lucha y de su obra. El hombre unió su vida a ella para amarla y pintarla desnuda. Se casaron en México, donde fueron perseguidos y encarcelados durante algunos meses. Luego de haber estado un tiempo en los Estados Unidos, Natalio Botana, el director del diario *Crítica* de Buenos Aires, contrató a David para que pintara en su quinta de Don Torcuato, donde solía armar reuniones fastuosas con políticos, escritores y artistas; Pablo Neruda y Federico García Lorca también la conocieron. Botana recibió a Siqueiros y a Blanca Luz en su residencia. Les ofreció alojamiento completo y le encargó al artista un mural enorme para el sótano de la quinta. Otra excentricidad. Así, el cuerpo desnudo de Blanca se extendió por el techo, las paredes y el suelo de la habitación, a manos del pincel de su marido. La obra comenzó en agosto y finalizó en noviembre de ese año.

Mientras David pintaba, Blanca Luz escribía artículos anarquistas que todavía no tenían destino público. Pero además, de noche se bañaba desnuda en la piscina, aunque hiciera frío y el agua estuviera helada. Sabía que Natalio la observaba desde su habitación; lo había pescado detrás de la ventana mirándola en la penumbra. Ella se reía y nadaba, con sus cabellos sueltos como algas flotando en medio de las olas. A Botana, la desnudez libertina de esa mujer le robaba la vista y la cordura. Una noche que no podía conciliar el sueño, porque no podía olvidarla, saltó de la cama, se puso una bata de seda y fue hasta el cuarto subterráneo de la casa. El lugar, repleto de atriles, brochas y tachos de pintura. Encendió la luz; algunas telas sucias colgaban tapando las paredes. Corrió una de ellas y apareció la imagen de los pechos, los ojos abiertos, las rodillas sobre el vientre que dejaban expuesta la vagina. No pudo evitarlo: se excitó como un adolescente. No lo movilizaba la pintura, lo excitaba saber que ese cuerpo exhibido sin pudor era el cuerpo de Blanca, la mujer enigmática que no paraba de provocarlo, en la pileta, durante la cena, en algún cruce, con su pelo revuelto y esa mirada inquisidora.

Esa noche, el reloj de pared marcaba las dos y cuarto de la madrugada. Ella lo escuchó bajar las escaleras. Se apartó de su esposo intentando no hacer

ruido y salió del dormitorio para buscarlo. Lo vio parado frente al mural; la bata abierta, su pene duro. Botana se masturbaba con los ojos cerrados. No la escuchó entrar. Blanca se arrodilló frente a él y comenzó a besarlo. Natalio abrió los párpados, incrédulo. Ella lo mordisqueó, pegó el cuerpo a su cuerpo y se deslizó por el pecho como una serpiente a punto de clavar su veneno. Lo miró de frente, sin hablar. Jadeó en su rostro. Y él ya no pudo contenerse. La aferró de los pelos, la ubicó sobre una mesa de madera, entre los lienzos y los pinceles de su marido, y allí mismo la penetró, con la furia de un animal que huele a su presa y sabe que lo está esperando.

* * *

Eva tenía la vista encendida, en una mezcla de envidia y admiración.

—Dicen que hasta Pablo Neruda se enloqueció con Blanca por esos días —agregó Mercante luego de marcar los detalles del romance con Botana, contados a él por un amigo que los conocía.

—¿Neruda también tuvo algo con ella en esa quinta?! —se intrigó Eva.

—No lo sé —Domingo levantó los hombros—. Parece que todos sucumbían ante sus encantos —sonrió—. De cualquier manera, ¿por qué te interesa tanto esta mujer?

Eva bajó el mentón y se miró las manos por unos segundos. Luego alzó la vista.

—Sólo quiero saber cómo vino a parar acá —mintió. Pero Mercante no era tonto, además las mejillas rojas de Eva evidenciaban un ataque de celos.

—Bueno, al año siguiente expulsaron a Siqueiros del país por participar en actos comunistas. Blanca se quedó en Don Torcuato, con Botana. Pero la relación no duró. Él ya está muerto. Falleció en un accidente en Jujuy, hace como tres años.

—¿Y qué hizo ella? —la voz de Eva sonaba expectante.

—Se fue a Chile, se divorció de Siqueiros y se casó con un tal Béeche, un político de los radicales de allá, que llegó a ser diputado. Alguien me dijo que se casaron por la iglesia y todo, lo que no les impidió hacer campaña por esos frentes populares con los comunistas y socialistas. Pero cuando los rusos firmaron el pacto con los alemanes y luego Hitler invadió Polonia, Blanca se fue alejando del izquierdismo, aunque no de la política. Es más, le empezó a ir mejor que nunca: dirigió la campaña de prensa del que ahora gobierna Chile, el presidente Ríos, fijate vos... Y entonces, en lugar de quedarse allá a

disfrutar de los laureles, se separó de Béeche y se vino para acá. Ya ves cómo es la cosa —concluyó abriendo los brazos—, es una mujer sorprendente, pero tan extremista que vive a los bandazos, yendo y viniendo de un lado para el otro. Y no sólo en política, como te habrás dado cuenta. Es incapaz de quedarse quieta un segundo.

Eva asintió sin haber comprendido demasiado las cuestiones políticas del relato, sin embargo advirtió que Mercante también parecía fascinado con ella.

Blanca Luz era sagaz, valiente. Quizás por eso la había capturado la historia de su vida. Pero ahora necesitaba conocer mejor sus intenciones. Sobre todo, cómo había hecho para llegar al despacho de Perón y tener un lugar privilegiado en su círculo de confidentes.

—No sé bien en qué momento conoció a Perón, si es eso lo que te preocupa —se adelantó el teniente coronel.

—No me preocupa eso —se defendió Eva intentando recomponerse.

Él acercó el torso al escritorio y puso los codos en la mesa.

—Quedate tranquila —le dijo con tono amable—, Blanca es sólo una buena colaboradora. Y muy agradecida —levantó las cejas señalando el libro.

—Gracias, Domingo, siempre sos muy atento conmigo —se paró, le dio un beso y salió de su despacho.

Pero no se alivió con sus palabras. Por el contrario, el pasado de esa mujer, su coraje y la audacia que imponía en el manejo de las relaciones, le habían resultado fascinantes. Era una especie de hechicera que provocaba a los hombres con su desparpajo y terminaba haciendo lo que quería con ellos. A esa altura, Eva ya conocía las pasiones de Juan, por eso intuía que Blanca significaba mucho más que una simple colaboradora para él. Aunque no sabía hasta qué punto estaba involucrada con su intimidad y sus afectos.

Debía averiguarlo para no darle tregua. Pero también debía hacerla desaparecer. Nadie se interpondría en su relación con Perón. Nadie.

*- Discípulo de Jesús, uno de los que formaron los doce apóstoles. La tradición lo venera como el santo de las causas difíciles.

XII

Luego de una larga enfermedad, Violetta Valéry, una famosa cortesana de París, abre las puertas de su casa para festejar su recuperación. Gastón, el Conde, llega con Alfredo Germont, que desde hace un año desea conocer a Violetta. El joven se acerca a ella expresándole preocupación por su salud, y luego le declara su amor. Violetta lo rechaza. No obstante, le regala una camelia y le pide que vuelva por ella cuando la flor se haya marchitado. Meses más tarde, Alfredo y Violetta se encuentran en las afueras de la ciudad y viven a pleno su romance. A pesar de su negativa inicial, ahora ella se enamora con locura de él. Al descubrir que Violetta ha vendido sus cosas para mantenerse, Alfredo corre a París e intenta recuperarlas. El padre de Germont aprovecha la oportunidad y la visita. Le dice que la relación ha destruido el futuro de su hijo y dañado el apellido familiar. Violetta siente remordimiento. Entonces decide renunciar a su amor y abandonar a Alfredo, con la excusa de seguir su antigua vida.

Para olvidar el dolor, la joven vuelve a su trabajo de cortesana. Alfredo la cruza en una fiesta y, lleno de rabia, le arroja dinero encima: «Te lo debo por los servicios prestados cuando estabas conmigo». Mientras tanto, la tuberculosis se apodera del cuerpo de Violetta y la deja a punto de morir.

Suenan los violines, el escenario se ensombrece. Violetta está enferma de tisis y de pena. Le ruega a Annina, su criada, que deje entrar un poco de luz en la habitación. «Mi cuerpo sufre, pero el alma está tranquila. Anoche me confortó un devoto sacerdote; la religión es alivio para los sufrientes», declara dando vueltas en la cama. Todo París festeja el carnaval, pero Violetta se rebela: «En medio del festejo general, sólo Dios sabe cuántos infelices sufren». Pide a su criada que entregue a los pobres el dinero que ha guardado. Se mira en el espejo, se exalta; su imagen está débil, trasformada. «¡Con esta enfermedad toda esperanza está muerta!», grita de pronto. «Adiós... bellos sueños alegres del pasado... La tumba es el confin de todos los mortales. Mi tumba no tendrá lágrimas ni flores, ni una cruz con mi nombre cubrirá mis huesos», se lamenta. La escena tiene gusto a despedida. De repente, aparece él; enterado por su padre del sacrificio que ella hizo, Alfredo corre a verla. Y

llega justo para rogarle su perdón. «Ningún hombre o demonio podrá separarnos», claman a dúo en un canto que estremece a la audiencia. Violetta trastabilla. «Una alegría nunca entra en un corazón triste sin turbarlo», se excusa. Grita a los vientos su deseo por seguir viva. Alfredo desespera: «No cierres tu corazón a la esperanza», le suplica. Se tocan, se abrazan; perciben el final. «¡Qué cruel final reservado a nuestro amor!», se oyen sus cantos desgarrados. «Escucha, amado mío —pide ella y le entrega una foto—: Esta es la imagen de mis días pasados. Que sirva para recordarte a quien tanto te amó. Y si una doncella pura, en la flor de su juventud, te ofreciera el corazón, quiero que sea tu esposa. Le entregas esta imagen, le dices que es un regalo de alguien que, desde el cielo, entre los ángeles, reza por ti y por ella».

Y en ese instante, cae muerta en sus brazos.

El telón se cerró; estalló el aplauso. Había finalizado el último acto de *La Traviata*, la ópera musicalizada por Giuseppe Verdi basada en *La dama de las camelias*, de Alexandre Dumas.

Esa noche, el 9 de julio de 1944, a dos días de haber sido nombrado vicepresidente de la República, Juan había decidido oficializar su relación con Eva en la gala del Teatro Colón que conmemoraba la independencia.

Al terminar la función, el corazón de la joven palpitó con una emoción fuerte que se detuvo en el pecho. Sentía ganas de llorar, pero no lo hizo; hacía tiempo que había aprendido a disimular sus lágrimas. Estaba muda, sin aliento. El vestido le apretaba más de lo debido; las manos le sudaban. Aunque ya había leído el libro de Dumas, era la primera vez que veía una ópera de Verdi. En realidad, era la primera vez que pisaba ese teatro imponente que siempre había soñado conocer.

—¿Estás bien? —le preguntó Juan al notarla quieta.

Ella no lograba sacar los ojos del escenario. Sus dedos enlazados sobre la falda, la boca abierta, la mente llena de conjeturas. Pensaba en la protagonista de la obra que habían visto, en las circunstancias de su vida, en ese amor profundo que no había podido salvarla de morir. Recordó a Dimas, el marido de Doña Elvira, y aquel romance que tampoco había logrado rescatarlo de un destino fatal. Quizás si ella hubiera tenido el coraje de oponerse a que se marchara, o de irse con él —como le había dicho la última vez en la pensión —, hoy Dimas seguiría con vida. Pero Elvira no pudo. Igual que la cortesana, que tampoco pudo enfrentarse al suegro y a la sociedad para proteger su

relación, y terminó enferma de dolor y atrapada en el olvido.

De inmediato, Eva se identificó con Violetta. Sabía que las mujeres de la oligarquía que estaban ahí la despreciaban, como si ella fuera una cortesana de la ciudad, como la de París. Sabía también que los militares cercanos a Perón serían capaces de hacer lo mismo que el padre de Alfredo Germont, buscarían persuadirla para que lo abandonara, que se alejara de él para no arruinar su carrera y su futuro. Estaban diseñados con iguales prejuicios, impulsados por el odio a los humildes, repletos de maldad. Sin embargo, ella no lo permitiría. Violetta había sido débil por amor; en cambio a ella, su amor por Perón la hacía cada vez más fuerte.

De pronto, despegó la vista del escenario, lo miró con valentía, y le dijo:

—No soy como ella, Juan. Yo enfrentaría al mundo por vos y jamás te dejaría solo. Pero si pudiera elegir cómo morirme, elegiría morir en tus brazos.

Como habían llegado justo para el inicio de la función, Eva no había tenido tiempo de observar en detalle el lugar. Ahora sus ojos se movían impresionados; no daban crédito a semejante opulencia. Butacas de pana escarlata, la araña inmensa de cristal, una cúpula pintada en oro con motivos musicales, el inmenso vitral en la recepción, los apliques de mármol; todo al servicio de la exquisitez.

Habían entrado tomados del brazo; ella vestía de largo, los cabellos sujetos en un rodete, el mismo peinado que le había visto a Blanca Luz hacía unos días. Era, sin dudas, la más hermosa. Aunque un poco intranquila, caminaba más erguida que de costumbre, como si sus pasos ya no tuvieran que pedir permiso. Él llevaba su uniforme impecable, con la sonrisa ancha, la de siempre, su mejor arma para la conquista. Así la sostenía frente al mundo, como había hecho Don Mario Tomás, su padre, con Juana Sosa Toledo en Lobos, donde nadie la quería por su piel morena.

Los presentes quedaron absortos al verlos juntos. Se rumoreaba que el coronel salía con esa actriz de mala vida, una mujer incorrecta que no encajaba en el círculo militar y menos en las damas de clase. Aunque nunca se los había visto en público.

Al salir del palco oficial, los fotógrafos se abalanzaron a codazos sobre ellos, como abejas que buscan el mejor espacio dentro del panal. Querían la primicia. Eva estaba acostumbrada a los flashes, pero esa noche era distinta:

acompañaba al vicepresidente de la Nación y debía estar a la altura. Abrió los hombros, levantó el mentón y ensayó las poses que tanto admiraba de Norma Shearer, su actriz norteamericana predilecta. En medio del cliqueo de las cámaras y el revuelo de periodistas que intentaban mayor proximidad, sintió miradas de reojo, comentarios a su espalda; los susurros de ese mundo elegante que jamás le daría la bienvenida. Aunque conocía el desprecio, no por ello dejaba de dolerle. De todos modos se mantuvo erguida, enfrentándolos. Abrió la capa larga que llevaba puesta, giró sobre sí misma, mostró su atuendo y sonrió. Les robaba la gracia que no le había enseñado la pobreza. Aparecieron sus dientes blancos en medio de una piel limpia, la mirada felina, un aura de seducción y magnetismo que invitaba a suspirar por ella. Las otras, las de clase, las que la despreciaban, quedaron perplejas frente a su belleza. Y su osadía.

Regresaron tarde al hogar, luego de beber unas copas de más durante la cena. Mientras Juan tomaba agua en la cocina, Eva entró al dormitorio, se quitó los zapatos, el vestido, las joyas, y se sentó desnuda frente al espejo de su *dressoire*. La gala del Colón la había dejado emocionada, anhelante.

Tenía por costumbre mezclar los perfumes antes de acostarse; en ese momento se echó encima dos sobre el pecho, los brazos y las piernas. Él se había asomado en silencio. La miraba desde la puerta. Estaba oscuro, apenas la luz del velador encendida. Eva deshizo su rodete; el pelo cayó como cascada sobre los hombros. Juan se acercó despacio y la rodeó con sus brazos por detrás. Los olores de su piel lo enloquecían. Mientras le besaba el cuello, sus dedos se deslizaron por la cintura hasta los muslos. La acarició con suavidad, despertando a los poros con amor, con deseo, con esas ganas salvajes que sólo ella lograba desterrar de sus pasiones. Porque las pasiones de los militares estaban ocultas, atadas con el deber de las normas, reprimidas. Pero esa joven le había descubierto sus secretos guardados, lo había empujado al placer y era, en sí misma, su propio abismo.

Eva sintió su aliento a vino, la respiración ajada detrás de sus orejas, su voluntad. Accedió girando el mentón y le entregó un beso. Las lenguas se buscaron como remolinos sin control.

—Cogeme sobre el piano —murmuró ella.

Juan la cargó en brazos, caminó hasta el comedor, la sentó sobre la tapa del piano y se inclinó para sentir su gusto. Amaba su sabor, escuchar sus gemidos,

sostenerla mientras ella temblaba. Eva arqueó la columna, cerró los párpados; estaba húmeda, sedienta por él. Por su cabeza pasó la cortesana de París y aquella pasión que no logró mantenerla con vida. Tal vez porque ambos habían sido débiles y no se habían animado a confiar en ese amor. Ni Alfredo fue por completo de ella, ni Violetta fue del todo de él. Para quedar unidos frente al mundo, debieron ser valientes, entregarse a sentir más allá de los otros. Desafiarlos sin medir consecuencias. Ella, en cambio, sentía coraje en los brazos de Juan. Ser parte de su círculo, convertirse en su mujer, la ubicaban en un lugar original, en una aventura temeraria que la dejaba sin control. Pero más firme.

—Sos mío... —le dijo a media voz.

Él no la escuchó; estaba mareado de placer. Subió por el vientre hasta los labios, la mordió, se cubrió el rostro con sus cabellos, los olió y se los metió en la boca. Nada lo excitaba tanto como su pelo agreste, provocador. Se besaron de nuevo; esta vez con más pasión. Juan bajó el cierre de su pantalón, se acercó más a ella y con un movimiento firme la penetró. La sostuvo con una mano en la nuca y otra por el talle. Mientras se movía con decisión, los dientes apretaban su barbilla y le decían cosas enredadas, indescifrables. No sabía nada de su pasado y tampoco había querido preguntar. No obstante, estaba obsesionado con darle algo que nadie le hubiera dado antes. Por eso los mordiscos, el ritmo acelerado, esa forma agitada de poseerla que intentaba dejarle una marca única. Su marca.

—Pedime lo que quieras, Eva —soltó de pronto con tono grave.

Ella sintió un escalofrío. Y una voz del pasado le susurró:

«...Y habrá un Rey que te estará esperando. Y llegará el día en que lo tendrás rendido ante tus pies. Haz de ser la dueña de su pasión, aunque también llevarás en la espalda todas sus penas».

Era su *machi*. Palabras confusas que se colaban por su mente con la rareza propia de su discurso; fragmentos de la profecía que había dejado adherida a su inconsciente de niña, y que ahora llegaba con una fuerza inexplicable. Aunque no lograba comprenderlo del todo, Eva sintió el impacto de esa potencia y quedó paralizada. Su cuerpo era solícito con Juan, pero en ese momento se puso tensa. Abrió los ojos, paró de moverse. La mirada cambió de brillo, se mezcló de súplica y urgencia. Habló sin pensar, la frase se deslizó como un pedido, como una orden que percibía la inmediatez de una conquista.

—Dame un nombre —dijo por fin.

* * *

Eva Duarte preparó café para todos. Era de tarde. Mercante, Velazco, Pistarini y Ávalos, leales al presidente, estaban en el living de su departamento enfrascados en un debate polémico. También estaba ella, su rival, la mujer que hacía la revolución a su manera, que cambiaba de izquierda a derecha sin problema, que editaba publicaciones anarquistas y poemas. Altanera como siempre, deslumbrante, le hablaba a él, *su* hombre, con una cercanía indiscreta que no hacía el menor esfuerzo por disimular frente a los demás.

—Este es el informe que me solicitó —soltó Blanca Luz y entregó a Perón una carpeta—. ¡Trabajan horas sin descanso para ganar 15 pesos! —exclamó sin tapujos. Acompañaba su voz con un movimiento enérgico en las manos—. Esa miseria no alcanza para mantener a la familia. Los tamberos se enferman de tuberculosis por ordeñar a la intemperie y los tambos están llenos de bosta. ¡Pero a estos señores no les importa nada!

En ese instante entró Eva, apoyó la bandeja sobre la mesa y entregó a cada uno su pocillo. Blanca no la miró ni dijo gracias.

—¿De dónde salió esto? —preguntó Juan Filomeno Velazco, el jefe de Policía ubicado a su derecha, cuyo machismo no soportaba que las narices de las mujeres se metieran en cuestiones políticas.

—Le pedí a Blanca que se encargara de estudiar la situación —contestó Perón de manera tajante, haciéndose cargo del asunto.

—Lo que sucede no es producto de mi imaginación —intervino ella mirando a Velazco de frente—. Hace meses que venimos trabajando, haciendo reconocimientos y encuestas. Les aseguro que todo lo que dice ahí —señaló el informe— está basado en hechos, no en interpretaciones.

Se hizo un silencio incómodo. Perón tenía los codos sobre el sillón, las palmas unidas a la altura del pecho; la miraba serio, deslizando un rayo de admiración. Eva se había sentado enfrente y lo observaba.

—Señores —inició de pronto él—, es hora de que la tierra no sea más un bien de renta, el lujo de los estancieros que la heredan y se pavonean con orgullo sin ningún compromiso mientras los peones se mueren de hambre. Esto se tiene que acabar.

—¿Y qué se le ocurre, mi coronel, para combatir tantos años de injusticias? —preguntó otro oficial del grupo con un dejo de timidez.

—Se me ocurre lo de *Fierro*, mi amigo. Ya es hora de que no tenga «el gaucho que aguantar hasta que se lo trague el hoyo»... Es tiempo de que «venga algún criollo en esta tierra a mandar».

Afuera se oyó un trueno. Eva se sobresaltó; Blanca seguía erguida,

inmutable.

—Voy a redactar un Estatuto del Peón que regule la vida del trabajador rural en todo el país —concluyó Perón—. Incluiré descansos diarios y semanales, prestaciones de alojamiento, alimentación abundante en lugares limpios, lejos de los animales y de la bosta —miró a Blanca con un gesto cómplice—, quiero que les den ropa y calzado para proteger a los obreros de la lluvia, y además voy a armar una tabla de salarios que detalle la retribución justa, la obligación de asistencia médica y farmacéutica, vacaciones pagas e indemnización por despido injustificado.

Los presentes quedaron perplejos y no hablaron más. Algunos, como Velazco, pensaron: «Te van a matar», pero nadie se atrevió a decirlo frente al coronel.

Para entonces, el poder de Perón dentro del Ejército estaba caliente. Ya habían disuelto el GOU, centro de debate peligroso por esos días; sin embargo, dentro de las Fuerzas Armadas continuaba la polémica, en especial entre los nacionalistas más aguerridos y los hombres de la Marina de Guerra.

La actividad del coronel crecía a pasos agigantados en los sindicatos. Con lenguaje directo hablaba en actos de gobierno y en asambleas obreras acerca de una población trabajadora que debían proteger, de la unidad del pueblo y el Ejército basada en la justicia social. Era un militar autoritario, pero su acento templado y, sobre todo, su ambición democratizadora, lo ponían cerca de la gente.

La Secretaría de Trabajo y Previsión era un torbellino, y la alteración de los movimientos de izquierda y de los liberales, dentro y fuera del Ejército, también. Al igual que los norteamericanos, tildaban a Perón y a sus secuaces de fascistas. Sin embargo, él seguía con sus planes y enfrentaba con decisión tanto los conflictos políticos como los gremiales. Su habilidad terminaba seduciendo a los dirigentes sindicales y a menudo lograba persuadirlos para que levantaran huelgas. Pero, además, tenía la audacia de comprender sus demandas y actuar en consecuencia para apoyarlos. Como jefe de la Secretaría, hacía cumplir leyes que hasta el momento no se habían cumplido nunca, era un aliado de los trabajadores y así, reforzaba la alianza con los gremios y la adoración de una clase obrera que hasta entonces había estado sometida.

La alta burguesía, que deseaba volver a tomar las riendas del gobierno,

veía con estupor la condescendencia del vicepresidente con los humildes. Y como Perón sabía que debía consolidar alianzas con políticos liberales y radicales, les garantizó el control estatal de los sindicatos. Para calmar los ánimos de la clase media, se declaraba enemigo de la izquierda y del comunismo, y proponía tutelar el sector obrero reconociendo a los gremios que se ajustaran a sus postulados, y cerrando el paso a quienes estuvieran en la vereda de enfrente.

«...Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina. Y he aprendido que la disciplina tiene una base fundamental: la justicia. Y que nadie conserva ni impone la disciplina si no ha impuesto primero la justicia», decía a viva voz, desplegando el arte de su magnetismo en cada reunión, asamblea o programa radial donde se hacía presente.

Pero los grandes empresarios, los terratenientes, ninguno creía en su compromiso ni en su palabra. Detrás de esos modos gentiles —pensaban al borde del colapso—, el coronel no sólo apuntaba contra el marxismo, de igual modo lo haría contra el orden económico y social del país. Es decir: contra ellos.

* * *

Entre tanto, en mayo de 1944 la Secretaría de Trabajo y Previsión había decidido reconocer a la Asociación Radial Argentina, presidida por Eva Duarte, como entidad representativa gremial «para que en las cuestiones de trabajo peticione en nombre de sus representados ante las autoridades nacionales».

El influjo de Eva sobre el coronel crecía al ritmo de sus pasiones. Y la ayuda que la joven prestaba al proyecto revolucionario de su amante se plasmaba en la cadena sonora más escuchada. Por las mañanas, la voz de Eva se alzaba en el programa *Hacia un futuro mejor*, de Radio Belgrano, la principal vocera de la tarea desarrollada por Perón. Con un telón musical vibrante, las trompetas acompañaban la proclama de Eva que, casi como una revelación, se metía directamente en los hogares:

«Soy una mujer de vosotras, madres, esposas, novias o hermanas (...) De mí salió el hijo que está en los cuarteles, o el obrero que forja una Argentina nueva, en tierra, mar y aire. Veo las gentes moverse y esa gran

ciudad de sangre y carne, que es un pueblo, echarse a un camino, bajo la conducción de los nuevos y vigorosos líderes de la Revolución que ha llegado al recinto inviolable del alma (...) Marchan ya (...) marchan hacia un futuro mejor! (...) ¡Trabajo y fe hablan ahora! (...) Debéis oírme, amigas. Quiero deciros algo (...) los hombres de este movimiento nacional no nacieron en cuna de oro (...) ¡Son soldados del pueblo!»

Francisco Muñoz Azpiri, el libretista del ciclo, resaltaba la fraternidad de Perón como «un soldado de los nuestros, sencillo, afable, sonriente y ágil», a quienes todos aplaudían y veneraban.

Por entonces, no se hablaba de fórmulas ni tampoco se aludía al coronel como candidato a presidente. No obstante, el programa cimentaba la imagen de Perón como el único salvador de su pueblo.

Ya se estaba gestando la base de algo grande. Y aunque Juan Domingo Perón lo preparaba a conciencia, Eva Duarte ni siquiera podía imaginarlo.

* * *

A pesar de los desacuerdos que se hicieron oír por esos meses, el 8 de octubre de aquel año, el día del cumpleaños de Perón, se sancionó por decreto el Estatuto del Peón de Campo, que protegía al trabajador rural y enfrentaba décadas de dominio terrateniente, llevándose puestas las leyes del patrón feudal.

El 17 de noviembre, un día anterior a su puesta en vigencia, Perón dio una conferencia de prensa en la cual dejó bien clara su postura:

«La situación del peón en el país es de extraordinario desmedro para los hombres que trabajan en el campo. La Constitución del '53 abolió la esclavitud, pero lo hizo teóricamente, porque no es menor la esclavitud de un hombre que en el año '44 trabajaba para ganar 12, 15 o 30 pesos por mes. Y esa es la situación del peón. Se encuentra en una situación peor que la del esclavo, porque a este el amo tenía la obligación de guardarlo cuando viejo, hasta que se muriera; en cambio al peón, cuando está viejo e inservible le da un chirlo como al mancarrón para que se muera en el campo o en el camino (...) Hemos establecido la necesidad de que al peón, si se le da comida y casa, se le da buena casa y buena comida, y se le pague un salario relativamente digno para que pueda vivir y tener familia (...)

Que los patronos llamen a sus hombres y se pongan de acuerdo (...) Estoy seguro de que muchos de esos señores que no quieren aumentar 10, 20 o 30 pesos a un peón, tienen aquí 8 sirvientes, de las cuales no necesitan más que dos o una, y a quienes pagan más que al hombre que les está extrayendo las riquezas de sus campos. (...) La tierra no puede ser ya un bien de renta en nuestro país, el que tiene tierra tiene que sacarle el jugo, porque ella es la riqueza del Estado (...)).

El hombre que había pasado su infancia en los campos del Sur, que había sido criado en medio de la mateada de los gauchos, ahora imponía sus leyes a los amos del campo, quienes —según decía— eran los verdaderos mezquinos y los únicos responsables de la pobreza de su gente.

«Se ha pretendido hacer creer al pueblo que esa logia funesta de demagogos representaba la clase dirigente del país y que, como tal, estaba formada por sabios, por ricos y por buenos. Hay que observar que los sabios rara vez han sido ricos, y los ricos rara vez han sido buenos», señalaba con una dialéctica inteligente y persuasiva.

En sus discursos, alzaba el clamor de una revolución social contra las políticas imperialistas, poniendo el foco en la necesidad de proteger a los obreros de aquellos que vivían de su trabajo. Y de esa forma, los enamoraba cada vez más.

La izquierda y las propias filas liberales, que no lograban definir con exactitud el costado ideológico de Perón, sospechaban de sus planes. Y a poco comenzaron a tildarlo de fascista; para otros, directamente se trataba de un nazi.

No obstante, a finales de 1944, Perón ya era conocido entre la masa como «el coronel del pueblo».

Las cartas estaban echadas. Sólo faltaba algo de tiempo.

XIII

En febrero de 1945, la revista *Sintonía* dedicó dos páginas a Eva Duarte anunciando su inminente participación como figura estelar en la película *La pródiga*. La nota afirmaba que la bella actriz era descendiente de vasco-franceses, que hablaba tres idiomas, admiraba la cultura, adoraba las pieles y los perfumes, y detestaba las alhajas. Todas mentiras, salvo su gusto por los cueros y las fragancias.

Mientras las publicaciones artísticas de la época llenaban páginas adulando a Eva —elegante, temperamental, culta, solidaria—, en México se daba la «Conferencia Interamericana Especial sobre Problemas de Guerra y Paz», promovida por Washington. Argentina decidió no asistir, pero el presidente Farrell dictó un decreto-ley que aseguraba su adhesión al Acta final, declarando el estado de guerra entre Argentina y Japón, y la guerra a Alemania por carácter transitivo. De esta forma, se daba un giro completo a las políticas que hasta entonces venían sosteniendo la neutralidad del país respecto del conflicto mundial. Como consecuencia de ello, se puso fin al intercambio comercial con los países del Eje, se clausuraron publicaciones pro nazis y se intervinieron algunas empresas alemanas. No obstante, a esa altura, la declaración de guerra contra Alemania se tornaba una cuestión formal.

En mayo, tras la muerte del presidente Roosevelt, los Estados Unidos designaron nuevo embajador norteamericano en el país. Aterrizó Spruille Braden, un hombre de mediana edad cuya familia detentaba la minera más importante de Chile. Braden anunciaba una misión diplomática tendiente a proteger los legítimos derechos de la región. Pero el informe que envió días más tarde a la Casa Blanca, delataba otras intenciones.

«Si bien la eliminación de Perón y los militares sería un gran paso adelante, la seguridad de Estados Unidos, y consecuentemente la de Gran Bretaña, no quedará protegida hasta que los últimos vestigios de los malignos principios y métodos que el existente gobierno representa y practica hayan sido extirpados, y exista una democracia efectiva en la Argentina», decía el comunicado interno.

Quizás por su cuerpo fornido, el vientre grande y una excedida papada bajo el rostro, solían apodarlo el «Búfalo»; para quienes desconfiaban de sus buenas intenciones, era tan sólo un cerdo.

En realidad, Braden pisaba suelo argentino para controlar las inversiones que podían surgir como consecuencia del final de la guerra, y así asegurarse la hegemonía de los Estados Unidos en el continente. Por eso, el coronel Perón encarnaba al enemigo que podía frustrar sus planes.

—Imagino que se encargará usted de realizar las gestiones necesarias para que su país dé cumplimiento a lo acordado con relación al envío de equipamiento militar —lo asaltó el vicepresidente Perón en la primera reunión que mantuvieron.

El embajador fingió un gesto amable y luego arremetió con advertencia:

—Ustedes tienen una prensa y una opinión pública extremadamente malas en el exterior. Primero van a tener que hacer algo en ese sentido.

—No se preocupe —cerró el coronel—, estamos acostumbrados a modificar el concepto que los demás tienen de nosotros —sonrió. Le estrechó la mano para despedirlo y avanzó hasta la puerta con el fin de dar por terminada la reunión.

La segunda vez que se vieron, Braden le informó a Perón que los norteamericanos habían decidido no enviar lo prometido, debido al incumplimiento argentino de las obligaciones impuestas por la Conferencia de Chapultepec. Sin embargo, el coronel advirtió de inmediato que la cancelación de los embarques había sido orquestada por el embajador.

—Ahora, si usted transfiere las empresas alemanas de su nación a las compañías de la nuestra —continuó Braden—, intercederé ante el Departamento de Estado para hablarles de su persona, de su buen gesto, y los instaré a revisar la medida. ¿Qué me dice? —inclinó la cabeza en un movimiento que aumentaba su papada y dejaba en evidencia el intento de extorsión.

Perón, sentado en su escritorio con las manos enlazadas a la altura del mentón, fijó la vista en los ojos de su adversario. Segundos después, el tono afable que había mantenido cambió.

—A ese precio —dijo con voz contundente— prefiero ser el más oscuro y desconocido de los argentinos. No quiero llegar a ser popular en ninguna parte por haber sido un hijo de puta en mi país.

Había plantado su bandera; la batalla estaba decretada.

Desde las oficinas del Banco de Boston, el «Búfalo» organizó su *lobby* para amalgamar el enfrentamiento contra Perón. La Unión Cívica Radical, los partidos Comunista, Socialista, Demócrata Progresista, la Sociedad Rural, La Unión Industrial, sindicatos opositores, clases medias y altas, más los sectores duros de las Fuerzas Armadas, todos, conformaron el bloque que luego terminaría llamándose Unión Democrática, y resultaron aliados del embajador del norte. De esa forma, Braden lideró el primer movimiento antiperonista. Entonces se abrió una grieta que delineaba dos bandos: Braden o Perón.

Con la victoria de los aliados, la guerra que había finalizado fue proclamada como el triunfo del mundo sobre un enemigo en común: el nazi-fascismo. Y para muchos, el vicepresidente argentino era considerado un nazi, aunque también era tildado de marxista. La figura del «coronel del pueblo» resultaba tan original, seductora y enigmática, que la oposición lo ubicaba en ideologías contrarias al mismo tiempo.

Para mediados de año, apareció en los diarios un «Manifiesto del Comercio y la Industria» en donde los empresarios se quejaban de las disposiciones favorables a los trabajadores, que eran de imposible cumplimiento. Pero además, generarían inflación. La Sociedad Rural hizo lo propio defendiendo la libertad económica. Perón no tardó en responderles: «Los firmantes representan a la oligarquía que ha manejado el país. El aumento de salarios impuesto por la Secretaría de Trabajo y Previsión es un acto de justicia distributiva».

Mientras tanto, Braden, obstinado con derrocar al gobierno a cualquier costo, arremetía con discursos que apuntaban a una «cruzada libertadora» para erradicarlo.

* * *

A pesar del frío del invierno, por esos días casi cien mil almas se concentraron frente al despacho de Perón. A viva voz, el representante de la CGT abrió el acto contra los liberales: «No basta con hablar de democracia. Una democracia defendida por los capitalistas reaccionarios no la queremos; una democracia que sea un retorno a la oligarquía, no la auspiciamos».

Los obreros alzaron sus brazos agitando los carteles y ovacionaron al orador. Sobre las cabezas de esa masa de hombres alterados, podía leerse:

NI NAZIS, NI FASCISTAS. ¡PERONISTAS!

MUERTE AL CHANCHO BRADEN.

«¡Perón presidente!», se escuchó de pronto el coro de la multitud.

Mientras tanto, Blanca Luz Brum seguía haciendo de las suyas. Con motivo de un accidente sucedido en la minera Braden Cooper Company —de la familia del «Búfalo»—, que había ocasionado la muerte de cientos de trabajadores chilenos, organizó un acto contra el embajador del norte y aprovechó la ocasión para responsabilizarlo de la tragedia.

«Hoy, hermanos, es fecha patria en mi Uruguay natal. Pero los uruguayos, igual que los argentinos, al igual que toda nuestra Indo-Afro-América, llora la masacre de los mineros chilenos a manos del imperialismo norteamericano. Hoy, sin embargo, no vengo a llorar, vengo a exigir justicia».

El público vibró con el énfasis de sus palabras, la ovacionaron; la adoraban. Parada sobre el escenario, con ropas ajustadas, el pelo recogido y la mirada tensa, parecía una heroína de los mitos griegos. Perón la saludó con un abrazo y le estampó su sonrisa en la mejilla. Eva apenas la miró de reojo.

Al día siguiente, en los pasillos de la radio, escuchó que alguien hablaba acerca de un libro que Blanca había publicado en mayo de aquel año: *21 poetas 21 pueblos*. De inmediato pidió que se lo trajeran. Apenas lo tuvo en su poder, agrandó los párpados, incrédula. Además de cautivar con su belleza y esa dialéctica inteligente, con sus bríos de conquistadora, lo hacía también con rimas y poesía.

Por la tarde, en uno de los intervalos del radioteatro, se fue hasta un bar para estar sola. Quería curiosear el texto, investigarla. Pidió un té y se decidió. Abrió la tapa roja y comenzó a leer. El prólogo hablaba de la situación en Europa y la comparaba con América, a la que llamaba «hija predilecta de la vida». Pero uno de los párrafos captó más la atención de Eva:

No es por casualidad que este mensaje de América al mundo parta desde el corazón de uno de los pueblos más vigorosos del universo: Argentina. Por sobre todas las suspicacias internacionales, nace aquí junto al grano de trigo el Prometeo desencadenado de un Mundo Nuevo.

En la mitología griega, Prometeo había sido el gran benefactor de la

humanidad, el titán amigo de los mortales que había robado a los dioses el fuego sagrado del conocimiento para entregárselo a los hombres.

Si bien el texto no lo nombraba directamente, era evidente que al hablar de Prometeo estaba haciendo alusión a Perón. Blanca Luz lo mencionaba sin citarlo, con osadía, como desafiando al mundo entero a través de su prosa. Todo en ella era sugestión, riesgo e incógnita.

Eva se dio cuenta al instante y se le cortó el aliento. Apoyó el libro sobre la mesa y quedó en silencio, con la mirada baja. Sus sospechas habían tomado forma allí, en esas líneas sutiles e indirectas dedicadas a Juan. Algo los unía, algo que ella no sabía y, sin embargo, podía respirarse en el aire, a través del trato íntimo, la confianza exagerada y el afecto. Debía averiguar. Cortarle la cabeza de cuajo. De lo contrario, la Brum se la devoraría en pedacitos.

Esa noche, volvió a su departamento extenuada. Había pasado el día entero trabajando, luego había parado en un café para leerse los poemas de su enemiga, y ahora preparaba la cena intentando que no se le notara el fastidio.

Juan la esperaba en el living. En silencio. Ella se asomó y lo observó desde la puerta de la cocina. Permanecía inmóvil en el sofá. Parecía una estatua antigua; la mirada perdida, la mente en algún lugar inalcanzable. ¿Estaría pensando en ella? La había saludado con un abrazo, como de costumbre; no obstante, lo percibió lejos. Y se preocupó.

—¿Qué pasa, Juan? —se acercó hasta él y le apoyó una mano sobre el hombro.

El coronel escuchó su voz y, en ese instante, pareció regresar de un viaje imaginario. Levantó la cabeza, la miró: el cabello suelto, desordenado, como le gustaba. Le sonrió a medias, sin mostrar los dientes, e hizo señas para que se sentara a su lado.

—Si la Revolución Francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la Rusa terminará con el gobierno de las burguesías —inició emulando parte del discurso que tenía pensado dar en el Colegio Militar para calmar el ánimo de sus camaradas.

—No entiendo, Juan. Explicame con palabras más sencillas —le pidió.

—Este yanqui pretende derrocarnos —siguió—. Pero si logramos que las masas populares nos apoyen, tendrá que volver a su casa con el rabo entre las patas.

Eva suspiró aliviada al comprobar que sus tribulaciones no tenían que ver

con otra mujer, sino con el alboroto que vivía su gobierno por la presencia de Braden.

—No le des el gusto a ese hijo de puta —le pidió con un ímpetu novedoso.

—No voy a entregar el país, chinita —la acarició él—. Quedate tranquila. Mañana me junto con Farrell para organizarnos. De ser necesario, seguiremos luchando contra el diablo. Porque ellos son el diablo —levantó el dedo índice—: Recordalo siempre.

Eva lo miró con admiración. Sentía que su corazón explotaba de orgullo por ese hombre valiente que apostaba al juego de la vida con honor. Se inclinó sobre él y lo besó. Primero con suavidad para relajarlo; luego con la pasión que desbordaba de su cuerpo cuando lo tenía cerca. A Juan, las caricias de ella le aliviaban el rigor de su cabeza, pero su sexo lo ayudaba a liberar las tensiones que se metían por los poros hasta contraer la emoción. Él sabía que Eva poseía la clave para calmarlo o herirlo. A esa altura, y a pesar de los celos que sentía por Blanca Luz y por cualquier otra que se cruzara en su camino, ella también se había dado cuenta de su poder, ese poder que doblega al varón cuando enloquece por una mujer. Y aquella era una ocasión para ponerlo a prueba. Debía serenarlo. Los demás, los oligarcas que seguían al «Búfalo» deforme, pretendían sacarlo del camino, quitarle la conducción de un pueblo que lo adoraba. Pero ella no los dejaría. Lucharía dentro y fuera de la cama por su amante. Y llevaría su bandera donde fuere necesario. Ardía por él, por Perón, su redentor. Lo amaba, lo deseaba y lo protegería. Incluso hasta la muerte.

Al día siguiente, el coronel se reunió con el presidente en su despacho. Habló sin preámbulos, directo al grano.

—Necesitamos movilizarnos de manera pacífica. Ya pasamos las primeras dos etapas de la revolución: la económica y la social. Ahora nos queda la política.

—¿A qué se refiere?

—Es imposible que las conquistas sociales puedan mantenerse sin un partido político popular que las organice. No seamos ingenuos, mi general, van por mi cabeza y la de todo su gobierno.

—Ya hemos anunciado elecciones para fin de año y la intención de no exponer a las fuerzas a la crítica del fraude —replicó Farrell con su característico gesto adusto.

—A los norteamericanos no les importan nuestras elecciones, mi general —abrió los brazos. Farrell asintió.

—¿Usted realmente cree que sólo el embajador de los Estados Unidos puede derrocarlos?

—El problema es que no está solo, mi general. Sabemos que cuenta con el apoyo de empresarios, jefes políticos y sectores del Ejército. Los de la Marina envidian mis cargos, mi protagonismo, y apuntan a mi relación con Eva Duarte. La odian. Parece que les molestara que me guste una mujer —señaló irónico.

Con una mueca que parecía una sonrisa, Farrell intentó persuadirlo para que dejara de preocuparse por eso.

—¡Habladurías! —dijo—. Lo importante ahora es convencer a los nuestros. Y si es necesario, movilizarlos.

Perón se tomó la frente, negó con la cabeza.

—No podemos doblegarnos, mi general. Pero si no hacemos la revolución pacífica, el pueblo hará la revolución violenta. Y las calles se llenarán de sangre.

—Organice la reunión en el Colegio y hable con nuestros camaradas. Busquemos apoyo en la familia —cerró el presidente aludiendo al Ejército.

Perón obedeció. Dialogó con su gente, dejó claro de qué lado estaba y cuáles serían las consecuencias para quienes decidieran salirse del camino. A pesar de eso, muchos de sus colegas oficiales ya habían dado su palabra al otro bando. Y no tenían pensado echarse atrás.

A poco, se produjo un anuncio desconcertante: Braden había sido designado como secretario adjunto de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, y debía marcharse a su país.

Sus seguidores organizaron un almuerzo en el Plaza Hotel para homenajearlo. Acudieron más de ochocientas personas y varios periodistas tomaron nota de su despedida. Una vez más, el «Búfalo» mostró sus virtudes oratorias en un discurso que se llevó muchos aplausos. En medio de abrazos y muestras de adhesión, habló de los regímenes fascistas, contó anécdotas graciosas que provocaron la risa de sus admiradores y al final, lanzó una amenaza que parecía apuntar a un pronombre indefinido, pero en realidad se dirigía a Perón: «...Que nadie imagine que mi traslado a Washington significará el abandono de la tarea que estoy desempeñando».

El público estalló en una ovación. Al día siguiente, los diarios reflejaron el apoyo del pueblo argentino al embajador del norte que estaba a punto de partir. Misión cumplida.

Como consecuencia de ello, en una manifestación insólita que hasta el momento no tenía precedentes, el 19 de septiembre los dirigentes comunistas marcharon junto a las damas de la alta sociedad contra el gobierno militar bajo una misma consigna: *Votos sí, botas no*.

El gremio del transporte —leal a Perón— había decretado un paro. No obstante, casi trescientas mil personas que adherían a los postulados de la Sociedad Rural y de los Estados Unidos representado por Braden, salieron a las calles con una proclama: libertad. Para ellos, Farrell era uno más de los gobiernos fascistas que recientemente habían claudicado en Europa. Pero en rigor, aquella manifestación anticipaba el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas. Nada más.

Mientras tanto, para las fuerzas de Campo de Mayo, el vicepresidente había cruzado todos los límites. No sólo había otorgado excesivos derechos sociales a la clase obrera; además, era sabido que le concedía opinión a Eva Duarte. Por un lado la revolución estaba perdiendo su jerarquía y por otro, la Nación no podía caer en manos de una mujer. Menos aún, de *esa* mujer.

—Te mandaron a apretarme —concluyó Perón levantando las cejas al escuchar semejante estupidez.

El antiguo agregado militar argentino en Roma, el general Virgilio Zucal, su amigo, lo miró con seriedad.

—Exigen que termines con esa relación, o te atengas a las consecuencias.

—Solamente a los cagones puede parecerles un defecto que a un hombre le guste una mujer —soltó sarcástico—. Quien sea pacato o pueril, que arme otra historia. Yo me quedo con esta.

—Es inaceptable que una familia de mala reputación termine siendo parte del gobierno. Te corresponde actuar como lo hiciste en Italia con la amiguita de mi secretaria: adiós y muchas gracias.

Perón tardó pocos segundos en recordar aquel día, la angustia de Giuliana y su propio dolor. Durante los meses que siguieron a su partida de Roma, lo perseguía la idea de haber abandonado no sólo a una jovencita, sino posiblemente a su hijo. Y así anduvo varias noches, en vela, preguntándose si aquel atraso de días de Giuliana había sido, en efecto, producto de un

embarazo. En esos momentos deseaba volver para buscarla. Pero la guerra estaba en pleno auge y sus obligaciones en la milicia, también. Luego de un tiempo se olvidó del asunto, como si una parte de su mente se hubiera adormecido para evitar sufrir. Y ahora el mensajero se lo recordaba, con el fin de instigarlo a repetir un acto del que sentía vergüenza. Un ímpetu que no pudo controlar lo levantó de la silla y lo dejó a centímetros del general, a punto de echársele al cuello. Por suerte se detuvo, con el semblante lleno de furia. Al borde de explotar, le dijo:

—Salí de mi despacho antes de que me arrepienta de tenerte respeto.

* * *

—No se va a detener. Hay que sacarlo del juego —sentenció el general Eduardo Ávalos, jefe de Campo de Mayo, quien había sido uno de los integrantes del GOU y conocía bien el carácter de Perón.

—No entiendo... —siguió otro—, si el puesto estaba destinado para su amigo Imbert.

—Es ella —acusó el general—, esa actriz de mierda que lo tiene loco. Primero designó a su hermano Juan como secretario privado de Perón, y luego esto. Oscar Nicolini es íntimo de los Duarte, por eso él lo nombró director de Correos y Telecomunicaciones. ¡Porque de esa dirección dependen todas las radios del país! Y así pretende seguir sugestionando al pueblo.

—¿Qué debemos hacer, mi general?

—No queda mucho más. Ayer fui hasta su departamento para intentar que entrara en razones, pero estaba la Duarte. Perón ni siquiera le pidió que nos dejara solos. ¡Al contrario!, insistió para que se quedara en la reunión. Apenas saqué el tema de Nicolini, ella lo miró fijo. «No hay nada más que hablar, señores. Caso cerrado. Y piensen bien lo que van a hacer», dijo él al instante, antes de despedirnos.

—No podemos tolerar las injerencias de esa mujer en las gestiones de gobierno —soltó el teniente coronel Manuel Mora—. Nos organizamos para...

—No —interrumpió Ávalos—. Primero voy a hablar con Farrell.

—No tenemos mucho tiempo, mi general —siguió Mora—. Se están movilizand. Ellos disponen de tropas leales para neutralizarnos. Los de la Tercera División pueden llegar desde Paraná y la aviación ya está en el aeródromo de emergencia de Morón. Pueden reducirnos en un par de horas.

—Pero eso depende de la decisión del presidente. Voy a reunirme con él. Aceptó venir esta tarde para acá. No va a poder negarse a nuestro pedido — cerró Ávalos con determinación.

El 9 de octubre de 1945, el jefe de Campo de Mayo y el ministro del Interior, Hortensio Quijano, pidieron a Farrell la renuncia de Perón a todos sus cargos. Presionado y sin encontrar alternativa posible, el presidente aceptó.

Una comitiva fue directamente al Ministerio; debían informarle a Perón la decisión de Farrell. Apenas llegaron, él los esperaba previendo la noticia. Al verlos achicó la mirada y no los dejó hablar. «Díganle al jefe de operaciones que detenga todo movimiento de tropas —ordenó a su gente—. Y tráiganme un papel para escribir mi renuncia».

Excelentísimo señor presidente de la Nación: renuncio a los cargos de vicepresidente, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión con que vuestra excelencia se ha servido honrarme.

«Se las entrego manuscrita —dijo categórico— para que vean que no me ha temblado el pulso. Y además, para que sean testigos de que no he mandado sacrificar ni una sola vida en el holocausto de la irreflexión o el apasionamiento que ustedes están liderando».

Quedaba claro que, para Perón, el resguardo de su nombre no implicaba convertirse en carnicero del pueblo.

* * *

Esa noche llegó tarde al departamento de la calle Posadas. La jornada se había extendido hasta altas horas y no había comido en todo el día. Entró despacio, cansado; en algún lugar de su mente estaba afligido. Eva dormía. Fue hasta la cocina, llenó una copa redonda con coñac y la mantuvo en la cuenca de las manos durante varios minutos para calentarla; el coñac tibio era más sabroso. Dio unas vueltas por el living; estaba a oscuras, sin ruido. El silencio había sido —desde siempre— su gran compañero de aventuras. La pampa y el Sur estaban llenos de silencio. Y su alma también. Se sentó en el sofá. Encendió un cigarrillo. Fumar y beber lo relajaban.

«Esto fue idea del tanito de Villa María, que se las ingenió para embaucar al boludo de Ávalos y hacerme la revolución», pensó. Se refería a Amadeo Sabattini, el político radical que había gobernado la provincia de Córdoba hasta 1940, y ahora quería destituir a Perón cuanto antes para formar un nuevo Gabinete con el respaldo de la UCR. Lo habían traicionado. «Es el fin», dijo en voz alta.

En ese instante apareció ella. El camisón de seda rojo llegaba al piso. Los cabellos sobre los hombros y un andar distraído le daban el aire de inocencia que no tenía. A esa altura él ya lo sabía bien.

—¿Qué pasó, Juan? —se ubicó a su lado.

—Les firmé la renuncia, negrita.

—¿Cómo que les firmaste la renuncia? —le preguntó furiosa.

—¿Y qué querías que hiciera?

—¡Que resistieras! ¿Por qué les diste el gusto?

—Para que no se derramara ni una gota de sangre —se consoló Perón.

—¿Y los obreros? ¿Qué va a pasar con ellos? Porque vos y yo hacemos la valija y nos vamos adonde sea. ¿Pero ellos, qué? —lo increpó Eva.

—Mañana voy a dar un mensaje radial para explicarles, para despedirme...

—¡No, Juan! —él la miró sorprendido—. Por la radio, no. En persona, frente a la Secretaría. Para que no sólo te escuchen, que también te sientan cerca, que sepan que seguís fuerte y que no vas a abandonarlos.

—Pero quedé con Farrell que...

—¡A la mierda con Farrell y todos los milicos que no supieron hacerle frente a los conspiradores! —exclamó ella—. No bajas los brazos. Los trabajadores te van a estar esperando. No podés darles la espalda.

Perón observó la alteración en su rostro, las mejillas coloradas, la voz aguda, la agitación de sus manos que no paraban de moverse al ritmo de su discurso. De esa forma lo había subyugado en la asamblea por el terremoto de San Juan. Y ahora, con esa misma vehemencia, lo ponía contra las cuerdas para desafiarlo.

—Tenés razón —la abrazó de pronto—. Siempre tenés razón.

Al día siguiente, más de setenta mil obreros se concentraron en la esquina de la Secretaría de Trabajo y Previsión clamando por Perón. Llegada la tarde, tal como le había sugerido Eva, él se arrimó al balcón con los brazos en alto.

«...Calma, trabajadores, calma y tranquilidad. No entremos en el laberinto de la conspiración, porque poseemos la fuerza invencible de la verdad y de la razón. Estamos empeñados en una batalla que ganaremos, porque el mundo marcha en esa dirección. Hay que tener fe en esa lucha y en ese futuro. Venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos».

La masa lo ovacionó; algunos gritaban: «¡Perón no se rinde!»; «¡Perón presidente!»; otros, en cambio, no podían hablar porque estaban llorando.

Perón los saludaba, intentaba tranquilizarlos, darles ánimo, esperanzas, pero también les dejaba claro que debían estar preparados para luchar por su retorno. Y antes de despedirse, les confió otro incentivo para que no lo olvidaran, como una más de sus tácticas para que los sindicatos presionaran al gobierno: «Dejo firmado un decreto de aumento de sueldos y salarios, que implanta el *salario móvil, vital y básico*».

Mientras Eduardo Ávalos era nombrado ministro de Guerra, Domingo Mercante organizaba una reunión secreta para que Perón pudiera hablar directamente con los dirigentes sindicales autónomos que le daban apoyo. En aquel momento y sin evasivas, le garantizaron que pondrían a toda su gente en la calle para defenderlo. Esa era la única opción que le quedaba, y sería su única arma de combate.

Sin embargo, las amenazas de muerte llegaron a los oídos de Perón a tiempo para que lograra huir. Eva, que había escuchado todo, estaba en un ataque de nervios.

—¡Los hijos de puta que te traicionaron te van a matar!

—¡Calmate, chinita! —intentaba tranquilizarla él—. Ya tengo todo arreglado: esta madrugada nos vamos a la estancia de un abogado amigo, en San Nicolás. Allá no van a poder encontrarme.

Domingo Mercante escoltó a la pareja que partió del departamento de Posadas con Juancito —el hermano de Eva— y Eugenio Freude, hijo de un magnate pro nazi. En la Avenida General Paz cambiaron de rumbo y se dirigieron hasta una quinta en Don Torcuato. Luego de pasar la noche allí, se fueron solos a la casa de Freude en el Tigre. «Cuidate, Juancito», fueron las palabras de ella al despedirse de su hermano. Pero la policía llegó a tiempo para detenerlo y averiguar el paradero del cuñado.

La tranquilidad tampoco duró mucho para la pareja; al día siguiente se

presentó en el paraje del Tigre una delegación encabezada por el coronel Aristóbulo Mittelbach, jefe de la Policía y amigo de Perón, para adelantarle que sería detenido y alojado en un buque de la Armada. Perón se negó rotundamente pues no quería salir de la jurisdicción del Ejército: «Sólo aceptaré que me trasladen a mi departamento de Posadas y esperaré ahí la decisión del presidente. Si he cometido algún delito, prefiero que me manden a Villa Devoto». Sus colegas acataron el pedido y regresaron con él a Buenos Aires.

* * *

Sábado 13 de octubre, cerca de la medianoche

Llegaron al departamento junto a Domingo Mercante y otros dos oficiales. Las persianas estaban bajas, las cortinas cerradas; ellos, atentos a cualquier ruido. Perón sabía que muchos querían verlo muerto, por eso temía un atentado ante el menor descuido. Si bien la posibilidad de que lo mataran era cuestión natural para un hombre criado en la milicia, a Juan le preocupaba la seguridad de Eva. Desde que había aparecido en su vida, desde el instante en que aceptó salirse del festival para acompañarlo, desde la primera vez que vio su espalda desnuda, ese perfil recortado a contraluz que lo dejó mudo y sin fuerzas, supo que ella encarnaría el misterio más hondo de sus pasiones, y que sería imposible renunciar a descubrirlo, como había hecho tantas veces para evitar la imprudencia. Con ella se había apartado del camino. Era la mujer más incorrecta, la que todos señalaban: por su origen incierto, por su profesión, por su desparpajo, por su temple e, incluso, por su belleza. Para la sociedad de la época, para la cripta militar, una mujer tan hermosa resultaba un pecado, la lujuria profana de los hombres débiles. Y si además tenía la osadía de la palabra traviesa, de ponerse a fisgonear en asuntos de caballeros o, peor aún, en asuntos de gobierno, podría convertirse en una tragedia.

Afuera llovía.

Eva lloraba.

Recostada en su habitación, sobre la almohada de él, los restos de fragancia de sus cabellos engominados se metían por su nariz llenando los pulmones de más angustia. Justo ahora que había encontrado a un hombre que la reconocía, que la adoraba sin objetar sus raíces, que le daba un hogar donde

reír; el destino quería arrancárselo sin piedad, como un felino hambriento que hinca sus garras sobre otro animal para saquearle la presa que intenta devorarse.

«¡No! ¡No! ¡No!», lanzó con voz herida, mientras golpeaba llena de impotencia el colchón. De pronto, se sobresaltó al escuchar ruidos provenientes de la puerta de entrada. Miró el reloj: la una. Levantó la cabeza, agudizó el oído y dejó de respirar.

—Buenos noches, coronel —dijo una voz seca e hizo la venia propia de los castrenses—, tengo instrucciones del presidente Farrell para detenerlo.

Era el coronel Héctor D'Andrea, subjefe de Policía.

—Solicité ser recluso en prisiones militares —siguió Perón con tono mesurado.

—Lo siento, eso no es posible.

—¿Adónde me llevan?

—Será embarcado para la isla Martín García. Le ruego que me acompañe.

Eva saltó de la cama y apareció en la sala con las pupilas rojas y marcas de delineador negro sobre las mejillas.

—¿Qué pasa, Juan?

—Me mandan a Martín García, chinita —le contestó con una mezcla de aplomo e impotencia.

—¡No! —lo aferró del brazo—. ¡No te vayas! ¡No me dejes, Juan!

—Coronel, debemos cumplir la orden del presidente —intervino D'Andrea—. Usted puede acompañarnos hasta el puerto, teniente coronel —se dirigió a Mercante.

—¡No, Juan! Por favor... —le suplicaba Eva apretada a su brazo.

Él le tomó el rostro con las manos; esas manos ahuecadas que solían entibiar la copa de coñac, ahora intentaban serenar la desesperación de su mujer. —No tengas miedo —la abrazó y le habló al oído, sin que los demás pudieran escucharlo—. El primer día te dije que no te soltaría; ¿te acordás? —Ella movió la cabeza en señal de asentimiento—. Jamás faltó a mi palabra. Quedate tranquila y no te enfermes. Te prometo que voy a regresar.

Luego se acercó a Mercante: «Cuidame a Evita», le ordenó antes de partir.

Mientras los tres alcanzaban la salida, ella corrió tras él, pasó el umbral y volvió a tomarlo del brazo. Pero esta vez D'Andrea reaccionó al instante, la separó de un empujón y cerró la puerta del ascensor con rapidez. Eva gritó: «¡Hijo de puta!»; no obstante, nada se detuvo. El ascensor comenzó a bajar y ella vio alejarse al amor de su vida a través del hueco negro que dejaban las

hendidias de la puerta jaula. Aferrada a las rejas, en un intento por cambiar la crueldad del destino, gritó con desesperación al precipicio.

—¡Juaaaaan!

Pero sólo el eco de su voz llegó como respuesta a ese clamor urgente, que salía de un pecho devastado. El aire se llenó de silencio y el vacío la dejó quieta, en un pasillo oscuro, muerta de frío y de dolor.

Entonces se desplomó en el suelo, con un ataque de llanto que no pudo controlar.

Las fuerzas le dieron únicamente para cambiarse de ropa, no pudo corregirse el maquillaje ni componer su cabello. Así nomás, salió en medio de la noche a buscarla. Llegó agitada, seguía llorando.

La Muñoz abrió la puerta y ella se tiró a sus brazos.

—Me lo llevaron, Doña Elvira, me lo llevaron... —decía Eva sin consuelo.

—¿Adónde, hija?

—¡Preso! ¡Está preso! —temblaba.

—Ven, niña, entra que estás helada.

Fueron a la cocina, Elvira preparó un té, Eva se negó a tomar.

—No quiero, no puedo... —balbuceaba en un mar de lágrimas, negando con la cabeza gacha y los hombros caídos.

—Debes tranquilizarte y pensar, en lugar de llorar —dijo la mujer con tono más enfático.

—¿En qué quiere que piense? A mí me cancelaron todos los contratos de la radio y a él lo traicionaron, sus amigos lo traicionaron. Lo van a matar. Sin él no puedo pensar, no puedo, no puedo...

—¡Basta ya, Eva! —chilló la Muñoz. Y ella levantó los ojos para mirarla—. A esta altura no importa quiénes lo traicionaron. Deja de mortificarte por eso. Ahora debes concentrarte en lo urgente —Eva continuaba mirándola, sin comprender—. Dime una cosa: ¿quiénes quedan?

Se hizo un silencio prolongado.

—No entiendo... —contestó la joven vacilante.

—¿Quiénes apoyan a Perón?

Eva abrió los párpados. La pregunta la tomó por sorpresa y un fuego de ideas cruzó por su mente atormentada. De pronto, desvió la mirada hacia un punto fijo del aire. Algo nuevo apareció en sus ojos, un destello que no era

producto del llanto. Entonces dijo:

—El pueblo.

La mujer hizo una mueca de asentimiento.

—Vete a buscarlo, pues. Corre a buscar a quienes representan al pueblo. ¡A los gremios leales! Ellos te ayudarán para que esto no termine en tragedia. Pero debes darte prisa. No esperes más. Yo esperé sentada la noticia de una muerte; tú no puedes hacer lo mismo. ¡Vete ya, Eva! ¡Ya! —ordenó Elvira con un ímpetu que jamás había mostrado antes.

Era la desesperación de una mujer que había atravesado una situación parecida como espectadora inerte, como quien sueña una pesadilla sin poder modificarla por estar dormido, como una madre que ya conoce el final de un cuento atroz. Era el llamado de la experiencia, de una vida sufriente que había dejado marcas e intentaba evitar que un látigo parecido hiriese a quien ella adoraba.

Eva salió corriendo de ahí con el impulso que Elvira le había contagiado, con el mandato de su voz en la .

* * *

14 de octubre, bien temprano

Esperó a que se hiciera de mañana y buscó a Juan Atilio Bramuglia, el abogado de la Unión Ferroviaria: necesitaba su intervención profesional con el fin de presentar un hábeas corpus, entre tanto ponía en marcha su plan.

A pesar de su insistencia, y también de sus insultos, Bramuglia se negó al pedido de Eva porque temía que Perón se fugara del país y el pueblo terminara perdiendo a su líder. Con esa negativa, el abogado se ganó el odio de ella para siempre y su falta de perdón. Porque Eva jamás perdonaba a un traidor.

Domingo Mercante y el radical Román Subiza la esperaban en un automóvil negro. Eva entró hecha una furia y les contó lo sucedido. De inmediato vino una idea a su cabeza. Pidió que la llevaran hasta Rodríguez Peña 1533; sabía de memoria su dirección. Al llegar, saltó a la vereda y pegó el dedo al timbre del portero eléctrico. Una voz seca, inconfundible, tomó el auricular. «Soy Eva, abríme», respondió sin más.

La puerta dorada y negra se abrió a los pocos segundos. La mujer estaba ya vestida, con su peinado impecable y la mirada seria. Con un ademán

silencioso la invitó a pasar.

Subieron al departamento sin hablar. El ambiente estaba decorado en tonos grises, una alfombra estilo persa debajo de la mesa principal le daba el toque suntuoso al comedor. Sin saber por qué, de inmediato Eva imaginó a Juan tomando una copa de vino justo ahí. Blanca Luz interrumpió su fantasía al ofrecerle un café.

—Se lo llevaron —inició la joven.

—Ya lo sé —contestó sin vueltas la mujer.

—Necesito que me ayudes.

La espalda de Brum estaba erguida y los músculos del rostro no acusaron movimiento.

—Por favor, estoy desesperada —insistió Eva.

Blanca se alejó, buscó algo en el cajón de un escritorio y volvió con un folleto entre las manos: HUELGA GENERAL.

Eva la miró desconcertada.

—Ya empezamos a organizarnos —tocó el tema por primera vez—. Me contacté con varios periodistas y también con algunos del Ejército y la Policía. Hay uno, el teniente Ignacio Cialceta, que tiene nervio revolucionario y está dispuesto a todo. Pero no es suficiente.

—Vamos por los gremios. Yo te ayudo —siguió Eva con urgencia en la voz, recordando la propuesta de Doña Elvira.

Blanca Luz clavó sus pupilas verdes en ella. La expresión sugería desconfianza.

—En esta, vos y yo estamos del mismo lado —se adelantó Eva—. Debemos juntar fuerzas; de lo contrario, lo perdemos.

Habló en plural, como si Juan fuera de ambas, porque necesitaba mostrarse firme para convencerla. Y luego le extendió la mano para sellar un pacto que las uniera a pesar de sus enconos, como hacían los caballeros, que trabajaban por una causa común aunque se detestaran.

Brum la observó sin inmutarse. Eva parecía frágil. En cambio, de sus ojos salían chispas violentas, un fuego inquietante que pujaba por mantenerse vivo en un cuerpo inmaterial. Ese detalle debió haber sido contundente para que Blanca se decidiera. Entonces, alargó el brazo y apretó los dedos de Eva con una fuerza drástica que marcaba la coalición de dos mujeres con el mismo desafío: evitar la condena del hombre al que adoraban.

A los diez minutos, salieron del edificio con la cabeza cubierta para no ser vistas por alguna vigilancia que anduviera por ahí. Blanca suponía que los enemigos de Perón la estarían persiguiendo; debían ser cautelosas. Se subieron al coche; Mercante quedó mudo al verlas juntas, hablando, urdiendo, asintiendo como si fueran íntimas. «Vamos para San Cristóbal», ordenó Eva a Subiza, que estaba al mando del volante. Era el barrio donde se concentraban la mayoría de las sedes de los sindicatos.

Llegaron a un café repleto de muchachos gremialistas que discutían acaloradamente acerca de la huelga sin ponerse de acuerdo. Estaban parados, con las camisas arremangadas y las mejillas rojas. El aire, lleno de humo a cigarrillos. Ellas entraron corriendo, envueltas con lo irracional de la pasión en lugar de buenos argumentos.

—¿A qué le tienen miedo? —se acercó Blanca al grupo. Y las voces se callaron al instante. Los hombres no entendían qué hacían esas mujeres ahí.

—¡No hay tiempo que perder en discusiones estúpidas! —señaló Eva casi al unísono—. O sacan adelante el paro, o Perón se nos muere. ¡Porque estos hijos de puta lo van matar y ustedes se van a quedar sin privilegios! —su tono era enfático.

Algunos las vitorearon; otros, alzaron su grito de protesta:

—¡No! ¡Los sindicatos no debemos meternos en las cuestiones políticas del gobierno! Tenemos que unir fuerzas opositoras a las maniobras que atentan contra la libertad, la democracia y el progreso.

—¡Vos y todos los que opinan como vos, son más hijos de puta que los milicos que lo metieron preso! ¿Cómo carajo creés que Perón les consiguió los beneficios a ustedes? ¡Haciendo política! —contestó Eva enardecida.

—¡No les hagan caso! ¡No los escuchen! —siguió Blanca Luz con más énfasis—. Parece que a algunos les molesta que los obreros tengan derechos y privilegios. Eso los asusta.

—Los que se lo llevaron son aliados del capitalismo y la oligarquía —agregó Eva furiosa—. Pero nosotros no debemos enfrentarnos. Por el contrario, debemos unirnos más que nunca para combatirlos. Si no, ellos nos devorarán. Y ellos son el diablo —acotó recordando la frase de Perón—. Entonces el diablo habrá vencido para siempre.

Se escuchó una ovación, aplausos, silbidos, frases aisladas y confusión. Hacía calor, el lugar olía a transpiración.

Blanca y Eva eran las únicas mujeres que estaban ahí, sacudiendo sus agallas en medio del gentío varonil. Una, morocha, sugestiva, de piernas

largas y rasgos duros, a esa altura todo un personaje revolucionario de América; la otra, cabello rubio, cuerpo sutil, de voz aguda y mirada penetrante. Ambas, bravas e intransigentes; habían venido a desafiarlos, a imponerse sin admitir evasivas. Y lo lograron. Con las voces de estas dos agitadoras resonando en sus oídos, el 16 de octubre se reunió el Comité Central Confederal de la CGT en el local de la Unión Tranviaria de la calle Moreno al 2900. Luego de una extensa deliberación de casi diez horas, la votación resultó favorable a la huelga general en defensa de los derechos y conquistas obtenidas, dispuesta a partir de la cero hora del día 18. El texto no mencionaba a Perón, pero no hacía falta. La huelga se había gestado en su nombre.

El diario *La Época* se hizo eco de la urgencia y su página principal expresó:

«DESDE LA QUIACA HASTA TIERRA DEL FUEGO, Y DESDE EL ATLÁNTICO A LOS ANDES, SE PIDE, SE CLAMA Y SE EXIGE LA LIBERTAD DEL CORONEL PERÓN».

* * *

Mientras tanto, en la isla Martín García

El capitán Miguel Ángel Mazza, médico personal de Perón, que ya había ideado un plan con el coronel Franklin Lucero y Mercante, obtuvo permiso de la Marina para visitarlo en la prisión. Apenas lo vio, en medio de un abrazo, le habló cerca del oído: «El frente militar está dividido y Ávalos no tiene el apoyo necesario. La CGT prepara una movilización para pedir su libertad. No se deje tocar por nadie».

Advertido del plan, Perón no permitió que ningún médico lo examinara. Como era su costumbre, hasta el momento había pasado horas escribiendo; ahora se dedicaría a esperar su liberación en calma. Entregó algunas cartas a Mazza para que las llevara a destino. Una para Ávalos, solicitando su traslado a Buenos Aires por razones de salud; otra para Mercante, donde expresaba su temor ante un estallido de violencia; la tercera para el presidente Farrell: «Hubiera preferido ser fusilado por cuatro viejos montañeses y no pasar por

lo que estoy pasando (...) le ruego quiera acelerar mi retiro del Ejército»; la última escrita esa tarde, dedicada a Eva, su gran amor.

* * *

Por la noche, departamento de la calle Posadas

Martín García, 14 de octubre de 1945.

Srta. Evita Duarte.

Mi tesoro adorado. Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño. Desde el día que te dejé allí, con el dolor más grande que puedas imaginar, no he podido tranquilizar mi triste corazón. Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad está llena de tu recuerdo. Hoy he escrito a Farrell pidiendo que me acelere el retiro. En cuanto salga nos casamos, y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos (...) Viejita de mi alma, tengo tus retratitos y los miro todo el día, con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habrá terminado mi vida. Cuídate mucho y no te preocupes por mí; pero quíereme mucho que hoy lo necesito más que nunca. Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia, y sé que el tiempo me dará la razón (...) Muchos, pero muchos besos y recuerdos para mi chinita querida.

Perón

Mientras el cigarrillo se consumía dentro del cenicero, Eva no pudo contenerse. Las lágrimas mojaron su rostro y la punta del papel que sostenía entre los dedos. «En cuanto salga nos casamos»; la frase no paraba de resonar en su mente. En la boca se dibujó una sonrisa sin fuerza. Había llegado su momento. Por fin la había elegido. Sin embargo, él todavía estaba preso.

Arrugó el papel en su pecho y se inclinó sobre las rodillas; lloró más, lanzando un grito de dolor que lastimó su garganta y que sólo ella comprendía. La blusa roja que llevaba puesta perdió brillo; todo parecía desteñirse. Metió las uñas dentro de su cabello, se lastimó; sacudía la cabeza: no puede ser, no puede ser...

Segundos después intentó componerse y volvió a leer su mensaje. «Tené

calma y aprendé a esperar...» ¡Cómo la conocía! Tenía razón, debía serenarse. El plan estaba en marcha. Junto a Blanca habían armado una reunión para la mañana siguiente con otros gremialistas y algunos militares. Estaban ultimando detalles; todo saldría perfecto. Sí. Tenía fe. «Esto terminará y la vida será nuestra». ¡Nuestra!, repitió en voz alta. Rio y lloró de nuevo, al mismo tiempo. El humo de la colilla se desvanecía en el aire. Pero ella estaba viva. Más viva que nunca. Porque se había convertido en un *tesoro*, el tesoro de Perón, el hombre por el que todo un pueblo estaba a punto de sublevarse y pasar a la historia.

* * *

El 16 de octubre, bien temprano, las emisoras radiales ya anunciaban que los obreros se estaban movilizando en todo el país para pedir la libertad del coronel. Por la tarde, miles de trabajadores abandonaron sus puestos y desde el conurbano y los barrios porteños comenzaron a marchar hacia la Plaza de Mayo.

Eva salió de su departamento rumbo a la zona sur. Necesitaba hablar con un grupo de activistas textiles. El taxi paró en un semáforo de la calle Las Heras, a metros de la antigua Facultad de Derecho, por entonces ocupada por socialistas. Un grupo de estudiantes comunistas, contrarios a Perón, la reconoció. De inmediato se acercaron, abrieron la puerta y de un tirón la sacaron del coche. «¡Es Eva Duarte, la puta del coronel!», gritó el que la había tironeado. A los insultos le siguieron golpes en la espalda, los brazos y las piernas. La mujer que había cometido el delito de amar a un militar casi vencido, terminó en el suelo, llorando y resistiendo como podía los puños de la juventud que no paraban de dejarle marcas en todo el cuerpo. El chofer salió a su rescate con un palo en la mano que alejó a los muchachos de ahí. La subió de nuevo al taxi; Eva lloraba escondiendo el rostro entre sus pelos revueltos. Le pidió que cambiara de rumbo, hasta Rodríguez Peña 1533.

Blanca Luz abrió la puerta y la abrazó. Eva se echó a sus brazos como una niña débil; ya no le quedaban fuerzas. Percibió el aroma salvaje de su cuello; no usaba perfume, sin embargo el olor de su piel era especial. Todo en ella lo era.

—No puedo más... —soltó apoyada en su pecho.

Brum se apartó y la tomó de los hombros para sacudirla. Clavó los ojos en los suyos y le dijo:

—Falta poco, no te rindas. No les demos el gusto a esos hijos de puta. Los muchachos se están movilizand. Hay mucha presión en las fábricas y no quieren esperar al 18. Pero no podemos dejar que los trabajadores se vayan a sus casas; tenemos que convencerlos de que enfilen hasta Plaza de Mayo. No hay tiempo que perder. ¡Vámonos ya a recorrer los barrios!

* * *

17 DE OCTUBRE DE 1945

Basado en unas radiografías de pulmón viejas que hablaban de un probable origen tumoral, y que el médico tenía en su poder, Mazza informó a los jefes de gobierno que el clima húmedo de la isla podía deteriorar la salud de Perón, por lo cual solicitó con urgencia su traslado a la Capital. En la madrugada del 17, por orden del presidente de la Nación, le permitieron embarcarse hacia Buenos Aires.

Lo instalaron en el Hospital Militar y desde allí, junto a sus aliados, se preparó para dar batalla. «¿Cómo está Evita?», preguntó apenas vio a Mercante. «Nerviosa. Visitando los barrios con Blanca Luz». La expresión de Perón cambió de repente. «Se unieron para liberarlo, mi coronel», cerró Mercante ante su desconcierto. Juan suspiró y esbozó una sonrisa.

A esa altura, él sabía que el clima de agitación en todo el país era imposible de contener. Las emisoras radiales informaban de una movilización sin precedentes; los oficiales fieles le garantizaban algo extraordinario.

Con el correr de los minutos, la Plaza se iba llenando de protesta. Algunos habían acampado desde la noche anterior, aguardando respuesta a su reclamo: *¡Perón sí, otro no!*

Por la tarde, Eva y Blanca ya habían recorrido los suburbios para arengar a los manifestantes: «¡Dejen todo, vengan a Plaza de Mayo!» Tenían calor, sudaban, no habían comido y estaban sedientas. Pero nada de eso era importante; debían darse prisa, no perder tiempo y convocar a la revolución. Sólo ellos, los que tenían hambre, podían sublevarse con ahínco para liberar a Perón.

Alguien les avisó que la policía había levantado los puentes que unían la ciudad con Avellaneda. Salieron a los tumbos, y agotadas llegaron hasta ahí. Era cierto. Un escuadrón de uniformados escoltaba las márgenes del

Riachuelo. Estatuas vivientes, oscuras y frías, montadas a caballo con las manos sobre las armas, prestas a disparar sin la menor compasión.

En la otra orilla, miles de hombres, mujeres y niños se trepaban a los puentes intentando derribarlos, tenderlos sobre el agua para poder cruzar. Los rostros de la fiebre, de las almas sensibles estaban allí, clamando ser oídos, aunque fuera por única vez. No deseaban quedarse lejos de la historia. Otros ya habían llegado a la Plaza; ellos sacudían a los gritos los pedazos de hierros que pretendían dejarlos excluidos.

«¡BAJEN LOS PUENTES! ¡QUEREMOS PASAR, HIJOS DE PUTA!»

La desesperación se mezclaba con el llanto, pero los policías permanecían inmutables. Eva y Blanca sentían escalofríos. Se pararon delante de los soldados, haciéndoles frente. «¿No los escuchan? ¡Insensibles!», gritaban a dúo empujando los caballos en un intento por despertar su compasión. Lloraban de amor por esa gente. Y de impotencia.

De pronto, la masa se lanzó a las aguas. En botes improvisados, nadando, con los niños cargados en la espalda, miles de personas colmaron el río. Sabían que podían dispararles, pero no les importó. Querían entrar en la ciudad. En ese momento de la Historia, no sólo la vida estaba en juego, también estaba en juego el honor. Habían llegado al límite: era la vida digna o la muerte. No había otra opción.

En medio de semejante escenario, armado con ímpetu y valentía, Eva y Blanca se miraron con afecto por primera vez. En los ojos de ambas había recuerdos. Cada una, a su modo, había llegado hasta ahí por distintos caminos, aunque movidas por una misma causa. Eso las unía. En aquel instante, trágico y benévolo, lo comprendieron. De repente sus manos se aferraron, como el ancla de un barco se clava en la arena del océano. Eran la barca y el mar, y juntas parecían invencibles. Se veían grandes, oraculares, como diosas de un cuento antiguo resistiendo un conjuro maligno. Y así fueron directo a encarar al jefe del escuadrón.

«Ahí va el pueblo desafiando las aguas. Están bajo tu mando. Sólo depende de vos», le dijeron a secas.

El oficial, que minutos antes ni las había mirado; ahora, en cambio, no pudo desviarles la vista. Ellas hacían lo propio con el mentón en alto; la rubia tenía expresión de furia; la otra, gesto de mando. Los cascos del caballo golpearon el empedrado, como si estuvieran marcando un tiempo límite para tomar la

decisión. Algo pasó, quizás los brazos de los obreros que no paraban de mover el río, tal vez las miradas provocadoras de esas guerreras; jamás lo supo. Lo cierto fue que, en un ataque de heroísmo, el soldado soltó su propio sentimiento, desenvainó el sable que sostenía y con la mano en alto surcó el cielo de un grito:

«¡VIVA PERÓN, CARAJO!»

Entonces ordenó a sus oficiales que bajaran los puentes para que pasase el pueblo. Y el pueblo corrió a sitiar la Casa de Gobierno.

* * *

Lo fueron a buscar. El general Ávalos llegó hasta el Hospital Militar desesperado: necesitaba que el coronel calmara a la multitud. Perón se negó; primero quería ver a Farrell. Una vez reunido con él en su despacho, le dijo que sólo hablaría desde el balcón de La Rosada y que su discurso debía ser transmitido por cadena nacional. Le exigió la renuncia de Ávalos y de Vernengo Lima; que sus aliados cubrieran los cargos vacantes y que, además, él le diera apoyo para candidatearse a presidente. Farrell aceptó todas sus exigencias.

22.30 horas. En la Plaza

*¡La Patria sin Perón
es un barco sin timón!
Perón no es un comunista,
Perón no es un dictador,
Perón es hijo del pueblo,
Del pueblo trabajador*

...

*¡Aquí están, estos son,
Los muchachos de Perón!*

...

Las columnas habían llegado desde todas localidades del cordón industrial,

desde las fábricas de Avellaneda, Lomas de Zamora y Quilmes, desde Merlo, Morón, Moreno, de Flores Sud, Mataderos, Liniers, Lugano, Paternal, Devoto, Parque Patricios, La Boca, Barracas y Pompeya. Habían avanzado por la Capital Federal anticipándose a la huelga decretada por la CGT y ya copaban la Plaza histórica de la ciudad.

Como en La Bastilla francesa, que dos siglos atrás había caído en manos de revolucionarios parisinos, aquel 17 de octubre inauguraba el canto de otro pueblo, que vibraba bajo antorchas improvisadas con papel de diario para iluminar la noche.

Miles de rostros humildes estaban ahí, llenos de luz, una luz nueva que ocupaba el espacio de las miradas tristes. Habían nacido a orillas del Riachuelo, en los talleres de los barrios olvidados; eran los invisibles de la Argentina que por primera vez se animaban a abandonar el ostracismo. Agotados, se lavaban los pies en la inmensa fuente de diseño francés anclada en medio de la Plaza, como si aquella hazaña revolucionaria de La Bastilla hubiera bendecido las aguas y, desde allí, ofrendara el impulso rebelde de la Historia para dar a los obreros su sacramento.

Llenos de energía, los manifestantes vitoreaban a su líder con el eco de una súplica, sin el menor rencor. Sólo pedían reconocimiento. Ser vistos. Y hasta ahora, nadie los había mirado de frente como Juan Domingo Perón.

A las once y minutos de una noche agobiante, el balcón tomó vida. La multitud estalló y hasta el cielo pareció conmoverse al grito de: «¡Perón!, ¡Perón!, ¡Perón!, ¡Perón!»

Apareció el coronel vestido de traje, peinado a la gomina; los ojos pequeños iluminados. Levantó sus brazos, saludó a su pueblo, giró la cabeza; incrédulo, emocionado. Sonreía. De pronto, su tono arenoso rompió la espera. Y avivó la euforia.

«¡Trabajadores...!»

Fue la primera voz. Ellos seguían exaltados gritando su nombre. No podían parar. No querían parar:

«¡Perón!, ¡Perón!, ¡Perón!, ¡Perón!»

«¡Trabajadores...!»), los llamó de nuevo él. Y continuó:

«Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino. Hoy (...) dejo el honroso uniforme que me entregó la Patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa

sufriente y sudorosa que elabora el trabajo y la grandeza de la Patria. (...) Esto es (...) el mismo pueblo que en esta plaza pidió frente al Congreso que se respetara su voluntad y su derecho (...) Recuerden, trabajadores: únense. Sean hoy más hermanos que nunca. Sobre la hermandad de los que trabajan, ha de levantarse en esta hermosa Patria la unidad de todos los argentinos (...) Por eso, les pido como un hermano mayor que retornen tranquilos a su trabajo, y piensen. (...) Les pido que realicen el día de paro festejando la gloria de esta reunión de hombres que vienen del trabajo, que son la esperanza más cara de la Patria. (...) Pido a todos que nos quedemos por lo menos quince minutos más reunidos, porque quiero estar desde este sitio contemplando este espectáculo que me saca de la tristeza que he vivido en estos días».

En la punta de los faroles que rodeaban la Casa Rosada, en las ramas de algunos árboles secos, sentados sobre el abismo, los obreros nacidos en los suburbios, en el contorno de un país indiferente, vitoreaban a su líder e inauguraban una manera distinta de hacerse escuchar. Entre la multitud resaltaban los pañuelos blancos y brazos en alto que agitaban banderas argentinas. En los rostros, el llanto. De emoción, de gratitud, de complacencia. Perón los comprendía más que nadie; sus manos abiertas transformaban la impotencia, y también les devolvían el honor.

Ahora el coronel los miraba sin hablar, mientras ellos continuaban gritando su nombre al viento: «¡Perón! ¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!»

La noche húmeda dejaba gotas de sudor y lágrimas pegadas en los gestos. Pero nada de eso tenía importancia: ni la humedad, ni el cansancio, ni el hambre, ni el esfuerzo: su líder estaba ahí, mirándolos, recibéndolos, entregándoles su amor.

Pasaron unos minutos más y el coronel abandonó el balcón con un nudo en la garganta. El pueblo trabajador había salido de las raíces de la Patria para exigir su libertad, su liderazgo. Y él debía darle respuestas. Era su hombre de confianza. Su conductor. Aquello que tanto había soñado...

Entró a la Casa de Gobierno seguido por el presidente Farrell y un séquito de oficiales que lo rodearon de inmediato. Blanca Luz, entre ellos. Había llegado con Eva, justo a tiempo para escuchar su discurso. Él se acercó y le dio un abrazo prolongado. «Gracias», le dijo con una sonrisa. Uno a uno, los demás lo felicitaron por haber salvado al país de una tragedia que hubiera sido irremediable. Al recibir el saludo de Mercante, Perón le preguntó al

oído: «¿Dónde está Evita?» «Debe de andar por acá», contestó su amigo con evasivas, que sólo la había visto unos segundos antes de marchar hacia el palco. Algunos militares intentaron hablarle en ese momento, pero Juan se alejó del grupo ensayando una excusa.

Primero buscó por las oficinas más cercanas que daban al corredor: todas oscuras, vacías. Fue hacia los baños: nada. Hasta que alcanzó el despacho del presidente, abrió la puerta y entró. Estaba contiguo a una sala ambientada con sillones de cuero, alfombras y mesas lustradas. Al final asomaba un dormitorio, lugar de descanso reservado para el primer mandatario. Una luz tenue surgía de la puerta entreabierta. Asomó la cabeza...

La melena rubia, desordenada sobre la espalda, apareció de pronto frente a él.

* * *

De la multitud salió una ovación.

Se escuchó desde lejos pero ella lo sintió en su pecho, como si levitara sobre el aire tumultuoso de la Plaza de Mayo y se metiera por el balcón de La Rosada hasta llegar a su corazón. Llegaba también el eco de una voz, *su voz*, y ese vigor que no admitía evasivas, que entendía en la mirada el ruego de su gente. El tono quebrado, casi ronco, siempre le había parecido peculiar, sufrido, como si las palabras lastimaran su garganta.

Alguna vez, ella intentó imitarlo luego de hacer el amor, en esos momentos íntimos que armonizan el placer con algún jugueteo cómplice. Él se reía, con su expresión ancha repleta de dientes blancos, que cautivaban de inmediato a quien lo tenía enfrente. Ese debió ser un rasgo que la sedujo; no recordaba haber visto una sonrisa tan perfecta.

En los primeros tiempos de relación, a ella le costaba pensar. Su presencia la llenaba de éxtasis; no podía, no quería, otra cosa más que tocarlo y que él la tocara también, que la abrazara fuerte, la oliera, que sus manos fueran imprudentes y le llenaran el cuerpo de caricias. Que su pasión borrara las marcas de una vida de dolor.

Se abrió la puerta y la figura alta, de ojos negros, sacudió sus ideas una vez más. Ella lo esperaba descalza, parada al pie de la cama presidencial.

—Me calienta saber que un pueblo entero te ama, y que vos no veas la hora de venir a acostarte conmigo —le dijo Eva de espaldas. Y giró el mentón para

mirarlo.

Pasó las manos por sus hombros, arrastró la blusa de seda que cayó al piso, y se quedó desnuda para él.

Juan recordó la primera noche en su departamento. Eva lo había provocado de ese modo, mostrándole su perfil a contraluz de una luna menguada. Casi como un fetiche, los perfiles bellos habían marcado desde los inicios su vida amorosa. Y ahora ella lo hacía de nuevo, con más osadía, con desenfreno.

Corrió hasta tomarla de los hombros. La aferró por detrás, con los músculos contraídos.

—¿Qué hacés acá? Estás loca... —le susurró mordiéndole la oreja.

Eva sonrió.

—Sólo me estoy anticipando... —dijo—. ¿No viste lo que pasó allá afuera? Hoy nadie puede prohibirte nada, Juan. Ni siquiera yo puedo negarte algo —se dio vuelta, lo aferró de la nuca y lo besó—. Pídame lo que quiera, mi coronel...

La invitación aludía a perder la cabeza. Y eso lo excitó más. Entonces se quitó el saco, le tomó los cabellos y la besó más fuerte. Amarrados, sin poder soltarse, se desplomaron sobre la cama presidencial. La puerta había quedado abierta pero no importaba. No estaban pensando en eso. En realidad, habían dejado de pensar.

El coronel la recorrió entera, primero los pechos, el vientre, los muslos, la entrepierna. Amaba su piel, su humedad, su juventud. Sus manos la acariciaban sin parar, su pelvis la empujaba contra el colchón. Eva se contorneaba, gemía, le aferraba los cabellos y suplicaba: «Por favor, Juan, por favor...» Al cabo de minutos, cuando la sintió desesperada, él accedió. Bajó el cierre del pantalón, liberó su miembro y la penetró con fuerza, como esos rayos de tormenta que caían sin piedad en las noches descampadas del Sur.

Eva sintió el latigazo y lanzó su primer orgasmo. Al instante abrió los párpados; quería mirarlo. Él sonreía de costado, con gesto de satisfacción. Todavía estaba vestido. El pecho firme, los brazos fuertes; en la vista, la chispa de un hombre enajenado por la pasión. Le sostenía las caderas y continuaba moviéndose con ritmo enloquecido, raspando su interior. A ella le gustaba sentirlo rendido ante su cuerpo. Era su hombre, el caballero de sus sueños, el gran conquistador. Quiso verlo descubierto, expuesto, sin armadura. Deshizo el nudo de su corbata, le quitó la camisa y lo dejó desnudo. De

pronto, se apartó y se puso de rodillas. Por unos segundos lo miró fijo, sin hablar. Tomó la corbata, la enlazó sobre los ojos y se quedó ciega para él. A tientas se acomodó entre sus piernas, se inclinó y comenzó a acariciarlo. Mientras Juan sentía la lengua de Eva que bajaba por el torso, el roce de su pelo suelto, de los senos sobre el pecho, lo dejaban sin aire y le erizaban la piel. Lo estaba enloqueciendo. Ella se movía con sutileza, como una boa se desliza bajo las arenas invisibles del desierto. Llegó hasta su pene. Primero lo masajeó con suavidad y luego se lo metió en la boca. Quería devorarlo.

Él la miraba desde arriba, apoyado en un par de almohadas que acomodó apurado, sin poder quitarle la vista. La corbata oscura marcaba una línea recta sobre la cara pálida. Los cabellos rubios, enredados entre el vello negro de su ingle, parecían estrellas de una noche cerrada. Esa mujer lo sacaba de eje, lo ponía en jaque. Él era la figura poderosa, sin embargo en la cama, el poder era de Eva.

Hacía minutos nomás, un millar de personas había llenado la Plaza clamando su nombre; probablemente aún estuvieran ahí, en una vigilia silenciosa. Perón los había recibido con amor, como los trabajadores se merecían. Pero apenas abandonó el balcón, su mente volvió a nublarse por ella. Quería abrazarla, cogerla; nada más le importaba en ese momento. Jamás lo habían apartado del camino. El estudio, la milicia, su proyecto; todo había estado en orden hasta que llegó ella y su frenesí, su intrepidez, su valentía; el espíritu irracional que a él le faltaba para entregarse a la vida, la de los civiles, la de los hombres que tenían permitido liberar su pasión sin culpas.

Estaban rodeados de tumulto, pero nadie podía entrar en ese mundo de erotismo que Eva armaba para él, y que volvía loco al coronel.

—Acabá para mí, Juan... —susurró ella en medio de sus piernas.

Entonces él ya no pudo contenerse, y le entregó a esa boca de mujer atrevida su orgasmo, su grito y su semen.

Eva sonrió complacida: el militar que estaba a un paso de ser presidente de la República era todo suyo. Lo había corroborado una vez más.

XIV

Tal como se lo había prometido en la carta escrita durante su detención, el 22 de octubre llegaron a Junín para contraer matrimonio. Ella lucía un vestido sencillo, el cabello recogido y una sonrisa. Él, un smoking negro impecable, en cuyo bolsillo superior asomaba un pañuelo blanco que le daba más elegancia.

María Eva, de veintiséis años —aunque en el acta figuraba veintitrés—, y Juan Domingo, de cincuenta, estaban felices. Sobre todo ella, que previo al casamiento, había logrado a través de unos contactos de la zona que le invirtieran el nombre y la inscribieran con el apellido de su padre en el libro del Registro Civil, como nacida en Junín, en lugar de Los Toldos. En vez de Eva María Ibarguren, pasó a ser María Eva Duarte. Y con ello, transformó su condición de ilegítima para siempre, aunque más no fuera en los papeles.

«Todos tenemos derecho a ser llamados por nuestro nombre», le había remarcado Juan al oído esa tarde antes de dar el sí. Era la misma frase que muchos años atrás le había dicho al insolente de Miguel Moreira, aquel amigo del cuartel que lo había llevado al prostíbulo donde se cruzó con Dasha Petriev. «Y tu nombre, a partir de ahora, es Eva Perón», concluyó con un beso. Al instante, los ojos de ella se iluminaron como pocas veces: había serenidad, amor, agradecimiento.

Esa noche partieron hacia una quinta en San Vicente, propiedad de Perón. Eran dos enamorados alegres, relajados y cómplices. Ella pasaba el día entero sin maquillaje, usaba los cabellos al viento, una camisa de él y un par de pantalones. Al fin, se sentía libre y en paz. Antes de ponerse el sol, tomaban mate bajo la sombra de un ombú. Eva cebaba y él no paraba de hablar.

—Debemos casarnos por Iglesia también —decía—. Ahora se viene la campaña y este es un país muy católico. Ya se me tiran encima por andar con una actriz, no voy a dejar que también digan que vivo en concubinato sin la bendición divina —ironizó.

—A mí me da lo mismo, Juan. Estamos juntos, es lo único que importa. Pero si eso va a calmar a las lenguas venenosas de nuestros enemigos, entonces hagamos el casamiento religioso nomás —sonrió ella.

El 10 de diciembre de aquel año, en la ciudad de La Plata, la pareja entregó sus votos en la Iglesia de San Francisco de Asís. Al igual que la parroquia, de estilo neorromántico, la ceremonia fue discreta. Sólo familiares y algunos amigos los acompañaron esa noche. Para prevenir disturbios, todos se habían cuidado de no alertar a la prensa. Juana Iburguren fue la madrina; Domingo Mercante, el padrino, el mismo que había custodiado el dormitorio sin que ellos se dieran cuenta, en la noche del 17 de octubre, durante el reencuentro íntimo que tuvieron. Era un amigo discreto y fiel.

Ahora los esperaban jornadas extenuantes para hacer frente a la campaña electoral que estaba en boca de todos los argentinos. Y que ya presagiaba un grito de triunfo.

* * *

La flamante esposa acompañó a su marido en la gira proselitista a lo largo del país en un tren que bautizaron: «El Descamisado» (*). A su paso por la provincia de Jujuy, la locomotora fue adornada por simpatizantes de Perón con una corona de laureles que enmarcaba una pintura de su rostro.

Una multitud los recibía y alentaba en cada provincia. Apenas se acercaban al andén, la pareja se asomaba por las ventanillas para extenderles la mano, mientras los obreros levantaban los brazos en señal de adoración.

Eva se mantuvo siempre al lado de Perón; quería aprender, participar de todo. Cuando el tren se detenía, ella repartía volantes partidarios y tomaba contacto con la gente. Escuchaba sus quejas, los besaba y alentaba a confiar. Era la primera vez en la historia de la política argentina que la esposa de un candidato participaba de las giras de campaña.

El fervor del pueblo por el coronel se había extendido de tal manera entre la masa obrera, que el partido comunista, el socialista, el conservador, los radicales y los demócratas progresistas, debieron unirse para conformar un bloque opositor que llamaron Unión Democrática, bajo el lema: «por la libertad, contra el nazismo». Estaban apoyados por los Estados Unidos, con la influencia de Braden a la cabeza desde su puesto en la Secretaría de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado de Washington.

El presidente Farrell, que se había comprometido con Perón a brindarle su colaboración, dio la venia para que Mercante, actual jefe de la cartera de Trabajo y Previsión, reactivara el decreto que había firmado el coronel previo a su renuncia. Así, se instaló el salario mínimo ajustable al costo de vida, y el

sueldo anual complementario —aguinaldo— para los trabajadores.

Parte de la oposición instó a que los empresarios se negaran a pagar según tales reglas, y denunció el decreto por anticonstitucional. Pero los patrones debieron negociar las medidas con los gremios para evitar el cese de tareas, y terminaron acatándolo.

Mientras en el mundo se desataba el juicio de Nuremberg contra las atrocidades del nazismo, a comienzos de 1946, el movimiento nacional puesto en marcha en el país tomaba el nombre de *Peronismo*.

La Iglesia instaba a sus fieles a votar por el candidato que estuviera en contra del divorcio, por aquel que cuidara la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas y la unión de la institución con el Estado. A sabiendas de que gran parte del electorado seguía el culto católico, Perón ratificó todas las premisas impuestas por el clero: «Estamos más cerca de Dios que nuestros opositores», dijo. Y en el acto de cierre de campaña, finalizó su discurso de manera categórica: «Se vota por Braden o Perón».

Por fin, el 24 de febrero los argentinos votaron en elecciones democráticas. Pero como el escrutinio resultó largo, recién el 8 de abril se dieron a conocer los resultados oficiales. Y contra todo pronóstico, la fórmula Perón-Quijano ganó las elecciones. A mediados de ese año el «coronel del pueblo» se colgó la banda presidencial y el Congreso aprobó su ascenso a general de la Nación. Comenzaba una era distinta en el país. Y Eva Duarte tendría mucho que ver con eso.

* * *

Construido al estilo francés, a orillas de la Avenida Alvear —años más tarde Avenida del Libertador—, cercano al Río de la Plata, se erguía el Palacio Unzué, convertido en residencia presidencial.

El 4 de junio de 1946, luego de la asunción, el flamante presidente y su esposa se instalaron en el segundo piso de la residencia, donde se ubicaban los dormitorios, una amplia sala de estar y el comedor.

Entrada la noche, tras el acto, el desfile y la cena de festejo, Eva y Juan hicieron el amor. Al terminar, desnudos, amarrados, con afectos nuevos bajo la piel, no conseguían dormirse. Las cortinas atadas a un extremo del ventanal llegaban al piso; algo de luz se filtraba y dejaba expuestas las emociones.

Eva miró en derredor la habitación orientada al contrafrente, decorada al estilo de la realeza. Una araña de cristales daba justo al pie de la cama que

compartían.

—Quiero sábanas de seda negra —dijo de repente.

—¿Qué? —preguntó Juan sorprendido.

—Eso. ¿Te molesta?

—No. Pero... ¿Por qué tienen que ser negras?

—Porque es el color del cielo donde descansan las estrellas. Siempre soñé dormir así.

—Entonces mañana mismo pido que las compren, así puedo cumplir tu sueño —agregó él arrimándola un poco más.

Eva sonrió y le dio un beso.

—Esto no es una pavada, chinita, ahora tengo un deber muy importante que cumplir: no sólo servir a la Patria, como en el Ejército, sino también a su pueblo —deslizó Perón mirando al techo, mientras le acariciaba la espalda.

Ella apoyó la cabeza en su torso; le gustaba escuchar el ritmo de su corazón en medio de la noche.

—Yo voy a estar al lado tuyo, Juan. No quiero ser la compañera ocasional, la espectadora de tu movimiento. Al contrario, quiero participar. Las mujeres tenemos derecho a meternos en la vida civil —dijo con algo de vehemencia—. Además, quiero que estés orgulloso de mí.

Pensó en Blanca Luz...

—Ya me siento muy orgulloso de vos, mi pequeña *giovinota* —bromeó besándole la frente.

—Lo digo en serio, Juan.

—Si realmente querés trabajar, puedo pedirle a Nicolini que te dé un espacio en la Oficina de Correos. ¿Te gusta la idea?

—Sí, me gusta. Tenemos que terminar con los privilegios de los oligarcas y darles una vida digna a los pobres.

—Bueno, de eso me vengo ocupando hace rato —abrió los brazos él.

—Es cierto. Pero falta mucho. Los ricos no saben del dolor porque jamás han tenido que padecerlo.

Perón levantó la frente y la miró.

—¿Querés hacerlos sufrir? —le preguntó con ironía.

Eva no contestó, siguió quieta sobre su pecho, elaborando una idea mientras escuchaba sus latidos. De pronto, una frase con acento español volvió a su memoria: «...Y cuando duermas en sábanas de seda, jamás te olvides de dónde has venido».

* * *

Hacía frío. Era temprano. El chofer la esperaba en la puerta del Palacio, como le habían pedido. Ella tardó media hora en bajar las escaleras de estilo imperial que daban al frente de la entrada. Salió con un tapado de piel marrón que llegaba al piso y guantes de raso claros. El maquillaje y el peinado, perfectos. Estaba seria. Le dio una dirección y durante todo el viaje se mantuvo en silencio. Llegaron a un edificio en pleno barrio de Recoleta. Ella le pidió que la esperara y decidió bajar sola. Luego desapareció tras el umbral.

Desde la agotadora jornada del 17 de octubre, se habían visto poco. Blanca Luz apenas se la cruzó el día de la asunción del mandato, y alguna otra vez en la Casa de Gobierno. Sin embargo, no habían vuelto a dirigirse la palabra.

Esa mañana, la anfitriona vestía de negro. Con pantalones angostos y una blusa que destacaba la finura de su cuello, parecía una pantera salvaje. El pelo atado, la línea fina sobre los párpados y algo de polvo en las mejillas. Su belleza agresiva no necesitaba más arreglo. Habló primero; la palabra tranquiliza en ocasiones ásperas. Lo sabía.

—¿Preparo mate, café, un té?

—No quiero nada, gracias —contestó Eva, que todavía permanecía de pie.

—Podés sentarte —la invitó Blanca, señalando con un ademán el sillón gris. Eva accedió y se quitó el abrigo.

La última vez que estuvo ahí, había llegado magullada y muerta de miedo por los golpes que le había dado una banda de comunistas. Ahora lucía impecable y fría, como una estatua de mármol esculpido a la perfección. Aunque no había emoción en sus gestos, no dejaba de observarla.

—A veces, el azar juega sus cartas de una manera cruel y nos impone desvíos inevitables.

La frase se la había dicho Elvira Muñoz en una madrugada de confesiones, cuando le contó su historia de amor. Y ahora ella la repetía de forma automática, como los hijos repiten palabras de sus padres que han quedado grabadas en alguna parte oculta de la memoria.

—No te entiendo —la miró Blanca con recelo.

—Quiero decir que llegó la hora. Y que debés irte —soltó Eva, tajante.

Brum detuvo el aliento. Desde que Perón se había casado, lo notaba alejado de ella, como si la dedicación, el esfuerzo, el trabajo que había

realizado para él hasta entonces ya fueran suficientes. Continuaba tratándola con amabilidad; no obstante, las reuniones a solas habían terminado y, por lo general, le ordenaba las tareas para la campaña proselitista a través de Mercante. Como si de pronto hubiera tenido la necesidad de evadirla; quizás por pedido de su esposa, o para evitar la tentación de un nuevo encuentro. Pero Blanca jamás imaginó que quisiera sacársela de encima, que estuviera de acuerdo en descartarla.

—¿Juan te pidió que me hicieras a un lado? —le preguntó aludiendo a su nombre de pila con intención, para recordarle hasta qué punto llegaba la confianza que se tenían.

Eva la fulminó con la vista, en sus ojos se intensificó el color.

—No —contestó secamente—. Él ni siquiera sabe que estoy acá. Esto es entre nosotras.

Y se calló. En ese instante, recordó el abrazo de Blanca al abrir la puerta y verla lastimada aquella mañana de octubre. Su aplomo, su mano tierna, su calidez. Habían compartido uno de los días más importantes para la Patria, el que quedaría en la historia, por más que no lo supieran todavía. Se habían unido para enfrentar a los enemigos armados hasta los dientes. Ellas solas, sin armas, con la fuerza de la pasión; dos mujeres audaces que compartían un ideal y el mismo sufrimiento. Eran distintas e iguales a la vez. De vidas sufrientes, de límites frágiles, de carácter rebelde y rostros bellos. Y a pesar de todo eso, no podían franquear sus diferencias, porque habían nacido enfrentadas por un río. Continuaban siendo la morena y la rubia; tan hermosas como adversarias. Eternas rivales en conflicto ante una época y un hombre que las seguía dejando a la distancia.

—Tal vez en otro escenario, vos y yo hubiéramos sido grandes amigas —dijo de pronto Eva, cambiando el tono de voz.

Blanca levantó las cejas en señal de sorpresa. Bajó los párpados; algo cruzó por su mente.

—Puede ser...

—Pero la vida nos puso en esta situación. Comprenderás que no hay posibilidad para que eso ocurra —sonrió apenas Eva, con un dejo de inquietud.

Blanca permaneció muda. Se quedaron en silencio durante algunos segundos, alimentando la ansiedad en el pecho de ambas.

El ambiente olía a flores. Eva lo advirtió recién en ese momento: en una esquina, sobre el aparador de madera barnizada, un florero de cristal lleno de

rosas frescas, como recién cortadas. Su postura cambió. Sentada casi al borde del sillón, estiró más la espalda, levantó el mentón y dijo:

—Nada que puedas mencionar va a modificar mi destino. Igual, quiero saber la verdad.

—¿Qué verdad? —Blanca intuyó el enredo de sus ideas y se regocijó al verla confundida.

—No te hagas la tonta, Brum. ¿Qué relación tuviste con mi marido? — lanzó sin más.

Blanca acusó el embate. Llamarla por el apellido, en esa ocasión, imponía una distancia que dejaba bien claro quién era la verdadera protagonista de aquel cuento, y quién era la intrusa que sobraba. Sabía que, a partir de entonces, ella la había confinado al olvido. Debería buscarse otro ámbito de acción, otro trabajo; quizás, también, otra nación. Estaba acostumbrada a eso: desde siempre su vida había sido una aventura incorregible. Eva se quedaría con él, con ese lugar que, en otra circunstancia, le hubiera pertenecido a ella. Sin embargo, no le daría más gusto a su dominio, ni tampoco a su soberbia.

Se paró de repente y caminó hasta la entrada para incitarla a abandonar su departamento. Antes de abrir la puerta, la invadió con una mirada felina y sin elevar la voz, en un susurro prepotente, le dijo:

—Podés sacarme del medio, echarme de la política, exiliarme del país si se te antoja, pero por más poder que tengas, Duarte, jamás vas a lograr adueñarte de mis secretos.

* * *

Eva comenzó su tarea en la pequeña oficina que Nicolini le había preparado en el edificio de Correos. Desde ahí, recibía a delegados gremiales, familias enteras, hombres, mujeres y niños que se acercaban a plantearle sus problemas y ponían en sus manos la esperanza. Luego se juntaba con Perón para el almuerzo y por la tarde le pedía al chofer que la llevara hasta alguna fábrica para conversar con los obreros.

Cada vez que estaba con ellos, sentía que el pecho le vibraba de emoción. No podía explicarlo, como si una energía arrolladora la dominara cuando los tenía enfrente. Le costaba alejarse, porque cuando se iba, esa sensación continuaba en su cuerpo y ya no la dejaba en paz. Intentó darle forma, encontrarle un sentido a esas manos callosas, a las cabezas bajas, a los ojos cansados que guardaban dolor. Habían sido los rasgos que marcaron su

infancia; había sido su madre, amarrada al pedal de la máquina Singer, con las vérices grandes y la vista perdida en la costura; había sido, también, la gente humilde de Los Toldos, el lugar de su niñez, que siempre sonreía con disimulo, con algo de tristeza.

Sin embargo, este parecía ser otro tiempo, el de la revancha. Lo había comenzado a sentir en el acto de asunción, al ver a Farrell colocar la banda presidencial en el pecho de Perón. Y lo había vuelto a sentir horas después, al quedar muda sobre el corazón de Juan tras el festejo y la noche de sexo. Ahora ella lo tenía todo: reconocimiento, un marido poderoso, el hogar palaciego. Y, a pesar de eso, una fuerza la quemaba, una voz que no podía dejar de escuchar le repetía: *no es suficiente*.

A partir de entonces, Eva decidió que nadie saldría de la oficina de Correos sin una solución concreta a su problema. Eso provocó que las visitas aumentaran y que la Secretaría resultara pequeña para recibir a tantas personas. Intentó hablar con su marido del asunto, pero Juan llegaba cansado y el tema se posponía. Hasta que una tarde de principios de septiembre, antes de cenar, se acercó y le dio un abrazo.

—Tengo que decirte algo...

—¿Qué pasa, negrita?

—La oficina me está quedando chica. La gente llega de todas partes, se juntan en los pasillos y a veces tengo que decirles que me esperen afuera, porque no quiero hacerlos volver otro día.

Él la miró profundo, con una mezcla de ternura y admiración. Le acarició los hombros, sonrió y dijo:

—¿Eso te preocupaba tanto?

Ella asintió.

—Mañana hablo a la Secretaría de Trabajo para que ocupes mi despacho ahí. ¿Te gusta la idea?

—¡Me encanta! —exclamó Eva con la mirada llena de brillo. Y lo abrazó más fuerte—. ¡Gracias, gracias! Sos el hombre de mi vida, ¿lo sabías?

—Algo en tu forma de mirarme a veces me lo dice... —la provocó él.

—¿Algo... como esto? —señaló ella. Y se dio vuelta girando la cabeza sobre el hombro.

Juan la aferró por la cintura desde atrás.

—Conocés mis debilidades —le sopló en la nuca. Y sin más, la llevó a la cama.

Aquel era un despacho histórico. Perón lo había ocupado desde fines de 1943 hasta octubre de 1945. Había pasado días y noches enteras en su escritorio trabajando para su causa. Sobre todo, en la época dedicada a redactar el Estatuto del Peón de Campo, donde permanecía hasta la madrugada sin levantarse de la silla, escribiendo a mano los borradores que luego su gente pasaba a máquina. En ese tiempo, los guardias le subían una estufa y una jarra caliente de café para que no se congelara. Y así pasó casi todo el invierno, imaginando nuevas condiciones de trabajo para los peones de campo, por las que luego se ganaría más desprecio de sus jefes.

Eva sabía de los secretos que guardaban esas paredes, por eso sentía un enredo de emociones. Ahora había llegado su turno. Desde ahí trabajaría sin descanso, a toda hora, como Juan, para ayudar a la gente humilde, para reivindicar el papel de las mujeres en la sociedad, para otorgarles el voto; en definitiva: para reivindicar a su madre y darle su merecido a la clase oligarca.

Con Isabel Ernst, su mano derecha, una alemana apática e indiferente que había sido secretaria privada de Domingo Mercante, Eva Perón activó sus contactos con los gremios y de esta manera fue cobrando trascendencia en el ámbito sindical.

Organizó la Campaña Pro Ayuda Social con miras a todo el país, se lanzó a la militancia política y así comenzó a ser la vocera de Perón. Recorría provincias, efectuaba donaciones de textos escolares, juguetes, ropa, calzado, máquinas de coser, bicicletas, pan dulce, sidra; presidía banquetes y recibía homenajes, mientras su mensaje se metía en los corazones del pueblo a través de discursos radiales que resaltaban sus ganas de asistir a los caídos y de elevar las posibilidades de los obreros.

En cada oratoria mejoraba su estilo, recurría a términos nuevos, poéticos, sensibles. Y nunca olvidaba aludir a su origen popular, al dolor de los niños, a la justicia social, al rol de la mujer en la vida pública, a su lucha por el voto femenino, pero además, les advertía acerca del odio de los traidores.

Y en el primer aniversario del 17 de octubre, proclamado el Día de la Lealtad, la multitud congregada frente a la Casa de Gobierno no sólo vitoreaba a Perón, también coreaba el nombre de su esposa.

* * *

El 7 de mayo de 1947, luego de llenarla de besos por su cumpleaños, Juan le preguntó:

—¿Qué te gustaría de regalo?

—El viaje a Europa —contestó Eva de inmediato.

A principios de ese año, el Estado español la había invitado oficialmente a recorrer Sevilla y Madrid. Enterados de eso, Italia, Francia y Portugal se sumaron al convite. Y como el caballero de su leyenda estaba ahí para satisfacer sus deseos, Perón asintió de inmediato, aunque le dejó en claro que él no viajaría. Eva se entusiasmó igual, saltó de emoción y lo premió con sus caricias. Aquella noche, quedaría guardada en la memoria de ambos...

La comitiva incluía a su hermano Juan; a Lilian Lagomarsino de Guardo, la esposa del presidente de la Cámara de Diputados, quien le brindaría su experiencia en sociedad; a Francisco Muñoz Azpiri, el libretista que escribía los textos de sus discursos; dos colaboradoras; un médico para cuidar su salud; Julio Alcaraz, su peinador; un fotógrafo; el Padre Hernán Benítez, su confesor, que velaría por los aspectos religiosos, y el magnate naviero Alberto Doderó, su amigo íntimo, que había financiado parte del viaje.

Franco recibió a Eva Perón a mediados de aquel año, en un aeropuerto engalanado con flores y banderas argentinas y españolas. Trescientas mil personas esperaron su llegada durante horas. Había delegaciones sindicales, miembros de las Fuerzas Armadas y del cuerpo eclesiástico.

Al día siguiente, en el Salón Grande del Palacio de Oriente, Franco le obsequió a Eva la Gran Cruz de Isabel la Católica, una joya en oro macizo con puntas de esmalte rojo que representaba la unión entre América y Europa protegidas por la corona imperial. El mandatario elogió su inquietud por los derechos de los humildes; aquella fue la primera referencia en Europa a la obra de ayuda social que encarnaba la mujer de Perón en su país.

Ella, hermosa, sonriente, etérea, frente a una plaza repleta que la vitoreaba, les dejó una promesa:

«Sepan, obreros españoles, que mientras en nuestros trigales haya una espiga, esa será compartida con vosotros, con nuestra solidaridad y expresión de paz, de cristiandad y de justicia social. Por eso, a pesar de las potencias opresoras, el gobierno justicialista del general Perón se ha fijado una consigna: en España no habrá ningún hogar sin pan, ningún niño sin leche. Mi pueblo es humilde y bueno como sois vosotros, pero orgulloso y altivo como también sois vosotros. Tened siempre presente que sólo la solidaridad entre los humildes nos hará fuertes para enfrentar la voracidad insaciable de los poderosos».

Entre la multitud, un chico de nueve años, Alexis Mesón Doña, derramaba su llanto sin consuelo. Su madre hablaba parecido a esa mujer, y sin embargo, estaba presa en una cárcel de Madrid esperando ser ejecutada porque el régimen franquista la había condenado a muerte, luego de fusilar a su marido en 1941. Tiempo antes, su hermana menor, de seis meses, había muerto producto de una meningitis. Juana Doña Jiménez, la madre, se había afiliado desde los catorce a la juventud comunista para luchar por la igualdad de clases, se había convertido en una feminista y había formado parte de la Agrupación de Mujeres Antifascistas. Era del Sur, había crecido en un barrio de obreros y soñaba con un mundo más justo. Tras haber sido detenida y torturada, quedó en libertad. Pero después del fallecimiento de su marido, decidió volver a la lucha clandestina y se unió a la guerrilla urbana madrileña. Consiguió sacos de dinamita y dirigió un atentado contra la embajada argentina en Madrid en repudio a las buenas relaciones que el gobierno de Perón mantenía con Franco. Pretendía llamar la atención sin causar heridos. Pero la descubrieron, la juzgaron y la sentenciaron a muerte. Y luego de años de rebelión, ahora estaba en la soledad de una celda oscura y fría, a la espera del final.

Alexis salió de entre la gente, corrió varias cuadras, entró a la casa de su tía, se sentó en una mesa y comenzó a escribir: «Señora Eva Perón: por favor, a mí me han fusilado a mi padre y ahora van a fusilar a mi madre». Nada más. Con dedos temblorosos dobló la carta y se fue hasta la embajada argentina. Llegó con el último soplo de aliento, el de la esperanza, y se sentó en la vereda a aguardar la llegada de la mujer buena que se parecía a su mamá.

Temblaba. Pasaron minutos, horas, no lo sabía, pero sus ojos no se apartaban de la entrada. Hasta que la vio. Eva bajó de un automóvil custodiada por una comitiva. Alexis la reconoció por su pelo color oro y la sonrisa abierta. Se paró de un brinco e intentó acercarse, pero una mano lo sujetó para impedirle el paso. Antes de que ella desapareciera, el chico logró pegar un grito: «¡Señora! ¡Señora!»

Eva giró la cabeza sorprendida, y enseguida fulminó con la vista al oficial que lo tenía inmóvil.

—¡Dejalo! —le ordenó. Y se dirigió al nene—. Vení, acercate. ¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás?

Alexis extendió su brazo y le entregó un papel sin hablar. Tenía los ojos llenos de súplica y temblaba más que antes.

Eva lo leyó ahí mismo, enseguida lo miró de nuevo. En ese instante tuvo

una imagen fugaz: recordó el dolor de Doña Elvira cuando la mala suerte le había matado a su familia y años más tarde, los militares habían aniquilado a Dimas. Este niño representaba ese mismo dolor. Y ella tenía una deuda con la gente que sufría, y también tenía una deuda con Elvira.

Entonces se agachó para alcanzar su rostro, le acarició la mejilla y le dijo.

—Cálmate... —había un nudo en la voz—. A tu mamá no le va a pasar nada, yo me voy a ocupar.

El niño soltó un sollozo más fuerte. Eva lo abrazó y lo retuvo en su pecho. Los demás estaban quietos, mudos. Nadie se atrevió a decir una palabra.

Por la noche, durante la última cena, Franco no paraba de halagarla.

—Señora, España estará siempre en deuda con usted. No sé cómo vamos a agradecerles tanta ayuda —aludía a los alimentos que el gobierno de Perón había prometido para el pueblo hispano y que ella acababa de ratificar en aquel viaje.

Era su oportunidad, pensó Eva.

—Yo sí sé cómo puede agradecérmelo —soltó sin más.

Franco levantó las cejas y la miró sorprendido.

Al día siguiente, a Juana Doña Jiménez le conmutaron la condena a muerte por una pena de prisión.

* * *

Luego de pasar por Granada, Sevilla y Barcelona, Eva se despidió de una España sensible, y se fue rumbo a Italia, donde arribó en la tarde del 26 de junio. Allí la cosa era distinta, porque había comunistas que le mostraron su rabia y le gritaban obscenidades, y fascistas que se acomodaban mejor a los tiempos de guerra.

Un día después de su arribo, vestida con una capa negra que llegaba al piso, visitó el Vaticano y pudo entrevistarse con el cuestionado Papa Pío XII, que había sido, y aún era, amigo de los nazis. El pontífice le obsequió un rosario y la Medalla de Oro del Pontificado. Sin embargo, ella no se alegró. Esperaba el nombramiento de Marquesa Pontificia; un título papal que le permitiera superar la arrogancia de las señoras nacidas en la alta sociedad de Buenos Aires, y que no le concedieron. Otro desdén para la cadena de gestos ofensivos que urdían su historia. Y que ella no perdonaría.

Siguió con la gira; actos, homenajes, visitas a los barrios humildes, a las fábricas para hablar con obreros, cenas de gala, discursos y más

compromisos. Entonces comenzó la fatiga. Había pasado más de un mes sin descanso, su médico le sugirió reposo pero ella lo desestimó. Y continuó yendo de un lado a otro a pesar del agotamiento. Sólo aceptó descansar unos días, previo a la partida hacia Lisboa, donde su actividad fue más turística que protocolar.

En Francia llegó, quizás, su principal incentivo: la ciudad de París. Se hospedó en el exclusivo Ritz Hotel, donde la esperaba una delegación de niños huérfanos que le entregaron regalos y sonrisas.

En la ciudad de la elegancia, Eva aprovechó para visitar las grandes casas de moda, en especial la del afamado Christian Dior, quien vio en ella a una reina, a su nueva musa. Bajo sus órdenes, la firma creó un maniquí especial con las medidas exactas de la dama argentina para realizarle modelos exclusivos. Y a partir de entonces, Dior le diseñó trajes, vestidos y abrigos que enviaría a Buenos Aires por intermedio de sus colaboradores.

André Perugia, famoso por los diseños de sus zapatos, solía decir que estudiar los pies era la mejor forma para conocer la personalidad de una mujer. Y tampoco quiso perderse semejante personaje. Por eso, adquirió un molde preciso de los pies de Eva, así podría diseñar su calzado a medida.

La prensa mundial llenaba páginas enteras hablando de ella, mostrando sus atuendos, repasando su agenda. A mediados de julio, el semanario norteamericano *Time* le dedicó su portada y destacó los aspectos más importantes de su viaje por Europa. Su popularidad crecía tanto, dentro y fuera de su país, que el gobierno de Perón pasó a estar en boca de todos, para bien y para mal.

La Argentina ya había puesto en marcha el Plan Quinquenal, que tenía como meta lograr una economía autosuficiente y elevar el consumo, sobre todo, de los sectores postergados. Se aumentó la inversión en salud con la construcción de hospitales, en educación, vivienda, previsión social; se fomentó la enseñanza gratuita en universidades; se otorgaron créditos hipotecarios blandos y el Estado construyó miles de viviendas que podían pagarse en cuotas, posibilitando el sueño de la casa propia. Los barrios incluían espacios verdes, sala de atención para primeros auxilios y escuelas. Todo parecía un cuento; sin embargo, existía un fuerte control de las opiniones, tanto en la prensa como en los colegios, donde se imponía el uso obligatorio de manuales que elogiaban a Evita y a Perón. Y muchos comenzaron a hablar de una tiranía.

El 23 de agosto, Eva regresó de su viaje por Europa transformada. En escasos meses, se había convertido en icono de la moda, con un estilo

suntuoso, de labios rojos y peinado tirante, de rodete bajo, a veces trenzado, que dejaba libre las facciones, la piel transparente y el cuello repleto de perlas.

La alta sociedad la odió más todavía, porque a pesar de no pertenecer a su clase, su hermosura y su gracia, coronadas por diamantes y aquel vestuario parisino confeccionado a su molde, la ubicaron en un altar, como a esas damas de la realeza europea que parecían intocables.

Frente a los representantes de la aristocracia, Eva Perón se mostraba fría e implacable, pero en su alma habitaba algo distinto. Era cierto que le gustaban los vestidos y las pieles, no obstante su presencia en los salones de la nobleza, en las galas del Teatro Colón, tenía otro asidero. Por un lado, sabía que la despreciaban por considerarla oportunista, una pobre diabla nacida en los suburbios que había calentado la cama del presidente. Eso a veces la enfurecía, aunque también le daba cierto gusto de revancha. Ser la primera dama, vestirse con ropa fina y estar rodeada de lujos era su venganza. Los miraba de frente, les clavaba la vista sin vergüenza y no tenía que fraguar más sonrisas, porque ya no les tenía miedo. Ahora ellos bajaban la cabeza ante sus ojos, o por lo menos simulaban gestos amables. Se lo debían. Por tantos años de sufrimiento, de opresión en las vérices de su madre, por haber echado como animales a su familia en el velorio del vasco, por hacerla padecer hambre en la gran ciudad, por no querer contratarla sino a cambio de favores; por todo aquello que la había llenado de rencor y dejado en la soledad extrema de la angustia, con un dolor profundo que no encontró palabras para sosegar.

Sin embargo, el placer de la venganza no resultaba suficiente. Había algo más, escondido, que pujaba por salir, un grito mudo que le sacudía el sueño durante la noche y no la dejaba en paz: los ricos eran cada vez más ricos, y los pobres continuaban siendo pobres e infelices.

—El pueblo necesita de la ayuda directa de quienes más tienen —le dijo una mañana a Perón.

Habían desayunado; té, algunas tostadas. Hacía frío y él estaba por irse.

—¿Qué se te ocurrió, ahora? —la miró de reojo.

—La limosna es sólo un placer para los oligarcas.

—No te entiendo.

—¿No te das cuenta, Juan? La beneficencia los excita, en cambio a los pobres los humilla. Los vende-patria arman galas y sacan a los chicos uniformados, muertos de hambre, con cajitas de cartón y un cartel en el pecho

para que pidan entre las mesas unas monedas, mientras ellos se devoran sus manjares. Se divierten a costa del hambre de los pobres. Y los pobres comen las semillas que ellos escupen. ¡¿No te parece humillante?!

—A ver... ¿y adónde querés llegar con todo esto?

—La idea me está quemando la cabeza desde que bajé del barco. Los pobres están necesitados, y donde hay una necesidad surge un derecho.

Él levantó el mentón, se quedó en silencio durante segundos. Esa frase le pareció la más sensible que había escuchado de su boca desde que la conocía.

—Estamos haciendo toda una transformación que beneficia a los obreros —señaló de pronto, como si tuviera que justificarse ante su alegato.

—No alcanza. ¡No dejes que los ayuden ellos, los oligarcas, ayúdalos vos, que los ayude la Patria, el Estado, que sea una obligación impuesta por Perón! Usame a mí, Juan —se exaltó Eva.

—¿Cómo?

—Poneme una fundación. Reparemos un siglo de injusticias. Hagamos una obra de amor, un amor de Perón por su pueblo, un amor de mi corazón por vos y por ese pueblo que te trajo de vuelta hasta mis brazos. Saquémosle a la oligarquía, a la Sociedad de Beneficencia, el placer de pagar con sus limosnas. La limosna humilla, en cambio la ayuda social estimula. Que la ayuda social se convierta en un deber. ¡Que esos hijos de puta paguen con sus impuestos!

—Pero si les subo los impuestos me van a odiar más todavía —abrió los brazos.

—¡Qué te importa! —le gritó—. ¿Desde cuándo te convertiste en un cagón? ¡Que te odien! El pueblo te va a amar y eso va ser tu escudo de batalla. No te das cuenta de que ellos sólo quieren voltearte. Tienen experiencia en derrocar un gobierno, ¡mirá lo que hicieron con Yrigoyen! Vos lo sabés mejor que nadie, ¿no? ¿Creés que con vos va a pasar algo distinto? Y en ese momento, el único que te va a defender será el pueblo. Son como Sarmiento, Juan, quieren educación para los ricos y humillación para el obrero. Pero vos tenés que ser el libertador, como San Martín, tenés que liberar a los pobres; ya no de los españoles, sino de los oligarcas que los oprimen.

Perón estaba mudo. La miraba hipnotizado, cómo ella movía las manos, cómo se ponían rojas sus mejillas y la voz se hacía más aguda cada vez. Ahí, en el comedor de su casa, ella acababa de pronunciar un discurso político único, hablaba con amor y con pasión en igual sentido. Era perfecta.

—No pueden quererte los dos bandos —siguió Eva mientras él no podía

contestar—. ¿Querés llevarte bien con la oligarquía o con los trabajadores? Tenés que elegir. O te aliás con la Sociedad Rural o te aliás con la CGT, no hay otra opción. Y vos sabés que mis aliados son los que atravesaron el Riachuelo para liberarte el 17 de octubre, no los que pedían tu cabeza.

—¿Qué proponés? —preguntó al fin.

—Dejame que te ayude —le tomó el hombro—. Yo hablo con los muchachos de la CGT y vos manteneme bajo control a los milicos.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero para empezar con esto?

—Muy simple, comenzará con el tuyo —señaló divertida.

—¿Con el mío? ¿Cuál?

—Tu sueldo de presidente.

—No tenés límites —soltó él, meneando la cabeza. Y esbozó una sonrisa.

—¿Eso te asusta? —lo desafió ella al ver el cambio de brillo en sus ojos.

—No, me calienta.

Eva no perdió tiempo. Se ubicó sobre sus rodillas, lo abrazó y le mordió los labios.

—Entonces dame lo que quiero, Juan. Armame la fundación, y yo te juro que voy a darte todo lo que vos deseas.

Perón la miró fijo, extasiado. Esa joven enérgica lo dejaba sin argumentos, con la mente blanda y el cuerpo lleno de pasión. Le aferró la cintura, acercó sus caderas y antes de marcharse a la Casa de Gobierno, decidió pasar por el dormitorio.

*- El término *descamisado* fue utilizado despectivamente por los antiperonistas a partir del 17 de octubre de 1945 en alusión a las masas que llenaron la Plaza de Mayo en apoyo a su líder. Luego el peronismo lo adoptó para referirse a los trabajadores de manera afectiva.

XV

Tal como había anunciado Eva en varias ocasiones públicas, el 9 de septiembre de 1947 se aprobó el derecho al voto femenino. Ella se llevó todos los laureles, dejando en las sombras a los dirigentes que habían luchado por años con el fin de lograr la igualdad cívica para la mujer. Y en su primer discurso desde la Casa Rosada, una multitud convocada por la CGT la ovacionó. Otros, la iglesia, la oligarquía y la milicia, la odiaron aún más.

Como los trabajadores tenían a mano la dirigencia sindical para canalizar sus demandas, pero el resto, los que no trabajaban, quedaban huérfanos, con el apoyo de Perón, en junio de 1948 Evita armó la tan ansiada Fundación, cuyo decreto había sido creado por ella misma durante un desayuno con su marido; sin embargo resultó mucho más drástico que cualquier ley escrita.

El primer depósito para su financiamiento lo hizo Eva, donando de su bolsillo diez mil pesos. Luego se sumaron los aportes voluntarios y de los otros, los que efectuaban los industriales y empresarios presionados para colaborar.

Con el correr de los meses, la Fundación se organizó y su obra fue trascendente. Escuela de enfermeras, hogares de ancianos, hogares-escuela, refugios para mujeres solas y madres solteras, construcción de barrios, hospitales y ciudades estudiantiles, colonias de vacaciones, campañas de vacunación, campeonatos deportivos, reparto de ropa, juguetes y alimentos, cientos de proveedurías en todo el país que vendían artículos a bajos precios, becas para estudios universitarios; todo cuanto pudieren requerir aquellos que no tenían.

La ayuda social traspasó las fronteras del país; se extendió a Chile, Bolivia, Ecuador, Italia, Turquía, entre ochenta naciones de todos los continentes que recibieron asistencia frente a catástrofes o urgencias sanitarias. El Vaticano, y hasta los Estados Unidos, contrarios a Perón, no fueron la excepción. El reverendo Faywatters, que presidía una organización para niños carenciados en Washington, solicitó ayuda a la Fundación argentina. Eva mandó un avión con ropas y calzados, y así se ganó la ofensa del gobierno del norte que pidió explicaciones a través de su embajada.

En cada detalle estaba el ojo avezado de Evita, que recibía personalmente a las familias, se interiorizaba de sus problemas y los resolvía en el momento. El requisito era sencillo: sólo debían enviar una carta, solicitar audiencia y aguardar su turno para ser atendidos. Nada más. Pedían lo que necesitaban; ella, el hada de los pobres, se encargaba de que lo consiguieran.

El trabajo en la Secretaría era cada vez más extenuante. Eva llegaba temprano y se pasaba el día entero ahí. Cientos de personas la esperaban, querían verla, contarle sus penas y besarla. Había obreros, mujeres con niños inquietos, delegados sindicales, periodistas extranjeros deseosos por conseguir una primicia, refugiados de la Europa de posguerra, monjas, señores que se empujaban en la fila peleando contra el agotamiento, personajes del ambiente artístico; un conglomerado que venía a tomar ayuda de la mano directa de Evita: la protectora, la nueva *abanderada de los humildes*, que muchas veces pasaba veinte horas de pie y terminaba quitándose los zapatos, y se excusaba por deambular descalza entre la gente para calmar el dolor de sus piernas sobre las baldosas frías.

Producto del trabajo, de la tarea sin pausa y también de su obsesión para que nadie se fuera sin una respuesta, los almuerzos que solía tener con su marido se suspendieron; no había tiempo para salir. Tomaba un jugo y comía algo frente a los demás mientras atendía. Se alimentaba mal y, por ende, sus fuerzas resultaban más escasas.

«Realizo en cada hogar lo que hubiera deseado para mí. Porque únicamente las obras realizadas con amor son grandes y son perfectas. Ellos me devolvieron a Perón, por eso les debo mi vida», le susurraba por las noches a Juan antes de cerrar los ojos, cuando se metía en la cama luego de una jornada agotadora para descansar entre sus brazos. Muchas veces, en esos momentos, pensaba en el hijo que no venía. En alguna escapada a la quinta de San Vicente habían tocado el tema. Ella deseaba un niño con la voz ajada de Perón; él fantaseaba con una nena de ojos audaces como los de Evita. Pero ambos trabajaban demasiado y eran devotos de su pueblo. Tal vez por el agotamiento o la falta de tiempo, lo cierto era que ni en la cabeza de Juan ni en la de Eva había espacio para un heredero.

* * *

Un día de primavera, antes de salir de su casa, entre todos los informes que había leído durante la mañana, Eva se detuvo en uno que hablaba de un

matrimonio con ocho hijos. Vivían hacinados en una pieza, dormían en el piso y casi no comían. En el barrio los llamaban «los rulos», porque tenían cabello ensortijado. Un vecino se apiadó de ellos y envió la carta a la residencia de Perón. Eva volvió a leer el apellido familiar: Rojas. Y abrió los párpados en señal de sorpresa. Vino a su mente un recuerdo y la emoción le llenó los ojos de lágrimas. Podría tratarse de aquel hombre bueno de bucles rojos que una tarde agobiante le había invitado un helado de frutillas, y le había contado la historia del volcán Vesubio de Nápoles. Sólo un gesto de cariño, de empatía, sin pedir nada a cambio. La charla había durado poco, pero ella recordaba los detalles de su vida. En ese momento trabajaba de zapatero porque no conseguía empleo como maestro de historia. Tenía cinco hijos y un bebé muerto; se ve que con los años habían nacido tres más, pensó.

No perdió tiempo, al instante mandó llamar a una de sus colaboradoras y ordenó que enviaran colchones, sábanas, mantas, ropa, juguetes y zapatillas para los chicos, que amueblaran todo el departamento y que mandaran semanalmente alimentos, bebidas y ¡helados! También debían conseguirle un trabajo bien pago al hombre, como profesor de historia antigua en una escuela o en alguna universidad.

—Pero... —balbuceó la secretaria— primero debemos mandar a una asistente social para corroborar que esto sea cierto. La carta fue enviada por un vecino, ni siquiera lleva la firma de la familia. Además ese puesto no es fácil de lograr, señora.

Eva la fulminó con la mirada.

—Hacé lo que te digo sin mandar a nadie. Y conseguile el puesto aunque eso te deje sin dormir durante días. ¡Movete! ¡Ya mismo! —le gritó. Y desapareció sin más. No tenía tiempo para perder.

Esa mañana había decidido buscarla. Juan le había hablado de ella en una de las primeras noches que pasaron juntos, luego de hacer el amor. Le había acariciado la mejilla con ternura, más emocionado que en otras ocasiones. Y entonces soltó su confesión:

—Una vez, hace años, me enamoré de una joven blanquita, con la piel de mármol, como la tuya. Era tan frágil, pobrecita. Había llegado de Rusia escondida en un barco con su hermana, que murió al poco tiempo. Estaba sola en el mundo...

En lugar de sentir celos, Eva lo miró con nostalgia.

—¿Y qué pasó entre ustedes?

—Ella trabajaba en un prostíbulo de clase —hizo una mueca—. Yo no solía ir a esos lugares. Pero una noche un amigo me insistió para que lo acompañara y entonces la vi... —Los ojos de Juan parecían perdidos en la evocación—. Tocaba el piano, era preciosa, tenía el cuello largo y un perfil de muñeca. Charlamos un rato, hasta le pedí que me enseñara a tocar. Pero a tocar piano no se aprende hablando —sonrió recordando su respuesta.

Estaban acostados; él de espaldas al colchón, con un brazo doblado bajo la cabeza y el otro sosteniendo los hombros de Eva. Ella lo escuchaba atentamente, casi sin respirar. Notaba que el recuerdo le dolía.

—¿Por qué se separaron?

Juan se mantuvo en silencio durante segundos. Eva no lo interrumpió. Al rato, dijo:

—Porque yo estaba en plena carrera militar y quería seguir creciendo. Me obsesionaba el colegio y además, no nos permitían andar con mujeres de vida fácil, ¿entendés? —la miró—. No pude hacer nada por ella...

—Pero vos estabas enamorado... —señaló Eva.

—Chinita... el amor en la juventud suele ser una equivocación.

—¿Por qué decís eso? —se sorprendió.

—Porque el cuerpo de los jóvenes está atormentado por la pasión, no piensan. Por eso cometen errores. Yo no podía permitirme cometer ningún error. Ansiaba ser conductor. Y no me equivoqué. ¡Mirá dónde estoy ahora! —la acercó más hacia él.

—Y... ¿qué fue de su vida? —insistió Eva ubicándose en el corazón de esa mujer sola, que no tenía familia ni tierra, tan sólo un amor que la había abandonado sin explicaciones.

—No lo sé... Jamás volví a saber de ella.

—¿Cómo se llamaba?

—Dasha, Dasha Petriev. Nunca pude olvidar su nombre.

El tema finalizó ahí. Se quedaron en silencio. Eva se durmió pensando en esa chica rusa. A partir de aquel día, ella tampoco pudo olvidar su nombre.

Hacía meses le había pedido a Isabel Ernst, su secretaria, que hiciera las averiguaciones. Ya sabía todo. Le indicó al chofer que la llevara sin decir una palabra. Ni el general debía enterarse.

Llegaron hasta un edificio de cuatro plantas cerca del Cementerio de la

Recoleta. Ubicado en Quintana y Parera, era uno de los más elegantes de la ciudad. Inspirado en la arquitectura francesa, contaba con dos entradas: un arco en altura para los habitantes y un acceso más angosto para el personal de servicio, que dejaba en evidencia la distinción de clases.

Eva bajó sola del automóvil. Apenas la vio, el encargado empezó a temblar. Se acercó tan aprisa que casi se tropieza con sus propios pies. Abrió la puerta, se quitó la galera e hizo una reverencia.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, muchacho —respondió ella con gesto amable—. ¿Me acompañás al departamento de los Becerra?

El hombre se sorprendió, pero reaccionó al instante.

—Claro, con gusto, señora.

Los propietarios eran dueños de todo el edificio y además habitaban uno de los pisos. Descendientes de una elite, entre los miembros de su familia contaban varios abogados conocidos.

Los recibió una joven de tez morena, vestida con uniforme, que se quedó inmóvil al descubrir a Eva Perón en el umbral.

—Hola, querida —la saludó Evita con una sonrisa, y le dio un beso—. ¿Me invitás a pasar?

—Sí, señora, disculpe —se sonrojó. Y de inmediato se apartó de la entrada.

Eva ingresó a la residencia y miró en derredor. La recepción, una sala repleta de sillones y obras de arte, el comedor con una mesa de vidrio inmensa y un salón oval decorado en madera para las grandes fiestas.

La mucama no hablaba; el encargado había desaparecido.

—Busco a Dasha Petriev —dijo Eva sin más vueltas.

—¿A... Dasha? —repitió incrédula.

—Sí.

—Ya la llamo, señora —dijo. Y se esfumó.

Al minuto volvió acompañada de una mujer de mediana edad que caminaba lento, como si cargara una historia de dolor. Los cabellos dorados que Juan recordaba bien, ahora estaban opacos, con algunas canas que nacían en la frente. El rostro ya no era suave; en la mirada celeste había marcas de amargura, de esas que instala la mala vida. Su cuerpo había perdido gracia. Se notaba que había sido hermosa, pero de esa belleza sólo quedaba un sesgo, algo que podía intuirse con un ojo avezado. Nada más.

—Encantada, señora —extendió la mano y le sonrió apenas, con respeto,

con plena conciencia de a quién tenía enfrente.

—Hola —se acercó Eva y la abrazó.

Dasha permaneció quieta; el abrazo de Evita, llena de fragancia, la sorprendió.

—Quiero hablar a solas con vos, vamos a un lugar tranquilo —le dijo cerca del oído. Y la tuteó para que se relajara.

La mujer la guió por un sector de la vivienda alejado de todo, la zona de los sirvientes. Entraron a una habitación confortable; la cama, una mesa de luz, una silla angosta. Eva pidió permiso y se sentó.

—Estoy cansada —le dijo con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla? —se animó la mujer y se ubicó enfrente.

Era suave, parecía tierna.

Eva miró sus manos, esos dedos que alguna vez acariciaron el piano de una casa de citas y al instante enamoraron a Juan. Hoy tenían las venas pronunciadas y estaban curvos producto de una artrosis leve que había comenzado hacía poco; quizás, como consecuencia del esfuerzo emocional que soportaba para superar angustias desde que era pequeña.

—¿Sabés quién soy? —inició Evita.

—¡Claro, señora! —exclamó ella enseguida—. Usted es la abanderada de los humildes, nuestra única esperanza... —dijo casi con vergüenza.

—No hablo de eso, Dasha —la nombró por primera vez. Y volvió a preguntarle—: ¿Sabés *quién* soy?

De inmediato, la mujer advirtió que Eva conocía el romance que había tenido con su marido. Bajó la cabeza y respondió temblorosa:

—Éramos chicos...

Evita escuchó su voz llena de pena, esas penas que llevan tiempo mudas. La miró y sintió una puntada en el corazón. A esa jovencita hermosa le habían robado la vida; primero los zares rusos, los anarquistas, el prostíbulo, la desesperación, y luego un último afecto que no pudo conservar. De seguro esta mujer, ya vencida por los años, todavía añoraba aquel amor, tal como Doña Elvira había añorado desde siempre a su caballero perdido bajo el rifle del militar español.

—Lo sé —le dijo con un nudo en la garganta, evocando el pañuelo de su adorada Muñoz. Y se fue hasta la cama, al lado de ella—. No vengo a recriminarte nada —siguió—. Sólo quería saber qué había sido de tu vida. Porque Juan me habló de vos, por eso sé que fuiste importante para él. Y todo lo que es importante para Juan, lo es también para mí. Así que vos también sos

importante para mí —le tomó la mano.

Dasha no supo qué decir. Se había quedado muda ante la confesión de Eva. No lo esperaba, ni siquiera sabía bien si deseaba escucharlo a esa altura, después de tanto dolor.

—¿Cómo llegaste a este lugar? ¿Te tratan bien? —insistió Evita.

—Ahora sí...

—No entiendo.

Dasha enmudeció.

—Seguí, por favor. Contame todo —rogó Eva, y le apretó más fuerte los nudillos.

—No puedo, si hablo me echan a la calle —señaló la mujer con miedo.

—Nadie va a echarme porque yo soy la esposa del presidente. Además, no sólo vine a conocerte, también vine a sacarte de acá. El general Perón te lo debe, y el general Perón siempre paga sus deudas —Dasha la miró incrédula de nuevo.

Eva sabía lo que significaba que alguien hiciera algo para sacar a una persona de sus infiernos, por eso la había ido a buscar. Pero primero quería estar al tanto de la verdad.

—¿Qué te hizo esta gente? —insistió.

La mujer no tenía alternativa: Eva Perón la estaba interrogando y debía responder. Aunque sin entrar en detalles porque se avergonzaba, no obstante, tomó coraje y dijo:

—Por suerte, ya estoy vieja... Ahora le toca a la pobre Julia, la muchacha que la recibió en la entrada. Ella es bonita y fresca, y a los patrones les gusta...

No hizo falta otra palabra para que Evita se diera cuenta a qué se refería. Sus mejillas se pusieron rojas, se tomó la cabeza y su tono amable cambió. Pero no quería humillarla más. Así que intentó ser prudente.

—¿Hace cuánto? —le preguntó.

—Desde que llegué aquí, cuando tenía veintidós, durante muchos años. Después me dejaron en paz, como le dije, ellos prefieren las jovencitas — soltó Dasha en un hilo de voz, con el mentón bajo, sin lágrimas. Su llanto se había secado hacía tiempo, como sus manos, su pelo y su belleza.

Eva se levantó con los puños cerrados. Observó la habitación, la cama, la mesa de luz. Escondido entre unos libros aparecía la punta de un portarretratos negro. La miró como pidiéndole permiso. Ella asintió. No tenía caso ocultarlo. Eva tomó el cuadro dado vuelta. Lo giró y ahí estaba él, su hombre, con una

sonrisa jovial desconocida, con un cigarro en la boca, sin uniforme, sin gorra, despojado de rigor. La camisa abierta; a lo lejos un árbol y el horizonte. Dasha permanecía quieta; los ojos de Evita se llenaron de lágrimas.

—Dejame compensarte por tantos años de sufrimiento. Confiá en mí, vámonos de acá —le pidió en tono de súplica, más que de orden. Y le tendió su mano.

La mujer asintió sin pensar. Tomó la mano de Eva, la abrazó fuerte y le dijo:

—Gracias.

—Juntá tus cosas; ahora vuelvo —señaló Evita, y salió de la pieza.

En el pasillo se topó con Julia, la otra mucama.

—Llévame con los dueños de esta pocilga —le ordenó.

—Pero la señora Merceditas está descansando. Cuando el señor se va nos recuerda que no podemos despertarla —contestó Julia aterrorizada.

—Vas a ver cómo yo sí puedo —retrucó Eva—. Vos mostrame cómo llegar a su cuarto.

La muchacha no vaciló y la llevó por el corredor hasta el lado opuesto de la casa, la zona reservada para los propietarios.

—Es acá —señaló una puerta doble con picaporte de bronce.

Eva entró sin llamar. La habitación estaba oscura, pero el albor del pasillo le permitió avistar el ventanal. Se arrió hasta ahí, corrió de un tirón las cortinas de pana y entonces la vio.

La dueña de casa se incorporó sobresaltada. Se restregó los ojos para acostumbrarse a la claridad y al reconocer la figura de Eva Perón dentro de su dormitorio, pegó un alarido.

—¡Dios mío! —se persignó como si hubiera visto al diablo.

—¿Te asusta verme acá? —inició Evita.

—No comprendo... —balbuceó la mujer intentado cubrirse con las sábanas. Merceditas tenía más de sesenta y aun con poca luz, se adivinaba fea y arrugada.

—¡¿No comprendés?! —siguió Eva enfurecida—. Así es cómo entraban tu marido y vos al cuarto de esa pobre chica para violarla. ¿Qué es lo que no entendés, cómo ustedes torturaron a la piba rusa durante años, igual que ahora hacen con la otra? ¿Saben sus nombres, acaso? ¡¿Los saben?! —Le preguntaba fuera de sí—. ¡Contestame, hija de puta! —se acercó hasta la cama, le arrancó la sábana de la mano y se le puso enfrente.

—Sí, sí... sabemos sus nombres —contestó Mercedes entrada en pánico.

—Decilos —ordenó Eva tajante.

—Dasha y... —titubeó la patrona. No recordaba el nombre de la mucama nueva.

—¡Juuulaaaa! —gritó Eva con la boca bien abierta, y le cruzó la mejilla de una bofetada.

Mercedes quedó tiesa; nunca había visto semejante comportamiento en una mujer. Parecía un animal salvaje a punto de devorarla.

—Ahora lo sabés, y además, vas a conocer mi furia —agregó Eva como si le estuviera leyendo las ideas—. Ellas se van hoy conmigo, pero te aseguro que su recuerdo los seguirá como un fantasma, porque los ojos del general Perón van a estar puestos sobre esta casa, sobre tu familia y sobre tu marido hasta el final de los días. ¡Ustedes van a pagar el daño que les hicieron! —le escupió. Entonces bajó la voz y se arrimó más a su rostro—: Lo van a pagar con dinero y también con dolor. Es una promesa de la esposa del presidente.

Se dio vuelta, caminó hasta la salida y dejó el sonido de un portazo en el aire.

* * *

Evita no paraba. Se iba temprano, pasaba el día entero fuera de la casa, en la Secretaría, en alguna inauguración, hacía viajes a las provincias, a veces acompañada de su marido y en ocasiones sola para inaugurar alguna obra. En cada lugar, miles de personas se desesperaban por verla, oírla, tocarla. Ella sonreía y los abrazaba a todos. No perdía oportunidad para pronunciar sus discursos: en ceremonias, en actos de la Central Obrera, en las plazas del interior, capitales, sanatorios, escuelas; también a través de las emisoras radiales, donde le hablaba al pueblo con una voz enérgica.

Andaba siempre rodeada de dirigentes de la CGT; se había convertido en el puente entre Perón y los obreros, a quienes les recordaba fidelidad a su liderazgo. Aquel fue el segundo rol de Evita en el esquema diseñado por Perón: convertirla en su delegada frente a los reclamos de los trabajadores representados por la Central Obrera. Todos los miércoles por la tarde se reunía con el presidente y dirigentes gremiales en la Casa de Gobierno. En realidad, actuaba para favorecer a los leales y neutralizar a los opositores.

Las actividades de Perón también eran muchas y comprometidas, y los horarios de ambos comenzaron a cruzarse: Eva llegaba a la residencia pasada la medianoche, cuando Juan ya estaba dormido. Le pedía a su chofer que

estacionara en la parte posterior, abría la puerta del auto muy despacio, para no hacer ruido, se quitaba los zapatos, lo saludaba con una sonrisa enorme y corría descalza por las escaleras, así el general no la escuchaba. Por la mañana él se iba muy temprano, mientras Eva recién entraba al sueño. Los fines de semana, que solían pasar en la quinta de San Vicente, comenzaron a aburrirla. Entonces le suplicaba a él regresar a la ciudad; estaba impaciente por volver a su despacho. El trabajo se había convertido en su única obsesión.

Desde principios de 1948, Evita había empezado con algunos problemas de salud producto del agotamiento. Su cuerpo no daba más. El médico diagnosticó cansancio físico y anemia, y le sugirió reposo; pero ella no quería parar. A veces, ante la insistencia de Perón, aceptaba descansar unos días. Pero enseguida se incorporaba de nuevo, creando fuerzas donde ya no había, reinventándose —como sabía hacerlo—, para continuar con su tarea en la Fundación. Sentía una necesidad imperiosa por defender a su gente de las injusticias, a sus *descamisados*, como había hecho con Dasha y con Julia sin que Juan se enterase del asunto, al sacarlas de esa casa siniestra para saldar la deuda que Perón tenía con Petriev. Les dio un techo equipado con lujos, la pensión vitalicia para la primera y un trabajo decente para la otra. Se ocupaba de todos. Tenía colaboradores, es cierto, sin embargo quería estar en cada detalle. Sabía que su ojo, su dedicación y la rapidez que lograba tomando decisiones, no eran para cualquiera. Y los pobres, los que sufrían, no tenían tiempo para la burocracia. Ella era expeditiva, determinante. Y de ese modo ellos lograban ser felices antes, lo más pronto posible. Ya se los había asegurado en un mensaje radial, aquel 31 de diciembre de 1947: «Les prometo luchar hasta el último momento de mi vida por ese pueblo generoso que el 17 de octubre supo devolver al coronel Perón a la Patria».

Y no les fallaría.

El peronismo se afianzaba a través de las obras públicas y del fervor popular, no obstante su permanencia en el poder requería de una constitución que habilitara la reelección del presidente. En marzo de 1949 se logró la reforma. A pesar de su agotamiento, Eva aprovechaba cada viaje al interior del país para hacer proselitismo a favor de su marido: «Hay que votar a Perón».

A mediados de 1949, Evita arengaba el palco de la Primera Asamblea Nacional del Partido Peronista Femenino realizada en el Teatro Nacional Cervantes. Era la cabeza de miles de mujeres que se habían comenzado a

movilizar en todo el país para exigir no sólo su derecho a votar, sino también a participar en las candidaturas parlamentarias de las próximas elecciones. Aquel 26 de julio la multitud cantó por primera vez «Evita Capitana», una versión diferente a la marcha peronista.

Vestía sencilla, con un traje sastre abotonado, el pelo tirante, como siempre, los brazos en alto, las manos abiertas, prepotente. Su voz sonaba entusiasta, era el convite perfecto para seguirla a cualquier parte. Y para continuar apoyando a su marido.

Elvira Muñoz la observaba desde abajo con orgullo. Su niña se había consagrado como líder partidaria. Era, sin dudas, su día de gloria. Minutos antes de finalizar el discurso, Eva sintió una humedad extraña entre sus piernas. Bajó del palco y se fue derecho al baño para ver qué sucedía: una hemorragia. Como no estaba en el término de su período, supuso que debía tratarse de otra cosa. Pero no le dio trascendencia. Lo resolvió al instante. Llamó a su secretaria que la esperaba afuera: «Conseguime un poco de algodón», le dijo. La muchacha volvió con un paquete. Evita se limpió, colocó el tapón sobre la ropa interior, ajustó más sus medias, y se fue al encuentro con los dirigentes que la estaban esperando ansiosos para saludarla. Sonreía como si nada. Al minuto, había dejado de pensar en el tema.

Al mes siguiente, fue nombrada presidenta del Partido Peronista Femenino. Así, a los treinta años de edad, se consolidó en la cúspide de su trayectoria con una militancia política independiente al rol que le tocaba como esposa de Perón.

A partir de entonces las hemorragias continuaron al ritmo de sus actividades, aunque ella les restó importancia y, por supuesto, evitó comentárselo a Juan. En lugar de eso, decidió dormir en otra habitación, para que él no se diera cuenta y además, para que no la buscara por las noches... «Vuelvo tarde y no quiero despertarte», le señaló como excusa.

Sin embargo, producto de aquel desangre pasajero, de la fatiga, la mala alimentación y el poco descanso, su salud empeoró: anemia, fiebre persistente, tobillos hinchados y mucho cansancio. No obstante, ella seguía firme. En el rostro, en su voz, en su elegancia, no se veían vestigios de enfermedad.

—¡Tenés que consultar con un médico! —se enfureció un día Perón al encontrarla doblada sobre una silla.

—No quiero, Juan. Por favor... —le suplicó Eva con el gesto lleno de dolor.

—¿Por qué sos tan cabeza dura?

—Es que no les tengo confianza... —respiró—. Esos tipos son oligarcas y lo único que quieren es joderme con el tema de mi enfermedad para que interrumpa mi tarea. Son tus enemigos y también enemigos del pueblo. Y el enemigo acecha. No perdona que una mujer argentina esté trabajando por el bienestar de su Patria. Prefieren verme muerta. Pero no lo van a conseguir. No voy a parar, Juan. Se los prometí a ellos, al pueblo —sonó firme a pesar de la molestia; continuaba encorvada y miraba fijo el suelo.

—¿Qué pensás, entonces? ¿Seguir llegando a las tres de la mañana, no descansar, no comer?

—Por todo lo que me falta hacer es demasiado lo que duermo.

—No te das cuenta de que ni siquiera tenemos tiempo para nosotros... —le reclamó él por primera vez.

Ella levantó el rostro y lo miró con ternura.

—Juan... vos sos militar y por eso estás acostumbrado a la disciplina. Yo te juro que me propongo tener una agenda más ordenada, pero siempre surge algo nuevo y no puedo dejar a la gente sin respuestas, ¿me entendés? Vos estás en el comando supremo, pero yo estoy en el frente mismo de la lucha.

—Tu cuerpo no da más, negrita —abrió los brazos él—. Tenés que reponerte.

—Me voy a curar sola. Ya vas a ver... Es una anemia pasajera, una pavada, confiá en mí, Juan —continuó ajustada a la silla. En su mano sostenía la piedra de su *machi* envuelta en el pañuelo de Elvira. Y de nuevo apareció otra puntada en el vientre.

—Bueno, está bien —se acercó Perón—. Calmate, vení conmigo —le aferró los hombros y la llevó hasta la cama. Su tenacidad lo invalidaba por completo.

* * *

En enero de 1950, Eva sufrió un desmayo en plena inauguración de un local para el Sindicato de Conductores de Taxis. La trasladaron de inmediato a la residencia. El doctor Ivanissevich, su médico, sostuvo que no podía determinar las causas de los dolores en las caderas, y aconsejó realizar una histerectomía porque suponía lo peor. Eva se negó rotundamente:

«Operaciones, no», dijo.

Pero allí intervino Perón sin admitir cuestionamientos.

Tres días más tarde, la intervinieron en el Instituto del Diagnóstico. Al

pueblo le dijeron que tenía apendicitis, sin embargo descubrieron una inflamación extraña compatible con un cáncer. No obstante, nadie se animó a sacar los órganos del cuerpo de Eva porque le tenían miedo. Y así como la abrieron, volvieron a cerrarla. El médico le sugirió una consulta con el ginecólogo. Ella le respondió con furia; una idea se había convertido en certeza casi delirante: «Yo no tengo nada, ustedes me quieren eliminar para que no me meta en política. ¡Y no lo van a conseguir!»

Dos semanas después, Evita retomó sus actividades. Su conciencia le dictaba seguir a cualquier precio; se sentía fuerte e invencible. El inconsciente, en cambio, la estaba impulsando a suicidarse.

En lugar de descansar, aumentó sus tareas: viajes a las provincias, más reuniones con dirigentes, más horas dedicadas a la Fundación, discursos, agasajos, ceremonias. La agenda acumulaba compromisos mientras su cuerpo se iba consumiendo por dentro. Ella le presentaba batalla desde afuera negando su afección, creyéndose invulnerable, con la fuerza necesaria para vencer cualquier tipo de malestar, de igual forma como se enfrentaba a la oligarquía para doblegarla.

Su madre, Elvira Muñoz, sus hermanos, su marido; todos insistían para que se dejara tratar. Pero ella era contundente: «No tengo tiempo, los médicos son para los vagos, no para mí. Yo tengo mucho que hacer».

Con el avance de la enfermedad de Eva, también avanzaba la crisis económica que había comenzado en 1949 en el país. Malas cosechas, boicot norteamericano contra la Argentina, y un modelo que había permitido la expansión del consumo popular y ahora no podía dar respuestas a su demanda. Como consecuencia de ello, a fines de 1950 los ferroviarios se declararon en huelga. Y Evita no toleró esa traición. Aunque estuviera enferma, igual continuaba siendo avasallante.

Frente a semejante revés, el gobierno reaccionó despidiendo a los activistas y forzando a la CGT para intervenir el sindicato. Los obreros redoblaron la apuesta llamando a un paro general por tiempo indeterminado, que fue declarado ilegal.

Evita pasó una semana de enojo y amargura, hasta que decidió salir a confrontarlos directamente en sus puestos. Se fue hasta la estación Banfield, sin guardias, sin escoltas. Sólo la acompañó Ivonne Lafont de Infraga Mitre, la esposa de un oligarca que había conocido hacía poco, de origen francés y raíz

humilde. Estaba viviendo un infierno con un marido violento y traidor, y se había enamorado hasta los huesos de un militar amigo de Perón con quien mantenía una relación clandestina. Sin embargo, a pesar del incentivo que le daba Evita para que abandonara a su esposo y se jugara por ese amor, la mujer no se animaba a dejarlo.

Eva vestía sencilla, sin maquillaje ni ornamento. Hacía tiempo había dejado de usar los vestidos de Dior, sólo se los ponía para ocasiones especiales. Ella era del pueblo y así quería que los obreros la vieran. Pero esta vez estaba decidida a enfrentarlos porque no entendía cómo ellos podían desafiar al general.

Los huelguistas se quedaron mudos al verla; jamás imaginaron que se presentaría por la noche de esa manera imprevista.

Con la voz en alto Evita convocó a todos los ferroviarios para que se unieran hasta colmar el andén. Los trabajadores se apiñaron sobre las vías, en los vagones, los bancos; esperaban en silencio, casi con esperanzas, las palabras de aquel temperamento febril.

—Esta huelga, compañeros, es una huelga contra el movimiento obrero, ¡contra ustedes! ¿Se volvieron locos? ¿Qué carajo les pasa? ¿A Perón le van a hacer un paro?

No obstante la sorpresa ante semejante introducción, la multitud continuó gritando y reclamando derechos en sus propias narices. Y eso a Evita la indignó más todavía. En lugar de quedarse quieta, comenzó a caminar de un lado al otro; movía las manos para arriba, para abajo, sonaba acalorada y enérgica.

—¿El que le hace una huelga a Perón trabaja para la oligarquía, para los vende-patria! Ustedes le están haciendo el juego a los contreras. Entonces: primero levanten esta medida de fuerza, vuelvan a trabajar y después nos sentamos a conversar.

—Compañera Evita —interrumpió uno de ellos—, un ferroviario gana sólo trescientos pesos. ¿A eso le llaman ustedes justicia social? —ella se detuvo y lo miró de frente.

—Nosotros les vamos a aumentar los sueldos, se los aseguro, pero no con esta huelga que lo único que hace es alimentar el regocijo de nuestros enemigos. ¿Qué les pasa? ¿Se olvidaron de los derechos sociales que les dio Perón? ¡El único que se ocupó de ustedes fue el general! —les recordó con el brazo en alto—. Por eso no vamos a tolerar huelgas de nuestros propios compañeros peronistas, ¿entienden, muchachos?

—¡Los obreros tenemos el derecho de hacer huelga! ¿Ahora también pretenden meternos presos por manifestarnos? —lanzó uno de ellos, y todos lo vitorearon.

—¿Y quién pensás que les dio ese derecho, pelotudo? ¡Perón! —continuó Eva desencajada—. ¿Vos sos peronista? —le preguntó clavándole los ojos.

El hombre levantó la barbilla.

—No, señora. Soy socialista, de los que están del lado de los obreros —contestó con orgullo.

—Así que socialista... —repitió Eva en tono irónico—. ¡Socialista de los mierdas que lo único que saben es lamer culos, querrás decir! Acá hay uno solo que está del lado de los obreros, y se llama Juan Domingo Perón. ¡Ahora se vienen a poner en contra de quien les dio todo lo que tienen!

—¡No vamos a ceder! —clamó el mismo hombre enceguecido.

—¡Entonces se pueden ir a la puta madre que los parió! —soltó Evita. Y con el dedo firme y expresión iracunda, les advirtió:— Levanten esta huelga, muchachos. Si no, ¡van a sufrir las consecuencias de haberse puesto en contra del presidente! Y les advierto que quien se pone en contra del presidente, se pone en contra de mí. Perón podrá perdonarlos algún día, pero yo no, porque yo jamás perdono una traición.

Salió del lugar sofocada. Las luces del coche iluminaban la bruma de una noche oscura. Antes de abrir la puerta para marcharse, apretó el brazo de su amiga francesa, la miró cerca del rostro y le dijo:

—Así es cómo se defiende una pasión.

No obstante la proclama y sus gritos, la huelga continuó de todos modos. Entonces intervino Perón: declaró ilegal el paro y a través de personal militar hizo funcionar los trenes. Muchos trabajadores fueron despedidos, otros encarcelados.

Se estaban acercando las elecciones, y también se acercaba el final.

XVI

Para el 9 de Julio de 1951 ya se hablaba de la fórmula Perón-Perón, y el nombre de Eva como candidata a la vicepresidencia sonaba en todos los actos peronistas.

Como era costumbre, el matrimonio asistió a la gala del Colón. Para Evita, sería la última. A pesar de negarlo, ella lo sabía. Las hemorragias, los tobillos hinchados, la febrícula, el cansancio... Su cuerpo la estaba abandonando.

Esa noche, ingresó al teatro en medio de una doble hilera de cadetes de la Escuela de Policía que la custodiaban con sus sables levantados. Él, Perón, su caballero armado, la sostenía. Llevaba un diseño exclusivo de la casa Dior, un vestido *strapless* marcado en la cintura que llegaba al piso, acompañado por una capa de raso estilo imperial. Aquel día no sentía dolores fuertes y no dejó de sonreír. Pero algo se había apagado en su mirada; la fiebre, quizás, que había pasado de los ojos al cuerpo sin pedirle permiso, había dejado apenas una sombra de luz en los ojos. Eva ya no miraba como antes.

Comenzó el acto y ella, que en vano intentaba concentrarse, recordó a Violetta Valéry y aquella frase de la ópera de Verdi que la había impactado siete años atrás, cuando un 9 de Julio, en el mismo palco, Perón había decidido mostrarla al mundo y oficializar la relación.

«Mi cuerpo sufre, pero el alma está tranquila. Anoche me confortó un devoto sacerdote; la religión es alivio para los sufrientes», había dicho la cortesana de París.

Ahora Evita comprobaba que era cierto. Poco importaba el dolor del cuerpo cuando se podía sentir la quietud de un alma buena. A ella le dolía todo el cuerpo, pero su alma, como la de Violetta, estaba en paz. Miró a Juan con disimulo; su perfil parecía el de un indio griego. ¡Qué incongruencia!, pensó. Y ensayó una sonrisa. Lo había dado todo por él, por su causa, por su pueblo, por sus descamisados, los heridos, los ancianos, las mujeres y los niños. Su vida había sido una carrera ascendente. Había llegado hasta la cima de cualquier aspiración: era la esposa del presidente, venerada en su país y en el mundo entero. No obstante, había decidido no quedarse quieta, luchar con las manos y con el corazón por los que sufren, que eran, en definitiva, el ejemplo

más perfecto de su propia esencia. Había aprendido que el pueblo sólo recuerda a quien ha dado su vida por un ideal. Y ella no quería que la olvidaran.

Mientras Eva se emocionaba recordando algunos rostros humildes, Perón no dejaba de pensar en la presión que ejercía la CGT y el Partido Peronista Femenino para que él aceptara a su mujer en el cargo de vicepresidente en la reelección. El general Franklin Lucero, ministro de Ejército y amigo fiel de Perón, ya le había advertido de las conspiraciones que se habían iniciado para derrocarlo en un golpe militar. El grupo más duro del Ejército estaba en contra de la designación de Eva por su género, por sus modos, su temperamento y su osadía. Imposible imaginarse bajo el mando de esa mujer que, en caso de fallecimiento de su marido, podría asumir todos los poderes convirtiéndose en Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. Era inadmisibile. Pero además, reaccionaron con irritación la oligarquía, el arco opositor y fundamentalmente la Iglesia, a quien ella le había quitado el monopolio benefactor, a quien había desafiado asumiendo la ayuda social como un derecho, en lugar de la dádiva. No sólo la detestaban; también le tenían terror.

Por su parte, en algún lugar de su conciencia, el general sentía cercenado su poder. Él era la cabeza, y el liderazgo no otorga concesiones, no comparte, no se deja dividir. Si bien ella se decía gorrión y a Perón lo llamaba cóndor, si bien se encargaba de insuflar su poder, de mostrarlo casi como una deidad a la que había que adorar ciegamente, en los cielos de la Patria ambos volaban a la misma altura. Él lo sabía.

Perón estaba en una encrucijada: por un lado José Espejo, el secretario de la Central Obrera, no dejaba de repetir: «queremos a la compañera Evita»; por otro, el Ejército le decía: «sacá a Eva Duarte y a la CGT del medio».

Ella lo seguía mirando. Apenas le dio la mano, él la miró también. Había adelgazado bastante, sin embargo continuaba siendo hermosa.

—Te extraño... —soltó de pronto Juan, antes de que bajara el telón.

Ella no respondió. En ese instante se encendieron las luces y la sala se colmó de aplausos. Todos los ojos enfilaron hacia el palco del presidente.

* * *

Llegaron a la residencia. «Esta noche quiero dormir con vos», le había dicho ella durante el trayecto.

Subieron las escaleras de la mano como adolescentes ante el primer

encuentro, ese que está lleno de incertidumbre. El dormitorio estaba oscuro. «No enciendas la luz», le pidió Eva. Tal vez por vergüenza de su cuerpo delgado, la inflamación de las piernas, el tinte amarillo de la piel, el pelo opaco. O también, la posibilidad de algún hilo de sangre que se escapara de su vientre y que Juan descubriese con horror.

Él la ayudó con el cierre. El vestido cayó al suelo y formó una especie de espiral alrededor de su figura. Ella quedó desnuda y sutil en medio de los pliegues. Juan la alzó en brazos y se la llevó a la cama. Apartó la colcha y la dejó sobre las sábanas que las chicas mantenían especialmente tibias en invierno. Ella lo miró con la mirada más profunda que encontraron sus ojos. Sin decirlo, le dijo: «Quizás esta sea la última...»

Él lo comprendió todo. La abrazó, le besó el cuello, la oreja, los cabellos sueltos. Y la observó con los ojos llenos de lágrimas. «No seas tenue, no quiero que me tengas pena», pronunció Eva intuyéndolo. Tomó su rostro entre las manos. Esas manos que siempre tenían prisa, ahora lo acariciaron con más tiempo, intentando grabarse cada rasgo, cada surco, cada gesto. Para ella y para él, para después, cuando hubiera pasado el último suspiro y ese cuerpo y esas manos estuvieran sólo en la memoria. Lo besó con amor, como aquel primer beso que se habían dado en el coche, al abandonar el Luna Park cuando se conocieron, en su *día maravilloso*. A Juan se le escapó una lágrima, una sola, la que no pudo sostener por más esfuerzo que hizo. Pero Eva no lo dejó llorar. «Cogeme —le dijo al instante—, todavía sigo siendo tu mujer».

Entonces él tensó los muslos, el torso y el miembro. La penetró enseguida, sin esperar, intentando ganarle al deseo, que la sombra de un dolor agudo, ese que flota en el aire cuando la muerte anda cerca, había querido tapar. Al principio se movió muy despacio para no lastimarla. Eva no sentía placer, al contrario, el vientre estaba lleno de molestias y ahora, con Juan adentro, el dolor era más fuerte. Sin embargo no quiso que él supiera y lo dejó hacer; soportó, intentó acompañar desafiando los límites del sufrimiento. Juan la extrañaba, y ella se estaba yendo. En realidad, se había ido hacía mucho. De sus noches, de su cama, de su vista y, en breve, se iría para siempre de su destino. Tenía que aguantar, ser más estoica que antes, se lo debía. De pronto se sintió egoísta y culpable. Y de la culpa sacó fuerzas, y entonces comenzó a moverse con ritmo enloquecido, como antes, como en las mejores noches que alguna vez supieron armar juntos. Lo dio vuelta, se montó sobre él un poco más profundo; subía y bajaba acariciando el pene erecto. Del vientre se había borrado el dolor y sólo quedaba el desafío. De entregarse completa, de curar

con el sexo las heridas, el vacío de pareja que ella había instalado en el hogar, y que ahora, a orillas de un final atroz, intentaría llenar con un momento. Por fin escuchó su orgasmo, el feroz, ese que Juan le daba pocas veces. Y entonces ella también alcanzó el clímax, y acabó sobre él, arañando su pecho, entregada hasta la médula por ese varón; mitad indio, mitad criollo, mitad castrense, mitad peón, mitad humilde, mitad soberbio, mitad alegre, mitad sombrío, que le había dado una vida de ensueño, pero además, le había otorgado lo máspreciado, lo inigualable: su nombre.

* * *

22 de agosto de 1951

En la avenida 9 de Julio y Belgrano, la CGT armó un palco inmenso bajo el escudo peronista. Se convocaba a un Cabildo Abierto del Justicialismo con el fin de proclamar la candidatura de Evita en la fórmula presidencial.

Desde todos los puntos del país, trenes y ómnibus gratuitos estaban a disposición de la gente para que llegaran a concentrarse. La vida de la ciudad se paralizó; las calles repletas de banderas que colgaban de los balcones, tapaban el frente de los negocios, las veredas; todas con el rostro de mármol de ella, que le sonreía al perfil aguileño de Perón.

Los manifestantes no paraban de llegar desde los rincones más alejados del país. Alegres, vívidos, impulsados por la ilusión de una esperanza más, esa que se gesta en los corazones que han visto la tristeza muchas veces.

Para la oposición fue una puesta en escena; ellos lo vivían como un día de gloria. Casi dos millones de personas colmaron las calles de la Capital; los del interior pernoctaron en campamentos improvisados para conservar un puesto en medio de la multitud. Sólo querían verla...

Desde el cielo se vislumbraba una marea humana condensada por amor, el amor a la pareja y en especial, a ella, que los había reconocido como nadie antes. Miles de carteles en alto anticipaban un deseo:

PERÓN-EVA PERÓN 1952-1958

A las cinco de la tarde apareció el general vestido de traje y levantó los

brazos con una sonrisa. La multitud estalló en una ovación con pañuelos blancos en alto, con un clamor que sacudió el viento helado de la tarde: «¡Perón!, ¡Perón!, ¡Perón!»

Estaban enloquecidos, pero no se conformaban con él. Y comenzaron a gritar el nombre de su esposa: «¡Evita!, ¡Evita!, ¡Evita!»

José Espejo, el líder sindical, acusó el grito vivo de la gente y dijo: «Mi general, notamos una ausencia, la ausencia de Eva Perón, que se ha ganado para siempre un lugar en el mundo, en la historia, en el amor y en la veneración del pueblo argentino. Compañeros, es posible que su modestia, uno de sus mayores méritos, la mantenga alejada de esta magna concentración. Pero este Cabildo Abierto no puede proseguir sin contar con la presencia de la camarada Evita».

Entonces, la mujer de cabellos dorados, recogidos en una trenza en flor, surgió de pronto entre los hombres, y aunque estuviera demacrada, devorada por la enfermedad, tenía la expresión amable y un poco asustadiza. Abrió los brazos, se inclinó sobre el balcón, tiró un beso y tuvo que contener la emoción para no desmoronarse. «¿Qué les digo?», le preguntó a Perón. «Deciles que sí, pero sin decirlo», respondió él.

A pesar de la incertidumbre, ella habló con tesón, como siempre, como si las células de su cuerpo estuvieran todas vivas y fueran a estar así eternamente.

«Mi general —comenzó frente al micrófono—, son vuestras gloriosas vanguardias descamisadas de la Patria las que están presentes hoy porque han tomado el porvenir en sus manos y saben que la justicia y la libertad la encontrarán, únicamente, teniendo al general Perón dirigiendo la nave de la Nación».

Aplausos, júbilo, algarabía. Él, a su lado, serio, con el ceño fruncido. Había dejado de sonreír.

«Es la Patria que se ha dado cita al llamado de los compañeros de la Confederación General del Trabajo para decirle al líder que detrás de él hay un pueblo», siguió con el puño cerrado.

«¡La vida por Perón! ¡La vida por Perón! ¡La vida por Perón!», se escuchaba en el aire.

«Ellos saben bien que antes del general Perón, vivían en la esclavitud, que fue el general Perón quien los dignificó: social, moral y espiritualmente. Y saben que la oligarquía, que los mediocres, que los vende-patria, todavía no están derrotados, desde sus guaridas asquerosas atentan contra el pueblo y

contra la nacionalidad. Ellos no perdonarán jamás al general Perón, que haya levantado todo lo que ellos desprecian: los trabajadores, los que ellos olvidaron, los niños, los ancianos, y lo que ellos relegaron a un segundo plano: la mujer».

Aplausos, más ovación, sonrisas, lágrimas...

«A ellos les duele que Eva Perón se haya dedicado al pueblo argentino. A ellos les duele que Eva Perón, en lugar de dedicarse a fiestas oligárquicas, haya dedicado las horas, las noches y los días a mitigar dolores y restañar heridas».

«¡Perón con Evita! ¡Perón con Evita! ¡Perón con Evita!», estalló la multitud.

«Todo lo que hice, no lo hice nunca por ocupar una posición política en mi país. Es que estando el general Perón en el gobierno, el puesto de vicepresidenta no es más que un honor y yo, ¿a qué aspiro?; nada más que al honor del cariño de los humildes de mi Patria».

«¡Nooo! ¡Con Evita! ¡Con Evita! ¡Con Evita!», interrumpió la desesperación de la gente.

Perón miraba a la multitud con una media sonrisa; también de reojo la miraba a Eva. Ella fijó la vista en el pueblo. En su rostro apareció la conmoción. No podía. Sabía que Juan no la apoyaba. Pero lo deseaba tanto...

«Yo, mi general, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados de la Patria, os proclamo, antes que el pueblo os vote el 11 de noviembre, presidente de todos los argentinos».

En el palco aplaudieron; Eva intentó despedirse con un brazo en alto. Pero la gente no se movió de ahí.

«¡Con Evita! ¡Con Evita! ¡Con Evita!», seguía el reclamo.

«Yo no soy más que una mujer del pueblo argentino (...) porque siempre he querido confundirme con los trabajadores, con los ancianos, con los niños (...) para lograr que lo quieran más a Perón y para ser un puente de paz entre el general Perón y los descamisados de la Patria (...) Yo siempre haré lo que diga el pueblo».

La multitud estalló creyendo que había aceptado la candidatura. Sin embargo ella continuó:

«Pero yo les digo que, así como hace cinco años he dicho que prefería ser *Evita* antes que la mujer del presidente, si ese *Evita* era dicho para aliviar algún dolor de mi Patria, ahora digo que sigo prefiriendo ser *Evita*».

En ese momento Perón tomó el micrófono.

«Sólo los pueblos fuertes y virtuosos son dueños de su destino (...)»

Su discurso fue interrumpido por el grito fanático que reclamaba por ella:
«¡Que hable la compañera Evita!»

Espejo tomó la posta e intentó presionarla: «Señora, el pueblo pide que acepte su puesto». Entonces ella dijo:

«Mis queridos descamisados, yo les pido a los compañeros de la CGT, a los niños, a los trabajadores aquí congregados, que no me hagan hacer lo que nunca quise hacer (...) por el cariño que nos une, por el amor que nos profesamos mutuamente, que para una decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer, me den por lo menos cuatro días para pensarlo».

«¡No! ¡No! ¡Ahora!» clamaba la gente con desesperación.

«Compañeros (*), yo no renuncio a mi puesto de lucha, renuncio a los honores (...) Yo tenía tomada otra posición, pero haré al final lo que el pueblo diga. ¿Ustedes creen que si el puesto de vicepresidente fuera una carga y yo hubiera sido una solución, no hubiera ya contestado que sí? (...) Mañana (...) Les pido a ustedes, como amiga, como compañera, que se desconcentren», les suplicaba Eva con las manos abiertas y los ojos llenos de dolor.

«¡No! ¡No!», continuaban los gritos.

«El pueblo es soberano, yo acepto», dijo Eva por fin. Y Perón la fulminó con la mirada.

La multitud soltó pañuelos y lágrimas.

Ella continuó:

«No, no, compañeros (...) les pido sólo unas horas (...) mañana a las doce».

«¡No! ¡Ahora!», repetía la multitud, efervescente.

«Compañeros, esta noche...»

Eva miraba a Juan sin saber qué más podía decir.

Espejo volvió a tomar el micrófono:

«La compañera Evita nos pide dos horas de tiempo. Nosotros esperaremos aquí su resolución. No nos moveremos hasta que nos dé una respuesta favorable a los deseos del pueblo trabajador».

Entretanto, en el palco comenzaron las discusiones. Nadie podía creer cómo Eva había relegado a segundo plano la palabra de Perón. El general estaba enfurecido. «¡Levanten este acto!», ordenó a la CGT. Espejo y los de la Central Obrera le exigían que proclamara a la compañera Evita como candidata a la vicepresidencia. Pero ellos ignoraban las presiones del Ejército, y además, ignoraban su verdadero estado de salud.

Eva se sentía ambivalente y vulnerable. Un pueblo entero la estaba vitoreando, la necesitaba. Y ella no deseaba darle la espalda. Se alejó de los muchachos de la CGT para quedar en un rincón, a solas con Juan.

—¿Por qué me querés afuera de la fórmula? —le increpó sin más.

—¿Qué decís? —contestó él enardecido—. ¡Las fuerzas no te dan, estás cada día más débil! Aparte, recibo constantes amenazas de Campo de Mayo. Ya lo sabés. No tengo opción. ¡Deciles que se vayan a sus casas! —le ordenó.

—A vos lo que te jode es que abris los brazos y el pueblo grita: «¡Evita!» —le lanzó ella enfurecida—. Bueno, te la vas a tener que bancar, Juan. Porque yo a esta gente me la gané con el cuerpo, con el corazón y con estas manos húmedas que tienen restos de llantos viejos, esos que mi alma trae de la calle, de esas heridas que nadie sabe que yo tengo. Por eso a esta multitud ahora yo te la regalo, te la doy a vos. ¿Acaso no me escuchás decirles siempre: «Hay que apoyar a Perón»? Yo te quiero al lado mío, no te quiero en ningún otro lugar. Y sólo pretendo ser tu compañera. A vos te apoyan esos milicos de mierda y la puta Iglesia, que está llena de oligarcas. A mí, en cambio, me apoya el pueblo. Eso te molesta. Pero te lo estoy entregando, ¿no te das cuenta? ¿Qué más te puedo entregar, Juan? Este es el hijo que yo pude darte. Este es mi hijo: el pueblo. Tomalo, es tuyo. Hacete cargo —le espetó al borde del llanto.

Era la primera vez que Perón había visto en peligro su liderazgo, porque los obreros no se conformaban con él sino a través de ella. Sin embargo, Eva intentaba sostenerlo a pesar de él mismo, con esas palabras crudas que salían de un pecho desbordado por la pasión, por la fatiga, por aquella adoración que tanto había buscado durante su vida, la de la gente, esa adoración a la que ahora debía renunciar.

Juan se quedó mudo. En su cara ya no había más enojo. La miró como el peón que mira tierra seca; aquella que alguna vez supo ser fértil y producir cosecha de la buena. Hoy, Eva era un campo estéril; la piel amarillenta y las ojeras delataban su paso hacia la muerte. La encerró en un abrazo. Dejó escapar un sollozo entre su cuello. «Todavía no —le dijo ella—, el pueblo aún nos está esperando».

Volvieron al borde del palco. Ya era de noche. La multitud seguía de pie aguardando una respuesta. Miles de antorchas encendidas iluminaban el canto de su nombre.

«¡Evita! ¡Evita! ¡Evita!»

Ella les rogó que le dieran hasta mañana para pensarlo. Jamás en la historia política mundial una mujer había convocado semejante cantidad de personas en una concentración a su favor.

Sin embargo, la contestación recién llegó el 31 de agosto, a través de un aviso radial emitido desde su residencia en el Palacio Unzué.

«Compañeros, quiero comunicar al pueblo argentino mi decisión irrevocable y definitiva de renunciar al honor con que los trabajadores y el pueblo de mi patria quisieron honrarme en el histórico cabildo abierto del 22 de agosto. Ya en aquella misma tarde maravillosa, que nunca olvidarán mis ojos ni mi corazón, yo advertí que no debía cambiar mi puesto de lucha en el movimiento peronista por ningún otro puesto (...) Yo creo haber hecho todo lo que estuvo en mis manos... para cumplir con mi voto y con mi deuda. No tenía entonces, ni tengo en estos momentos, más que una sola ambición, una sola y gran ambición personal: que de mí se diga, cuando se escriba el capítulo maravilloso que la historia seguramente dedicará a Perón, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del pueblo, que luego Perón convertía en hermosas realidades. Y que a esa mujer, el pueblo la llamaba cariñosamente *Evita*».

* * *

El general Perón se encerró en el baño para que no lo vieran llorar.

Minutos antes, leyó la noticia que le había entregado el ministro de Asuntos Técnicos acompañado de Jorge Albertelli, el ginecólogo que habían mandado llamar de urgencia.

La biopsia practicada a Eva por los especialistas del Instituto Argentino de Diagnóstico y Tratamiento confirmaba lo peor: «Epitelioma espino-celular con acentuada inflamación del estroma (...) células con activa mitosis y en vasos del tumor múltiples embolias de células neoplásicas».

El médico lo tradujo enseguida: «Es un cáncer de cuello de útero con tendencia a la metástasis. Las células malignas se reproducen a ritmo acelerado y ya están en los vasos sanguíneos. Es grave».

Toda su armadura parecía haberse desintegrado. Su esposa tenía el mismo cáncer que había padecido Aurelia, la primera, esa que hacía años lo había

enamorado con el reflejo de su perfil sobre el césped de Palermo, esa que había mantenido olvidada en su memoria. Sin embargo ahí, en el baño de la residencia, de pronto volvieron los recuerdos, como si la vida le estuviese señalando con el dedo que lo inevitable, lo que ya había presenciado alguna vez, volvería con más fuerza, con el desgarró y los olores que desata la antesala de la muerte, en esos escenarios que llevan guardados en sus tablas de madera los actos que otros ya supieron mostrar alguna vez. Juan era el escenario. Y por eso en aquel momento la recordó. Su mirada escurridiza, la voz tierna, el gesto siempre amable. Recordó también el cuadro que ella le había pintado con tanto amor, ese que estaba colgado en el comedor de su departamento y que Eva había mandado al sótano apenas se mudaron al Palacio. Evita y su desenfreno, su furia, su brillo, su pasión.

Intentó una carcajada que al instante se convirtió en sollozo. El quejido fue grave y corto, a su mejor estilo. Igual se tapó la boca con ambas manos; tras la puerta aguardaban los demás, los que no debían verlo quebrado. «Voy a hablar con ella», les dijo apenas salió del baño. Y se fue hasta su dormitorio.

Abrió la puerta con suavidad, por si estaba dormida.

—Pasá, Juan —soltó Eva desde la cama.

—¿Cómo sabías que era yo? —le sonrió él.

—¿Quién se va a atrever a abrir sin tocar primero? Sólo mi general...

Su voz sonó cansada. Las ojeras, profundas; en la mirada había incógnita y certeza. De las dos.

—¿Cómo te sentís?

—Como el culo... —exhaló—. Pero voy a estar bien. Yo siempre me repongo.

—Esta vez es distinto, negra —la miró serio.

—¿Qué tengo? Decime la verdad.

—Algo malo.

Lo dijo a secas. Aunque estaba rasgado por dentro no quería que su propio dolor la afectara aún más. Eva giró la cabeza hacia la ventana. Era una tarde linda, de esas que suelen traer noticias buenas. Esta vez, en cambio, como una paradoja, la primavera le había traído la peor. Una lágrima se escapó sin que él la viera, resbaló por la mejilla y se perdió entre las mantas.

—Al final lo lograron... Me van a sacar del medio. Ellos siempre logran lo que quieren.

—¡No! —se acercó él. Ahora ya no simulaba. En su rostro apareció la emoción, el llanto y la bronca—. ¡Vamos a luchar juntos! —le dijo aferrado a

sus brazos.

—¿Cómo, Juan? —lloró ella. Y se tapó la cara por vergüenza.

Él la abrazó fuerte. Su pecho había sido siempre un lugar para el consuelo.

—Te van a dar rayos, a operar, lo vamos a vencer...

—No quiero que me toquen los oligarcas, Juan, por favor, no quiero... — seguía llorando.

—Ahora ya no decidís vos, negrita. Mirame... —le pidió.

Eva levantó la vista, repleta de lágrimas.

—Tapame los espejos, Juan. Todos los espejos —le suplicó en medio del llanto.

—Está bien, por eso no te preocupes. Pero escuchame con atención: una vez te dije que no te soltaría, ¿te acordás? —ella asintió—. Bueno, este es el momento para ponerlo a prueba. Yo voy a estar al lado tuyo. No te rindas, por favor, no te rindas, chinita —le suplicó él. Y se largó a llorar como un chico, con las imágenes de la agonía de Aurelia dando vueltas en sus ojos.

A pedido de Perón, el doctor Albertelli se instaló en la residencia. Tal como había sugerido, colocó a Eva un *radium* en la zona afectada que dejaría en su cuerpo durante cinco días. El dispositivo portaba una fuente radiactiva con el fin de detener el crecimiento del tumor y favorecer la reposición de los tejidos antes de la operación. Ella se entregó al pedido de Juan y, a pesar de su rechazo a que la tocaran, obedeció.

Mientras Eva era intervenida con anestesia total bajo un secreto de Estado, el 28 de septiembre, con epicentro en Campo de Mayo, el general Benjamín Menéndez encabezó un intento golpista para derrocar a Perón. Arturo Frondizi de la UCR, Américo Ghioldi del PS, los demócratas nacionales y progresistas, y una rama del Ejército, le dieron apoyo.

Sin embargo, Perón ya sabía del asunto por su amigo Lucero, por eso pudo controlarlo a tiempo. Pero lo llamativo, lo memorable, fue la reacción de los obreros impulsada por la CGT, que decretó una huelga general y llamó a concentrarse en Plaza de Mayo. Estaban dispuestos a dar la vida por el general.

Perón se dirigió al pueblo para tranquilizarlos y además, para adelantarles el castigo:

«Un grupo de malos argentinos ha deshonrado el uniforme de la Patria (...)

Cuando comenzaron a sonar los primeros disparos, levantaron la bandera blanca para darse por vencidos. Son unos cobardes (...) Por eso sufrirán la pena que se impone a los cobardes. El oprobio de ser ejecutados».

Apenas despertó, Evita se enteró de lo sucedido. Y se desesperó. No importaban los efectos de la anestesia, ni el dolor en el cuerpo o las heridas, ella debía hacer algo, ir hasta la Casa de Gobierno, hablar con los trabajadores, serenarlos. El médico se opuso rotundamente y le rogó a Perón que la contuviera. Pero Eva no paraba de moverse a pesar del cansancio y de las pocas fuerzas que tenía. La tranquilizó Juan, cuando le dijo que sólo podría grabar unas palabras desde la cama y salir por Radio Nacional. A las nueve horas de esa misma noche, se escuchó su voz convaleciente, pero decidida. Les dijo que la disculparan por no haber podido estar con ellos y les agradeció haber defendido a Perón. Les dijo también que por ellos, los humildes, había dejado gustosa pedazos de su salud, y les pidió que rogaran a Dios que se la devolviera, para Perón y para ellos.

Pero después de hablar, igual no se quedó tranquila.

—Vas a cumplir con tu promesa, ¿no? —le apuntó a él desde la cama.

—¿A qué te referís?

—Vas a ejecutar a esos hijos de puta, ¿no? —prosiguió.

—Vos tenés que descansar y no preocuparte más por estas cosas. ¡Acaban de operarte! —reaccionó Juan.

—Y vos tenés una palabra con el pueblo: ¡Perón cumple! —se exaltó ella. Y enseguida pegó un grito por el dolor que le subió del vientre.

Juan le tomó el rostro.

—Basta, negrita... —suplicó—. La sublevación fracasó, enténdelo por favor. Es más, esto me vino bien para hacer una limpieza y sacar a los que no me quieren.

—¿Entonces no vas a matarlos? —insistió Eva en un hilo de voz, a punto de quedarse dormida—. Te vas a arrepentir, Juan. Si vos no los limpiás a ellos, ellos te van a limpiar a vos.

—Eso puede generar un caos dentro del Ejército. No es cobardía, es simplemente estrategia. Ahora descansá, todo está en orden. —Le besó la frente, la cubrió con la colcha y se fue de la habitación.

Durante la noche, Evita se despertó sobresaltada varias veces. En medio de la

oscuridad, repetía: «Mis descamisados me necesitan y me esperan; mis descamisados me necesitan y me esperan...»

María, la enfermera de ojos color cielo que dormía a su lado, le ponía paños fríos en la frente y de ese modo intentaba relajarla. Pero Eva continuaba delirando; o por lo menos eso parecía.

Apenas amaneció, tomó el teléfono que tenía sobre la mesa de luz y llamó a Espejo para convocarlo a la residencia. El hombre estaba dormido, aunque la voz de Evita lo sorprendió. Se fue temprano, luego de un baño a toda prisa.

La cúpula de la CGT llegó al Palacio dos horas después. Colmaron la habitación formando un semicírculo alrededor de la cama de Eva. Recostada sobre unos almohadones, ella estaba peinada y con buen gesto, como si nada hubiera ocurrido el día anterior, como si le hubiera ganado tiempo al letargo propio de la cirugía.

—Estoy con una anemia fuerte, muchachos —inició—. Pero no se preocupen, pronto estaré lista para la lucha de nuevo.

—Nos alegramos de que no haya sido nada serio, señora —acotó el jefe con una mano en el pecho.

—Lo de ayer no puede repetirse. Y para defender a la Patria hay que tomar el toro por las astas. Tenemos que formar milicias obreras —soltó Eva yendo directo al punto.

La delegación sindical abrió los ojos al unísono, llenos de asombro y confusión al mismo tiempo.

—Pero, señora... —se animó Espejo meneando la cabeza mientras se acariciaba los bigotes—, ¿de dónde vamos a sacar armas nosotros?

—Escuchame bien, José: tengo un amigo, el príncipe Bernardo de Holanda. Ya me contacté con él a primera hora y le pedí un cargamento.

Los dirigentes se miraron atónitos. Nadie se animó a interrumpirla.

—Van a llegar cinco mil pistolas automáticas y mil quinientas ametralladoras. ¡Vamos a armar a los trabajadores para que puedan defenderse de los oligarcas! —exclamó—. ¿Me entienden, no?

Espejo y los demás quedaron boquiabiertos. El corazón les latía a ritmo acelerado. La compañera Evita estaba impulsando un movimiento revolucionario desde las bases obreras, como jamás se había visto en la historia del país.

—Ya sé, no digas nada, José —levantó la mano para frenar su acotación—. El entrenamiento va a estar a cargo de un grupo selecto de suboficiales. Los gastos correrán por cuenta de la Fundación. Ya tengo todo pensado. Estos hijos

de puta me quieren dar por muerta —sonrió irónica aludiendo a la contra—. Yo les voy a demostrar que se equivocan. ¡Estoy más viva que nunca! —soltó. Y todos la vitorearon con una mezcla de emociones.

Pero se equivocaba. Porque la enfermedad avanzaba sin control y el aire olía más a catástrofe que a triunfo, como si la vida se transformara en una hazaña casi imposible, como si no quedase ningún hueco donde pisar firme para seguir.

Aunque el destino de Evita se iba oscureciendo, no obstante las milicias se armaron igual y comenzaron a entrenarse. También se formaron campos de entrenamiento con miles de hombres y mujeres en la provincia de Chaco, respaldados por su gobernador para resistir un golpe de Estado. Perón sabía de estos movimientos y, a pesar de estar en desacuerdo, en un principio no les dio demasiada importancia. La salud de Eva era su prioridad.

* * *

Evita siguió las indicaciones de los médicos y permaneció en cama durante semanas. Se llenó de calmantes y de cuidados porque quería descansar y reponerse para el acto del 17 de octubre, al que no pensaba faltar.

Más de un millón de personas habían colmado la Plaza y sus alrededores. El Día de la Lealtad estaría dedicado a ella.

Estaba en el balcón, apenas podía mantenerse de pie. Juan la sostenía desde la cintura. Vestía de negro, en su rostro se adivinaba la palidez y algunas marcas de resignación.

Frente a su gente, aquella tarde el general le hizo entrega de la Gran Medalla Peronista en Grado Extraordinario, que se otorgaba por única vez. La multitud la ovacionó y lloró con desesperación, como nunca antes lo habían hecho. Sabían que ella estaba grave, habían rezado y peregrinado durante meses, rogando por su salud, abrigando en cada misa una esperanza. Carteles inmensos le pedían a Dios su bendición.

Eva intentó mirarlos a los ojos; con el brazo en alto y una sonrisa, hizo una reverencia ante ellos. El pueblo se desangraba en llanto. Juan, a su lado, estaba erguido, con la vista fija en el aire. Pestañeaba sin cesar para evitar que las lágrimas clavadas en sus ojos cayeran sobre las mejillas. Ya había pronunciado su discurso, ahora todos querían escuchar a Evita. Entonces ella

les habló, con tono dulce y trémulo, con el aliento atrapado en un codo sin salida. Y desde allí, les dijo:

«Mis queridos descamisados (...) Este es un día de muchas emociones para mí (...) Yo no podré faltar nunca a esta cita con mi pueblo de cada 17 de octubre (...) porque yo tengo con Perón y con todos ustedes (...) una deuda sagrada (...) Yo no valgo por lo que hice, yo no valgo por lo que he renunciado, yo no valgo por lo que soy ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me duele en el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es por haberme enseñado a conocerlo y quererlo. Si este pueblo me pidiese la vida, se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que toda mi vida (...) Tenía que venir a darles las gracias (...) y para decirles que es necesario mantener (...) bien alerta la guardia (...) que cada uno de los trabajadores argentinos vigile y no se duerma, porque los enemigos trabajan en la sombra de la traición, y a veces se esconden a través de una sonrisa o una mano tendida (...) Y tenía que venir para agradecer a todos ustedes (...) porque el 28 de septiembre han sabido jugarse la vida por Perón (...) Yo les agradezco, por fin, compañeros, todo lo que han rogado por mi salud (...) Yo no quise ni quiero nada para mí, mi gloria es y será siempre, el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo. Y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria».

Miles de pañuelos se elevaron al cielo y miles de lágrimas soltaron su dolor. La abanderada estaba muy enferma, se le notaba en las ojeras y en la voz. Ellos lo sabían y por eso estaban rotos; sólo les quedaba rogar a Dios por un milagro.

Evita no pudo disimular su tristeza y se refugió en el pecho de Juan para llorar. Perón la encerró en un abrazo. A esa altura, la mujer incorrecta había vulnerado por completo su coraza. Y él se había transformado en uno más de ese pueblo que comenzaba a despedirla.

* * *

Por esos tiempos, Enrique Santos Discépolo, el poeta del tango, hacía valer su compromiso político con el peronismo a través de su micro radial «A mí me la

vas a contar», en donde le hablaba a un personaje, Mordisquito, que era de la contra. Pocas horas antes de las elecciones, ignorando que en semanas moriría de un infarto, Discépolo habló de nuevo con Mordisquito, y de esa forma irónica y vehemente, le dejó al pueblo otro mensaje:

«Lo tuyo, por ejemplo, que querés volver; lo tuyo que es monstruoso porque es historia y está escrito en la memoria, en los papeles, en las cárceles, en los muertos, y en los vivos que están muertos. Sos el pasado, el pasado más cruel que haya vivido nación alguna, porque ningún país (...) padeció tanta injusticia por tu culpa. (...) Sos la imagen del retroceso, de la injusticia, del hambre, del entreguismo. (...) El pueblo sabe, porque lo padeció, que venís de viejos partidos que nunca hicieron nada en beneficio del pueblo, que es la Patria. Y si alguno de los tuyos alguna vez intentó portarse bien —y se cansó enseguida—, fue solamente algún abuelo que se murió hace mucho. El pueblo sabe que vos sos nieto (...), que ninguno de ustedes hizo nada más que ser nieto, nieto de la plata y nieto de las ideas. Que desde la muerte de ellos, hasta la llegada de este gobierno, hubo un vacío de dignidad y esfuerzo que vos debiste llenar y que, como un criminal, no cumpliste ninguna de las veces que se te dio el gobierno. Porque vos no sos una esperanza, ni una incógnita. Vos gobernaste, no una vez, ¡varias veces! Gobernaste mal. (...) reconocé que es mal negocio tu vuelta al poder si, para poder respetarte un poco, ese pueblo tiene que pensar en tu abuelo. (...) Mirá, si esto no fuera tan serio, si se pudiera hacer la broma, me gustaría que los peronistas, todos, te votaran. ¿Sabés para qué? Para verte disparar al extranjero horrorizado por el triunfo, espantado de no saber qué hacer con un país cuyo destino no entendiste nunca, y cuyo bienestar te repugna. Hasta mañana, Mordisquito, vengo por pocos días porque me has hecho volver. Pero es la hora de las definiciones y yo tengo la obligación de decirte por qué no te prefiero. Ni yo, ni este pueblo. Tengo cincuenta años y una memoria de fierro. Y en estas condiciones: ¡No me la vas a contar, Mordisquito!»

Eva, que había vuelto a los tratamientos, lo escuchaba desde la cama y sonreía. A través de la radio, los diarios y los informes de quienes la visitaban, se enteraba de las novedades previas a los comicios. Pero en lugar de reponerse, su salud empeoró cada vez más.

Los médicos fueron categóricos: debían operarla o se moría. Perón pidió

que trajeran a un cirujano extranjero sin que ella se enterase del asunto. Aterrizó uno de Norteamérica, Georges Pack, especialista del Memorial Cancer Hospital de New York. Le realizaron una histerectomía en el Policlínico de Avellaneda; extirparon el útero y sus anexos pues el proceso tumoral se extendía más allá del cuello. Tres días después de la intervención, el doctor Pack regresó a su país sin que la paciente supiera de su existencia. Ese había sido el pacto con el gobierno. Evita tampoco se enteró de que la habían sometido a un vaciamiento de su matriz.

El posoperatorio marchaba bien, sin embargo, debía permanecer internada durante las elecciones. Y como una ironía del destino, al igual que Moisés, que había conducido a su pueblo hasta la Tierra Prometida sin poder entrar, la mujer que había luchado por el voto femenino, ese día histórico no podría concurrir a votar.

Desesperada, mandó una solicitud a la Junta Electoral para que le permitieran hacerlo en el hospital. Era descabellado, pero valía el intento. Los radicales y socialistas pusieron el grito en el cielo, no obstante, una vez más les ganó ella y su osadía: la Junta aprobó la petición.

De la mano de fiscales y agentes de policía llegaron las boletas y la urna. Las colocaron en su habitación y se retiraron para dejarla sola por un instante. Al rato, entraron y dieron fe de su voto. «Estoy débil, casi muerta. La piel blanca parece gris cemento. Pero ellas, que hace siglos soportan humillaciones, hoy tienen su día de gloria. Ahora soy completamente feliz», le dijo a Juan con los ojos tibios, cuando todos se fueron.

El 11 de noviembre el general Perón se convirtió en presidente de la República por segunda vez consecutiva, y el Parlamento inauguró bancas para las mujeres. Evita no pudo contener las lágrimas de emoción. «Yo no valgo por lo que soy ni por lo que tengo (...) yo tengo una sola cosa que vale», había dicho la última vez en la Plaza. Era su amor por Perón y por su pueblo. Tanto esfuerzo, su entrega desmedida, habían valido todas sus penas. Y también valdrían con gusto su vida.

Al volver a la residencia comenzó una etapa de disimulo. A pesar del tratamiento con radioterapia que siguió a la intervención, ella ocultaba sus dolores, como si aquello fuera una cuestión sin importancia. Pensaba que no había nacido para enfermarse, que quienes se paseaban por ahí evitando hablar del tema, eran unos cobardes. Ella, en cambio, sabía que debía aguantar y seguir adelante con su lucha. Por más que notase la preocupación de Juan, estaba convencida de que todo pasaría pronto. Pero como lo que no se pone en

palabras termina afectando el cuerpo sin piedad, su salud se agravó mucho más. Y ya no hubo retorno.

La única tarea que le permitía Perón era grabar mensajes para la gente. Así lo hizo para Navidad y Año Nuevo, con la voz llena de esperanzas. Ordenó la entrega de sidras, pan dulce y juguetes, como había hecho durante los años anteriores. Recibió a algunos niños en los jardines de la residencia y los llenó de regalos y de cariño. En cada abrazo, empero, sentía la sombra de la muerte.

* * *

En los primeros meses de 1952, Eva sufrió síntomas de reactivación de la enfermedad; la radiografía de tórax mostraba imágenes nodulares: el tumor se había extendido a los pulmones. Los médicos ensayaron con un nuevo compuesto químico enviado por el doctor Pack desde el país del norte, que le suministraban por vía endovenosa. Si bien Evita tuvo una leve mejoría, el proceso tumoral siguió su curso y ella comenzó a debilitarse y a adelgazar aún más. A esa altura, su peso se había reducido a la mitad. Era irreversible.

No obstante, había días en que se sentía mejor. Entonces salía de su habitación, veía películas, recibía a los muchachos de la CGT y a las nuevas legisladoras del Parlamento para analizar cuestiones de trabajo como si estuviera en la Secretaría. Aunque le prohibían las visitas, ella los hacía venir igual cuando el general estaba en la Casa de Gobierno, para evitar que se enojara. De esa forma se animaba un poco, dejaba a un costado su cuerpo y ponía a trabajar la cabeza. Sin embargo, sus ojos se posaban en todas partes, como si encerraran una incógnita permanente: ¿Cuándo será?

Eva intuía el nombre de su afección, aunque no lo pronunciaba para no herir a los sanos, a los que la querían. Los demás lo evitaban por egoísmo, para no verla triste.

—No me podés negar esto, Juan —le dijo categórica días previos al 4 de junio, fecha en que Perón debía asumir su segunda presidencia.

—Negrita... —intentó calmarla—, no te van a dar las fuerzas. Los médicos dicen que es una locura que salgas con este frío.

—A vos no te tiembla el frío por tu infancia en Río Gallegos, ¿verdad? —él asintió—. Bueno, a mí tampoco, Juan, por todas las heladas que tuve que enfrentar para ser alguien. Además, ¿desde cuándo te espantan las locuras?

¿No merezco estar ahí con vos, después de tanta lucha? —lo miraba con lágrimas quietas a punto de resbalar.

—¡Claro que sí, chinita! —la abrazó él—. Pero... ¿Cómo vas a hacer para mantenerte en pie?

—Voy a pedir que me armen algo que me ayude a sostenerme. ¿Podrán hacerlo?

—Lo vamos a intentar, te lo prometo.

Juan la abrazó más fuerte. Podía sentir sus huesos, la respiración fatigada; estaba tan blanda y tan pequeña que parecía una muñeca de trapo. Sólo los ojos conservaban algo de vida.

Le fabricaron una especie de arnés, un armazón de hierro y yeso para sostenerla. Los médicos la llenaron de calmantes. La maquilladora y su peinador la dejaron impecable, como siempre. Se calzó sobre los hombros un tapado de visón color marrón para disimular su delgadez y la armadura, y así, como una reina, se fue al lado de su rey hacia el Congreso.

Sentada a metros de su hombre, presenció la ceremonia con un nudo en la garganta. Cuando le colgaron la banda presidencial estuvo a punto de largar el llanto, pero se contuvo. Juan la miró de reojo para asegurarse de que anduviera bien. Ahí estaba ella, con su rostro de mármol demacrado, intentando animarlo con la fuerza de esa mirada tenaz. Nadie lo notó, sin embargo, la certeza de un adiós que debería enfrentar en poco tiempo, el más doloroso de su vida, le impidió a él disfrutar de su momento de gloria.

Luego se fueron en un coche descubierto hasta la Casa Rosada. Eva permaneció de pie durante el trayecto, con la cabeza erguida miró a la multitud que saludaba, arrojaba flores y ya la veneraba como a una santa. Ella, con la mano en alto, aferrada a la vida a pesar de su sentencia, mantenía la sonrisa para acompañarlos. El frío se metía por su cuerpo y la estremecía. Pero nada de eso tenía importancia. El general, el presidente, el conductor, su amor, su caballero, Juan y su triunfo, le daban el calor que necesitaba para resistir.

A partir de entonces, miles de personas se acercaron hasta el Palacio para rezar por ella, cubiertos por diarios o pañuelos. Con lluvia, con viento, con heladas, daba igual, hombres, mujeres y niños se apiñaban sobre la Avenida Alvear en hileras interminables para honrarla con su rezo y caricias que llegaban en forma de lamento. En los rostros había lágrimas, ruego y dolor. Un dolor lacerante.

Sus enemigos veían con espanto cómo centenares de humildes pasaban horas allí. Y, en oposición a los fieles, sobre las paredes de la residencia que daban a la calle Austria, dejaban escrito un sentimiento: «VIVA EL CÁNCER».

Estaban felices porque Evita se moría.

* * *

Un mes antes del final

Hecha una furia, a los gritos, mandó llamar a Hernán Benítez, el director espiritual de la Fundación, su confesor. Lo había escuchado de casualidad, por una mujer humilde que logró entrar al Palacio para darle su bendición y en medio de la congoja, se lo dijo.

El hombre entró cabizbajo. Apenas lo vio, Evita sacudió el brazo con energía para que los caniches salieran de la cama y abandonasen la habitación.

—Que otros me hayan mentido y se hayan callado... ¡Pero usted! ¿Por qué no me dijo que tengo cáncer? ¿Por qué se lo calló? —le espetó sin pronunciar «buenos días». Su espalda era una recta sobre los almohadones.

—Hijita... —abrió los brazos el sacerdote—, si usted sabe que tiene algo mucho peor que eso. Ojalá fuese solamente un cáncer...

—¿De qué me habla? —retrucó Eva con gesto serio.

—Usted se está matando sola hace tiempo, hija... —continuó el hombre abriendo y cerrando los brazos—. No descansa, no duerme ni una hora corrida, no nos acompaña para revertir la enfermedad.

Eva continuaba con el cuello estirado.

—¿Esto se precipita, entonces? —preguntó como una conclusión.

—Sí, mi hijita, no tiene salida —Benítez bajó el mentón para ocultar su pena. Ya no podía continuar con la farsa que todos habían montado frente a ella.

Al día siguiente, el padre ordenó una misa y armó la eucaristía sobre la cama de Evita. Perón entró de golpe y entonces lo comprendió todo. La abrazó, la besó, y juntos, sin soltarse las manos, comulgaron frente al sacerdote. Los tres terminaron llorando sin consuelo.

* * *

26 de julio de 1952 — 15.00 horas

Las cortinas estaban abiertas para dar claridad al dormitorio. Era sábado. Llovía. Había dormido un par de horas, luego de que Juan echara a todas las visitas que aquella mañana habían convertido el cuarto en un velorio anticipado. La madre, sus hermanos, Elvira Muñoz, los de la residencia; todos habían estado ahí, dando vueltas a su alrededor, como si con ello pudieran cambiar el destino para torcer la suerte. Por el clima o, quizás también, como preludio de una certeza inevitable, la luz de la tarde parecía mortecina. Eva miró la ventana, las gotas de lluvia se enredaban sobre el cristal. Y entonces recordó y se puso triste, con la nostalgia propia de las horas previas a morir. Al cabo de minutos le pidió a María que llamara a su marido. Debía contárselo.

Perón estaba en su escritorio. La soledad lo golpeaba y a su vez, lo contenía. Había sido siempre su refugio, ese que alguien busca cuando las palabras de otros no alcanzan para mitigar el dolor. Lo había acompañado durante toda su vida, en la infancia, la pubertad, en la milicia; llenaba los huecos del afecto, que eran muchos. Ahora volvía con más presencia que nunca, porque ella se estaba yendo para siempre.

Escuchó la puerta. «Pase», dijo. «La señora lo llama», le anunció la enfermera. Él saltó de la silla. Y entró en la habitación

—Hola —se acercó hasta el borde de la cama.

—Vení, sentate acá conmigo —le pidió Eva con tono amable.

—¿Cómo te sentís?

—Como la mierda —respondió—. A vos no voy a mentirte.

Él se acomodó a su lado y le besó la frente. Estaba tibia.

—Ya no tengo el perfil bello para animarte, Juan. Ahora soy puro hueso, de color triste y patético.

—No digas eso...

—Igual, me queda un poco de aliento para contarte algo.

—Lo que quieras, mi amor.

—Se ve que antes de morir aparecen cosas que estuvieron casi una vida entera ocultas en la mente. ¿Será un último regalo de la memoria? —sonrió. Y él sonrió con ella.

—¿De qué te acordaste, negrita?

—De algunas partes guardadas de mi niñez, de algo que, a esa altura, era una revelación —Perón le tomó la mano y la observó con curiosidad—. Recordé que de chica me gustaba mirar la lluvia por la ventana —la voz cansada tomó un respiro.

—Ajá —esbozó él, intentando darle tiempo.

—Me atraía el recorrido de la gota sobre el vidrio, como si dibujara laberintos —prosiguió—. ¿Sabés qué imaginaba? —Miraba fijo el ventanal; Perón la escuchaba sin hablar, con los ojos llenos de brillo—. Que por esos recovecos aparecería un príncipe que vendría a rescatarme de tanta miseria. Era como si, en ese instante, la ventana me estuviera sonriendo, me agarrara del brazo y me sacara de ahí para llevarme a un lugar mágico, el de los sueños buenos —los ojos se humedecieron.

—Te das cuenta, Juan —continuó—, desde ese momento ya te imaginaba, desde que era una niña ya soñaba con vos.

A esa altura, Perón tenía la emoción apretada en su garganta. Bajó la cabeza, sin querer le aferró los dedos con más fuerza y lanzó un llanto ronco que no pudo contener.

Ella seguía con la vista en el aire.

—No llores, calmate —le suplicó entre jadeos; tenía los labios blancos y algo de sudor en la frente—. Quiero contarte algunas cosas.

Él se pasó el dorso de la mano por las mejillas, secó un par de lágrimas e intentó componerse.

—Mis ojos siempre estuvieron tristes, ¿sabés? —siguió Eva y lo miró—, como si esperaran un lugar que les diera permiso para mirar —intentó una sonrisa. Falló. Estaba cansada, pero debía seguir. Lo hizo con un murmullo suave, como si lo estuviera abrazando con la voz—. Hoy sé que la nostalgia de mis ojos te esperaba. Era para vos... Vos les diste el espacio que necesitaban, los habilitaste a mirar. Gracias por eso, mi querido Juan, gracias por todo lo que hiciste por mí...

Perón volvió a derramar lágrimas. Esta vez sin consuelo. No le salían las frases, sólo podía llorar, desgarrado por saber que la perdía, por escucharla casi muerta con un corazón ardiente que aún tenía ganas de vivir.

—El haber alcanzado un destino justifica una vida —continuó ella, recordando la frase de Doña Elvira—. Al fin de cuentas, la vida alcanza su verdadero valor cuando uno la entrega fanáticamente por un ideal que vale más que la vida misma. Yo pude encontrar mi pasión, mi ideal, mi ilusión, en

vos, Juan. Y en mi pueblo. Y como ellos me entregaron la felicidad más maravillosa cuando te trajeron de vuelta el 17 de octubre, me dejaron también una deuda, la de hacerlos felices, que intenté pagar con mi vida. Te lo juro. Valió el esfuerzo... —tosió, jadeó; él intentó hacerla callar para que se calmara, pero no pudo—. Dejame seguir, ya no tengo mucho más —le rogó ella—. Vendrá tu libertad, después de un tiempo. Lo sé. Yo seré apenas una anécdota.

—¿Qué decís? —la frenó Juan entre sollozos.

—Pero necesito pedirte algo importante.

—Lo que sea.

—Ni los ricos ni esos milicos de mierda me perdonaron jamás que me haya sublevado, que una mina de cuarta como yo haya tenido en las venas más coraje que sus damas de clase. Y a vos nunca van a perdonarte que los *grasitas* ahora se animen a dar batalla mirándolos de frente, sin agachar la cabeza —soltó al borde del ahogo. Y volvió a tomar aire—. Por eso te pido que mi muerte no se lleve mi mirada. Quiero que vos la guíes. Quiero que mires a mi pueblo, a los descamisados, mis cabecitas negras, con la compasión de mis ojos, Juan. Guardate mi mirada, es lo mejor que puedo dejarte de toda mi vida. Y dácela a ellos, a los pobres, que son los únicos que saben ser fieles sin pedir nada a cambio por su lealtad. ¿Creés que vas a poder hacerlo? —dijo apenas en un susurro.

Un dolor acalambro su vientre antes de que él lograra hablar. Eva se quejó, respiró con dificultad.

—Mirame, Juan, y miralos... —le suplicó en un hilo de voz, antes de perder la conciencia.

—¡Chinita! —la zamarreó él, desesperado.

Eva abrió más los párpados y, como si aquel deseo tomara forma en ese instante, la mirada se fue hacia atrás y dejó sus órbitas en blanco, para que Juan ocupase su lugar y comenzara a mirar por ella.

Entonces exhaló un suspiro y cerró los ojos.

Entró en coma esa misma tarde. No logró escuchar la respuesta a su pregunta. Él tampoco alcanzó a responder.

* * *

26 de julio de 1952 — 19.00 horas

De repente, Eva se incorporó en la cama sobresaltada. Había dormido durante cuatro horas sin despertar; los médicos habían confirmado un coma irreversible.

—¡Señora! —se asustó María que aguardaba en un sillón a su lado.

—Llévame al baño, por favor —le dijo de pronto.

La enfermera la ayudó a levantarse y llegar hasta ahí.

—Déjame sola —pidió Eva.

Pero María sabía que su cuerpo, de apenas treinta y cinco kilos, estaba frágil, y en cualquier momento podría terminar en el piso. Se quedó esperando en la puerta para darle un poco de intimidad. Cuando Evita alcanzó el lavatorio casi pierde el equilibrio. La enfermera corrió y llegó justo para sostenerla por detrás. Eva tomó el jabón, se lavó las manos, cerró la canilla y, antes de darse vuelta, levantó el mentón para mirarse. De frente encontró un espejo, el único que había quedado sin tapar en toda la residencia. A pesar de la luz tenue, pudo ver bien su rostro, ese que desde hacía meses se había negado a observar. La mirada se perdió en la profundidad de unos ojos café que ya no tenían brillo ni recuerdos. Los pómulos marcados, las ojeras aviesas, le daban el matiz de un cadáver que aún estaba con vida. No obstante, el pijama celeste y las trencitas que colgaban a los costados del cuello, sugerían un aspecto adolescente. Un cadáver jovial, acusó. Se quedó inmóvil, casi sin respirar. Y la recordó. Violetta Valéry, la cortesana de *La Traviata*, también había visto su imagen transformada en un espejo antes de morir. «La tumba es el confín de todos los mortales», había dicho resignada. En cambio, pensó Eva, su final sería distinto al de ella, su entierro sí tendría lágrimas y flores. Las penas de un pueblo desgarrado lloraría al borde de su tumba. Suspiró aliviada, desvió la vista y miró a la enfermera a través del espejo.

—Ya queda poco tiempo —le dijo sin moverse.

—Sí, poco tiempo para volver a la cama.

—No, María, a mí me queda poco tiempo...

Regresaron a paso corto; Evita, sin fuerzas, respiraba con dificultad. Había una bondad en su rostro que tenía sabor a despedida.

La enfermera la arropó bien para que no sintiera frío, secó el sudor de su frente con un pañuelo, se sentó y le aferró los dedos.

—Gracias por todo, María —dijo Eva en un susurro y buscó debajo de su almohada. La piedra estaba ahí—. Mirá, todavía llueve... —al instante se quedó dormida observando el ventanal, con un pensamiento que asomó desde el inconsciente y, sin embargo, no logró tomar forma ni sentido: «La *machi* me

lo dijo».

María le tomaba el pulso cada quince minutos. Cada vez era más débil. Hasta que, a las ocho y veinticinco de esa noche trágica, la enfermera dejó de sentir los latidos en la muñeca de Eva. Se desesperó, corrió hasta el dormitorio del presidente, entró sin llamar.

Perón estaba sentado en una silla, con la cabeza gacha y las manos en las sienes. No paraba de llorar.

—La señora ya no tiene pulso —soltó María.

Él la miró con la vista nublada, sin poder hablar, con el rostro deformado por una verdad siniestra e ineludible. La noticia le punzó el pecho como un puñal que mata para siempre la esperanza. Incluyó el torso hacia las rodillas, lloró más que antes, con ese quejido grave que busca consuelo en la memoria. Y entonces apareció el niño que sus padres habían sacado del hogar, ese que escondía su llanto en la pieza del colegio San Martín, el que había quedado lejos de los afectos, el que no tenía respuestas frente a tanto abandono. El mismo que había aprendido de su abuela que el amor iba siempre anudado a la renuncia. Esta era, sin dudas, la mayor renuncia que debía aceptar. La indeclinable.

Luego de unos segundos, con el rostro metido entre las piernas, una frase se enredó en sus labios en medio del sollozo: «¡Qué solo me quedé de nuevo!»

De las manos se le cayó una carta, la que Eva le había entregado esa mañana, escrita en una letra diminuta, surgida días atrás en un instante de alivio. La misma que no había podido dejar de leer durante horas.

Tu abrazo

Me llega tu sombra desde atrás, me envuelve por la noche, esas noches negras que vos no imaginás que tengo, y que heredo de mi infancia triste, de aquella niña que intentaba comprender por qué la vida se hacía más honda cada vez y como un aljibe sin fin, se tragaba los sueños.

Yo estaba llena de sueños, ¿sabés, Juan?

Soñaba con ser actriz, con triunfar, que me miraran y aplaudieran. Sí, eso pude cumplir. Pero también soñaba con un abrazo del que nunca te hablé, y que jamás llegó.

El otro Juan, el impostor, ese que según mi mamá, era mi padre, y yo

juzgaba un canalla.

Los veía, ¿sabés, Juan?

La veía a ella entregarse entera a él; escondida tras la puerta, yo observaba cómo mi madre se hacía polvo en las manos de ese hombre de ojos serios cuya querencia ella anhelaba más allá de la realidad y de la victoria.

Porque, en verdad, mi madre no obtuvo la victoria de un amor sincero; peleó una batalla perdida desde el inicio. Y sin embargo siguió allí, dispuesta para él, mientras mis hermanos y yo crecíamos cerca.

Su falda olía a pan casero, al amor por nosotros, pero también olía al sexo del hombre vasco. Recuerdo ese olor, Juan: el olor del sexo de mi madre y ese desconocido quedaba adherido a la humedad del cuarto; toda la casa encerraba sus alientos, el sudor de los cuerpos y la densidad de una espera. Mucho dolor.

Porque al final de sus juegos amorosos, mi paciencia y yo esperábamos una caricia, un abrazo, la mirada tierna del reconocimiento, que nunca llegó.

Y un día, cansada de esperar, resignada a ser parte del olvido, llegaste vos, Juan. Y tu sombra gigante me encerró en ese abrazo que tanto yo anhelaba del otro, del impostor, y por eso a partir de ahí, jamás pude sacarte de mi memoria, de la memoria de mis manos, de mis rezos y mis lágrimas.

Lágrimas que entonces solté a solas, lejos de vos, sin que me vieras; lágrimas que tenían —y aún conservan— el cortejo de mi historia y a su vez, de mi destino.

Hoy también lloro a solas, lejos, sin que me veas, con mi voz esclava de la muerte. Esa voz que ya no es febril ni clamorosa, que espera muda el último latido.

Hoy, más que nunca, lloro. Porque logré el abrazo que anhelaba de niña. Y ahora me obligan a soltarte. Un conjuro, la vida, qué sé yo... Por eso quiero pedirte un favor, Juan: no me olvides, no me olvides nunca. Yo sé que ellos siempre llevarán mi nombre, pero a esta altura eso no me alcanza. Quiero vivir en tu piel, en tu cuerpo y en tus ojos. Por eso, te suplico: por favor no me olvides.

Estoy llorando ahora. Lloro pues me estoy muriendo. Lo sé, siempre lo supe. Pero no quise aceptarlo por miedo a que mi pueblo dejara de quererme, y que vos dejaras de abrazarme...

Porque a los muertos, ya nadie los abraza.

Evita

*- La palabra *compañero* fue adoptada entre los peronistas como un sinónimo de pertenencia. Con los años, terminó por señalar a los adherentes de ese movimiento.

Epílogo

*Hay pasiones cuya llama
sólo puede apagar la llegada de la muerte.*

El general intuía que se moría. Se reunió con la multitud por última vez a mediados de 1974, desde el balcón de la Casa de Gobierno, el mismo donde Eva se había despedido de ellos veintidós años atrás.

Juntos se habían transformado en personajes míticos, apresados entre el fanatismo y el odio de la gente. Pero ellos, los de carne y hueso, habían vivido un gran amor. Juan le dio a ella el nombre que le faltaba; Eva le dio a él la pasión que no tenía.

Perón se había enfrentado al Ejército por ella, izó su bandera a partir de aquellos restos y llenó su discurso de poesía, la de Eva, la que ya estaba en los oídos de la gente, la que supo proclamar al estar viva.

Y aquel 12 de junio de 1974, durante su tercera presidencia, con la voz sombría por un corazón enfermo, y también por la vejez, en esa Plaza que llevaba el recuerdo de Evita en las baldosas, los faroles, los árboles y las esquinas, les dijo:

«Compañeros (...) Yo llevaré grabada en mi retina este maravilloso espectáculo en que el pueblo trabajador (...) me trae el mensaje que yo necesito (...) Deseo que Dios derrame sobre ustedes todas las venturas y la felicidad que merecen (...) Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música, que para mí es la palabra del pueblo argentino».

Sabía que era el último. Ya no quedaba tiempo. Los miró durante algunos segundos, con la sonrisa mansa y el gesto algo cansado. No se los había dicho, pero en sus frases iba atada la rendición. De pronto, levantó la cabeza y vio una paloma blanca atravesar el cielo de la tarde. Y entonces se dio cuenta de que les había mentido. Porque a pesar de haberse casado con otra, la única música que lo había acompañado durante más de dos décadas, en el exilio, en cada noche de insomnio y de destierro, la misma que escucharían sus oídos

antes de que cerrara la vista para siempre, era la voz de su chinita en aquella carta de despedida.

Por eso, el 1° de julio de ese año, minutos antes de morir, Juan cerró los ojos convencido de que al final, como Eva, él también estaría solo.

Agradecimientos

A Gabriel Rolón, mi compañero, por su ayuda, su calidez y, sobre todo, por su forma de amar.

Al Grupo Editorial Planeta, por seguir confiando en mí.

Esta vez, más que nunca, mi agradecimiento profundo a su director editorial, Nacho Iraola, quien me alentó para que escribiera este libro.

A mis editoras: Mercedes Güiraldes, por la dedicación, y Ana Wajszczuk, por haber leído la novela a punto de dar a luz. Hermoso gesto.

A Diego Arguindeguy, por colaborar en la edición y los detalles que me brindó acerca de las cuestiones históricas de la época.

Al Instituto Nacional “Juan D. Perón” de Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas; en especial a su secretario general, Sr. Lorenzo Pepe, y a la Sra. Liliana Sáez, por recibirme, por ofrecerme su tiempo, datos precisos, la foto de tapa, y su cordialidad. A Roberto Rossi, por el contacto con ellos.

A Un Plan Producciones, Martín Izquierdo y Fen López, por seguir apostando. A ellos, mi afecto más profundo.

A Sonia Rolón y Diego Escudero, por su labor en la comunicación y difusión en redes. Y por su cariño.

A mis padres y hermanos, porque me apoyan y contienen desde que tengo memoria.

A los lectores, porque esto es para ellos.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

